

Àfrica Alonso

Una luz tímida

Índice

Sinopsis

Isabel es una joven profesora que llega a la escuela de un pequeño pueblo de Valencia durante el franquismo. Allí se enamora profundamente de Carmen y sin querer, pero también sin poder evitarlo, nace una historia de amor que parece llegar a su fin cuando la familia de Carmen, profundamente conservadora, la interna en un hospital para enfermos mentales.

Tiempo después, Carmen regresa a casa con Isabel, dando la espalda a su familia y su trabajo, pero debe enfrentarse a las secuelas que le han provocado los tratamientos recibidos en el hospital. Isabel intentará ayudarla a sobrevivir hasta las últimas consecuencias.

Inspirada en una dura historia real y precedida por el éxito teatral de la obra homónima, *Una luz tímida* es una novela conmovedora sobre la fuerza del amor en tiempos de miedo y opresión. Un homenaje a la memoria histórica del colectivo LGTBIQ+ y a la lucha de aquellas mujeres que decidieron no encajar en lo que la sociedad esperaba de ellas y optaron por vivir en libertad.

Una luz tímida

Àfrica Alonso



A ti, abuela.

Por aquella tarde de verano en que bajé a tu casa y tú me dijiste: «No llores... ¡Escribe!».

It's a sad song, it's a sad tale. (...)
But we sing it any way.
'Cause here's the thing
To know how it ends
And still begin to sing it again
As if it might turn out this time.
I learned that from a friend of mine.
... see, Orpheus was a poor boy,
but he had a gift to give...

Hadestown

PRIMERA PARTE

«Todas las historias empiezan con una luz tímida.»

Isabel deja la maleta en el suelo y se seca la frente sudorosa con la mano. Por la ventana del piso gris y pequeño no pasa ni un hilito de aire, tan solo se oye el griterío de lo que parece ser el pueblo entero reunido afuera.

—Toda la semana son las *festes patronals de la Mare de Déu de la Misericòrdia*. —La chica joven saca la cabeza por la ventana del cuarto y señala a la calle—. La *processó* pasa justo por aquí debajo y va a empezar ya, así que, si quiere salir a ver un poco el pueblo, no debería tardar.

La chica la mira con la llave en la mano, impaciente.

—El lunes vendrá Jaume, que es el practicante, a enseñarle cómo va el agua.

Isabel no dice nada. Intenta fijar en el batiburrillo de su cabeza cualquier pregunta que necesite resolver antes de que la prisa lleve a su única referencia en el pueblo a salir por la puerta.

Siente los círculos húmedos de sudor sobre su vestido gris oscuro. Venía pensando solamente en poder darse una ducha de agua bien fría.

—¿Y hasta el lunes no puede venir?

—Es que mañana es domingo y es la misa mayor, y... doña Consuelo me dijo que le diera las llaves y ya.

—Ah, bien. ¿Y él vive cerca?

—Sí, claro. Él vive aquí, en el piso de abajo.

—¿El practicante vive aquí abajo?

La chica asiente. ¿Hay una persona pinchando las venas de la gente justo debajo de donde ella va a dormir...?

—Pensaba que en este edificio solo vivíamos las maestras.

—No..., las maestras, las *fadrines*, suelen vivir en el otro bloque, más arriba en el pueblo. Allí está doña Ana. Y después está

doña Carmen que es del pueblo de toda la vida, y…

—*Yo* sustituyo a doña Ana.

—Ah, pues…

La chica se encoge de hombros. Isabel no entiende por qué no le ha tocado a ella vivir en el edificio de las maestras, donde se ve que vivía la doña Ana esa, ni por qué le ha tocado ir justo a la casa que está en la misma plaza principal del pueblo. Pero no se lo quiere preguntar a esta chica, que parece más joven que ella y que ya se ve que no se entera de nada. Se produce un silencio incómodo y alguien afuera grita: «¡No apelotonarse! ¡Ponerse en orden!».

—Las llaves.

Isabel las coge.

—Oiga… ¿y esa puerta qué es?

Le señala con la cabeza una puerta más pequeña de lo normal al fondo de la estancia.

—Es que no lo sé, pero seguro que Jaume o doña Consuelo le dirán. —La mira con recelo, esperando que Isabel no haga más preguntas, y antes de que pueda abrir la boca, dice—: Bueno, pues… ¡adiós!

Y se va, como un ratoncillo liberado.

Isabel mira a su alrededor.

El piso o, más bien, la habitación es pequeña, y aun así se ve vacía. Se quita el vestido, sudado de haber ido como sardinas en banasta en el tren, y lo tira al suelo con placer. Se sienta sobre la cama a observar un momento su nuevo hogar. Las paredes están pintadas de un blanco mortecino y dispone de los objetos justos: el armario o puerta que la chica no ha sabido decirle qué encierra, la cama, estrecha y delgada, una pequeña cocina con una pila de *pedrapiquer* roja, y un *fogonet*. Una mesa, excesivamente grande comparada con la cama, adornando el centro del piso. Encima, un jarrón vacío y sucio. No hay ninguna silla. Al lado de la única ventana de la estancia, un aseo minúsculo. Las baldosas amarillas son bonitas. Es realmente pequeño: justo para guardar un inodoro, una pila y un balde grande de metal para lavarse, vacío de agua, tal y como la muchacha le ha advertido.

Se acerca a la ventana, retira un poco la persiana y observa la plaza. La procesión sigue a punto de empezar. Isabel entiende que los que van a deambular llevando las andas de la Virgen sobre los hombros son el grupo de hombres que se organizan por orden de altura, los bajos delante y los altos detrás. Los flanquean unos pocos militares vestidos de caqui, con carabinas apoyadas en la palma de la mano, apuntando al cielo, y gorras como aviones de papel en la cabeza. Las madres y otras chicas agarran a los bebés, todas con la cabeza tapada con un velo negro, y alguno blanco. Algún bebé berrea, algunos niños se empujan entre ellos para llegar a una mesa larga donde una señorita les enciende un cirio largo y blanco. A la mayoría se les apaga al andar dos pasos y vuelven a ponerse, tras un corto berrinche, al final de la cola. «Pues tan rápido no empezará la *processó*...» A esa mesa llega la muchacha que hace un momento le ha dado las llaves. Le susurra algo al oído a la mujer sentada y ambas miran hacia la ventana donde está Isabel, que suelta las láminas de la persiana rápidamente para ocultarse. Saca de la maleta el otro vestido: el azul, el bueno. Quería guardarlo para llevarlo limpio su primer día en la escuela, pero ahora no tiene otro remedio que ponérselo. Antes de cerrar la puerta, coge del suelo el gris oscuro, el que se había quitado, y lo cuelga sobre el retrato del Generalísimo que preside la ventana, tapándolo del todo.

Sale. El calor le cae encima como un cubo de líquido espeso. Enseguida se ve atrapada entre bracitos infantiles, sudorosos y sin intención alguna de moverse, como muebles puestos por medio, que tiene que ir apartando con los codos. Pasa entre ellos, por detrás del rector y sus monaguillos, como puede, y llega a la esquina de esa calle con la plaza mayor. En ese punto no puede hacer más que pasar por en medio del punto de salida de la procesión. Desde el otro lado, busca un sitio donde poder echar un vistazo apartada de la gente. Se acaba colocando cerca de las mesas exteriores del que tiene pinta de ser el único bar del pueblo, donde unos señores mayores descansan el culo y fuman unos puros gordos. Hay tanto sol todavía, que no destaca la lumbre de uno solo de los cirios en el aire.

Uno de los viejos sentados en la mesa tras ella levanta un bastón, largo y fino, y le da unos golpecitos en la cintura para hacerla apartarse a un lado, sin moverse un centímetro de su silla. Isabel se ruboriza y mira al frente. La procesión está a punto de empezar, por fin. Alguien lanza un disparo al cielo. La Virgen levita por encima de las cabezas de los hombres como el bote de un náufrago sobre una ola, y la gente arranca a andar lentamente. Un montón de niños llevan con emoción y cuidado los cirios encendidos entre las manos.

De entre ellos, Isabel ve salir de repente a una anciana con una bata de flores raída y el pelo blanco y encrespado. La anciana abre una boca enorme y sin dientes, empuja a la multitud hacia los lados y corre despavorida hacia delante, soltando un grito agudísimo. La gente primero se alarma, algunos niños se caen, confundidos y molestos, y la estructura de la Virgen se tambalea peligrosamente entre gritos de los asistentes y la turbación de los militares, en todo un caos generalizado. La anciana huye sin mirar atrás y, en su carrera, su chillido espeluznante se sigue oyendo desde lo lejos.

Entonces Isabel sabe que no se va a quedar mucho tiempo en Manuel.

Los domingos son los días en los que Carmen se siente especialmente guapa. Le lleva un rato largo peinarse, se perfuma. Unta los dedos en la lata de Nivea y se la regala por cada centímetro de la cara, con movimientos redondos y de mimo a sus pómulos generosos como dos salutaciones. Saca los pendientes a pasear adornando unas orejas ansiosas de escuchar otras voces que nos sean la de su madre, o la de su padre. Solo hubo un domingo que no acompañó a la familia a la iglesia, uno que tuvo una migraña tan y tan fuerte que solo pudo quedarse encerrada en la habitación con las persianas bajadas del todo. Se abrazó al cojín y se quedó muy quieta, durante horas, en la convivencia del silencio con su propia respiración. Nunca se había dado cuenta del silencio que había en el pueblo los domingos por la mañana. Sintió como si Dios y el mundo entero se hubieran metido en la iglesia y la hubieran dejado a solas con las casas y los gatos. Luego regresaron todos y se despertó oyéndolos comer abajo, con el pling y el plong de la cubertería.

Pero este domingo están todos en la calle, ella agarra por el brazo, contenta, a su tía Nieves, que le pregunta qué día vuelven a empezar las clases.

—Pues el miércoles, cuando acaben las fiestas.

Carmen ha intentado decirlo flojito, pero su madre lo ha oído. A veces parece que su tía meta la pata a propósito. Su madre pone cara de echarse a llorar, y se tapa la cara con el velo negro.

—¡Vamos, Amparo no te cojas estos disgustos, ni que la niña se fuera a vivir a Valencia!

Julito, su primo, que anda por atrás, dice:

—A este paso no vas a poder casarte nunca.

—No seas así..., que vosotros no podéis entender que las

madres queremos a nuestros hijos con una devoción tan grande..., tan grande... —La tía Nieves apoya la cabeza sobre su hombro y le tira un poco de la mantilla de blonda.

Carmen mira a su madre, que camina con ademán compungido, pero hoy ni siquiera ella, ni siquiera la tía, pueden quitarle el buen humor. Nunca le han gustado las vacaciones, pero los días justo antes de volver a trabajar, sí. Es ese pequeño impase de dos, tres días, en que todo el mundo vuelve distinto, desconocido en el buen sentido. Y eso la incluye a ella. Vuelve de la casa de Gandía con su familia a pocos días de que se acaben las fiestas, y, en secreto, se siente un poco como si fuera su cumpleaños y el pueblo se vistiera de banderines y música para recibirla, compartiendo su alegría por estar de vuelta. Le ofrece al pueblo una versión de ella misma un poco mejorada, más bonita si cabe, más olorosa, como un ramo al que se le van añadiendo flores y lazos. La banda que recorre las calles, los niños con los petardos, los cohetes *d'eixida* para recibir a la *Mare de Déu*, las guirnaldas, las cenas al aire libre... La gente va limpia, dispuesta, nueva. Y ella intenta estarlo también.

Llegan a la plaza del Caudillo —para los pueblerinos, la plaça del Sol—, repleta hasta arriba de gente. El campanario amarillo, del mismo color amarillo que la luz del sol, las banderas rojas y negras de la Falange, la cruz grabada en la pared de la iglesia. Julito se aparta una avispa que le ronda la cabeza y anda a saludar a sus amigos, impostando una voz algo más grave. Las del grupo de tejedoras de Acción Católica han debido tejer la bandera, porque la farola está cubierta con hilo de lana de colores rojo y amarillo. Hay tanto movimiento que a su madre ya se le ha pasado el disgusto de hace un momento y saluda con dos besos de los que se dan al aire a las señoras. Todas se preguntan por las vacaciones. Carmen disfruta de los ojos ajenos y del cariño con el que se cubre a su familia. Se le acerca la madre de Catalina, con su hijo mayor que está estudiando nada más y nada menos que Ingeniería, y le estrecha las manos entre las suyas como quien sostiene una paloma blanca, y le dice que este verano su hija no hablaba de otra cosa que de volver a la escuela. «¿Pero usted qué les da?» va diciendo la

madre de Catalina, y a Carmen se le cierran los ojos de sonreír tanto.

Y antes de llegar a la puerta de la iglesia, un grupo de niñas gritan su nombre y, corriendo hasta la plaza, se abalanzan sobre ella, abrazándose a su cintura. Las niñas hablan todas a la vez, excitadas de verla y también de verse después de tantos días. Rezuman una emoción muy parecida a la de Carmen, pero ella debe exteriorizarla con algo más de prudencia:

—¡Maestra Carmen! ¡Maestra Carmen!

—Xe, fuig, que hi estava jo!

Marina, Lourdes, Marita, Catalina, Lola, María José... Todas con un lazo adornándoles el pelo, la abrazan tan fuerte que Carmen pierde un poco el equilibrio.

—¡Señorita, la hemos echado mucho de menos!

—¡Sí!

—¡Mire, mire, maestra!

Lola Sangil, que siempre ha sido la más *esquifeta* de todas, se señala los dientes minúsculos y entre ellos un espacio vacío. Las niñas atienden a lo que Lola exhibe y algunas se palpan la boca, buscando también algo que pudieran mostrar.

—A mi també m'han caigut, mira —la pequeña de las Cortés, Marita, la intenta apartar con el codo y se estira las comisuras con los índices hacia los lados, para ofrecer a Carmen una encía también desdentada—, *se me van posar una damunt de l'altra i no queia i no queia, se me van sobreponer i ma mare em va dir que quasi, quasi hem d'anar de veres al dentista de Xàtiva a peu i tot!*

—¡Hay que ver, eh! Qué mayores y guapas que os habéis hecho. ¿Habéis leído mucho este verano?

—¡Mi hermana este año ya va con las mayores! La *tindrà* a usted de maestra —dice Marita.

—¿Ah sí? Y a ver, ¿dónde está tu hermana, que yo la vea?

La niña se gira hacia la iglesia señalando con el dedo a una multitud agrupada ante la puerta.

Carmen ve a doña Consuelo al instante, tan seria como siempre y con un faldón negro que parece un toldo. «Madre mía, si se estará asando de calor...» Carmen se dirige hacia ella con una

gran sonrisa y las niñas la siguen como una banda de patitos. Hay alguien más al lado de la directora.

—¡Niñas! ¡Disciplina! *Au!* Venga.

Doña Consuelo las dispersa con esta orden contundente. Se quedan ellas dos y su acompañante desconocida, que mira sobre todo al suelo, y luce algo pálida. La chica es tan rubia que, con el sol dándole directamente en la cabeza, parece que tenga el pelo blanco. Lleva las manos metidas en los bolsillos de un vestido azul que le va algo grande, y eso que es alta. Seguro que ahora mismo le gustaría ser bastante más pequeña y esconderse, porque tiene la misma cara que tienen las niñas cuando agarran un virus estomacal.

—¡Doña Consuelo! Qué alegría verla. ¿Cómo ha ido el verano? —Los ojos de Carmen se mueven de la una a la otra y sus pómulos saludan, saludan mucho.

—Preparando el curso y dejando todo listo. Hay mucho trabajo, mucho. —La directora ya se muestra estresada, incluso antes de que empiece el curso, y mira con severidad a su alrededor, como si la gente en la misa mayor ya estuviera entorpeciendo su inicio.

—Claro... Gracias, no sé qué haría este pueblo sin usted. Siempre tan necesaria y cumplidora. ¡La suerte que tenemos...!

Carmen pone su mano sobre el codo ardiente de la directora, representando una escena de elogios que no está escrita en ningún sitio pero que tiene lugar cada año.

—Vayamos para adentro. —Doña Consuelo entra en la iglesia y entonces parece acordarse de la presencia de la chica rubia—. Ah, esta es doña Isabel. Ha sido destinada desde Catarroja. Es la que sustituirá a doña Ana este curso.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! Soy doña Carmen, la maestra de cuarto.

La chica le responde con un pequeño golpe de cabeza.

Carmen se ha sorprendido. Habría jurado que la chica no hablaría su idioma. Van entrando todos a la iglesia, estrecha pero alta, toda pintada de rosa y dorado. Decenas y decenas de abanicos negros aletean desde los bancos como bandadas de estorninos.

—Doña Carmen es una de nuestras maestras más consideradas. Lleva dos años con nosotras.

Doña Consuelo se santigua y hace una pequeña reverencia en dirección al altar. Carmen hace lo mismo, y la chica se santigua mal, de derecha a izquierda. «¿Seguro que no es extranjera?» La directora levanta el mentón indicando la parte de delante de la iglesia.

—Nos sentamos allí, en el segundo banco de la derecha.

La chica asiente.

—Cualquier cosa que necesite, yo ya estoy... Bueno, vaya, vaya, ¡ya hablaremos, lo siento!

Se separan deprisa y ya toca estar en silencio. Carmen busca a su madre entre las señoras, y se sienta saludando a todas entre murmullos, sonrisas y velos. El párroco se acerca al altar y besa el ara. La misa empieza y el siseo de la gente aminora. Carmen mira a su alrededor, contenta, y sus ojos se paran en el segundo banco. Unos segundos más tarde, la muchacha rubia vuelve la cabeza hacia ella, y las dos se miran. La chica le devuelve una sonrisa tímida.

Isabel se abrocha el vestido con una parsimonia nada conveniente. Le gusta demasiado dormir, y eso es lo único bueno de estarse en el mismito centro del pueblo, con el campanario pegado a la oreja, que verdaderamente tarda dos minutos en llegar a la escuela.

Y aun así, ya está llegando tarde.

La verja está abierta y, mientras la cierra, Isabel va rezando por dentro para que se trate de alguien de la limpieza que ya haya llegado y la haya dejado así, y que no la espere ya la directora. Corre hacia la puerta y sube las escaleras. «Madre mía, menudos escalones tan grandes, pero ¿cómo lo harán los críos para subir?» Llega al primer piso, al segundo, y de forma inconsciente va hasta el aula del fondo. Se encuentra con una puerta abierta, de nuevo, y entra un poco con el corazón en la boca después de haber subido tanto escalón enorme.

Bien. No hay nadie.

—Madre mía...

Se pone la mano en el pecho y se ríe con su propio ahogo.

—¡Ahhh! ¡Jesús!

Se ha dado un susto de muerte. Resulta que doña Consuelo sí estaba, y de tan quieta la habrá confundido con una mesa.

—Ay, disculpe, doña Consuelo —vuelve a reír para distraer el aprieto y recobrarse—, que no la había visto.

La señora la mira enfadadísima, con una cara que asusta.

—Es..., es que... aún no me he hecho al pueblo y me ha costado un poco encontrar el camino.

Eso es. Mejor quedar como una tonta impedida que no sabe andar veinte metros en línea recta que como una irresponsable.

—Espero que para el inicio del curso ya se haya aprendido el

camino, porque en esta escuela les enseñamos a los alumnos disciplina y rigor. Y que los comportamientos indebidos reciben un castigo.

—Claro, por supuesto. Me parece muy bien.

Isabel pega el culo a uno de los pupitres para que doña Consuelo pase.

—Ay, perdón. —Doña Consuelo atraviesa rápido el aula y su falda es tan larga y ancha que no se le ven los pies y parece que camine flotando—. ¿No trabajamos en el aula?

La directora la mira desde la puerta, con una cara que grita: «He nacido preparada para esto, y está claro que tú no».

—No, antes de hablar de la materia, vamos a comprobar que la escuela esté en perfecto estado. Hay que revisar el material de las aulas y limpiar el comedor, que lleva cerrado desde junio. —Empiezan a bajar las escaleras. Isabel la sigue, atendiendo con fastidio al listado de tareas que no esperaba—. Hay que devolver a su sitio el cristo, que he estado custodiando yo misma, barrer el patio, que está lleno de hojas y quién sabe qué. Por la tarde iremos a la iglesia, que también se tiene que barrer y demás. Mañana haremos la sala de gimnasia, y luego me ayudará a redactar los horarios; hay que poner uno en cada aula. —Se para un momento en seco y gira el cuello para mirarla directamente—. Así se los aprenderá bien.

—Ajá.

—Y bueno, también los baños, mi despacho… Aquí tenemos muy en cuenta los valores nacionales de colaboración y de servicio a Dios Nuestro Señor y a la enseñanza, y la escuela la mantenemos limpia entre maestros y alumnos. Yo no sé cómo hacen las cosas en la ciudad. —Le lanza una mirada de arriba abajo que Isabel no capta porque está pensando en cómo mandará a todos los niños a barrer sin piedad.

—¿Y el resto de los maestros también vienen a ayudar? ¿Cuándo tendré el placer de conocerlos?

—Pronto. El resto de los maestros tienen familia u obligaciones matrimoniales y se unirán a nosotras cuando *dé comienzo* el curso. No es su caso ni tampoco el mío.

«Pues qué bien. Qué equipo tan divertido.»

Doña Consuelo abre la puerta de un estrecho cuartillo, destartalado y oscuro.

—Coja el palo de fregar.

—Si hay algún problema puede venir alguien del ayuntamiento a mirarlo.

Jaume el practicante tiene una de esas caras a las que parece que se les haya absorbido el alma con un tubo, sin un ápice de carne en las mejillas, con la piel pegada a los huesos como una tela mojada.

—Sí, sí, ya lo sé, pero no va a ser necesario. De verdad se lo digo. Es para una tontería.

—Pero...

El practicante intenta meter las narices en el cuarto, husmeando. Huele un poco a orines, pero Isabel intenta no dejarse doblegar por el hedor del hombre y se mantiene en el umbral de la puerta, tendiendo la mano abierta, con convicción.

—No solemos dejar herramientas a los..., las... maestros.

—Se lo devolveré en un par de horas como tarde, no se preocupe.

Muy a su pesar, el hombre pone el destornillador pequeño y fino sobre la mano de Isabel, arrugando su nariz de águila. Como si la que oliese a pis fuera ella. Isabel le da las gracias y cierra deprisa la puerta.

«Bien, pues... Vamos a ver.»

Lleva desde que llegó con una necesidad imperiosa de saber qué demonios hay detrás de aquella puerta. Se arrodilla para mirar a través de la cerradura. ¿Y si sale una rata de ahí dentro? Todo podría ser. Entonces correría a por Jaume el practicante pidiendo auxilio, eso seguro. Pega la oreja a la puerta, pero no se oye nada. Nunca antes ha abierto una puerta con un destornillador, pero ha intentado varias veces forzarla con las manos y no ha habido manera. No es que tenga paciencia con estas cosas. No es que tenga

paciencia, en general. Si doña Consuelo le ha dicho esta mañana que no toque las cosas del piso de las maestras, y si ni la muchacha que le dio las llaves ni… Bueno, no se lo ha preguntado a nadie más, pero si nadie ha sabido decirle lo que hay dentro es porque quizás haya algo de valor. Mete la punta del destornillador por la cerradura pero resulta ser algo más grande que el agujero y no gira ni a izquierda ni a derecha. Isabel empieza a raspar la madera y hacer astillas, resquebrajándola, para poder llegar hasta el fondo de la cerradura. La punta llega a tocar ligeramente el pestillo ennegrecido. Doña Consuelo parece estar tan mal de la cabeza, que bien podría haber escondido a los niños zurdos de primer curso ahí dentro. Parece que…, poco a poco…, puede conseguir arrastrarlo hacia… la iz… quierda. Lo intenta una, tres, seis veces, maldice, y a la séptima el pestillo cede con un ruido sordo y triunfal.

Pues pensaba que la puerta escondía una habitación contigua, pero se trata más bien de un armario. Como ya no entra luz desde la ventana no ve demasiado lo que contiene. Mete la mano un poco a ciegas.

Son libros.

Y polvo, mucho polvo. Se le mete en la lengua. Coge los libros apilados y deja unos cuantos sobre la mesa, donde alcanza un poco más la luz tamizada del ocaso. Hay un montón. *El vestido nuevo del emperador*, Andersen. Novelitas baratas del Oeste, unas cuantas entregas de *La novela ideal* por valor de quince céntimos, que tienen todas las hojas sueltas… *Sueño de una noche de verano*, William Shakespeare. Este lo aparta a un lado porque la portada es bien bonita: verde lima con dibujos dorados en los bordes. Parece nuevo. *Guerra. Victòria. Demà*, Miquel Duran; *Vingt mille lieues sous les mers*, Julio Verne. ¡Incluso los hay en otros idiomas…! Hay uno con letras como dibujos que parecen ruso, con el título en relieve, muy exótico. La cantidad de títulos le provoca una cierta fascinación. Montaigne, Lorca… Abre uno. *«Propietat de la Biblioteca de l'Ateneu de Carcaixent»*, y debajo, un listado tachado a conciencia de los últimos beneficiarios y sus direcciones. En el pueblo de al lado debió existir una bibliotecaria muy compasiva. A uno de los libros le han arrancado la cubierta. En el anverso pone:

El sufragio. Según las teorías filosóficas y las principales legislaciones. Debajo sí que se lee un nombre escrito a lápiz. Isabel lo nombra en voz alta y le dedica unos segundos de silencio. Decide coger ese libro y esconderlo en el fondo del armario, ya que aquel lector audaz no pudo hacerlo. Le gustaría colocar todas esas novelas a la vista, adornando, engalanando todo el piso, pero decide volver a guardarlas en su sitio y cerrar la puerta. Solo se guarda una, la de la cubierta verde y dorada.

Ahora es suya. Hacía mucho tiempo que algo no era *suyo*.

De repente, el hecho de poseer un armario repleto de historias y palabras ahogadas hace que su piso le parezca algo menos deprimente.

Carmen se ha puesto un vestido color mostaza con botones negros. Ninguna de las otras maestras lleva vestidos como este, pero todos saben que ella es la joven, y de hecho seguro que agradecen que alguien les aporte una nota de color de vez en cuando.

Su madre, como cada mañana, ha intentado retenerla a toda costa durante el desayuno. No pasa nada, forma parte de su periodo lento de adaptación al regreso de Carmen a la escuela.

—Es que si no vas a pasar hoy por donde Anita tendré que saberlo para pedírselo a la chica.

—Pues casi va a ser lo mejor, madre, porque, al ser el primer día, no sé si habrá que hacer algo especial al terminar la escuela, o tal vez me necesiten para algo... Quizás tengo que ir con las de Acción Católica, que no sé si empezamos hoy, madre.

—Vas a tener que decírmelo. Porque entonces se lo tendré que pedir a la chica, y hoy también le toca planchar. Además que a mí no me gusta enviarla donde Anita, que Anita si no la conoce no la atiende igual, y si no sabe pedirle los hilos que son, la cinturilla que...

—De acuerdo. No se preocupe que yo voy hoy donde Anita antes de venir.

Carmen ya se ha terminado el vaso de leche deprisa y solo quiere irse.

—Claro que sí, mucho mejor, Carmen, mucho mejor. Procura pasar por la mercería antes de las seis, que Anita a veces se marcha antes, si por lo que sea se marchase antes...

Le besa ambas mejillas a su madre y sale de la cocina, con el eco del pensamiento de que debería haber luchado por conseguir una hora más de tiempo, por lo menos. Hoy quería hacer muchas

cosas, quién sabe cuántas... Además, ¡su madre tiene el día entero! Para ir y volver de la mercería veinte veces si quisiera. O mañana, o pasado, o el otro... Al igual que Roberta, la chica de Vilanova que trabaja en su casa, y que tampoco es que vaya tan cargada..., más bien aburrida, debe ir. Respira con benevolencia y se quita de encima aquel arrebato de egoísmo.

Entra a la escuela con la luz aún blanquecina de las siete. Patro, la maestra de parvulitos, ya está en la planta de abajo, la puede oír colocando los banquitos. Y ese sonido hace que se ponga a correr, a bailar, casi, por todo el pasillo ancho, y que sus rizos, la única parte íntegramente insumisa en ella, se desmoronen un poco.

—¡Patro!

—*Xiqueta!* —La mujer levanta los brazos con júbilo—. ¡Ven aquí! Pero qué guapa, *com estàs?* Ay, ¡qué guapetona!

Carmen la hace callar, divertida, y rodea con sus brazos a la mujer bajita y blanda. Los rizos se desmontan un poco más tras el abrazo.

—Pues muy bien estoy, y ¡muy contenta de verla!

—¿Cómo está tu madre?

—Bueno..., como siempre, ya sabe. Bien, Patro, bien.

Patro lleva el pelo cortado como una setita, una mata espesa y canosa. La hace saberse bonita, más que nadie en el pueblo. La recibe siempre como a la primavera.

Lleva unas gafas con la montura de pasta, negras y pequeñas, como ella. Si fuera un animalillo, seguramente sería una marmota. También es la mejor maestra que *l'escola dels cagons* podría tener. Los trata a todos, como dice ella, «como si fueran mis hijos, y además, de aquellos hijos que uno agradece». Los niños, todos, todos, la adoran. Además, ella está presente en todos los convites, y en cada uno de los partos del pueblo, acompañando. Se puede saber porque sale siempre en todas las fotografías. La coge de las manos, que Patro es muy de tener contacto, y Carmen siente sus dedos arrugados y resbalosos de *casi* jubilada. Su piel ya es como la capita de nata que se queda sobre la leche cuando se la calienta en un puchero, y que se rompe con una simple cucharilla. Carmen no

la mira mucho a los ojos, pues tiene una mirada tan honesta y de verdad, que a veces tiene la sensación de que, si la mirase directamente, se echaría a llorar.

—Y ¿has conocido a la nueva maestra? Doña Maribel, se llama.

—Doña Isabel.

—Eso. ¿Qué te parece? *Pareix simpàtica, veritat?*

—No he podido conocerla del todo, seguro que lo es.

—Seguro. Ha llegado hace poquito, está en la segunda planta. ¿Por qué no andas a saludarla, *pobreta*, que andaba un poco perdida?

—Sí. Tenía pensado subir ahora, a ver si necesita cualquier cosa. ¿La veré después con las de Acción Católica, Patro?

—Claro que sí, *xiqueta*, luego nos vemos, anda. ¡Guapa, que estás muy guapetona, como siempre!

—Como usted. Parece que cada curso se vuelva más joven.

—¡Anda, sí! Lo que me faltaba: ¡más joven!... ¡Más joven!

Carmen sube las escaleras escuchando el eco de la risa de Patro, y antes de ir a su aula de la última planta se para en la segunda para buscar a la chica rubia.

Empuja el vidrio de la puerta verde delicadamente, no quiere molestar. La chica está sentada de espaldas sobre un pupitre, con el mismo vestido azul del día de la misa. Apoya sobre su rodilla una enciclopedia, la que usó ella el año pasado, que lee con la concentración de un miope.

—Buenos días, doña Isabel. —Carmen no puede evitar hablarle con cierta lentitud, aunque ya sepa que entiende el castellano—. Venía a saludar antes de que lleguen las niñas. Soy...

—Carmen.

Asiente. Recuerda su nombre, y es la primera vez que oye su voz, que es suave y alegre.

—Espero que le guste su aula. Yo la tuve el año pasado. Ya verá que las alumnas son estupendas. —Carmen acaricia la madera de aquellos pupitres, que tan bien conoce, y se acerca más a la chica—. ¿Es su primer año como maestra?

Tarda un poco en responder, y Carmen espera de corazón que

sea un poco más rápida con las niñas. Sigue mirándola como si le costara encontrar las palabras. Quizás está nerviosa, la pobre.

—S-sí. Estuve un par de meses en Carlet, y en otros pueblos de por la zona, pero esta es mi primera escuela con plaza provisional.

—Pues *estese* tranquila, que ya verá que todo irá bien. Tómeselo con calma. ¿Le sirve la enciclopedia?

—Bueno, sí. Es que... quería escribir en la pizarra una consigna, como es el primer día... Pero no encuentro una que sea... «de primer día», ¿sabe?

—Eso está muy bien. Deme, a ver. —Carmen le coge la enciclopedia y busca en el apartado de religión. Pasa las páginas deprisa—. Mmm..., no lo sé. ¿Sabe qué? Yo creo que debería escribir algo suyo.

—¿Cómo?

Ahora que puede verla bien, Carmen se da cuenta de que Isabel tiene unos ojos redondos y verdes, el izquierdo tiene una cicatriz larga y sutil, muy recta, que bien podría ser de una caída de niña o una marca de nacimiento. Una boca fina, que cuando sonríe se levanta junto con la mejilla solo hacia la derecha. Es muy distinta a las mujeres del pueblo, que suelen ser más bien morenas y bajas. Más como ella. Seguro que en el pueblo la gente la mirará durante días, o meses. Se alegra de ayudarla y de poder darle ideas, recién horneadas y aún calientes en su cabeza de principio de curso.

—Que al ser el primer día, yo creo que debería olvidar las consignas de la enciclopedia y debería escribir algo que le apetezca a usted.

La chica parece centrarse un poco.

—Eso pensaba yo. Algo para empezar bien, ¿verdad?

—Claro. Yo tengo la sensación de que será un buen curso.

—¿Ah, sí?

Carmen asiente y nota que sus palabras han animado a Isabel. Pues... ya está. Se siente satisfecha, y está lista para seguir su ruta y seguir aprovechando, rebañando bien los días cuando aún tienen algo de especial y de destacable.

—Bueno, me voy a clase, que en breve llegarán las niñas. Ánimo, ¿eh?

Antes de llegar a la puerta, se da la vuelta y se señala el pecho.

—Algo *suyo*. Y si necesita ayuda…, ¡usted me la pide!

Sube las escaleras deprisa. Deja el bolso en el colgador de su nueva aula, aún más grande y luminosa que la del año pasado.

Todo está perfectamente limpio y en su sitio. Solo un rizo rebelde discrepa de aquel orden.

Ya empieza a oír a las niñas que entran, y decide bajar a recibirlas. Se pregunta si aquella sensación durará mucho y si las niñas empiezan con tantas ganas como ella. Duda un poco pero, al volver a pasar por el segundo piso, la curiosidad la lleva a asomarse al cristal de la puerta del aula del fondo.

Sobre la pizarra, la tiza blanca escribe una frase:

«Todas las historias empiezan con una luz tímida».

Carmen debía tener unos trece años. Para aquel entonces ya hacía casi seis que su padre había decidido que se trasladaran a la casa de Gandía. Manuel, con las vías de tren que pasaban por en medio, no había sido un lugar seguro: igual que en pueblos cercanos, al final de la guerra habían caído bombas. Las poblaciones con estaciones de tren eran las más peligrosas. Además, un grupo de niños que se divertían metiéndose en el Campamento acabó en el polvorín, y una granada de mano explotó. Alberto, el hijo de Casildo, perdió una pierna. Fue la primera vez que Carmen se planteó qué pasaba en ese Campamento que estaba en el terreno que antes había sido de su familia. Algunas personas y algunos amigos de la escuela de Julito habían hablado de una *paret*. No sabía qué pasaba en aquella pared, pero en realidad sí se lo podía imaginar. No le causaba demasiadas pesadillas, porque el Campamento quedaba lejos, muy lejos de su casa, pero tampoco le pareció mal que se trasladaran aquellos años a la casa de la playa. Desde allí, aquella pared les quedaba aún más lejos. Además, seguían viniendo los seis todos los fines de semana; la tía Nieves, el primo Julito, la criada, sus padres y ella.

Su padre decía que, como él faltara demasiado, se les acabarían metiendo en casa, y que la gente necesita tener presente al amo o empiezan a descarriarse rápido, teoría que su madre compartía. Así que venían, y los sábados su padre se pasaba a inspeccionar el *molí* y a intercambiar cuatro palabras con cada uno de los *pagesos*. Y Carmen les enseñaba a sus amigas su nuevo gramófono marca Castroviejo. Por aquel entonces solo ella tenía uno, que le había comprado su padre en uno de sus viajes a Madrid, y decidió que aun así el gramófono se quedaría en la casa

de Manuel, en la Casa Gran. Necesitaba sentir que las otras niñas lo consideraban un poco como *común*, que ella solo lo enchufaba cuando estaban todas y podían bailar juntas. Cada fin de semana traía un disco distinto: Juanita Reina, Concha Piquer... Pero cuando sus amigas se volvían a sus casas, cogía el gramófono y lo guardaba debajo de la cama, por si acaso aquello de que se les podían meter en casa fuera a resultar cierto. Años más tarde, cuando acabó de estudiar, su padre le compraría un picú precioso, blanco y con el brazo que sostiene la aguja de color rojo, que sustituyó al gramófono y que ratificó para siempre la superioridad intrínseca de Carmen sobre las demás chicas del pueblo. Cuánto la debía querer su padre, que le regalaba algo tan bonito y exclusivo, mucho la debía querer que le compraba a ella las cosas que no podía comprarle a su madre, pues ella no sabía disfrutarlas. Amparo, su madre, le prohibió regalar el gramófono Castroviejo a ninguna de las chicas del pueblo, así que aún hoy, que ya es maestra en Manuel, tiene guardados bajo la cama los dos aparatos, uno al lado del otro.

Un día salieron de misa y, después de haber dado una vuelta, regresaban a casa por la calle General Mola. Ella iba de la mano de su padre cuando se encontraron a Enrique subido a una escalera de mano. Pintaba de blanco la fachada de la casa mientras su hijo, que era algo mayor que Carmen, le sujetaba la escalera.

—¡Hombre, Enrique!

—¡Don José Luis! ¿Cómo está? ¿Ya por Manuel?

—De visita.

—Este es mi hijo el *maior*, y justo andaba yo queriéndoselo presentar por si quiere mandarlo este año al *molí*.

—¿Sabes qué día es hoy, Enrique?

Carmen miraba al hombre subido ahí arriba. Era amigo de su padre, y a menudo lo había visto rondando por la Casa Gran con una caja de herramientas. De pequeña recordaba haberlos visto jugar a cartas y fumar muchas tardes. Y discutir en voz alta cuando uno ganaba, incluso en valenciano.

—¡Claro! Hoy es domingo, don José Luis.

—¿Y se puede saber qué haces trabajando?

Se quedaron un momento en silencio.

—Baja, anda, baja.

El hombre empezó a bajar los peldaños, uno a uno. Su hijo continuaba agarrando la escalera, como un pasmarote.

—Disculpe, don José Luis. Ya sé que no procede en domingo, pero es que no tengo otro momento *pa* arreglar la casa, ya ve usted cómo está. No tengo otro momento *pa* poder hacerlo, don José Luis.

—Que no te vuelva a ver trabajando en el día del Señor.

Antes de que el hombre pudiera asentir, con la misma mano que agarraba la mano de Carmen, su padre le cruzó la cara de un golpe, seco y sonoro. El hombre, con los botones superiores de la camisa desabrochados, aguantó un momento con la cabeza gacha, en silencio, y volvió a mirar al frente. Después, su padre cogió de nuevo a Carmen, con la mano caliente, y siguieron caminando igual que caminaban hacía un rato.

Carmen no dijo ni una palabra, con la mano cómodamente encajada en la robustez de la de su padre. Entraron en la casa húmeda y grande, y subiendo a su cuarto se empezó a preguntar si su padre le permitiría al hijo del hombre trabajar en el *molí*. Seguro que sí. A su padre la gente del pueblo le gustaba. Aunque fuera siempre *de revista* y le gustara ir con la camisa más blanca que ninguno, era tan del pueblo como cualquiera de los hombres de la plaza. Entró en su cuarto y se tumbó en la cama, para volver a bajar al salón casi enseguida. Se acercó en silencio a su padre, que leía un periódico en el sofá, y sentándose a su lado le dio un beso en la mejilla. Y entonces volvió a su habitación, más tranquila.

Isabel debía tener unos cuatro o cinco años. Por aquel entonces vivían todos en la casa de Catarroja, una pequeña planta baja que había sido de sus abuelos paternos. Ella había nacido casi con la guerra. Y su madre Isabel le había puesto su mismo nombre, en un traslado y herencia de su propia belleza, reservada y simple. Isabel *mare* era una mujer alta, de melena rubia y suave, y cada año, para el cumpleaños de su hija, le contaba cómo tuvo que esperar mucho para tener un bebé. Isabel le pedía siempre que le contara la historia de su nacimiento. Entonces su madre le explicaba que su padre estaba lejos, muy lejos, preparándose para guerras, y que ella creía que si no volvía se acabaría *pansint*, que se secaría como un arroyo, sequito, sequito, de tanto esperar y de tanto llorar por ese bebé que no venía, que no venía. Que aun cuando todavía no la tenía dentro, ya le hablaba a veces a la barriga. Isabel se acariciaba entonces la barriga, la suya propia, *redoneta* e infantil, y se preguntaba qué cosas le habría dicho. Qué cosas bonitas le habría dicho su *mareta* que ahora ella no podía recordar, que no podía saber. Y luego le contaba que al final su padre consiguió un pasaporte y pudo venir a verla. Y entonces pudieron tener a Isabel. Hasta que supo qué quería decir *pasaporte*, Isabel pensaba que era un tipo de barco o una cuerda larga por la que deslizarse, o una mula proveniente de Ceuta. Isabel movía las piernas acolchadas con excitación desde su sillita, en la que se sentaba mientras su madre cocía y le contaba la mejor parte; ¡la del final! Le decía que, cuando su padre entró por primera vez por la puerta de casa, habían pasado muchos días y su madre se asustó, porque al verlo sin un ápice de barba, no lo reconocía, pues su padre había estado practicando técnicas de afeitado variopintas en la mili y ella nunca lo había visto imberbe. Dice que dio un

respingo y dijo: *«Eixe no és el meu Pompeyo! Eixe és un altre senyor!».* En ese momento del relato Isabel se mondaba de la risa en alto, hasta que le venía la tos o le salían los mocos. Y abría la boca llena de migas de pan y los ojillos le brillaban y si su madre reía también, era mucho mejor.

También recuerda el día en que su madre le compró un hermanito. Llamaron al timbre una tarde aburrida aburrida de invierno. Isabel corrió a abrir y había una señora que no era ninguna de las vecinas, que cogía de la mano a un niño que tenía la cara sucia y llorosa. Isabel se lo quedó mirando en silencio, muy serios los dos, y su madre habló con la señora que no hablaba el valenciano. La señora le preguntó si la *niña* era su hija y que si quería comprar otro niño. Su madre al principio le decía que no, pero luego se puso a hacerle muchas preguntas sobre distintas enfermedades, sobre meningitis, a lo que la señora respondía todo el rato «que no, que no, que no». Al final, su madre fue a buscar unos billetes y unas monedas, y le dijo que tendría que venir más adelante para firmar unos papeles, que si no, no volvería a ver al niño, ni visitarlo, ni nada. *«Els papers de la xurra eixa, que se l'ha tragat la terra.»* Eso decía su padre de la señora, que ni era una masa frita y dulce, ni se había metido por dentro de la tierra; su padre la llamaba así porque así se le llamaba a una persona que vivía en Valencia pero no hablaba el valenciano, y porque no había vuelto a aparecer nunca más.

El niño se abrazó con fuerza a las piernas de la señora, que subió el escalón hasta la puerta un poco a la pata coja. Lloraba bajito, y los sollozos le iban *para adentro*, haciéndosele una espumilla en la garganta impúber.

Ferre, su hermanito nuevo, se encajó bien encajado en el hueco entre el sofá y la pared, no había manera de sacarlo de ahí. Al verlo escondido, Isabel supo qué hacer al momento. Corrió hasta el cuarto y sacó su cajita.

—Toma. Para ti. —Isabel le enseñaba un taco de madera ligera, pequeño como un dedo—. *Tens que fer així: mira.* —Se puso el taco fino entre los dientes, mordiéndolo—. *Tde dlo ponesz y tze ezscondez deszpuesz.*

Ella solía ir a jugar al *taller de fusta* de su padre con las amiguillas de su calle. Con las maderas jugaban a construir *cavallets* o jugaban a *vendre i comerciar*.

Un día, su padre Pompeyo las hizo acercarse a las cinco en corralillo y les dijo, como en secreto:

—*Si alguna vegada venen els avions, vull que agafeu este taco de madera i vos la poseu així, apretant fort. Així no vos mossegareu la llengua si tiren les bombes ací i ens cauen damunt. I després vos amagueu.* ¿Entendido?

¡Su padre era un experto en prepararse para hacer guerras! Todas escuchaban fascinadas, les daba mucha risa tener las cabezas y las caras tan cerca unas de las otras y de la del padre de Isabel. Su padre mordió el taco para enseñarles cómo hacerlo. Todas atendían. A Isabel se le escapaban ruidos de pura emoción y miraba a sus amigas y a su papá, y se tapaba la boca con la punta de los cinco dedillos. Eran *un grupo*. Y ninguna otra niña o niño, que no estuviera allí y en ese preciso momento, sabría el truco del taco de madera de su padre para cuando caían las bombas. Solo ellas.

Desde entonces, cuando oía los aviones sobrevolando su barrio, se echaba a correr como una loca por toda la casa, profiriendo gritos:

—*La pava! La pava! Aaaaaaaah! Que ve la pavaaaaaa!* —Con el taco de madera en las manos—. *Correeeu! Correeeeeu, amagueu-seee!*

Sus gritos retumbaban por todo el salón. Cuando Ferre llegó a la familia, también se echaba a correr. Una gritaba de excitación y el otro de terror. Su madre la agarraba del brazo, pellizcándoselo con fuerza, y le pegaba cachetes en la cabeza.

—*Isabel! Prou! Prou! Xe, pares d'una vegada?* —Entonces consolaba a su nuevo hermano, poniendo ambas manos sobre su cara triste, y abrazándole—. ¿Estás bien, hijo? Ya está..., ya está...

Su madre apoyaba sobre su hombro y su cabellera rubia la cabeza oscura de su nuevo hermano. Isabel se los quedaba mirando fijamente y decía:

—Pero a ti no te hablaba en la barriga.

Su madre la agarra del brazo mientras oyen la voz de Anita diciéndoles adiós desde el mostrador de la mercería. Han comprado unos hilos preciosos y muy resistentes, que no puede esperar a meter en el costurero nuevo. Entonces nota en el antebrazo el impulso de su madre hacia la dirección contraria, y pregunta, extrañada:

—Madre, ¿no nos queda aún pasar por casa del rector y por...?

—Quiero ir ya a casa. Ya me quiero ir.

Carmen suspira por la pequeña batalla perdida de la tarde, y se encaminan hacia la calle Calvo Sotelo —el nombre oficial del carrer l'Abat— para volver a la Casa Gran, de la que habrán salido hace apenas unos minutos.

Justo antes de llegar a la esquina se encuentran, andando un poco perdida, con doña Isabel, la maestra nueva de tercero. Carmen se alegra de verla, apenas han coincidido alguna vez en el patio. Siempre la ve comiendo, distraída, unas almendras de una bolsita de tela, o detrás de doña Consuelo para aquí y para allá. Aunque su madre sigue con la tirantez hacia delante, levanta la mano para llamar su atención.

—¡Doña Isabel!

Isabel se queda un momento desconcertada, y cuando la ve, se acerca con prudencia, como si no supiera si debiera o no hacerlo. Carmen espera que lo haga porque ella no puede.

—¿Cómo está?

—Pues bien, gracias. ¿Y usted? —Isabel inclina un poco la cabeza para poder atisbar el bulto que camina al lado de su compañera de la escuela.

—¿Vendrá alguna tarde por la iglesia?

—No…

—Oh…

Isabel rectifica deprisa, confundida seguramente por la presencia de una mujer mayor anclada con tanto vigor a Carmen, que ni tan siquiera hace ademán de presentarse y que además trata de conducirla hacia delante, y a la vez la obliga a ella a dar marcha atrás por una calle por la que justo acababa de pasar.

—Digo, s-sí. Sí, sí, ¿por qué? Sí que iré.

Es graciosa. Carmen ríe pese a la situación, a la que, por otro lado, ya está acostumbrada y ya no identifica como vergonzante. En realidad no diría que la chica es tímida, como le pareció al principio, más bien es como si tuviera demasiadas ideas en la cabeza y le costara ordenarlas todas. Un día (otro) se la presentará a su madre como es debido.

—Las de Acción Católica nos solemos reunir por las tardes en la iglesia y hacemos muchas cosas. Hay el grupo de las que preparamos para el catecismo, las que ayudan con la limpieza… Seguro que doña Consuelo le habrá contado.

—Sí, sí, por supuesto.

Isabel camina subida a la pequeña acera de la calle de Calvo Sotelo, y su madre y ella van por en medio. Va inclinando el cuello hacia un costado, para poder seguir hablando. Ya se divisa la puerta de la Casa Gran.

—Yo estoy en el grupo de las que cosemos. Si le gusta coser, le encantará hacerlo con doña Patro, que lo suyo es todo un prodigio, aprenderá mucho. Hace unas cosas…, ¿verdad, madre?

La madre de Carmen sigue andando sin darse por aludida. Llegan a la puerta principal.

—S-sí…, me gusta coser. Yo puedo ir al grupo de las de coser como usted, entonces.

—A veces también voy al grupo de las de lectura en voz alta. Leemos el catecismo en voz alta con los niños que tienen más dificultades.

—¿Le gusta leer?

Carmen deja un momento de buscar las llaves en el bolso repleto de los hilos recientes de la mercería, para responder con

pasión.

—Me gusta muchísimo leer.

Parece como si de repente se le iluminase un poco la cara a Isabel. Carmen hace girar la llave, y su madre se escabulle dentro de la casa, que se intuye inmensa y majestuosa ya desde fuera. Ojalá su madre pudiera pararse un momento y contarle a la maestra nueva la cantidad de libros que leía su hija durante los años que estudió, lo bien que recita en voz alta, y la de fragmentos de novelas que se sabe incluso de memoria, de haber pegado la nariz a todas esas letras durante tantas tardes y noches. Isabel echa un vistazo fugaz a aquellas paredes regias y a los barrotes negros que cubren las ventanas exteriores.

—Bueno, pues nos vemos con las de Acción Católica, entonces. ¡Que pase una buena tarde!

—Y usted, doña Carmen...

Carmen entra al recibidor, pero, justo antes de cerrar, le viene a la cabeza:

—Por cierto.

—¿Sí?

—¿Siempre es así de rubia? —Isabel la mira extrañada y se le levantan un poco las cejas—. Quiero decir: ¿se le pone así de rubio el pelo en verano, o todo el año está así?

Isabel vuelve a tartamudear como los primeros días. Se toca con los dedos las puntas del pelo, como si fuera el de otra.

—B-bueno, no sé... Se me pondrá más rubio en verano, por el sol, supongo.

—¡Pues le queda de maravilla! De verdad.

Carmen cierra la puerta, sonriendo, y deja ruborizada, al otro lado, a la muchacha, que empieza a deshacer el camino por el que había venido.

Su madre la espera de pie, justo a su lado.

—No abras la puerta cuando haya desconocidos afuera. Ábrela justo para que no se vean ni los cuadros de la pared, ni los marcos de plata.

Isabel se toca las uñas, nerviosa. La puerta está medio abierta.

Le gustaría colaborar con las que hacen lectura en voz alta, o con las de costura. Aún no lo tiene claro.

Mira entonces al interior de la iglesia. Y aunque no ve a Dios, a lo lejos hay un pequeño milagro de pelo ondulado que le sonríe desde uno de los bancos.

Y entonces Isabel sabe que se va a quedar un largo tiempo en Manuel.

Manuel es un pueblo sin sombras. A Isabel le llama la atención lo plano que es. Cuando la gente no está reunida en algún sitio concreto, parece que no hubiera nadie. Excepto una pequeña montaña, pasada la vía del tren, en dirección a l'Énova, el resto del pueblo es como un mantel tendido. Es mismamente como la palma de una mano. Si te plantas en medio de las dos calles principales, te da la sensación de poder ver tanto el principio como el final del pueblo. Pasadas las fiestas, las tardes que había salido se había cruzado con muy poca gente, y el bar había permanecido cerrado todas aquellas semanas. El bullicio de los niños en la puerta de la escuela, antes de irse a sus casas, o al *molí*, parecía el sonido último del día. Algunas, supone que madres de alumnas suyas, ya la saludaban por su nombre.

Isabel camina por uno de esos *camins d'horta*, y a la derecha tiene el campo, los *tarongers*, igual de bajos que el pueblo. Aunque la luna —prematura, pues aún hay luz— está baja, parece lejana, al no competir con árboles o campanarios. Isabel lleva consigo el libro de la tapa verde lima y su *saquet* de almendras. Ya casi se lo ha terminado —porque las partes del coro las ha pasado un poco rápido, la verdad— y ya ha decidido que es su libro favorito.

«Que vuestra alteza me perdone. No sé de dónde me viene la osadía, ni cómo podrá convenir a mi modestia el abogar por mis sentimientos en presencia vuestra. Pero...» Isabel ha trazado una línea bajo la palabra *osadía*, porque le gusta. También bajo otras que le han llamado la atención, como *un haz de espinos*, *a la sazón* o *arrobamiento*. Se ha dado cuenta de que alguien, el antiguo lector, ya había trazado líneas sobre algunos fragmentos o versos. Como las huellas que se dejan sobre la tierra húmeda. Al ver esas palabras señaladas, Isabel piensa que alguien le está diciendo: «Por

aquí pasé y por aquí sentí».

Se pregunta si quienquiera que fuera se sentiría como se siente ella esta *vesprà*. Pasa las páginas y relee trozos dispersos: «¿Cómo traer la luz de la luna a una habitación?», o: «Y ahora, en la cima del discernimiento, la razón dirige todos mis deseos, y me lleva a tus ojos, preciosos libros, donde leo historias que el amor ha escrito».

Isabel, con el rostro iluminado, mira el libro, a su vez iluminado por la luna. O quizás es el libro abierto el que alumbra a la luna. Y después mira atrás, al pueblo y, como le dijo alguien en su primer día de escuela, se pone a pensar en algo *suyo*. Se imagina otras palabras, nuevas, propias.

La noche ha empezado a teñirlo todo de negro. Un sueño en una noche de verano.

Isabel vuelve paseando a su piso con un nombre, un nombre, silbándole en la boca.

Los días que viene a desayunar la tía Nieves a las ocho, le es más fácil poder irse pronto para la escuela. Hoy su tía y su madre irán a ver al rector don Javier, y eso significa que su madre saldrá de casa y le dará un poco el aire, por fin. Carmen le da su vaso vacío a Roberta, la criada, y sale por la puerta de la entrada.

Justo delante de la Casa Gran tienen el banco con la vista más bonita del barrio de l'Abat. Pero ella tiene cosas que hacer, está ocupada, su vida está llena de obligaciones y responsabilidades, y le gusta ser esa persona que no se puede permitir sentarse en el banco a observar el paisaje precioso. Le gusta ser la persona que no puede ponerse a desayunar durante hora y media y que está demasiado ocupada como para ir a visitar al rector. La que no tiene tiempo para quejarse.

Los sábados por la mañana, las de Acción Católica dan la catequesis a los niños. Hoy les tiene que repartir los catecismos. Los niños más mayores ocuparán la iglesia, con doña Consuelo, así que, ayer por la tarde, Carmen pidió a Jaume que dejara los bancos preparados en el patio.

Carmen reparte los libritos por los bancos marrones. Trece. Se deleita colocándolos de forma que el borde de la cubierta y el borde de la madera de los bancos coincidan.

Luego se queda un rato sin saber qué más hacer. Se sienta con las piernas cruzadas en uno de los bancos y mueve entre los dedos la pequeña cruz de oro que lleva colgada del cuello. Y deja la mirada perdida, esperando.

Se oye el ruido de la verja. Isabel ha venido hoy, y cruza el patio a grandes zancadas, y sonriendo con la boca abierta propia del que viene acelerado.

—¡Isabel, buenos días! No se preocupe, que aún es pronto.

¿Qué? ¿Cómo está?

—¡Buenos días! Muy bien.

Isabel ha puesto énfasis en el «muy». A Carmen se le contagia algo de esa predisposición tan inesperada, de esa energía, pero es que no queda nada más por hacer de momento.

—Pues..., bueno, supongo que ya sabrá el funcionamiento. Hoy, después de rezar, leeremos las primeras oraciones del catecismo y memorizaremos alguna. Seguro que estarán todos un poco... exaltados, ya sabe. El primer día siempre pasa...

—Yo es que había pensado algo un poco distinto para hoy. A ver qué le parece...

Carmen se desconcierta. Su mirada pasa un segundo por encima del pentágono perfecto que forman los bancos.

—¿Distinto...?

—Pensaba que podríamos mandar copiar las primeras oraciones a los niños.

—¿Y eso por qué?

—Así es como mejor se memoriza.

—Ah...

—Y creo que necesitan practicar bastante la caligrafía, y la ortografía, también. Yo enseguida he notado algunas dificultades en las alumnas de tercero, y doña Consuelo me comentó lo mismo respecto a las de cuarto, el otro día. Creo que estaría bien insistir en..., bueno, en eso.

Se hace un silencio incómodo. Eso no se lo esperaba. Se le sube la sangre a la cara. Doña Consuelo le ha comentado a Isabel que sus alumnas han presentado problemas con la ortografía. Carmen carraspea e intenta que no se le note el creciente bochorno.

—Bueno... Sí que es verdad que siempre han presentado *un poco* de dificultad con la ortografía. Claro, como no practican en casa... No practican, no hay manera de que practiquen.

—Pues claro. Como no practican en casa, pues: ¡que practiquen en catequesis! Todo el mundo en silencio y a copiar las oraciones. ¿No?

Esta nueva fuerza en Isabel no se la esperaba. También quiere

que se le contagie, y volver a ser la maestra *más experta* en las cosas de la escuela.

—Pero no podrá ser. Porque entonces tendríamos que subir a las aulas, y ya mandé que nos bajaran los bancos. Y en la iglesia está doña Consuelo, con los mayores...

La antigua timidez de Isabel hace una sutil tentativa de volver, con un nuevo rubor sobre sus mejillas, espejo del de Carmen.

—¿Y por qué no podrá ser?

—¡Pues porque no se van a poner a escribir sobre los bancos!

—Pues se coge la mesa del aula *dels cagons*, que estará abierta.

Isabel se va y Carmen se queda un poco fuera de lugar, sin saber qué hacer con las manos. Vuelve a recolocar los catecismos, en inerte perfección.

Los niños y las niñas van empezando a llegar. Dejan sus saquitos en el suelo y empiezan a chapurrear entre ellos en valenciano, hasta que se dan cuenta de la novedad de los libritos que hay sobre los bancos, y estos abducen toda su capacidad de atención. Carmen les habla con una voz un poco más seria de lo normal.

—Nos vamos sentando en los banquitos, que la maestra Isabel ha ido a buscar una...

Carmen se vuelve a sonrojar, aún más. Isabel ha salido al patio, con la mesa del aula *dels cagons* agarrada con los dos brazos, y apoyada sobre la cabeza. Es así: Isabel carga la mesa grande como si nada. La pone entre los bancos, los niños se sientan, y Virtudes apoya su cabeza trenzada sobre la mesa, medio dormida. Isabel mira a su alrededor, satisfecha.

—¡Sillas! Para nosotras. —Con un saltito, vuelve a irse para adentro.

—B-bueno..., pues. Esto que tenéis en los banquitos... Aún no los tocamos, por favor, Adelina. No. No los tocamos. —La niña mira el librito flamante con un delirio pegado a los ojos—. Esto que tenéis en los banquitos es el catecismo, y os acompañará hasta que llegue el día de vuestra primera comunión. Lo tendréis que

cuidar m…

E Isabel vuelve a salir al patio, con dos sillas cogidas en un solo brazo. Las deja en el suelo, una al lado de la otra. Entonces se sienta y la mira, más atenta que los niños, que ya no pueden esperar más para toquetear el catecismo. Carmen da dos palmas al aire.

—A ver…, ahora que cada uno coja su catecismo, y le ponéis vuestro nombre. —Los niños hacen lo que se les manda—. Lo abrimos por la página tres. ¿Qué pone, Carolina?

—«Jesús y Dios mío, que estáis en el Cielo, estáis en la tierra…»

Carolina lee la oración entera, de arriba abajo, muy bien leída. La ha escogido a ella para demostrarle a Isabel que, quizás de ortografía no, pero de leer, sus niñas, saben.

—«… para agradaros a Vos, y para bien de mi alma…»

¿Se lo ha parecido, o Isabel acaba de soltar un resoplido?

—«… amén.»

—Muy rebién, Carolina. Pues ahora copiaremos todos la oración que Carolina ha leído para nosotros, y no quiero encontrar ni una sola falta, ¿eh? Ni una, ni una. Y hacemos buena letra. ¡Alfredo! Copiamos en silencio, ¿de acuerdo? Muy bien. Muy bien, pues.

Antoñete levanta la mano.

—Maestra.

—Sí, Antoñete.

—¿Y cuando acabemos de copiar la preg…?

—Pues la copiamos otra vez y de memoria. —Isabel responde seca, y luego la mira con una sonrisilla plantada en la cara.

Carmen se sienta en la silla libre, un poco mosca. Los niños empiezan a copiar.

—Entonces, ¿le gusta leer, me dijo el otro día?

La mira con estupor. ¿Por qué les ha dicho a los niños que copien en silencio si ahora van a ponerse a hablar?

—Sí.

—A mí también. Mucho.

—Ah.

—Sí. De hecho, me estoy leyendo un libro ahora mismo. —Ella mira a los niños, que copian concentrados—. ¿No tiene curiosidad?

—Claro. ¿Qué está leyendo, pues?

—*Sueño en una noche de verano*, de Shakespeare.

—*Sueño de una noche de verano*.

—Eso. Es la mejor obra de Shakespeare.

Ahora ya la mira con escepticismo. De repente ya no le agrada tanta confianza. Ella ha leído, ha leído muchas obras de Shakespeare. Durante los años de estudio no hacía otra cosa que leer.

—Tenga cuidado, que quizás le podrían dar otro punto de vista. Quiero decir que es una buena obra, pero no sé yo si es *la obra*. —Y vuelve a mirar a los niños, ella, la maestra experta.

—Bueno, yo no he leído *las otras* obras de Shakespeare, pero sin duda esta es la mejor. Si quiere le podría leer una escena que... es que, cada vez que la leo, se me enciende algo por dentro.

No responde. Sigue mirando hacia delante con el ceño ligeramente fruncido, pero siente un pequeño cosquilleo en la boca del estómago. Isabel mete la mano en el bolso y saca un libro verde de tapa dura. Pasa las hojas deprisa, buscando por las primeras escenas.

—Bueno, es que no la encuentro. —Da igual. Deja el libro sobre el regazo—. Solo tiene que leer la escena en que Lisandro y Hermia, que están muy enamorados, están solos en el bosque. Al principio del primer acto. ¿A que se dice *actos*, en teatro? —Carmen asiente. ¿Cómo es posible que no sepa eso?—. Pues, lo que pasa ahí es que los dos acaban de salir de hablar con el rey de Atenas para impedir que a Hermia la hagan casarse con un hombre al que odia. Demetrio... o algo así. Y, por decirlo rápido, todo les ha salido muy mal. El rey les ha dicho hace un momento que, si no hacen caso a los deseos del padre de Hermia, ¡se les castigará con la muerte! Es decir... ¡que los matarían!

—Sí, sé cuál es. —Ha dicho esa frase a un volumen normal para ver si Isabel nota que está alzando un poco demasiado la voz.

—Entonces, Hermia está deprimida, como muy frustrada,

claro, está así por todo lo que les acaba de decir el rey. Dice: «¡Oh, infierno!», se queja porque el amor es siempre imposible, se queja porque nunca en la vida van a poder estar juntos. Yo me imagino que da una patada en el suelo. —Golpea con el pie el suelo del patio—. Y me imagino que está llorando, y Lisandro la mira y seguro que piensa: «¿Qué hago?, ¿qué hago?». —A Carmen se le escapa sin querer un poco la risa, porque Isabel está poniendo voces, y aquello la lleva a motivarse más—. Entonces, de repente, él se arma de valor, la mira, y dice…

Acerca entonces su cara a la de Carmen, y su voz firme se desliza como por una superficie, de los ojos de una a los de la otra.

—«Hermia, amor, mi amor. Tengo una tía, una tía viuda, que no tiene hijos y vive a más de… ¡siete leguas de aquí! Huiremos. Huiremos de las leyes de Atenas, y de tu padre. Si me quieres, confía en mí. Te espero esta noche en este bosque. ¡Y cásate conmigo, que estoy loco por ti!»

Carmen la corta apartándose un poco de ella, que casi ha acabado encima de su silla.

—¿Exactamente eso, dice?

—Bueno, más o menos. ¿No ve que lo que está haciendo el personaje es algo muy humano? Es darle un empujón de esperanza a la persona que más quiere. Seguramente le duele el desánimo de ella, pero aunque le esté diciendo una verdad… o una mentira, ha visto en ella que le tiene que mostrar un nuevo camino. Y eso es precioso…, ¿no?

Los labios de Isabel están exhaustos de haber buscado tantas palabras y de habérselas dado en mano a Carmen, y se entreabren un poco, esperando algo a cambio.

La verdad es que… esa parte de la obra siempre le había pasado desapercibida. Ladea la cabeza, sincera.

—Pues… sí. Veo que le gusta mucho esta escena. Me parece que necesita usted un escenario, ¿eh? Le tendré que decir al rector que, este año, el sainete lo dirigirá usted. Ya me la estoy imaginando…

Las dos se ríen.

—Quizás debería, si quiere, leerla. —Isabel coge de nuevo el

libro y se lo ofrece.

Carmen se da cuenta entonces de que los niños llevaban ya un rato haciendo alboroto y chinchándose entre ellos.

—¡Chist! ¡Canet, Antoñete! ¿Habéis copiado la oración entera y sin faltas, o es que estáis de cháchara todo el rato?

Los niños vuelven al murmullo repetitivo de la memorización, con los codos apoyados sobre la mesa.

Un soplo de aire adorna el silencio de los minutos pasando.

En la cabeza distraída y amante de la literatura de Carmen empiezan a proyectarse poco a poco algunas imágenes, difusas. Coge forma un bosque de Atenas, bañado todo entero de agua de lluvia. En él están reunidos un padre consternado de espalda encorvada y un rey hermoso pero implacable. La cara del rey es parecida a la de su padre. Por la cabeza de Carmen pasa una Hermia de mejilla rosada y vestido blanco y puro, que llora desesperada sobre el tronco de un árbol calado. El calor de su aliento deshace aún más el agua, que la acompaña en su lamento al gotear. La cara de Hermia es parecida a la suya propia, aunque más bonita. Lisandro le muestra, señalando entre la arboleda, un sendero lejano y nuevo, y seca el rostro humedecido de su amada con la palma de...

—Maestra.

Antoñete le da unos golpecitos con el dedo índice en la rodilla. Le muestra una *garrafeta* azul.

—Maestra, que ma mare m'ha dit que hui tinc que marxar antes pa comprar el petroli. Que me'n puc anar?

Carmen suspira. El niño, que andará con una potencial bomba en las manos por el pueblo, pasa al lado de Isabel con la garrafa azul, y se va. La mayoría de los niños han ido acabando de copiar, y siente un ligerísimo ligerísimo duelo de saberse volviendo a casa a comer dentro de nada.

Los niños, mandados por Isabel, empiezan a llevar los bancos dentro de la sala de gimnasia con algo de dificultad. Se dirige a la verja para despedirlos.

Marita persigue a Adelina, y se van directas a la plazoleta de delante a correr, mientras repiten en voz alta: «Jesús y Dios mío,

que estáis en el Cielo… Jesús y Dios mío…».

Y entonces le viene a la cabeza aún un rostro más. El de Lisandro, que es parecido al de…, al de…

—Ya está todo. Bueno, que si quiere que le preste el libro, me lo dice y yo se lo dejo. Pues hasta mañana, o pasado, doña Carmen… ¡Cuídese!

Los viernes por la tarde, la calle de delante de la iglesia se abarrota de niños con ganas de acabar e irse a jugar. Cuesta Dios y ayuda que a una le hagan caso y se pongan en fila recta y como es debido. Doña Consuelo no parece gozar del don de la paciencia hoy, y grita con voz de sapo ahogado. Don Vicente, el maestro de los niños, se acerca a los de su clase y empieza a arrastrarlos a todos a la parte de delante.

Carmen reconoce a Isabel, en una esquina apartada, con las manos cogidas tras la espalda. Se pone a agarrar nucas y hombros para alinear a sus niñas antes de que los alaridos de doña Consuelo lleguen a su zona, y ve como Virtudes se acerca a preguntarle algo a Isabel, que le responde con un «no sé».

Al cabo de unos minutos ya parece todo en orden. Agustín, que es el más alto y el encargado de izar la bandera, da una patada en la espinilla «firme» de Antoñete al volver a su sitio, y este gime de dolor en voz baja. Todos levantan el brazo, apoyando la mano en el hombro del de delante. Los maestros se quedan en un lateral y don Vicente, después de gritar «¡firmes!», empieza a cantar:

Cara al sol con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer

Carmen siente como alguien le roza el hombro derecho. Los dedos de la mano alzada de Isabel se apoyan sobre el popelín de su vestido rosado, igual que los niños hacen entre ellos.

Volverán banderas victoriosas
Al paso alegre de la paz

—¿Le apetece salir a dar un paseo el lunes después de clase? —le pregunta en un susurro.

Carmen vuelve la cabeza un poco y asiente.

¡... Que en España empieza a amanecer!

Al llegar a casa sale un ratito al patio. Después del de las hermanas Tena, el suyo es el patio más bonito del pueblo entero y de l'Énova. Más vale aprovechar las últimas tardes de octubre en que el sol sigue calentando la mesa de cerámica de color crema y se puede estar fuera sin rebequita. Los motivos de alegría se van agotando... Sostiene entre las manos el catecismo delgado de Carolina, la pequeña de las Cortés. Teme que Marita y ella sean las próximas en dejar la escuela, como el año pasado fue el último de Lourdes y de María José. Su madre se ha enterado de que les ha llevado pan con chocolate a la escuela más de una vez, y que ha estado mareando a su padre para que dejase que las niñas fuesen a trabajar al *molí* solo los sábados para que no perdiesen días de clase, y, como siempre, ha empezado a obsesionarse con el tema.

—Esas niñas tienen que saber la vida que tienen y no puedes andar haciéndoles creer vete a saber el qué.

Su madre ha sacado el costurero nuevo fuera, pero no tiene intención de abrirlo.

—Solo es un poco de merienda.

—Al principio solo es un poco de merienda, pero luego será una cola de gente delante de nuestra casa pidiendo de comer y pidiendo favores. A esas personas si les das *esto* —su madre clava la uña larga y limpia del pulgar sobre el dedo índice— ya se creen que pueden quedarse con tus cosas y aprovecharse de las hijas de uno, y tu padre de eso sabe bien, que por eso tuvo que endurecerse cuando después de la guerra todos le pedían trabajo. Piden trabajo pero no tienen ninguna gana de trabajar. Además...

Su madre no termina la frase para añadirle interés. Carmen sigue leyendo el cuaderno de Carolina, que es una de sus niñas más aplicadas y la que corre más deprisa en gimnasia.

—Además, el padre de esas niñas… El padre de esas niñas seguro que es de los que quemaban iglesias. Ya está, ya está dicho. Ponte como quieras, hija, pero es así.

—No lo creo, madre. ¿Cómo va a ser Pepito Cortés de los que hacían eso?

—Es muy raquítico pero te sorprendería lo que hace el pasar hambre. La gente se puede volver como loca si le prometen el oro y el moro.

Carmen nunca entendió cómo podía ser que a su madre no le hiciera ningún efecto el sosiego propio del patio. El patio de su casa, fresco, lleno de buganvillas, con el rosal trepador en forma de arco, la fuente redonda de piedra en el centro… siempre tuvo una influencia indubitable en su estado de ánimo, y la tendría en el de cualquiera. De niña solía columpiarse en la mecedora de mimbre. Leía y les escribía cartas a sus amigas que luego nunca enviaba. Pero a su madre no le gustaba mucho echar la tarde fuera, y si lo hacía, no le hacía sentir lo mismo que a ella. Habitaba una casa preciosa y aparentemente dócil con una angustia perseverante que nunca se reservaba para sí misma. En algún momento escogió vivir con ella.

—Voy a coger frío.

Su madre vuelve dentro. El sol ha ido cayendo y, es cierto, empieza a refrescar un poco. Entra en casa en busca de un jersey. Al bajar piensa en contarle a su madre que tiene una nueva amiga, que es la chica que se encontraron aquella vez saliendo de la mercería. Pero desde la escalera la ve agachada, escondiendo las latas del chocolate y las galletas en el armarito con llave.

Los padres de Isabel se comunicaban casi la totalidad del tiempo a través de discusiones. Ferre e Isabel estaban ya acostumbrados a desayunar, comer, cenar —los días que se podía— e irse a dormir con una banda sonora regular de reproches, regaños y reprimendas a plena voz, que incluían todo tipo de ofensas y ataques directos excepto insultos, y que solían acabar con una desacreditación a su marido que Isabel *mare* compartía con su hijo Ferre, y con toda clase de críticas sobre su mujer que Pompeyo compartía con Isabel *hija* entre dientes.

—És que ton pare...!

—És que ta mare...!

Una de las discusiones más habituales consistía en que Isabel *mare* le quería prohibir a su marido que siguiera cortándole el pelo a la hija *de aquella* manera. Sacudía entonces, enérgicamente, el retrato de familia, muy cerca de las narices de su marido, delgado y testarudo, con los nervios del todo desquiciados. Le limpiaba el cristal con el delantal, *«tu ací què veus?! Tu ací què veus?! »*, y su padre, hinchando el pecho con orgullo, le decía que veía una familia con el pelo cortado por un *verdadero profesional.*

—Pompeyo, és una família amb els pelos tots tallats com senyors d'una funerària. I mira, amb el xiquet, pos encara em pareix que pot anar així. Però, i la xiqueta? En quin moment se t'acut a tu tallar-li el monyo d'eixa manera? Et prohibisc terminantement que li tornes a tallar el monyo d'eixa manera! M'has sentit?

El padre de Isabel no se dejaba amedrentar, ni tenía intención de ceder. ¡Él era el padre de familia! En eso consistía un papel que había ido perfeccionando en todos los años de matrimonio: ser muy pesado. Insistía en hacer las cosas como él sabía hacerlas. Por eso la casa estaba llena de muebles medio torcidos y montados

regulín, con los que atestaba el salón, y que traía desde el *taller de fusta* con la ayuda de su carretón. Y durante sus años de mili, él había aprendido a cortar el pelo *a lo caballero*, con la técnica *a lo garçon*, y sus cortes habían sido un éxito entre los reclutas. ¡Hasta el brigada Emiliano había pasado por su litera! Sus quintos estaban más que encantados con aquel arreglo capilar tan elegante. Era práctico y las cosas prácticas jamás pasaban de moda. Además ¿por qué iba a cortar el pelo de una forma en la que no sabía cortar? Practicaba con los familiares que se dejaran hacer, con sus hermanos Sebastià, Perellonet y Ricard, con el camarero de l'Arrosser, y con su cuñado Evaristo, con el que además hablaban alegremente sobre la escasez de setas de aquel año, de los *bous*, y de un taller nuevo de bicicletas donde le arreglaban el precio.

Y, por supuesto, practicaba con sus hijos, que los tenía a mano. Aquellas cabezas pequeñas que requerían de virtuosismo y precisión. El cabello rubio de Isabel era más grueso y recto, más fácil de cortar y moldear. Ferre no abría boca cuando su padre le hacía sentarse en los bloques de madera que había apilado sobre el sillín en el que sentaba a sus dos clientes menores de edad. El hombre le envolvía el cuello con una sábana que había furtado del cajón bien ordenado de su mujer y el niño aguantaba pálido, con el clec-clec de las tijeras cerquita de sus orejas y sus ojeras de color bien rosa, traslúcidas, como medias lunas que se le empezaban a cubrir de pedacitos diminutos de pelo negro.

Enseguida, Isabel empezó a ir a la misma escuela que Ferre. El niño se quejaba de que en el recreo no podía jugar a la pelota ni nada, porque Isabel se le quedaba agarrada de la mano todo el rato y aquello le estaba martirizando. Había que encontrar un punto medio. Pronto les tocó hacerse el retrato de la escuela, que podrían sumar al familiar de la mesilla del salón. Vino un fotógrafo y, como ya todos sabían que eran hermanos, los colocaron juntos en la foto. Les habían puesto un decorado, en el despacho del director, ¡con una bola del mundo!, y una silla de mayores. Y un teléfono de verdad que Isabel, en un arrebato de simulación teatralística había cogido así como si estuviera hablando con alguien al otro lado. Ferre no había cogido ninguno de los objetos disponibles a su

alcance, pero aun así la foto había quedado estupenda, Isabel estaba encantada con el retrato escolar y con lo dispuestos que los había dejado su padre, tan inconfundiblemente parecidos pese a las diferencias. Por su lado, Ferre anhelaba con secreto fervor que su madre hiciera algo para poner fin a todo aquel despropósito.

—Se pensaran que és un xic. Perquè no pot dur el cabell com les altres xiques? Se pensaran que la teua filla és un xic!

Bah, su madre no entendía nada de nada. Isabel atendía a la discusión en la cocina muy entretenida, sabía que su padre ganaba siempre, de todas las formas. Agarraba con agilidad el cazo metálico del escurridor, ese que su madre se encargaba de poner a una altura fuera de su alcance, y se encaminaba hacia el *taller de fusta*, contenta.

Habían descubierto que la forma del cazo con el que su madre calentaba las lentejas encajaba *perfecto* con el cráneo de la niña, y ella estaba sosteniéndolo aquel día mientras su padre cortaba (clec-clec) muy concentrado. Isabel intentaba liberar el brazo de la sábana blanca de fantasmón, para quitarse de la falda los pelitos pegajosos que iban cayendo.

—No se preocupe, papà. La mamà no entén res de res.

Su padre refunfuñaba y le daba la razón.

—Jo, quan siga gran, portaré a tots els de la meua família ací al taller perquè els talles els pelos.

Y su padre asentía, y le daba otra vez la razón.

—Tots tots, i si no volen, els obligaré de veres.

Pues muy bien, y le daba la razón.

—Els meus fills, i a la meua dona també. I si la meua dona no vol vindre, pos li'l tallaré jo mateixa, així com vosté sap, a casa nostra.

Su padre quitó el cazo de la cabeza de Isabel para mirar si los lados estaban bien compensados, e Isabel se puso rápido a soplar, aprovechando aquel pequeño impase, para hacer volar los pelitos, tratando de mover la cabeza lo mínimo posible. Los bloques de madera sobre el sillín cedieron y osciló un poco a la derecha.

—Escolta xiqueta, tu què dius?

—Pos que si com la mamà, la meua dona…

—Calla, eh? Eixes tonteries no les repetisques davant de ningú, tu,

eh? No les tornes a dir mai més.

Isabel asintió, contenta. ¡Ya tenían un nuevo secreto de *taller de fusta* con su *papà*! Cuántas confidencias.

Cuando volvieron a casa, Pompeyo guardó el cazo de las lentejas en el armario de lo más alto, al fondo, e informó a su mujer, a regañadientes, de que nunca más le cortaría el pelo a Isabel.

Y aquello desató una nueva discusión, pero ya sobre otras cosas.

—Y yo le digo: Mamá, ¿qué pasa si a veces deseas cosas que no puedes explicar?

Carmen lleva un rato hablando mientras pasea al lado de Isabel, y la punta de la manoletina se le ha empezado a manchar con la tierra del camino. La maestra nueva camina haciendo equilibrios subida encima de la acequia, con las sandalias, una delante de la otra por el murillo bajo y estrecho.

—¿... qué pasa si por dentro te sientes joven y llena de vida, y todo se queda... ahí...?

Nunca antes había puesto voz a esos pensamientos. El paisaje de naranjos, que hacía tanto tiempo que no visitaba, le está desatando un poco la lengua. Quiere que su nueva amiga escuche una idea que hace tiempo que le preocupa de verdad, y hablar hoy le produce tal sensación de alivio que incluso podría decir algo más de lo que imagina. Con las hermanas Tena nunca hablaba de nada así. Casi nunca hablaba. Y con Patro tampoco podría hacerlo, claro, porque conoce a su familia de toda la vida.

—¿Y qué le dice su madre?

Isabel la escucha atentamente, aunque se juegue acabar metiendo un pie en la corriente encauzada entre los campos. El agua corre fría y transparente, sin despistarse, hacia su objetivo de ir regando toda la extensión de cultivos de huerta de la comarca, recorriendo muchos, muchos kilómetros más allá de donde se encuentran ellas dos.

—Al final se va a caer... —Carmen ofrece una mano a su inestabilidad—. Bájese, ande.

—Que desde aquí se ve mejor.

Carmen mira hacia el campo de naranjos que las rodea, y levanta la barbilla para verlo en toda su amplitud imposible.

—Se va a mojar los pies...

Entonces Isabel se quita las sandalias y las lleva colgando de los dedos. Si se las mira desde arriba del cielo, Isabel es una cometa jugueteando contra el viento y Carmen la niña que la agarra a través de un cordel. Si la soltase, acabaría flotando en alguna galaxia remota, como una estrella errante.

—¿Y qué le dice? Su madre. ¿Qué le dice?

Piensa un momento.

—Yo creo que se piensa que hablo de bailar en la iglesia, o algo así.

Isabel se para un momento para reírse de la broma, y a Carmen le agrada sentirse divertida.

—¿Y no es eso?

—¡No!... Yo no bailo.

Se ríe un poco más al imaginársela bailando al ritmo soporífero de un canto litúrgico. Hablar de la iglesia ha hecho que Carmen recuerde algo.

—Por cierto. ¿Cómo es que no la vi ayer en misa?

—Porque no fui.

—Ya, pero ¿por qué? ¿Se encontró indispuesta o algo?

—No.

Como una funambulista, Isabel mira el agua bajo sus pies y siente sed. Pero sed de bañarse, de mojarse, de dejarse llevar por el gozo del agua. Sed de muchas cosas.

—¿Por qué, pues?

—Los domingos me voy a visitar a la familia.

Carmen se contraría un poco consigo misma. ¿No habrá sido algo desconsiderado no haber pensado que Isabel tiene una familia a la que visitar, a la que abrazar, de la que preocuparse? Se da cuenta de que no sabe nada de sus padres ni de su pasado. Ayer estuvo buscando con la mirada por toda la iglesia, y se fue a casa con las ganas de haber hablado un momentito con su amiga y haberla podido presentar esta vez a su madre y a su tía. Para Isabel, el fin de semana ha sido eterno. La tarde del sábado no hizo nada de provecho, estuvo tumbada en la cama mirando el techo y pensando en que debería lavar algo de ropa antes de empezar la

semana. El domingo salió un rato a explorar la zona de los *tarongers*, después de evitar ir a la iglesia, pero volvió a casa rápido porque el aburrimiento de sí misma era irremediable.

—¿De dónde es su familia?

—¿Qué zonas une esta acequia?

Carmen no sabe si Isabel tiene problemas de concentración o es que simplemente no le interesan nada algunas conversaciones.

—Pues... no lo sé..., todos los pueblos *de la comuna*, ¿no?

—¿*Esta* —señala la acequia bajo sus pies— es la misma que pasa por *toda* la comarca?

—No lo sé exactamente, no, bueno..., no lo sé, supongo.

—¿Y dónde desemboca esta acequia?

—No lo sé, la verdad.

—¿En el río?

—Puede ser, en el río, claro.

—O sea —Isabel se para un momento y se pone de cara a ella, movimiento que le causa un ligero tambaleo—: Esta agua, la que ahora está pasando por aquí, por una triste zanja de hormigón cualquiera, no sabe si podría acabar desembocando... ¡en el río!..., ¡o en el mar! No lo sabemos, vaya.

—Bueno, en el mar no lo creo.

—Y aun así, fíjese. —Salta al suelo y hunde la mano en el agua fresca y galopante—. Lo decidida que avanza... No tiene idea de dónde va a acabar, pero aun así, avanza hacia allí sin dudarlo.

Carmen sonríe.

—Mi primo Julito hace de ayudante del *sequier*, puedo preguntarle mañana.

—O ya lo averiguaremos.

Donde el camino de naranjos se diluye, se encuentran con una nave abandonada. O también podría ser una fábrica. Fuera hay unas sillas viejas que nunca nadie recogió, que parece que hubieran estado esperando a que llegaran ellas dos. «Vaya, menuda suerte», piensa Isabel, porque seguro que Carmen no habría aceptado sentarse en el suelo de ninguna manera.

—Gracias por la merienda.

—De nada.

Carmen saca del bolso dos paquetitos de chocolate y galletas envueltos en un pañuelo de tela, y le da uno a su amiga.

—A mí también me pasa. Eso que me decía antes. Lo de los deseos… que no se pueden explicar.

¿De verdad Isabel puede sentirse como ella? No se lo acaba de creer. No cree que a ella le pase; estar sentada delante de su madre sin saber qué decirle, sin saber muy bien quién es esa persona que vive con ella, sintiendo a veces como si estuviera atada a la silla de la cocina por unos brazos invisibles. No cree que ella pueda sentir el deseo inexplicable de salir volando, un oscuro, oscuro deseo, a veces, de ser… *huérfana*. Se muerde el labio inferior por haber pensado algo así. Isabel no parece ser una persona con deseos tan horribles. Algunas, algunas veces se siente realmente mal y no puede ni siquiera contárselo a sí misma. Se muerde el labio inferior con fuerza para no contárselo a sí misma.

—A veces siento que la vida es una ropa que me va demasiado pequeña —dice Isabel devorando el chocolate negro.

Se la queda mirando en silencio. Esas palabras le calientan más el estómago que cualquier merienda. Siente ganas de llorar, como cuando Patro la mira directamente a los ojos.

—No lo sé, mi madre… se aburre un poco. Está siempre en casa, siempre.

—¿Siempre?

—Casi no sale. Cada vez menos. Para ir a misa y poco más. Siempre le duele algo o siempre le pasa algo. O el estómago, o la espalda. Un día es porque le da miedo la lluvia, a veces son las personas, los petardos…

Isabel pone cara de escepticismo.

—Puede que la mujer lo haga para no perder la atención de su hija. El viejo truco.

«Ay»…, siente un poco de desazón. De su madre nunca había hablado nadie si no era desde la veneración, o la compasión. O como mínimo desde la prudencia.

Se quedan un rato en silencio mientras Isabel se come las galletas. La luz amarillenta ha empezado a adquirir tonalidades rojas.

—¿Regresamos?

—¿Ya?

Isabel se sacude las migas del vestido y sigue a Carmen, que deshace el camino andado envolviéndose los hombros con la rebequita con énfasis. Camina deprisa y a Isabel le cuesta seguirle el paso.

—¿Hacia dónde es? —pregunta mirando a ambos lados, y luego mira al suelo. ¡Las manoletinas están todas llenas de tierra...!

—N-no lo sé. ¡Es su pueblo!

Resopla y va hacia la derecha. Isabel sigue rezagada sin entender aún si ha hecho algo mal o algo bien. La huerta da paso a las calles, y las calles, a su casa, la Casa Gran. Se despide de ella agitando distraídamente la mano. Abre la puerta, pesada y grande, y siente la gravedad del refugio. Oye su voz diciendo «adiós» a lo lejos. La puerta se cierra tediosamente, como si le diera la oportunidad de revertir aún la acción.

Después de lavarse se peina el pelo, largo y castaño, frente a un espejo medio empañado por el vapor del agua caliente. Ahora se permite pensarse, ya más tranquila. El cepillo le tensa el pelo como si fuera alga de mar. Deja de morderse el labio inferior y por su cabeza pasan los paisajes de esta tarde. Isabel le ha descubierto la vastedad de los naranjos, el laberinto de acequias y el latido de los campos, verdes y amarillos, como si la forastera fuese ella. Entonces le ha hablado de su madre y se ha sentido como rompiendo un secreto. Las naranjas, aún verdes, preservando sus perfumes para estaciones futuras. Luego el atardecer escarlata y rojo como un desafío.

Y se da cuenta de que su tristeza no es suya, es de su madre, que, todas estas cosas, no las podrá vivir nunca.

—Julito, tú estás ayudando al *sequier* este año, ¿verdad?

Su primo asiente mientras come judías. Con el cuchillo de plata, largo y afilado, tronza un nuevo trozo de carne.

—Entonces, don José Luis, ¿usted cree que será fácil llegar a hablar con el comandante de Játiva?

—Fácil no será.

—Hombre, ¿que no ves que si alguna vez viene el comandante de Játiva, el primero en enterarse iba a ser tu tío? —puntualiza la tía Nieves.

—¿Entonces cree que podría hablarle usted? Yo no me veo dejando sola a mi madre, don José Luis, es que no me veo.

—Entonces, ya veremos. Pero vas a tener que hacer la mili, muchacho, como todo el mundo.

A Julito se le atraganta un poco la carne.

—Si lo sé, don José Luis, si lo sé. Lo que pido es un poco de comprensión para un hombre como yo, que tiene que hacerse cargo de su madre. Además; ¿qué será de un pueblo como este si lo dejamos sin hombres de verdad? Ya sabe que aquí de eso hay poco. ¿Hombres capaces de arremangarse cuando llueve, para que no se inunde el pueblo entero, para que no acabe desgraciado un terreno como el suyo, don...?

—Roberta.

El padre de Carmen llama a la criada, que sale de la cocina al patio apresurada y se coloca de pie a su lado. Le susurra algo al oído, Roberta suelta una risilla infantil y vuelve a la cocina, no sin antes llevarse una caricia furtiva en la cadera, que pasa desapercibida para el resto de los comensales.

—Cualquier hombre en mi misma situación puede...

—Come, chico.

Carmen deja que, durante un rato, el silencio lo ocupe solo el ruido del repiqueteo de los cubiertos contra los platos.

—Entonces, ¿las acequias recogen el agua de las tormentas? ¿Podrían inundarse los campos un día que llueva mucho?

Julito vuelve a asentir sin interés. Da un gran trago al vaso de vino tinto, y el líquido le rebota en la pared del esófago.

—Y el agua que sobra, ¿dónde iría a parar?

—Mi Julito es el encargado de que haya seguridad en todos esos aspectos, cada día hace los trabajos de las acequias. Os sorprendería la cantidad de trabajos que hay por hacer. El otro día les tocó sacar un… —Tía Nieves le pregunta a su chico, ofuscado—: Un tronco gigante era, ¿verdad, hijo? Un tronco gigante que se había caído en el río y estaba atascado, y que no dejaba pasar el agua. Fue todo un espectáculo espeluznan…

—¿Y ese interés por las cosas del campo?

—¿Qué…? Ah no, porque trabajaremos este tema en la escuela, padre.

José Luis sigue comiendo.

—Pues para saber cosas de las acequias con quien tienes que hablar es con Armando Garriga, hombre.

Julito cierra el puño sobre el pantalón de su muslo derecho y lo arruga con fuerza. Roberta vuelve a salir al patio y se agacha al lado de Carmen para susurrarle algo.

—¿Sigue sintiéndose mal? —Su tía siempre quiere saberlo todo.

—La señora Amparo dice que en el patio tiene fresco. Ya le he dejado apartada la comida.

—Pues mira por dónde, ¡yo en el comedor tengo calor! —Don José Luis deja los cubiertos a un lado en señal de haber terminado de comer.

—Ya subo.

Carmen sube las escaleras de caracol mientras oye la voz de su tía de fondo, habla sobre el cambio repentino que ha hecho el viento estos días, y como eso ha hecho caer el tronco.

Su madre está a oscuras, sentada en una silla pegada a la ventana que da al patio, la de su habitación. El costurero sobre su

mesilla está tan cerrado como la ventana.

—¿Cómo se encuentra, madre?

—Pues me encuentro, hija, me encuentro.

—¿Seguro que no quiere bajar?

—Hay que hacerles caso a los médicos, hija. Es mejor que en mi estado no ande al fresco.

—Claro. ¿Le subo yo la comida? Si quiere, me quedo aquí con usted.

Su madre mira alrededor, rumiando.

—No, hija. Tú tienes que bajar, que tu padre estará preocupado. Baja y dile que estoy bien, ¿de acuerdo? Que no esté preocupado.

Carmen vuelve a cerrar con cuidado la puerta del cuarto.

Roberta está repartiendo el flan en los pequeños platos de porcelana con dibujitos de petunias lilas.

—... y si el chico se me va a otro sitio, y si a mí me ocurre algo... No sé qué haría. Yo no puedo llevar la casa sola, las rentas de Sant Joanet... Que ya *me faltó* un marido, don José Luis, si *me faltaran* dos... Yo sé que usted siempre ha cuidado de mí, pero...

José Luis rebaña el caramelo del plato con la cucharilla y Julito toma el suyo de la mano de Roberta, que casi derrama el flan. De repente se oye ruido en el tejado que queda encima de las ventanas del baño y del trastero, justo delante de ellos. La tía Nieves se tapa la boca con la servilleta, indignada:

—¡Ya está *la Trencaeta* volviendo a andar por los tejados! ¡Bájese, loca!

La Trencaeta, con la bata de flores tan vieja o más que ella, de tan gastada, fina como papel de fumar, con el pelo blanco y despeinado, camina por encima de las tejas con sus piernas hinchadas y venosas y los pies descalzos ennegrecidos.

No era raro ver a *la Trencaeta* subida por los tejados que rodeaban la Casa Gran. Desde bien pequeñita, Carmen se la había encontrado a menudo paseándose por allí arriba, y sus encías rosadas y resinosas dejaron de darle miedo enseguida. De vez en cuando armaba algún escándalo por el pueblo, pero normalmente solo se la pasaba hablándole al tronco de alguna palmera. Carmen

la había usado mucho para sus plegarias.

Su primo se levanta de la mesa arañando el suelo con las patas de la silla y blasfema entre dientes. Agarra una piedra del pie de la fuente y la lanza con fuerza, bien dirigida, contra *la Trencaeta*. Carmen ahoga un grito. La piedra pasa cerca de la cara de la vieja, que la esquiva como un fantasma del pasado.

—Roberta, tráeme el puro y las zapatillas, anda.

Maruja fue una buena amiga de Isabel de los siete a los ocho años, que fue cuando se murió de una malaria y dejaron de ser mejores amigas, claro. Cuando estos días Isabel caminaba por Manuel y veía las calles llenas de estiércol de caballo, se acordaba de su amiga de la infancia. No porque Maruja apestara a caca de caballo ni nada por el estilo, sino porque fue su compañera de cestillo de cuando se dedicaban a recoger el *fem* para venderlo a Quico el *llauraor*, el más simpático con los niños del barrio de Les Barraques, o para cambiárselo por huevos. Durante un tiempo, se sacaron unas buenas pesetas. De hecho, pocas pesetas, pero las conservaban durante días y días.

Isabel era la encargada de identificar las cacas y llevar la pala, y Maruja, de acudir con el cestillo. Formaban un gran equipo. Más adelante se les acoplaron su hermano nuevo Ferre y Filiberto, que como bien denota su nombre era delgado como un *fil*, era bien poca cosa aunque se creyera *muy listo*. Aquellos dos eran un incordio, pero tal y como señaló un día Maruja, *«les motivava més tenir competència»*.

Maruja tenía el pelo un poco *bufat*, como si hubiera ido en motocicleta durante mucho tiempo y se le hubiera quedado para arriba para siempre. Los dos dientes de delante le sobresalían por encima del labio inferior porque habían crecido con más prisa que ella. Las dos se entendían muy bien porque tenían una astucia parecida en lo perteneciente a los negocios. También porque el caso que recibían por parte de sus padres era bastante relativo. Pero, sin duda, eran muy espabiladas.

—Del carrer de Camí Real fins al parc de Les Barraques, és la zona que serà pa les xiques.

Su amiga le señalaba un mapa, dibujado en el cartón de una

caja de galletas marías un poco *aixina aixina*. Isabel ponía su mejor cara de gravedad y decía:

—*Un moment!*

Le agarraba el carboncillo.

—*Nosaltres estem ací.*

Dibujaba dos cruces. Siempre evitaba dibujar sobre el mapa a su amiga, por si se ofendía con el espacio que ocuparían su pelo o sus dientes.

—*I els xics, hauran d'anar a la zona d'este punt, paca dalt.*

«O lo que vulguen, o lo que vulguen, però no a la zona de les xiques!», iban repitiendo mientras salían a patrullar.

Maruja siempre madrugaba la que más, y enseguida llamaba a casa de Isabel. Entonces se dieron cuenta de que si llamaba muy fuerte, el ruido alertaba a Ferre, y ellas perdían ventaja.

Cuando Isabel encontraba una caca, silbaba con fuerza y aparecía Maruja corriendo con el cestillo negro.

Un mal día Isabel silbó y silbó y Maruja no acudía. Era un momento ideal para hacer una cosecha, porque había habido un desfile militar la *vesprà* anterior. Isabel puso toda la caca que pudo encima de la pala, y fue haciendo equilibrios por el callejón de Cervantes a buscar a su amiga.

—*Nooooo! És la zona de les xiques! La zona de les xiques!*

Isabel soltó dramáticamente la pala pesada y corrió al auxilio de su amiga, que estaba de cuclillas en el suelo y lloraba sin parar. Ferre y Filiberto el *fil* huían al final de la calle riéndose malévolamente y cargando un cestillo hasta arriba con todo lo que les habían robado.

—*¡Bandidos! Que sou uns bandidos!*

Isabel fue sacando los trocitos de caca del pelo hinchado de Maruja, que lloraba y lloraba. Por el estado del asa del cestillo, se podía ver que había luchado cuanto había podido por protegerlo. Se dedicó a quitar las miguitas de estiércol aún caliente que pringaban el pelo de su buena amiga con paciencia, y la consoló hasta que el barrio empezó a despertarse para ir a trabajar, y se llenó la calle de adultos.

Después de aquello, en la escuela se rieron todos de Maruja,

se metían con ella diciendo que su pelo apestaba. Maruja lo pasó muy mal, pero por poco tiempo, porque luego ya se murió de la malaria y no volvió más.

Y por eso Isabel se acordaba de ella cuando caminaba estos días por Manuel y veía las calles llenas de estiércol de caballo. Y no porque apestara, porque su amiga no apestaba para nada.

Otilia Muñoz fue una buena amiga de Carmen desde bien pequeñas hasta los cinco o los seis años. Luego la madre de Otilia se llevó a sus cuatro hijos de vuelta a Alcalá de Júcar, pero antes de eso ya hubo un tiempo en que estuvieron separadas la una de la otra. Y no porque Carmen lo quisiera. Cuando pasaba cerca de un Campamento militar, las veces que cogían el coche para ir a Gandía, siempre se acordaba de su amiga de la infancia.

Antes de que donasen el terreno, el Campamento Militar de Manuel, donde los soldados hacían sus maniobras, había sido la primera *pallera* de su padre antes de que comprasen el *molí*. Lo que pasó a ser el despacho del teniente, había sido el despacho de don José Luis, donde revisaba las cuentas y los libros de inventario. También donde Carmen y Otilia Muñoz jugaban horas y horas las tardes de invierno. El padre de Otilia trabajaba cargando cajas para el padre de Carmen desde antes de que ellas nacieran, y luego su hermano Edelmiro igual, y luego su hermana mayor, que se llamaba como la tía Nieves, y también su madre, que también se llamaba como la tía Nieves. Trabajaban las dos en la nave de al lado, haciendo fundas para las botellas de sidra. Con la paja del arroz, las mujeres fabricaban «vestidos» para botellas, un trabajo que pedía mucha maña y que a Otilia le tocaría hacer el próximo invierno o el otro.

Otilia tenía la fisonomía de una mujer en el cuerpo de una niña. Su madre les cortaba el pelo a las niñas igual que a su hermano para que no agarraran chinches, pero eso no le quitó ni una pizca de belleza a Otilia. Solo hizo que se pareciera aún más a su hermano mayor, que a su vez era calcado a su padre. Toda la familia trabajaba, cargando las cajas o atando las fundas de paja como si tuvieran el servilismo infiltrado en los brazos. Se sabía que

el padre había sido pastor en Alcalá de Júcar, y aunque se lo guardara para él, añoraba pasarse el día al aire libre, pastando las cabras en lo alto de los barrancos y soñando en poder comprar más y más cabras algún día. Todo aquello formaba parte ya de otra vida. Pero, sin saberlo, a Otilia y al resto de la familia se les había metido en el cuerpo algo de aquella añoranza de los barrancos y los puentes romanos y, por eso, todos tenían la mirada fijada en el horizonte. Cuando Otilia llegaba, acompañando a toda la familia, esperaba con paciencia infinita en el mismo rincón del almacén de carga, con los brazos reposando a ambos lados. No subía hasta que Carmen bajaba a buscarla. Y al caer la tarde no bajaba si Carmen no iba delante.

El despacho era un sitio ideal para jugar a las mamás. Había unas cristalerías largas, con tazas y copas en lo alto, y podían hacer como si aquella habitación fuera una casa y ellas cuidaban y resguardaban a Angelito, el muñeco más habitual de Carmen. El nombre lo había propuesto su madre. Angelito tenía la cabeza grande con el pelo rubio, y los ojos azules estáticos hacia un punto muerto, y no hacia el horizonte. Llevaba un traje de satén a rayas amarillas, naranjas y azules, ajustado con un cinturón negro. Cuando nació otro hermanito de Otilia, Luisillo, era aún más genial, porque de vez en cuando lo traía, y lloraba de verdad o se dejaba coger en brazos. Las niñas se portaban de maravilla, y nadie se daba cuenta de las horas que se pasaban allí arriba.

Aquella tarde no habían traído a Luisillo y Angelito estaba enfermo. Le habían envuelto el cuello con un papel a modo de bufanda, y jugaban a cortar en silencio unos posibles calcetines u otro gorro, para que pudiera aguantar el arduo invierno. La vidriera de la oficina se había empañado por el frío, y las niñas jugaban encima del sofá de cuero, para no manchar los vestidos con la humedad del suelo. Enfundada en un jersey de lana gris, y con las mejillas teñidas en color carmín, Carmen disfrutaba de la compañía sosegada de su compañera de juego.

A mitad de la jornada llegó desde la entrada de la *pallera* el relinchar de unos caballos. A Carmen le encantaban los caballos y se asomó al cristal para ver mejor de qué color tenían el pelaje.

Unos seis hombres subidos a ellos hablaban con el padre de Otilia, al que Carmen veía como un garabato matizado. Aquella visita era inesperada para todo el mundo, incluso para el padre de Carmen.

La puerta del despacho se abrió, y el vaho de la vidriera abandonó, despavorido, al juego y a las niñas. Don José Luis, con las gafas cuadradas pegadas al tabique nasal y aguantando la puerta con una mano, se dirigió impertérrito a las niñas.

—Chica, baja un momento a despedirte de tu padre.

A Otilia se le rompió el papel humedecido de la bufanda entre las manos. Después obedeció, como un carrito que empujan hacia delante, y salió del despacho dejando a Carmen y Angelito. Aquella fue la primera vez que Otilia bajó las escaleras sin ella.

El vaho volvió a impregnar las ventanas. La voz de su padre hizo estremecerse al cristal. «¡Edelmiro, suelta esas cajas! Anda corriendo a buscar a tu madre y a tu hermana.» Carmen vio a otra figura de chico salir a toda prisa de la nave.

No llegaron a tiempo. Carmen vislumbró a su amiga acercando el rostro a la mejilla de su padre, y le pareció que aún llevaba el trozo de papel preso en la mano.

Al cabo de un minuto, los hombres salieron agarrando al padre de Otilia. Y entonces solo ella oyó a los caballos rodear la fábrica a través de la otra ventana, la de encima del escritorio con los libros de inventario. Solo ella oyó, también, un ruido que le era totalmente nuevo. Era la voz de un hombre, albaceteño de nacimiento, que no gritaba; lloraba como una mujer.

El llanto del hombre decía: «Dejadme ir a…».

No llegó a decir adónde quería ir, una descarga de balas le interrumpió la vida y rebotó contra la pared trasera de la fábrica. Carmen, que se había quedado paralizada en el sofá todo el tiempo, agarró de un arrebato a Angelito y le cubrió los oídos, aplastando la cabeza de porcelana con los ojos fijos en un punto muerto contra su cuerpo. La cabeza se le salió del sitio, y días más tarde la criada llevaría a Angelito a la tienda de Xàtiva donde vendían paraguas para mandarlo a arreglar.

Después de aquello, la madre de Otilia se llevó a sus cuatro hijos de vuelta a Alcalá de Júcar. El cortijo de la familia de Otilia

quedó abandonado, y ellas no se vieron más, y no porque Carmen no quisiera. Y cuando pasaba cerca de un Campamento militar, las veces que cogían el coche para ir a Gandía, siempre se acordaba de su amiga de la infancia.

—¡En nuestra escuela no toleramos tales cosas, de ninguna manera!

Isabel asiente, muy seria y empática, mientras maldice su vestido gris por asumir el sudor con tantísima alegría. Doña Consuelo le habla con una voz tan seca y el despacho es tan tan diminuto, que entre los muchos títulos y mapas colgados de la pared, las fotografías del cabezón de Franco, el aliento a matadero de la directora y el pestuzo a laca, siente que se le acabará saliendo el alma del cuerpo.

—¿Dónde aprobó las oposiciones, doña Isabel?

—En la Escuela de Magisterio de Valencia, en la plaza del Horno de San Nicolás.

La mujer mira con gesto de desaprobación unos papeles que hay sobre la mesa y que seguramente no pintan nada.

—¿Quién fue su rector?

—¿El r-rector? S-se llamaba don Rafael, si no me quiere fallar la memoria... Creo que murió, murió hace poco.

—¿Se examinó en Catarroja de Servicio Social?

Isabel asiente como diciendo «hombre, claro».

—¿En qué dependencia?

Recuerda remotamente el emblema gigante y rojo del Servicio Exterior de la Falange y el dolor de muñecas persistente después de haber bordado una semana entera a toda prisa... Y también recuerda que, después de aquello, sus problemas de vista fueron a más, si cabe, pero no recuerda en absoluto el nombre de la calle donde se examinó.

Doña Consuelo se impacienta.

—Bueno, mañana por la mañana sin falta ¡me trae el carné!

—Claro, aunque debe tener en cuenta que entre los viajes

arriba y abajo, las maletas, el…

—¡No se le puede llamar espantapájaros al crucifijo! No —golpe en el escritorio— se —golpe en el escritorio— le —golpe en el escritorio— puede —golpe en el escritorio— llamar —golpe en el escritorio— espantapájaros —golpe en el escritorio— a Jesús —doble golpe en el escritorio— Nuestro Señor.

—¡Por supuesto que no se le puede llamar espantapájaros a Jesús Nuestro Señor! Eso mismo estaba diciéndole yo a la niña Marita y a las demás cuando decidieron inventarse *que yo* había dicho tal cosa en vez de ellas.

—A mí me han dicho que usted les dijo: «Pasadme al espantapájaros». —Isabel resopla con un largo «Pfffff»—. Estaban consternadas.

—Estaban consternadas porque sabían la reprimenda que les iba a caer, y por eso cambiaron la versión, para escaquearse del castigo, y empezaron a inventarse que lo había dicho yo. Estaba yo repartiendo la leche, la que ha llegado esta mañana de…

—Los Estados Unidos de América.

—De los Estados, y la leche las habrá alterado, o no sé yo. Y han empezado a llamar al crucifijo sobre la mesa «espantapájaros». Y yo les he dicho que a Jesús se le puede llamar de muchas formas… Jesusín, el niño Jesús, Pan de vida… Salvador… Hijo amado… Creador… Pero «no espantapájaros; espantapájaros, no», he dicho. Y habrá sido al usar yo la palabra que habrán inventado que fui yo quien la dije.

Isabel teme que vuelva a golpear la mesa. Respira para recuperar un poco el aire. Doña Consuelo la mira, algo más confundida que convencida, con cara de circunstancias. La de veces que se la imagina sorbiendo una sopa de ajo, sola, y con esa misma cara. Hace ademán de una pequeña reverencia ante el crucifijo que cuelga encima de la cabeza de la directora para demostrar su inocencia, pero se arrepiente enseguida y finge que le pica la rodilla.

Doña Consuelo saca una carpeta con los extractos del registro personal de las alumnas, y empieza a pasar las fichas, una a una.

Isabel le señala la ficha de Marita Cortés y la fotografía de

otra niña que no le suena de nada.

—Esta. Y esta.

Parece que la acusación le encaja a la directora, que separa dichas fichas del resto. Le dedica una última mirada de desconfianza desde el escritorio, e Isabel cierra la puerta del despacho al salir, intentando no hacer ruido e ignorando la cruz invisible que acaban de marcarle en la frente.

Carmen está sentada en el sofá de cuero del despacho de su padre, con las rodillas recogidas al pecho. Allí donde intenta fijar la vista, las formas de los objetos que tanto conoce se disipan en una niebla resplandeciente, y se priva de tocarlas, o de acercarse a ellas, por si fueran a convertirse en escarcha. Intenta mirarse las manos, pero al hacerlo no ve más que dos manchas decoloradas. Un eco de risotadas llega desde abajo. Su boca no deja de susurrar unas palabras que no consigue comprender.

Mira por la vidriera que da al piso inferior de la pallera. *Allí está su familia, sentados todos en una mesa, larga, comiendo. La luz cegadora también les deforma las cabezas, que flotan en el aire como el corcho de una botella de cava acabada de descorchar. Y siguen las risotadas, como un retumbo.*

De repente se acercan unas voces nuevas desde la ventana que da a la pared trasera. Oye unos caballos que pisan la hierba. Alguien forcejea y repite sin pausa: «Dejadme ir a..., dejadme ir a...».

Se levanta del sofá, el ruido del corazón reverbera en todo el despacho. Se asoma a la ventana. Isabel está contra la pared y le devuelve una mirada con una expresión de horror que no se desvanece.

«Dejadme ir a...»

Carmen baja a la cocina con el aliento de la pesadilla pegado a las pestañas. Casi no ha dormido. Roberta aún no ha tenido tiempo de calentar la leche, y aprovecha para irse sin haber desayunado. La bofetada del frío del amanecer le hace escurrir las manos dentro de las mangas de la chaqueta y se le clava en la garganta. Si hubiera tardado unos segundos más en salir, su madre la habría retenido durante sesenta minutos de angustia.

Atraviesa la calle Calvo Sotelo cogiendo el aire como si fuera a agotarse. Y esa calle plana, recta, le parece un círculo, una rueda eterna que debe recorrer, y volver a recorrer, y volver a recorrer, sin fisuras, inalterable. Cuanto más empeño pone en respirar, más se escaquea el aire.

En la puerta, como si durmiera allí mismo, doña Consuelo espera firme como un palo bajo el sol que apenas despunta. Justo en el centro de la entrada, a modo de cruz, para que los alumnos y los otros maestros tengan que pasar a través de su autoridad. Todo el mundo sabe que ella se ha entregado a la escuela sin esperar nada a cambio. La directora la mira mientras se acerca, gustosa y satisfecha de haber sido asumida por la arquitectura gris del edificio escolar. Carmen recuerda la admiración que le tenía cuando empezó a trabajar de maestra. Fue doña Consuelo quien convenció a sus padres de que la mejor opción para su hija era hacerse maestra, y la acompañó en coche a la capital cuando las oposiciones, para luego asegurarse de que tendría una plaza en la escuela. Cuánto deseó asemejarse a la directora y tener un poco de ese poder, el cual ella no ostentaría. Un poder que ella no tendría necesidad de imponer, sino como el que dispone una santa, o Juanita Reina. Pensaba, quizás, llegar a ocupar ese sitio en la puerta de la entrada, algún remoto día.

—Buenos días, doña Carmen.

—Buenos días, doña Consuelo. ¿Cómo está? —La sensación de ahogo se intensifica.

—Bien, gracias. Vaya con cuidado al subir, que he mandado fregar la escalera.

Doña Consuelo le devuelve una mueca que debe de ser una sonrisa. Siempre le ha gustado que Carmen llegue antes de la hora, mucho antes de la hora.

Atraviesa el patio hasta la puerta, y las tres palomas ni se inmutan ante sus pasos, tan familiares, del todo intrascendentes. Se agarra a la barandilla, demasiado grande para una mano humana, como las escaleras, demasiado anchas, de una madera oscura y barnizada. Al llegar al segundo piso, su pie resbala un poco, lo justo para volver al planeta Tierra y darse cuenta de que pisa sobre

mojado.

—Ay, perdón, lo siento, perdón.

Unos metros más allá, Isabel le sonríe con un palo de fregar en la mano, y el vestido salpicado de agua. Lleva todo el sueño que tiene escrito en la cara, sus ojos hinchados empiezan apenas a luchar por acostumbrarse a la luz del día.

—¿Ha venido a pisarme lo fregado?

—Perdóneme, si doña Consuelo acababa de avisarme…

Isabel no disimula un gesto de disgusto al oír el nombre de la directora.

—Pise, pise, si para eso está.

Entonces Carmen se fija en los trazos mal hechos sobre el suelo. Las marcas del cabezal se ven por todas partes.

—Pero, ¿qué hace?

—Pues primero hago círculos así (¡flas, flas!) y luego los borro yendo de un lado para otro.

Toda la escena —ella como un pasmarote al borde de la escalera, e Isabel haciendo dibujos absurdos con la fregona compulsivamente—, la abstrae un momento de su pesadilla de hoy. La otra continúa dando vueltas con el palo y luego la vuelve a pasar de lado por encima. Ojalá pudiera pasar ese palo de fregar por encima del círculo de su rutina.

—Pero así no se hace, Isabel. Traiga. Deme, que la ayudo.

—Que no, que no, no se preocupe. Así no me lo vuelven a pedir. Ya verá.

Mira el suelo lleno de rayas y pequeños charcos y, en efecto, no cree que doña Consuelo vuelva a pedirle el favor.

—Bueno, pues… paso, ¿eh?

Cruza aquel desastre delicadamente, dando saltitos, hacia el aula del fondo, sintiendo la mirada de Isabel tras la espalda.

Se sienta en la silla de la tarima y mira el reloj. Ya queda menos para que lleguen las niñas, y se pregunta si también dejarán lleno de pisadas el suelo aún por secar.

Ya no le falta el aire.

Esta noche Isabel ha movido el colchón para encararlo hacia la ventana. Son pocas las veces en las que el recorrido de la luna coincide con la minúscula ventana de su triste piso. Cuando ocurre, le gusta conversar con una luz nocturna, amiga, maternal. Aunque sea en sueños.

«Pero este, bondadoso duque, ha seducido el corazón de mi hija. Tú, Lisandro, tú le has dado rimas y cambiado con ella presentes amorosos; has cantado a su ventana en las noches de luna...»

Isabel sabe que algunas cosas deberían darle miedo. La idea de salir del piso, esta misma noche, andar toda la calle Calvo Sotelo ante el testimonio de las bombillas encendidas, y personarse ante la Casa Gran debería darle, por lo menos, aprensión. El miedo debería persuadirla de esconderse tras las hiedras de la pared roqueña y silbar al aire. Y entornar sus ojos verdes para ver como la luz de una lamparita se aviva un segundo. O lo contrario, esperar pacientemente en el banco de delante, con el deseo de verla salir de la mano de la primera luz que impregnase los naranjos.

El temor debería haber sido un buen incentivo para evitar todas esas situaciones de las que solía salir mal parada. Lo había intentado muchas veces a lo largo de su vida; tenerle miedo a Ferre, al castigo, o a la muerte, por ejemplo. Pero nunca lo consiguió de verdad. Para ser sincera consigo misma, esta vez tampoco se podría decir que lo estuviera intentando demasiado.

Los estornudos de Jaume el practicante se oyen desde el piso de abajo. El pobre hombre lleva un catarro descomunal, y no debe estar pasando una buena noche. «¿Se pondrá a sí mismo las inyecciones? ¿Van al practicante, los practicantes?»

Isabel se tapa con la manta con fuerza: se niega a cerrar la

ventana para poder deleitarse más en ese abrazo. Por lo menos algunas noches más, hasta que llegue el frío de verdad.

El libro verde y dorado brilla en la mesilla como si quisiera abrirse y darle algunas respuestas.

«Quincio, Snug y Bottom ensayan en el bosque el sainete que representarán ante el rey de Atenas:

»—Pero… —señala Quincio— hay dos cosas muy difíciles, a saber: traer la luz de la luna a una habitación. Porque debéis saber que los personajes se encuentran a la luz de la luna.

»—Y en la noche de nuestra representación: ¿habrá luz de luna? —pregunta Snug.

»Y Bottom vocea:

»—¡Un calendario, un calendario! Buscad en el almanaque. ¡La luna llena! ¡La luna llena!

»—Sí; hay luna esta noche.

»—Pues podéis dejar un postigo de la ventana abierto, y la luna entrará.»

Isabel cierra los ojos. El frío de verdad llegará. Pero tampoco consigue tenerle miedo.

—¡Isabel, acérquese!

Carmen y Patro bordan con algunas niñas. Como una pequeña tribu indefensa, se sientan en corrillo alrededor de la estufa de carbón. Marita rastrilla las brasas y mira de soslayo a Isabel con rencor, como reminiscencia del episodio del espantapájaros. Ella camina en la penumbra hasta desoscurecerse, y jadea.

—Qué: ¿cómo está? —Carmen está haciendo calceta y mueve las dos largas agujas, que lleva sujetas bajo las axilas.

—Pues muertita de *xafogor* como aquel que dice. —Se despega la chaquetilla blanca que le hace ventosa en el pecho y se avienta la cara con la mano—. ¿Tan pronto encienden la estufa?

—¿Ha visto? Jaume nos la ha subido ya, este año. Ha dicho que le iba bien hacerlo hoy, que ya se le ha curado el resfriado.

—¡Pero no estamos ni en diciembre! —Isabel no entiende cómo no se están cociendo los dedos de los pies. Avanza un par de pasos más hacia ellas.

Las brasas azafranadas iluminan parcialmente las gafas negras de Patro que, sentada en una silla mucho más menuda que ella, acerca el aro a medio centímetro de estas.

—Ya verá cuando nos hagamos con un buen puñado de castañas, lo bien que nos irá la estufa. —Señala la viejecita—. Carolina, enséñale a Isabel los posavasos que has hecho.

Carolina, una niña alta y con el pelo castaño tirando a rubio, abandona su caldeada silla para mostrarle a Isabel unos circulitos blancos calados en forma de flor. Ojalá se le ocurriera regalarle uno para ponerlo bajo el jarrón sucio de su piso.

El carbón encendido le hace brillar los dientes a Carmen cuando sonríe.

—¿Se queda con nosotras un rato?

—Debo ir arriba a repasar las divisiones con Antoñete hasta las siete.

—Oh… —dice Patro con desilusión. Isabel percibe un ligero tembleque en la superficie del aro que agarran sus manos.

Baja un poco el tono de voz, y se atreve a preguntar desde la penumbra.

—De hecho… quería preguntarle si mañana por la tarde le apetecía salir a pasear a…

—¡Claro! Seguro que puedo. Oye, Patro: ¿por qué no se apunta? Salimos a caminar un rato por la zona de *l'horta*. ¿Por qué no nos acompaña?

—¿A trotar por ahí, yo? No lo creo…

—Es todo muy planito.

—De todas formas, no, *xiqueta*, mejor id vosotras, que sois jóvenes y es lo que os toca.

«Gracias, Patro. Gracias.» Marita acerca un hilo estirado entre ambas manos a Carmen para que lo corte con las tijeras que custodia sobre su falda, y repite la mirada de «perdona pero nunca olvida». Los rizos de Carmen rebotan suavemente con el movimiento de las agujas, que hace deslizar de lado a lado. Isabel piensa en Antoñete esperando en el aula de arriba, sin estufa alguna.

—Bueno, me voy…

—¡Ya está! —Patro alza triunfante el aro redondo, lo acerca a la lumbre y se lo da a Carmen—. *És un babero. Per a quan tingues menuts, xiqueta.*

A Isabel le trepa el fuego hasta las mejillas y fija la vista en el suelo, muerta de vergüenza.

—¡Patro, es usted una artista! Qué bonito es, ¿eh, Carolina? ¿Has visto el acabado?

Isabel las deja y sube las escaleras. El contacto con la temperatura ambiente le trae un escalofrío.

Antoñete anda mareando entre los pupitres, dando saltos. Al oír entrar a su maestra, se para en seco y se pone firme como un soldadito. Isabel le manda sacar de dentro de la cartera azul su cuaderno, que lleva encajado contra un bocadillo en el bolsillo

interior.

Le agarra la mano izquierda, y con unos hilos, cortesía de las tejedoras del piso de abajo, se la ata al niño a la pata de la silla, para que no pueda moverla.

—Lo siento Antoñete, pero no habrá manera de pasar de curso si no solucionamos el asunto del zurdismo.

El susurro del viento meciendo las hojas de los naranjos y el rumor suave del agua le han dado a la tarde un compás de paz. Hoy han acercado las sillas a la antigua fábrica uno o dos palmos más. Si estuvieran conversando, las voces, amplificadas, se colarían parcialmente por el interior amplio y vacío de ese espacio abandonado. Pero no dicen nada. Esta tarde hay algo en ellas que habla desde el silencio.

Isabel observa la boca de Carmen mientras merienda. La curva de su labio inferior siempre está mojada y rosada, y se le intuye cuando deja la boca medio abierta, cuando come, o cuando busca un libro en lo alto de una estantería, concentrada. Isabel posa los ojos, como dos mirlos, dentro de esta boca.

Las dos estiran la tarde tanto como la luz se lo permite. Regresan arrastrando los pies, lentas. Entran al pueblo sin darse cuenta, y sin darse cuenta pasan de largo la Casa Gran. Isabel resguarda las manos en los bolsillos, pero la chaqueta le deja al descubierto un antebrazo que esperaba más sol. Se acerca diciembre.

Las palabras de Carmen cortan amablemente aquel silencio del que apenas despiertan:

—¿Hoy no va a contarme ninguna historia? ¿Sobre el agua?, ¿o el regadío?, ¿o sobre el origen de los relojes de sol...?

—No sé nada sobre los relojes de sol...

—Me cuesta creerlo... —dice sonriendo.

—Oiga, Carmen...

Por suerte, no termina la frase. Llegan a la plaza del Caudillo, que tiene en el centro la farola alta que Isabel sigue pensándose que es una fuente (qué poco se fija en las cosas). La terraza del bar El Litri está llena de hombres, que disturban la plaza entera con

ruido y carcajeos. En la mesa más grande, Carmen reconoce a Julito y a su grupo de amigotes. Ha ido acabando la temporada de vendimias en Francia, y coincidiendo con el regreso de un grupo de soldados de la mili, el pueblo ha pasado de ser de las mujeres y los niños a, de repente, volver a estar lleno de hombres. Pronto empezarán las bodas. La mesa está llena, y a la vez vacía de lo que parece haber sido una comida copiosa y satisfactoria; vasos de vino, y encima de un taburete, los restos de una paella. Todos los del grupo hacen jaleo menos dos de ellos, que Carmen conoce; Facundo y Jiménez, el noviete de la telefonista, que se ve que lo primero que han hecho al llegar de la mili ha sido perder el sentido dándole al vino. Como es tradición, los hombres se han manchado las caras con el tizne de la base de la paella.

—¡Prima! ¡Eh! ¡Prima!

Uno lo imita «prrrima, prrriiima» y sofoca un eructo condensado dentro de la boca.

—Buenas tardes, Julito. —Las dos mujeres se acercan poco a poco a la mesa—. ¿Conoces a Isabel? Es maestra conmigo en la escuela. Es de Catarroja.

Todos los hombres las miran, con una máscara ridícula de tizne negro, y se produce un silencio durante el cual Isabel se hubiera ahorcado con gusto. «Qué tal», le parece decir.

En la puerta se empiezan a agrupar unos cuantos alrededor de la paella vacía para hacer una foto que inmortalice el hecho de que están felices, de que han vuelto a casa.

—¿Se acuerda que le conté que tenía un primo que trabajaba con lo de las acequias? —Isabel va asintiendo con la cabeza—. Pues él es el hijo de mi tía Nieves, la mayor de...

—Vicente, ¡a ver si sabes agarrar algo más que una buena castaña. Agárrala bien, marica, agárrala bien! —El fotógrafo levanta la vista del objetivo.

—Coño, que me resbala de las manos, cállate. —El hombre tira el cigarro al suelo y coge por fin la paella, levantándola por encima de la cabeza con un grito victorioso.

—... La mayor de la familia de mi madre, que tiene dos hermanos, pero ambos viven en Gandía, donde tenemos la casa de

la playa, ¿se acuerda que le conté que mis padres tienen una casa en Gandía?, pues...

Isabel continúa asintiendo, aunque de reojo se percata del famoso Julito, que la observa con una expresión fija, exactamente como se mira al trozo de pollo que le dices al carnicero que puede tirar. «Qué ojos azules tan poco parecidos a los de su prima.»

—... pues ellos continúan viviendo en...

—¡Doña Carmen, véngase a la foto!

De repente, Carmen es velozmente arrastrada por una marea de brazos de macho que ni en ningún baile, ni en presencia de su padre, se habrían atrevido a tocarla, «¡Todos a la foto...!», y por un corto instante, Isabel y Julito quedan uno delante de la otra. Carmen ríe, nerviosa: «¿Yo? No sé si...». Entonces Julito se abre paso en el centro de la foto, y le quita al otro tipo la paella, zarandeándola al vuelo. *«Belloteeeees! De Manuel al cel!»*, grita. Carmen mira hacia la cámara, llena de rubor, haciendo bailar la cruz del colgante entre los dedos. Todos posan.

—Señorita.

—No, no, no, no. No hace falta, no. No.

—Venga, señorita, póngase *a la* foto.

—Esta no es voldrà embrutar —refunfuña uno.

Isabel no tiene más remedio que unirse al circo. Alarga el cuello tanto como puede para alejarse de la halitosis del desconocido que posa a su lado. Las dos mujeres miran impacientemente a la cámara desde los extremos, hasta que sus ojos se cruzan un segundo. Un soldado, moreno y musculado, pasa el brazo alrededor de los hombros de Carmen, dejando una pequeña mancha negruzca sobre su chaquetilla rosa.

Entonces a Isabel le resuenan en la cabeza las tres palabras que su madre le gritaba mañana tras mañana, a la misma hora:

«Espabila, Isabel. Espabila».

Isabel y Carmen bajan las escaleras de la escuela acompañadas de una multitud de niños revueltos.

—¿Hoy quiere salir a pasear?

Isabel no disimula la cara de pena cuando responde:

—No puedo...

Señala a Antoñete, que camina a su lado con el cuaderno de divisiones bajo el brazo.

—¡Oh, claro! ¿Cómo van esos números, Antoñete? —Isabel le responde poniendo cara de circunstancias, y hace un «más o menos» con la mano—. Tienes que ponerle empeño.

El niño se encoge de hombros. Isabel se pone nerviosa a medida que avanzan hacia la puerta de salida. Desde la mañana tiene..., tiene metida en la garganta una abeja que quiere salir.

—Por cierto. He pensado... que quizás una tarde podría usted venir a mi piso.

En su cabeza la frase no le sonaba nada mal, y menos dicha así, sin intensidad alguna. Si ella le quita peso, la frase suena del todo casual, como si no llevara esperando a decirla más o menos ciento treinta y ocho días.

—Eh..., bueno.

Lo que ocurre es que Carmen parece un poco desconcertada. Es que hacía ya *mucho tiempo* que una de sus amigas no le proponía algo así. Ya de mayores, las hermanas Tena habían acudido a tomar el té a la Casa Gran tres veces contadas, pero su madre había decidido que no vinieran más visitas a casa y de eso ya hacía años. Hace rodar el collar de la cruz entre los dedos.

—Yo lo digo, sabe, por lo de aquella vez. ¿Se acuerda? Que me dijo que le gustaban mucho los libros. —Isabel suelta las palabras deprisa, por encima del griterío de los niños—. Y resulta

que encontré un montón de libros en un armario secreto del piso, y de allí no se han movido, llenos de polvo todos. Muertos de asco, están, allí encerrados. Pobres. Y he pensado que le serían de mucha utilidad ¡para las clases! Ya verá, hay de todo, es increíble. No se lo diga a nadie, que quede entre nosotras.

Esta última frase tampoco ha ayudado mucho.

Antoñete espera con una actitud de auténtico abatimiento ante la vida; mira hacia el resto de sus compañeros, que corren y llenan de libertad el patio. Isabel ha tenido en la cabeza durante semanas la imagen de las manos de Carmen, fascinadas, pasando las páginas de un libro, de un libro tras otro, acariciando con la yema de los dedos la rugosidad del papel amarillento. Como si en la Casa Gran no tuviera cientos de libros, como si ella le estuviera descubriendo ideas a las que no había podido acceder hasta ahora. Luego, al marcharse, le pediría si puede volver al día siguiente, e Isabel le diría que «puede volver siempre que quiera», y a la tarde siguiente leerían en voz alta un nuevo capítulo. La repetición adictiva de estas imágenes y la certeza de que quizás no acaben por concretarse nunca en la realidad las están convirtiendo en el centro de un bucle incómodo.

Carmen sigue sin responder, así que Isabel no tiene más remedio que seguir hablando.

—¡Hasta en ruso! Vi que había uno en ruso. —Carmen levanta las cejas, un poco—. Que digo yo que será ruso, que podría ser cualquier otro idioma que yo no hablo...

Un libro en ruso tampoco ha sido la propuesta más «hecha a medida». La imagen de Carmen maravillada con un libro del armario entre las manos se tambalea un poco. Carmen sonríe y rebaja algo, aunque tampoco mucho, la tensión.

—Es que no puedo traerlos todos...

—Claro...

Isabel suelta una risa con latente histeria cuando ve llegar a doña Consuelo por detrás. O quizás debería llamarla doña Oportunidad.

—Dios... Dios os bendiga, doña Consuelo. No la había visto hoy, fíjese, no la había visto.

—Buenas tardes, doña Isabel. Buenas tardes, doña Carmen. ¡Reprimendas... a los... que dejan la puer-ta a-bier-ta! ¡Lui-sa Descals! ¡Esa puerta no se cierra sola! Este frío es inaudito, señoras, vienen días difíciles.

Isabel y Carmen asienten y miran a la directora como si las hubiera sorprendido a ambas mientras robaban la recaudación de misa. Carmen no entiende nada. ¿Por qué siente vergüenza delante de doña Consuelo? ¿Por qué actúan todas de una manera tan extraña?

—¿Usted no debería estar arriba haciendo refuerzo?

—Pues a eso íbamos, sí. Vámonos, Antoñete. Adiós, doña Carmen, no se preocupe. Que pase un buen día, doña Consuelo.

Isabel deja a Carmen con la directora y arrastra a Antoñete, agarrándolo de la chaqueta. *«No se preocupe? No se preocupe, he dit? Açò és increïble; és que és pa posar-se a plorar.»*

—Au, tira cap amunt, que me tens ben contenta.

Antoñete levanta los hombros.

—¿Has hecho los ejercicios? Dime que has hecho los ejercicios.

—Maestra, és que no els entenc.

Entran al aula.

—Vamos a ver, Antoñete, ¿tú qué quieres ser de mayor, eh? ¿Qué se supone que vas a hacer cuando crezcas, si sigues así de *totxo*?

Antoñete vuelve a levantar los hombros.

Le ata la mano izquierda a la pata de la silla, con la cabeza en la conversación que ha tenido lugar abajo. Quizás Carmen se ha asustado de verdad. Quizás ha metido la pata y todo está a punto de acabarse.

—Jo de major treballaré a l'horta, maestra, com mon pare i com mon...!

—A callar, Antoñete, ¡y a las divisiones!

Quizás se ha asustado como para no volver a querer salir a las acequias con ella nunca más. Se acerca a la puerta para cerrarla. Se pasará toda la noche deseando el imposible de que esta conversación no haya ocurrido.

—I usté, maestra…, què vol ser quan siga major?
Isabel suspira y apoya la frente contra el cristal de la puerta.

Carmen dejó de poder dormir sobre los siete años. Como una puerta al paraíso que le cerraron de golpe, un día se le hizo foráneo el dulce sabor de los sueños. Lo más extraño es que no había un motivo aparente para aquella circunstancia —por supuesto del todo imperceptible para el resto—. Simplemente, una noche no consiguió dormirse. Y luego la siguiente, y luego la otra. Carmen lo vivió como lo vivía todo: como si le fuera ajeno. No le puso palabras a lo que le pasaba, sucumbió a su destino de desvelada sin reticencias.

Cuando toda la familia se iba a dormir, su cuerpo de niña se encendía como una lamparilla y se convertía en esponja de todo estímulo nocturno. Del patio le llegaba el vaivén del viento sobre la tez frágil de las buganvillas, en una fricción rítmica parecida a la de los amantes. Los grillos en uno de sus enconados debates mientras todo lo demás reposaba. Incluso podía oír el ligerísimo respirar acuático del lecho de la fuente. Todos aquellos sonidos se le colaban por las orejas y le impedían dormirse.

Descubrió que no le servía de nada cerrar los ojos; enseguida un temblor juguetón se le instalaba sobre los párpados y aún le despertaba más los sentidos. Probó a darle la espalda al exterior asilvestrado cerrando la ventana, pero entonces su oído se veía abocado a un ruido aún más angustioso: el del interior de su propia casa. La habitación de sus padres, en la misma planta, y separada tan solo por un par de paredes, donde los oía inspirar, espirar, inspirar, espirar. Aquel ruido le erizaba el vello de los brazos y de las piernas. Subía ambas rodillas a la altura de la barbilla, y se cubría la cabeza con el cojín, en un susto de sus propios movimientos. Pero eso no impedía que el eco de la respiración nocturna de sus padres se colase por la rendija de la puerta.

Carmen hizo uso de su lógica: ¿qué había que temer en el respirar de sus padres, o en sus movimientos por el colchón? ¿Qué había de inquietante en eso? Nada. Esos dos cuerpos que le parecían dos intrusos en su casa no eran otros que los de sus padres, los de siempre.

Fue así, en aquellas noches, que Carmen empezó a pensarse. De las primeras veces que alzó la voz sobre sí misma para intentar escuchar más a su pensar que a aquellos sonidos que la habían condenado al insomnio. El crujido de los muebles cuando la madera se dilataba. El acordeón de la barriga de su padre, arriba y abajo, con el aire hinchándola la cantidad justa para que no llegase a explotar. A veces, un murmullo de entre los labios de su madre, que ni en sueños cesaba su rezo. ¿Y si aquella respiración iba a interrumpirse en cualquier momento? ¿Eran las apneas de su padre el anuncio de una muerte inminente?

Y, de vez en cuando, también podía oír el pling de una gota que se dejaba caer del grifo del baño. Y cerraba los ojos con fuerza y esa fuerza le mandaba al cuerpo la señal equivocada de tener que mantenerse despierto. Así que, finalmente, decidió abrirlos, pues una noche había comprobado que, si los dejaba abiertos tantos segundos seguidos como le fuera posible, aguantando el picor, la gravedad le obligaba a cerrarlos, y una vez se había acabado durmiendo sin darse cuenta. Pero no siempre funcionaba.

Y aunque pasaran las horas, no se levantaba. No se levantaba nunca. Desde la cama los objetos cobraban formas nuevas, monstruosas. Nada permanece inmóvil cuando la tiniebla le cubre las espaldas. El armario parecía flotar por encima del suelo, ebrio, los zapatos cerca de la puerta podrían ser rocas sobre el misterio de la arena movediza. ¿Por qué justo en su cuarto revivía lo marchito, ¿por qué?

Entonces, una noche, los ruidos se acentuaron como nunca cuando alguien aporreó la puerta de entrada. Carmen no se movió de debajo de las sábanas. Le costaba diferenciar entre la realidad y el embrujo. El corazón se le desbocaba. Quizás, finalmente, la noche se había revelado de verdad. Por el pasillo, los pasos de su madre se apresuraron a bajar las escaleras. Aquella noche estaban

solas. Su madre abrió la puerta grande sin que la ausencia de su padre la hiciera dudar. ¿A qué ser de la noche recibía? Aguzó el oído, con un talento innato para captar hasta los murmullos más lejanos:

—Amparo, deprisa.

La voz del párroco ardía entre el pánico y la prisa.

—Padre. Padre, Dios Santo.

—Shhhhh. Protégela bien y Dios te lo devolverá protegiéndote de todo peligro.

—¿Dónde se va a ir, padre?

—Lejos, Amparo, me voy lejos. Tú no digas nada.

Carmen no pudo escuchar el final de la conversación. Tras el ruido sordo de algo tocando el suelo del recibidor, la puerta se cerró. Entonces se armó de un valor pionero y tocó de puntillas las baldosas heladas. Al asomarse por el agujero de las escaleras vio a su madre cargando con una fuerza sobrenatural una estatua bastante grande, cubierta con un manto. Amparo arrastró la figura hasta la cocina, y le arrancó el manto de un tirón: era la Virgen de la Misericordia, imponente y majestuosa. Luego se arrodilló ante ella.

—María, Madre de Misericordia, defiéndenos de nuestros enemigos, ahora y siempre. Por los siglos de los siglos.

Por la mañana, Carmen siempre agradecía la cotidianidad del desayuno, la paz de una simple tostada, del brillo rojo y real de la mermelada. Por fin el sol, el ir y venir de la criada con el ajetreo de platos y cubiertos. La plasticidad del día le producía un alivio precioso después del sofoco de la noche. Aquel día su madre no comía, miraba a la Virgen de túnica azul con los bordes dorados, que era la prueba única de que la noche anterior no había sido un sueño. La Virgen estaba sentada a la mesa como un familiar que hubiese venido de visita. Su madre le rezaba obsesivamente por don Javier, el párroco de Manuel al que tanto apreciaba y al que el miedo a los comunistas había llevado a huir lejos de su alcance. Cuando su padre volvió a casa, se llevó las manos a la cabeza: «¡Amparo, ¿cómo dejas eso a la vista?! ¡¿Has perdido el juicio?!». La criada tuvo que subir con apremio la Virgen al piso de arriba y

se decidió que debía guardarse en la habitación más lejana de todas: la de Carmen. La humedad del trastero podría dañar la madera.

Y ya estábamos otra vez: despierta por la mirada viva de la estatua de la Virgen de la Misericordia. Al principio a Carmen le daba un miedo atroz. No sabía si podría soportarlo, incapaz de apartar la vista ni un momento de aquel rostro que le devolvía una expresión de duda, ladeando la cabeza. Pero pasadas algunas noches, de forma natural, dejó de temer aquella presencia. Al fin y al cabo, si iba a estar despierta, era mejor compartir la noche con la madre del mundo. Aquella figura la protegía en el mismo seno de su desprotección, y tal vez se habían encontrado las dos en aquel vértice de peligros. De alguna forma, era como si aquella Virgen, de corazón dulce y libre de todo pecado, la conociese. La única que de verdad la conociese.

El santuario acabó rápido. Unos días más tarde el padre de Carmen se llevaba a toda la familia a la casa de Gandía y visitarían Manuel solo en días puntuales. Aun lejos, estaba convencida de que no le ocurriría nada a la casa, ni a su padre, gracias a la protección de aquella Virgen, que no se movía de su habitación. Acabada la guerra se devolvieron a la iglesia todas las imágenes de los Santos que habían estado resguardadas en distintas casas del pueblo, y su Virgen encabezó la procesión, entre los llantos de alegría, los abrazos al párroco regresado y el repicar de las campanas. Carmen acompañaba, ya adolescente, año tras año la procesión, con su paso rezagado. Observaba con añoranza a aquella Virgen con la que se había sentido tan arropada, la estrella que había vivido entre las paredes de su infancia humilde. Ahora brillaba bajo la luz del sol, su verdadero reino, y nunca volvería a tenerla cerca.

Y Carmen la veía alejarse cada vez más. Ella, que no pedía milagros porque no había llegado nunca a imaginarlos.

El segundo trabajito de Isabel, fue el de vigilante de los *arrossals*. Consistía en atender los arrozales para que no se les acercaran los pajarillos y se comieran el grano de las espigas. Bueno, la realidad es que el trabajo era oficialmente de Ferre, pues era considerado de *xics*, y no de *xiques*. Ella ejercía más bien de vigilante del vigilante, un cargo nada desdeñable.

Ferre se sentaba sobre las piedras de cara al campo de espigas, enfurruñado y callado, y el cometido de Isabel consistía en correr a asustar al pajarillo que se acercaba revoloteando antes de que Ferre lo alcanzara de una pedrada. Estaba más malhumorado aún de lo normal, se cree que porque habían partido peras con el malvado de su amigo Filiberto *el Fil*, y lo pagaba con las aves, conejillos o ratones que se les acercaban, y con la trastornada rubia que los protegía. En vez de levantar el culo y agitar las manos, que tampoco costaba tanto.

—*Tampoc costa tant.*

El niño no decía palabra. Desde la muerte súbita de Pompeyo, su madre le había encargado a él las labores concretas de *distracción* de Isabel. Debía estar entretenida y no andar molestando y lanzando amenazas al cielo, que se había llevado a su padre sin preguntar siquiera. Pero, en realidad, Ferre le permitía a su hermana que lo acompañase, por el miedo infundado a que alguna vez apareciera en los *arrossals* una bestia contra la que no se pudiese enfrentar. De todas formas, ante cada breve carrera de Isabel rezongaba. Por su parte, la asistencia sin faltas de la niña a las tardes en los *arrossals* respondía a una combinación de su espíritu de solidaridad y una extraña afición a permanecer en los lugares donde no se la quiere.

—*Tiiites, tiiites, tiiites. A sopar a un altra bandeta, pardalets!*

Un día que Isabel seguía a su hermano de vuelta a casa, se le posó un mirlo en el hombro: fue un momento mágico. Aún con el pajarito encima, hizo planes de convivir con él en su habitación. Le pondría de nombre Mangas de Humo, como el personaje del cuento aquel, y lo alimentaría con los gusanillos que hay dentro de las cañas del maíz, que Mangas comería de su mano. Luego, en invierno, se marcharía en su migración pajaril, pero con la primavera volvería y se le plantaría de sorpresa en la cabeza. «¿Mangas? ¿Eres tú?», le preguntaría.

Los planes le duraron seis segundos —previos a que Mangas echase a volar de nuevo—, pero aquello le confirmó su papel de amiga máxima de los pájaros.

—Ferre...

Isabel jugaba con un palo haciendo dibujos en el pedregal.

—... Vos haveu enfadat amb el Fil perquè ell s'ha ficat de nòvio de Rosalia?

Ferre se puso rojo como un tomate, casi le salió humo por encima del cabezón pelado. Pasó un rato y, de repente, divisaron a lo lejos lo nunca visto: una bandada de estorninos negros, que vuelan solo en invierno, se acercaba hacia ellos en una nube dinámica y sincronizada. Isabel levantó la cabeza, sabedora del reto que supondría espantar a aquellos pájaros hambrientos. Su hermano se puso en pie de un salto y empezó a agarrar cuantas piedras podía, con ambas manos.

—No, Ferre, espera't!

Pero Ferre empezó a lanzar piedras a lo loco. Los pájaros bajaron a la altura de los niños e Isabel empezó a dar palmas al aire, entre un pentagrama enroscado de aleteos y pedradas.

—Titeeeeeeees! Ti-tes!

Agitaba los brazos dentro de aquella nube de aves furientes, incapaz de mover los pies del suelo y sin poder ver nada, hasta que Ferre acabó perdiendo la fuerza.

Por la noche, su madre los bañó a ambos en el barreño, como hacía una vez por semana.

Isabel *mare* frotaba con fuerza las axilas de su hermano con el estropajo de hierbas, los dos castañeteaban los dientes en aquella

cocina fría, mientras el fogón calentaba el agua que la mujer vertía sobre ellos en una jarrita blanca. Isabel no podía lavarse el pelo porque su madre había tenido que vendarle tremenda brecha que llevaba en la cabeza, y le ardía el cuero cabelludo por el efecto del yodo y el alcohol.

Miraba a su hermano y a su pito blanco como un diente de ajo moverse de lado a lado, con rencor. Su madre empezó a enjabonarle a ella los sobaquillos.

—*Mamà...*

—*Què?*

Isabel seguía mirando a su hermano con todo el odio que el frío le permitía acumular.

—*Creu que hi ha gent que s'ha menjat el dimoni?*

Acostumbrada a sus ocurrencias, su madre le levantó las piernas para lavarle los pies en el cubo.

—*Com quan mos fan menjar* el cuerpo de Jesús *en la missa, però a l'inrevés. Vosté creu que hi ha gent que s'ha menjat el dimoni?*

Isabel mira por la ventana del aula. Fuera hace tanto frío que le vienen ganas de dar un abrazo a los cuatro arbolillos medio moribundos que adornan el patio. El frío vino de golpe y *les vespraes* empezaron a pintarse de naranja y gris, dejando atrás al amarillo de siempre. Maldice que haya llegado la Navidad y con ella el éxodo de Carmen a Gandía. El pueblo se ha quedado vacío, aburrido, las tardes se hacen eternas. ¿Y si conoce a alguien allí? ¿Y si se olvida de ella?

En el aula, la estufa y Antoñete, que balancea las piernas y se pelea con un ejercicio ante el cuaderno abierto de par en par sobre el pupitre.

Seguramente le llevará toda la tarde. A Isabel le rugen las tripas, y eso que no deben de ser más de las seis. Desde que ha cerrado el comedor de la escuela le toca cocinar en el piso, y anda algo escasa de nutrientes. O quizás la ansiedad los consume todos más deprisa.

Se imagina a Carmen en la casa de Gandía, sentada en un extremo de una mesa larga, rodeada de familiares, regalos envueltos en papel de seda de colores, un pollo bien grande adornado con ciruelas, un puchero calentito y salado y una gran jarra de sidra fría. Caldo y sidra. Los brazos de madera barnizada de las sillas. Se imagina que hoy se habrá puesto un vestido nuevo, uno que no le ha visto antes. La tela del vestido acolchado sobre la silla, que tiene permiso para tocarla, para sentir su peso. La tela roja de su rebequita, con un botón traviesamente desabrochado que deje entrever sus...

—*Maestra, lligue'm!*

Antoñete ha cogido el cordón de encima del escritorio de la maestra y ahora la mira fijamente ofreciéndoselo con aires de

dramatismo.

—¿Y ahora qué te ha dado?

—Que mon pare ha dit que si no passe de curso i no trac més bona nota en matemáticas, no em deixarà tornar a jugar als iglús amb tots.

Los iglús son los toldos que ponen los jornaleros para cubrir los naranjos. Con un carburero echan una especie de humo allí dentro, que es el que hace que las naranjas pasen de tener un color verde, a un color naranja. A los niños les encanta jugar en el *campament* de iglús —Isabel también lo hacía cuando era niña— y rondan todas las tardes por los naranjos, jugando a las cabañas.

—I tots, tots van a jugar als iglús... I mon pare ha dit que...

—Escucha, Antoñete, si los otros se meten debajo de las lonas, tú no te metas, ¿eh? Tú, aunque los otros se metan mucho, te metes y sales al rato. Que yo a tu edad conocía a un niño adicto a estarse ahí dentro y un día le dio una tos que por poco se muere. —A Antoñete se le han puesto de repente los ojos vidriosillos—. Pero que no se murió, ¿eh? Ahora está bien y es padre...

—Jo vull anar a jugar als iglús amb els altres xics i AMB LES XIQUES!

Ah. Isabel está empezando a entender de qué va el tema. De repente, Antoñete saca un papel dobladito de la cartera y se lo ofrece a su maestra.

—Lee tú, a ver.

El niño obedece desdoblando el papel y se pone a leer su letra de zurdo con una voz nasal y proyectada.

«Nunca podré encontrar»
(por Antonio Montagud)
e estado en muchos lugares
de esta tierra
y en ninguno e podido encontrá
otra chica como tú
Aora voy de baile en baile
de fiesta en fiesta
y también la bebida

para ver si puedo oblidarte
y si no puedo
me pondré ha beber
me pondré ha beber
y si no puedo
muerte me daré.
FIN.

El niño se queda mirando al suelo con severidad y se aguanta unas lágrimas en el cuenquito de los ojos.

—Pues... —Antoñete vuelve a ponerle el cordón delante de las narices—. *Xe*, Antoñete, deja estar eso un poquito... Vamos a ver. ¿Cómo se llama la niña en cuestión?

A Antoñete casi se le escapa una respuesta, pero enseguida calla, refrenando el nombre en la boca. Es un secreto.

—Para empezar, eso de que te vas a dar a la bebida es un sinsentido. Tienes nueve años.

El niño asiente. A Isabel se le escapa la risa. No sabía que su alumno de refuerzo fuera tan enamoradizo. Casi le recuerda a alguien.

—Y lo de que te vas a morir, también me parece un poco... desmesurado, sinceramente. Quizás habría que rebajar un poco el tono.

El niño la mira sin haber captado nada del mensaje. Se encoge de hombros y guarda la carta doblada en el bolsillo de su cartera azul.

—Venga, Antoñete... anímate. Que lo importante es la intención. Eres demasiado joven para sentir estas cosas... Ya tendrás tiempo más adelante...

Antoñete se pone a escribir sobre el cuaderno mientras va suspirando. Isabel vuelve a fijar la vista en la ventana cubierta de relente. Ah... dos cabezas perdidas en el amor. Qué complicado es, y con qué facilidad nos hace naufragar en él...

—Además, yo no me paso aquí las tardes, educándote, para que acabes saltando por un puente. ¿Me oyes?

El niño ya se ha distraído, y escribe alicaído, un poco también

por la dificultad del ejercicio. Quizás podría acercarse a su casa, y presentarse formalmente a su familia, para ver si se les ocurre invitarla a comer con ellos el día de Navidad, o Nochebuena.

Mejor no. Demasiadas explicaciones. Además, duda que tengan nada interesante para poner en el plato.

Pastelillos de boniato y Carmen. Carmen y pastelillos de boniato. Sus propios sentimientos arañándola por dentro. La urgencia por dejarlos volar. La urgencia por existir. Mañana. Hoy.

—Vámonos, Antoñete, que tengo sueño…

Isabel se va poniendo el abrigo mientras el niño recoge lentamente las cosas. Los mofletes de Carmen, calientes como un pastelillo de boniato. Pellizcar con los dedos uno de esos mofletes… Morderlos.

De fondo, una voz nasal susurra tímidamente:

—Carolina…

La tarde está algo alborotada. Los niños y las niñas corren de un lado a otro de la plaza. Isabel mira distraída a un grupo de señoras que comen pipas en los bancos desde la ventana del piso. Una ha soltado algo gracioso y las otras dos echan la cabeza hacia atrás para reír, como la anilla de una lata al abrirla. Ya ha pasado suficientes días encerrada entre esas cuatro paredes, durmiendo siestas eternas, con el ruido incesante de la gente celebrando una ocasión especial tras otra. Isabel piensa que a veces el ruido solo esconde lo infeliz que es todo el mundo en realidad. O quizás no, y solo es ella la que no sabe identificar la felicidad en los otros, en sus caras feas y tan poco interesantes. Los borrachos volviendo a casa de madrugada, tratando de no chocar contra la puerta para no despertar a sus esposas, con el canto de un gallo madrugador a lo lejos. Las campanas de todas las misas que ha esquivado astutamente y que parece que repiquen desde dentro de su piso. Pasar de vez en cuando a ver a la telefonista para preguntar por llamadas que nunca han llegado. El vestido goteante que el frío no deja secar colgado de la barra de la ducha. La pereza definitiva de ir hasta el *llavaor* y tener que meter las manos en el agua helada. El suelo de delante de casa lleno de serpentinas de colores mojadas y rotas que aparta con la punta de la bota al salir.

Por lo general le gusta no dar palo al agua, pero cuando mueren las tardes se le acaba quedando un sabor rancio en la boca, de estar perdiendo la vida, de que la vida la esté echando a perder. Es como si se convirtiera en un despertador que se pone a sonar y no hay nadie para apagarlo. Detesta pensar en todas las cosas que podría estar haciendo, y se esfuerza para no hacerlo.

Ha salido muchas veces a caminar. Ya ha aprendido que, cuando ve a un grupo de niños corriendo hacia el lado opuesto de

la calle, los tiene que perseguir. Anoche perdió un poco los nervios y acabó agarrando a Canet por la boina. Le arrancó una *traca* de la mano y le chilló: *«Des de quan se tiren petards per Nadal en esta terra, eh? La mare que vos va parir! Des de quan?»*. Los niños se fueron corriendo a ponerlos en las vías del tren.

Son las segundas Navidades que pasa sola, pero han sido con diferencia las más largas. Se enfunda el abrigo y sale, guardándose las manos en los bolsillos.

Nada más pisar la plaza, ve a lo lejos a Patro, que sale de su casa con un cestillo. La saluda con la mano, y entonces Isabel no duda y corre a su encuentro.

—¡Buenas tardes, doña Patro!

—¡Buena tarde y buen año, bonica! Que solo te he visto de pasada estos días. *Que ocupadeta.*

Isabel se fija en la puerta verde de la casa de Patro. Ha visto luz todas las noches pero, ahora que lo piensa, no ha visto a nadie entrar ni salir estos días. La mujer busca en el cestillo y coge un juego de llaves. Tiene unas minúsculas gotitas de sudor entre la cinta de pelo y la frente, que se han quedado ahí, como adorno, y lleva las gafas un poco empañadas por el frío.

—Escolte, doña Patro, vosté sap cap a quina hora arribarà hui doña Carmen?

—Ai, xiqueta, a quina hora arriba Carmen? Pos no ho sé, xiqueta, no ho sé…

Patro intenta meter la llave en el agujero de la cerradura, pero resulta que la mano derecha le está temblando igual que una pescadilla sacada del agua. Se agacha un poco para concentrarse bien en ese pequeño agujero. Las gafas empiezan a resbalársele nariz abajo.

—A quina hora arriba Carmen? No la sé, l’hora…

Isabel no sabe si lo que toca sería irse en ese mismo momento y dejarla hacer tranquila o, por el contrario, ayudarla a cerrar la puerta. Podría coger la llave de la mano de Patro e introducirla en el agujero en un segundo, pero la anciana parece estar esforzándose tanto, que opta por hacer ver que aquello simplemente no está ocurriendo. No quisiera ofenderla.

—És que he suposat que tornaria hui de Gandia, però vosté ho deu saber millor que jo.

La llave va dando pequeños golpes contra la madera hasta que Patro tantea con los dedos el agujero y consigue introducir la llave redonda, al fin. Ahora se trata de hacerla girar aún dos veces y volverla a sacar. Patro se sube las gafas con la mano trémula.

—Carmen arribarà, algun dia ha d'arribar. Quin dia és hui?

—Ja és dia sis, doña Patro. Demà no comença l'escola dels cagons?

Silencio. Patro ha conseguido, con mucha laboriosidad, dar una vuelta entera, muy poco a poco. Aparta la mano de la puerta un segundo para dejarla descansar.

—Toma, *xiqueta*.

Le da el cestillo e Isabel se alegra de poder ser de ayuda. La llave se resiste a girar y entonces se agarra con la otra mano la muñeca que la sostiene, tan fuerte como puede.

—Ai, Patro. Que bonic. Que és neu?

Isabel mete la mano en el cestillo, lleno de pequeñas figuras navideñas tejidas a mano. Estrellas de nieve blancas, otras que parecen muérdago, verdes y rojas.

—Sí, són volvetes de neu. Vaig a posar-les a l'arbre del piso de abajo *que està un poc despulladet.*

Patro acaba de dar, por fin, la segunda vuelta a la llave, y vuelve a guardársela en el bolsillo deprisa. Ambas sueltan un suspiro de alivio. La agarra del brazo e Isabel entiende que le toca acompañarla hasta la escuela. Empiezan a cruzar la plaza camino a la calle de la iglesia. La anciana va dando pasos tambaleantes de lado a lado, e Isabel la acompaña cargando con el cestillo.

—Tu me podràs ajudar amb la part de dalt de l'arbre.

Los niños corren a la desbandada hacia el final de la calle, motivados por el ruido de un coche que Patro reconoce a distancia.

—Ui, mira, deu ser la nostra amiga, que ha arribat ara. Mira que bé.

El tambor de la impaciencia empieza a sonarle a Isabel en la parte baja del estómago, golpeándole el vientre.

—Mira els xiquets, tots acomboiats! No entropesseu!

Delante de la iglesia ha aparcado un Citroën 11 Ligero de color negro, muy elegante.

De la parte de atrás sale Carmen, otro tambor que suena al mismo compás, que abre la puerta aprisa y le tiende una sonrisa al aire. Isabel la recoge bajando la mirada al suelo, ruborizada. Patro saluda con la mano.

Todo, absolutamente todo a su alrededor va más rápido que ellas. Los niños galopan a saludar a Carmen, o, por lo menos, *llegan* a Carmen. En cambio, ellas dos van a un ritmo flemático, agónico; casi parece que caminen marcha atrás. Aunque Isabel intenta hacer fuerza con su brazo para impulsar a Patro, sus pies pequeños no pueden sostener otro ritmo más que aquel. Y aunque quisiera correr, le toca aguantar el tipo en un primer plano a la vista de Carmen, que ahora atiende vagamente a la Mariquita Pérez que los Reyes han traído a Catalina, y que el resto de las niñas miran como si fueran a devorar en tribu.

El viaje ha sido un pestañeo del tiempo.

Ojalá la hubiesen dejado sentarse junto a la ventana. Podría haber ido mirando los árboles como el dibujo de una brocha de pintura marrón que se queda atrás, y haber dejado volar un rato la mente. Pero a ella siempre le toca ir en el asiento del medio; a su lado, su tía Nieves, y al otro, su madre. Si hubiera pensado muy fuerte, habría habido el peligro de que sus pensamientos se colasen en las cabezas de los demás. No ha podido evitar algunos, pero como en esta familia todo el mundo tiene mucho en que pensar, ha podido protegerlos de las intrusiones del resto. Julito está empeñado en la idea de que tendrá que irse, y no quiere hacerlo de ninguna de las maneras, y todo porque su tío de las narices se ha encaprichado con que haga la mili de todas todas, y es que, al lado del inútil de Armando el *sequier*, lo va a tomar siempre por el pito del sereno. Su tía Nieves piensa en las manos masculinas y venosas del tiarrón de *Solo ante el peligro*, el «Gary Cúpe», como lo llama ella. Su madre tiene la cabeza en los pobres niños de los que hoy ha hablado el párroco de Gandía, que vendían dibujos hechos con la

nariz porque no tenían manos. Qué pobres y qué tirria no tener manos. Su padre piensa en que el hombre calvo que había hoy en la barra del restaurante San Marcos, discutiendo con un francés, no podía ser de ninguna forma el alcalde, pues todo el mundo sabía que al alcalde de Gandía le habían cortado los dos huevos los republicanos.

El pensamiento de Carmen está en un idioma que entiende pero que no sabría hablar.

Estas Navidades ha pasado algo un poco extraño... Alguien ha cogido a otra Carmen (¡una actriz!) y la ha puesto sobre el suelo de madera de la casa de Gandía, la ha puesto en medio de los brindis con champán burbujeante y en el vaivén de las puertas de la cocina, más salvaje y concurrida en fiestas. Y la Carmen de verdad se ha quedado en la escuela, en las aulas, en su pueblo. Más de una vez se ha visto en la cama, abrazando sus libretas de notas y enciclopedias, y pasando las páginas como si fueran las noches de vacaciones que habría querido que pasaran más deprisa. Hasta regresar a su vida real, de la que en realidad, no se ha ausentado. Este viaje en coche no es más que un trámite último para volver al lugar de donde no se va aunque desaparezca.

No sabe qué es lo que la ha agitado así durante estos días, pero en el coche su cabeza está viva y su cuerpo es un simple contenedor. Ya llegan. ¡Y el pueblo les ha dado paso, así de fácil!

En la plaza, el pelo inconfundible de Isabel, la alegría de ver que ha hecho buenas migas con Patro, y la curiosidad de saber qué se habrán estado contando y ella desconoce. Carmen les dice a sus padres que se va a quedar un rato. Su madre se ensombrece un momento, pero su padre arranca el coche, deseoso de tumbarse ya en el sofá de la Casa Gran.

—Madre mía, ¡pero cuántas niñas!

—¡... y si volaran...! —grita Patro, que viene de la plaza a paso lento.

—Ay... ¡Cómo las he echado de menos!

Isabel aparta a una niña con el cestillo y se acerca a Carmen, tímida como el día en que se conocieron.

—Mira, Isabel, que me preguntaba que cuándo volverías, que

si cuándo ibas a volver, que si volvías ya por fin… ¡Y justo ahora, que íbamos a colgar las figuras de Navidad en el árbol!

—*Però si ja s'ha acabat el Nadal!* —chilla la Lola Sangil.

—¡Chist! ¡A callar! —Isabel le da una colleja—. ¡Doña Patro va al ritmo que le venga en gana!

Está roja como el gorro de Papá Noel, y parece algo malhumorada.

Carmen agarra una estrella pequeña del cestillo y se la pone suavemente sobre la mejilla derecha, con la mano fría. Los niños ríen, y entonces Isabel sale disparada, directa a las nubes y al cielo.

—Y ¿cómo es hacer de maestra en otros sitios?

Carmen se limpia las manos en un paño húmedo después de haber borrado la pizarra. El sol de finales de enero atraviesa el cristal de la ventana y, comedido, cubre solo una parte del suelo del aula. Isabel está sentada en uno de los pupitres.

—¿Cómo...? Pues... como aquí.

—Pero en alguno de los sitios donde ha estado debe haber sido distinto.

—No lo sé. Bueno, a ver, en Sant Joanet, a las niñas las hacen vestir con una ropa de color blanco, blanquísimo, y me daba jaqueca todo el día de verlas. Pero estuve solo unos meses...

—Ya sabe a lo que me refiero.

Isabel no sabe a lo que se refiere. ¿Qué hay en otros sitios? Nada.

—Pues... en los otros sitios no está la Desconsuelo...

Carmen hace un gesto de reprobación e ignora el comentario.

—Yo creo que fuera de Manuel la vida tiene que ser menos aburrida, menos... gris.

—¿A usted le parece que Manuel es gris?

—No. Bueno, no lo sé... Me parece que lo soy yo.

De pie delante de la pizarra es como si Carmen esperase una lección que la ayudara a cambiar, a ser otra.

—Toda España es gris, no tiene nada que ver con usted. La gente cree que ahora estamos mejor que antes, pero...

—Bueno, Isabel...

—Ya, ya sé que no hay nada peor que *la guerra*. Pero a lo que yo me refiero es que al menos antes la gente no agachaba siempre la cabeza, y realmente creían que se podían cambiar las cosas. Y esas cosas no las llegamos a ver nunca, ni usted, ni yo. Pero es que

hay mucha gente que sí.

Pero ¿qué sabrá Isabel sobre antes? Finge cierto temor ante el giro que está tomando la conversación, pero en realidad hoy lo que desea es oír más, quiere saber más. ¿Qué sabrá Isabel sobre la guerra que no sepa ella? ¿Por qué esa misma palabra suena distinta en su boca a como suena en la de su padre, o en la de su madre? Se sienta en el pupitre del lado de Isabel. Nunca nadie le habla con tanta... franqueza.

—Y luego los callaron a todos ellos, a base de miedo. Qué digo de miedo, sembrando el terror y dando demasiado poder a la gente necia, necia y mala, eso es lo que pasa cuando se le da el poder a la gente más necia y... Y los otros, por ahí siguen, mal enterrados, mal escondidos..., y sus ideas, y su fuerza, perdidas para siempre.

—Franco nos libró de la barbarie y del comunismo y salvó la Iglesia católica. Y reconstruyó España.

Isabel mira a Carmen, que ha dicho todo eso igual que Antoñete recita la tabla de multiplicar del siete, y entonces dibuja esa sonrisa suspicaz que le levanta la boca solo hacia un lado elevándole el pómulo. Carmen siente un hormigueo en las manos.

—¿No cree? Y gracias a él la gente tiene trabajo y puede ir a la iglesia en libertad.

—¿Sabe qué es lo que nos hace grises, Carmen? Trabajar e ir a la iglesia. Eso es lo que nos hace grises. ¡Trabajar e ir a la iglesia! Y más trabajar y más ir a la iglesia. Vivir, lo que es vivir de verdad, eso nos está totalmente prohibido.

Carmen se pone el dedo en los labios, nerviosa, para indicarle que calle, aunque lo que de verdad quiere es que hable aún un poco más.

—Isabel...

—Es verdad. Pero parece que a la gente ya le está bien lo de ser gris, y mira, allá se pudran ellos. Pero yo no quiero ser gris.

Carmen pestañea, y se imagina a Isabel como debe imaginarse a sí misma: escalando una montaña, o a lomos de un caballo, o viajando a un continente lejano.

—Usted no es gris. Es rubia.

Carmen suelta una carcajada alegre que resuena por toda el aula.

—Le hace mucha gracia eso de que yo sea rubia...

—¡Es que no parece española! La primera vez que la vi creí que era... francesa.

—¡¿Francesaaa?! ¡Eso no!

Isabel pone cara de horror y Carmen vuelve a reír.

—¡Chist! No grite...

Es que Carmen ha pasado toda su adolescencia viendo como en el mes de agosto llegaban las francesas a Gandía, con sus cabelleras resplandecientes y largas, sus piernas morenas que sobresalían de faldas siempre un poco demasiado cortas y sus tops de colorines, sobre los que solían despuntar dos bolitas como garbanzos. Y su desparpajo. Ellas siempre encontraban algún chico valenciano con el que festejar. En la misa, las mujeres rezaban para que no se acercasen demasiado a sus hijos y los hombres rezaban para que lo hicieran. Julito llevaba detrás de la mayor de las Tena desde octavo, pero como no acababa de hacerle caso, iba repitiendo por ahí: «Con las del pueblo no hay nada que hacer. Les levantas la falda y ya se han quedado *preñás*». O sea que le venía muy bien aquello de irse a Gandía. Las chicas del pueblo pasaron a un segundo —incluso tercer— plano, y el que conseguía *tener algo* con una francesita se convertía en un triunfador. Los dos primos iban juntos a la piscina los fines de semana, en el hotel Bayren. Estaba justo al lado del mar, pero la familia de Carmen prefería un sitio más exclusivo, que les apartara de las multitudes, y su padre se encargó de que tuvieran pase para todos los veranos. Julito cargaba todo el camino con el cesto y la sombrilla, ya que les estaba terminantemente prohibido subirse en la moto o coche de nadie —órdenes directas de la tía Nieves y la tía Amparo—. Allí Julito empezó a hablar con Janine. Janine era la hermana pequeña de la familia de Lauzujan: Marise, Françoise y Janine. Las dos hermanas mayores conducían y tenían un coche, así que quien se hacía con ellas tenía pase libre a la Rompeolas, una discoteca que Carmen no había visto nunca pero que era el *non pus plis* del momento. Julito se ponía muy chulo, apretaba fuerte los músculos

de los brazos y del abdomen, y se peinaba el pelo mojado hacia atrás con la mano, y de alguna forma (no sería gracias a la conversación, pues el chico no entendía ni jota de francés) consiguió captar la atención de Janine. Las hermanas se ponían a tomar el sol en una toalla rosa y grande, y Carmen, que rara vez se bañaba, las observaba de reojo desde una silla plegable, con su libro entre las manos. Las hermanas reían en alto y se limaban las uñas con una lima larguísima. Una vez vio como de un bolso se les caía un paquete azul de cigarrillos y no pudo apartar la vista durante toda la tarde. Cuando se tiraban al agua, ella se sentaba en el borde a mojarse los pies, arrastrada por la curiosidad. Aquellas cabelleras eran como un imán. Una tarde se quedaron solos los tres cuando cerró la piscina. Las hermanas de Janine se habían marchado con el coche, y Julito le dio a ella la cesta y la sombrilla. Se fue con Janine a la parte de atrás del hotel, y Carmen los esperó en la esquina. Y esperó y esperó. Solo al cabo de un rato largo giró la cabeza y echó un vistazo veloz. Solo pudo ver a Janine, de espaldas. La mano de su primo le arrugaba la tela de su falda negra, tensándola hacia arriba, y se aferraba a un trasero redondo y reseco por el cloro. Carmen se apartó unos metros más, con el corazón latiéndole más fuerte que nunca. Miró de calmar su respiración cuando regresaron su primo y Janine, pero no pudo. Anduvieron un rato juntos, y su primo volvió a cogerle el culo de aquella forma. Lo vio todo porque iba detrás de ellos, mordiéndose el labio inferior con fuerza. Janine se giró un momento, con ese pelo rubio y liso que le llegaba hasta la cintura, se quitó las gafas de sol y le dijo una palabra que Carmen apuntaría en su libreta nada más llegar a su habitación: *«Petite»*.

—¿Y en su familia son todos así de rubios?

Carmen no puede evitar atrapar entre los dedos un mechón del pelo de Isabel durante un momento, como quien pasa el dedo por un pastel y se lleva una pizca de nata a la boca.

Isabel mira al suelo sin haber podido prever una huida a esa pregunta. Asiente.

—¿Dónde viven sus padres?

—Pues tendrá que preguntárselo a ellos…

—¿Cómo es posible que no sepa dónde viven sus padres?

—No nos hablamos.

—¿De verdad?

Carmen la mira con una curiosidad casi total, que la lleva a ignorar que aquellas palabras le están escociendo en el alma a su amiga.

—Pues qué pena…, ¿no?

—Desde hace dos años, ni una palabra.

Dos años… No osa mostrar que la ha pillado mintiendo, pero de entrada era bastante evidente que los domingos Isabel no se iba a ninguna parte; y, en realidad, eso ya lo sabía ella. De todos modos, en ningún caso se habría imaginado que no se hablara expresamente con su madre, con su padre, con… ¿Pero qué vida es esa, una vida en la que nadie es consciente de tu existencia?

—Pero… ¿qué hizo?

—La pregunta es qué hicieron ellos —suelta Isabel encendida.

Se produce una pausa en la que ambas temen haber herido a la otra. Tiene tantas preguntas… Isabel parpadea intentando sacudirse los fantasmas que se le han metido en los ojos.

—Y ¿con quién pasa las fiestas? No sé, Semana Santa, Navidad…

—Pues… con mi jarrón vacío y con los ejercicios de matemáticas por corregir, también…

—Pero, a ver, ¿algún familiar suyo tiene que vivir por aquí cerca, no?

¿Qué incomprensible interés tiene Carmen por hurgar en estas tonterías? Isabel rasca la madera del pupitre y hace despuntar una astilla, que augura que algo está a punto de resquebrajarse.

—No.

—¿Nadie? ¿Y no se siente un poco… sola?

Carmen acaba de darse cuenta de que ha pasado la Navidad sin nadie a su lado. Y aunque el cuerpo de Isabel, sentado sobre aquel pupitre, nunca había sido tan pequeño, le parece verla más grande que nunca.

—No lo sé… A veces… Pero no quiero que sienta pena por mí, ¿eh?

—No, no. Si no es pena. —La mira con los ojos muy abiertos y le coge, de un arrebato, una mano entre las suyas. Isabel puede notar el aire entrando y saliendo de su boca—. En realidad, me parece la persona más valiente que he conocido nunca. Yo la admiro…

Isabel se arrima a Carmen, que aparta la cara como si acabase de beber de un caldo hirviendo. Las dos mujeres se quedan inmóviles durante el transcurso de un largo minuto.

Silencio.

La primera en darse cuenta de lo que acaba de hacer es Isabel, que clava los ojos en el suelo como si le viera reflejado el terror que siente. Carmen, en cambio, la sigue mirando, sin entender nada. La tentativa de beso la ha pillado tan de sorpresa, que se le ha quedado pintada en la cara una media sonrisa estúpida, y no es capaz de quitársela.

Isabel mira hacia los lados, respirando con dificultad. Aparta a un lado a Carmen y arranca su abrigo del colgador. Antes de salir se gira para intentar decir algo. Abre la puerta y se va. Carmen se muerde el labio inferior con fuerza.

«Petite.»

Las planchas de hierro, macizas, se calentaban sobre las arandelas de la cocina. Solo se oía el ruido del fuego, crepitando con fuerza. Su madre estaba de pie frente a la tabla de planchar, como un cuadro de Vermeer. Miraba pensativa los retales que usaba para agarrar las planchas sin quemarse, acariciando con el dedo gordo un pedazo azul que fue de la primera ranita de Isabel. El poco verde del patio se había vuelto marrón, y había llovido tanto que su madre había tenido que poner dos botellas de agua caliente en el cajón de los pollos.

Isabel se llenó un vaso de agua, que en invierno se mantenía fría como de la fuente, y la miró, espectadora de la belleza de aquel lienzo de la tarde.

Su madre no decía nada. Se había quedado parada en el tiempo.

—¿Quiere que la ayude con las sábanas?

No respondió. Isabel vació el contenido del vaso de un sorbo y se dispuso a salir. La voz fría de su madre la hizo detenerse.

—¿Tú lo sabías?

Apoyó el vaso en la encimera.

—¿Cómo?

—¿Sabías que tu amigo es...? ¿Tú sabías quién es tu amigo?

—¿Qué quiere decir?

—Esta mañana ha venido la policía. Han preguntado por ti. Han dicho: «Su hija se ha juntado con elementos peligrosos, con delincuentes». ¡En la Escuela de Magisterio! Que querían avisarme. Dicen que han investigado a tu... amigo. El de las gafas.

A su madre le temblaba la barbilla. Habría sido muy fácil mentirle en aquel estado, todo lo que necesitaba oír era que se trataba de una confusión; «Mamá, que ni ese es amigo mío, ni

tengo nada que ver con lo que sea que ha ocurrido, pero si ni siquiera comparto horario con hombres, mamá, cuándo ha oído usted que me interese a mí la política, si apenas tengo tiempo para coger los apuntes de lengua, mamá». Así podría recomponerse, volver a sus labores, y a olvidarse otra vez de su hija y de lo distinta que deseó que fuese un día, tal y como hacía antes de que a las nueve y cuarto llamasen a la puerta los de la Brigada Azul. Y aunque a Isabel le hubiera resultado tan sencillo mentir, en ese momento lo que sintió, precisamente, fue una necesidad abrumadora de desflorar esa mentira. De cambiar el vacío diario por un sentimiento que tal vez no sería mejor, pero sí otro. Se trataba de una orden directa desde dentro, no la podía ignorar.

Habían sido tantos años anhelando un poco de atención por parte de la mujer que le dio la vida (y que ya nunca más le daba de eso mismo, vida), que ahora que se le imponía la oportunidad de que esta la mirase a los ojos por una vez, no la desaprovecharía. Solo necesitaba saber qué era lo que le habían contado a su madre; si habían detenido a Antonio o si se trataba de alguno de los otros de la Casa del Perrito.

La Casa del Perrito se llamaba así porque había sido propiedad de la Señorita del Perrito, una mujer muy rica que vivía en Monóvar, pero que tenía una casa por la Albufera, y un perrito de esos falderos. Además del perro tenía un amante *catarrogí*, que resulta que era *tirador de coloms*. En agosto del 33 le falló la puntería a uno de sus compañeros (desde aquel momento, la Señorita se hizo defensora de limitar las aficiones y pasatiempos de los hombres a partir de ciertas edades) y como se quedó sin amante, dejó de ir a la casa en señal de luto. Domènech, el cabeza del grupo anarquista universitario, que estudiaba en último curso en la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas, era su sobrino, y ofreció la casa como lugar de encuentro rotativo para las reuniones. En su día, el grupo de chicos había roto las ventanas de toda la parte frontal de la casa, no fueran a ser menos anarquistas por usar una llave.

Allí fue donde conoció a Antonio.

No estaría bien adjudicarse el mérito de haberse enterado ella de las reuniones de la ECF (Estudiantes Contra Franco), pues, muy a su pesar, había sido María Ángeles, su compañera del básquet, quien había sabido de su existencia a través de un amigo suyo, y quien había tenido la deferencia de incluirla en su incursión al grupo. María Ángeles no estudiaba Magisterio, estaba en el equipo porque la entrenadora, que era de la Sección Femenina de la Falange, había juntado a otras universitarias y a obreras sindicadas para poder hacer equipo. Insistía con su actitud en ser amiga de Isabel, y aunque le estaría siempre agradecida por haber compartido con ella algo más que las vendas para las rodillas, Isabel nunca llegó a considerarla tanto como eso. Era maciza, compacta, y tenía tal desinterés por controlar su propio cuerpo, que las del equipo sentían verdadera pena por la pelota, *mamporreada* y maltratada todos los jueves por sus enormes manos. No es que Isabel fuera una flor delicada, precisamente, pero es que a María Ángeles parecía no preocuparle en absoluto la posibilidad de acabar aplastando el cráneo de alguna de las otras jugadoras. Y como solamente jugaban entre ellas, ese cráneo podía ser el de la propia Isabel perfectamente. El segundo motivo por el que se hacía difícil considerarla amiga era que una vez, justamente de camino a la Casa del Perrito, le había confesado que su verdadero nombre era, nada más y nada menos, que Deseo por la Revolución. Le dijo que su madre le había puesto este nombre antes de desaparecer, y que sus abuelos habían tenido que ir al registro a cambiarlo a toda prisa, pero que, ahora que eran amigas, Isabel debía llamarla por su nombre real.

Enzarzándose el pie derecho con un arbusto espinoso, Isabel entró por la ventana de la Casa del Perrito, y enseguida la siguió María Ángeles, por supuesto casi demoliendo la pared tras ella.

Domènech era el típico universitario guapete que llevaba jerséis siempre ajustados y un chaleco de cuero. Las invitó a sentarse en un sofá de terciopelo caqui. Además de la evidente tensión, Isabel pudo notar que, en esa casa, él hacía vida más allá de las reuniones: el salón era una amalgama de cachivaches de señora mayor, retratos de familia, estatuillas de ángeles rollizos,

botellas de cerveza belga ya empolvadas, pósteres de The Almanac Singers y chaquetas de mezclilla. Uno de los chicos les ofreció una cerveza, que María Ángeles y ella compartieron. En ese momento discutían sobre cómo debía coordinarse el encuentro con la UJC, aunque la discusión se había descompuesto un poco cuando todos se pusieron a mirarlas haciendo movimientos extraños de disimulo. Domènech, y una parte de los allí reunidos, consideraban que los de Barcelona se creían demasiado especiales y *fundamentales* como para moverse a un kilómetro de la capital, y que una buena forma de darles una lección de humildad sería no acudir a la reunión si no se descentralizaba al fin la actividad *(«A fer la mà, democratització de base!»)*. En cierto momento, otro dijo que los del MCT de Valencia sí que acudirían a Barcelona, que en qué lugar los dejaba eso. Después uno dijo que si se meaba en la caseta de *les ferramentes* se echara agua del cubo después, por el amor de Dios. Y entonces uno que fumaba pegado a la ventana con las piernas cruzadas dijo que por qué no convocar el encuentro de todos los grupos de resistencia de la península ibérica en el salón de la tía de Domènech, o tal vez en la mismísima habitación de Domènech. Isabel intuyó el hiriente tono sarcástico, y vio cómo el chico lanzaba una mirada cargada de irritación hacia aquel individuo, que parecía algo mayor que el resto, y se oyó la risa ahogada de alguno de fondo.

Aquello debió poner a Domènech en un estado de tensión que decidió redirigir hacia las chicas, Isabel y María Ángeles, quien escuchaba todo con una posición de reflexionar tipo el pensador de Rodin, apoyando el codo sobre el brazo del sofá caqui.

—No hace falta decir que ninguno de los nombres que utilizamos aquí son reales. No compartáis información real a no ser que deseéis estar en desigualdad de condiciones con el resto de los compañeros. Habrá represalias para quien comparta información de las reuniones con terceras personas que no estén previamente admitidas por mí, o por otro compañero veterano.

—Si cae uno, ¡caéis también vosotros!

—¡Yo no estaba de acuerdo con que vinieran mujeres! ¡Nunca he estado de acuerdo en que hubiese mujeres! —chilló uno

revolviéndose en la silla.

—Vamos a ver; ella —Domènech señaló a María Ángeles— es apadrinada de Tolo.

—On collona està Tolo?

—Rondant —dijo un tercero.

—Tolo no está porque se ha chamuscado las piernas quemando hierbas.

—¿No cogieron a Tolo en la Casa de la Cultura?

—Què cony dius? Te dic que Tolo s'ha torrat les cames cremant la ramulla en l'hort! —espetó Domènech.

—¡Más le vale habérselas carbonizado como para no venir el día en que se introducen... mujeres! ¡Mujeres que son contactos suyos! No me mires así, Domènech, que sabes que llevo razón. Necesitamos un poco de control con estas cosas: «¡La anarquía no es desorden, sino orden», Pedro Kropotkin!

—«¡La evolución de una época histórica está determinada por la relación entre el progreso de la mujer y la libertad», Carlos Marx! —gritó Domènech.

El ambiente se estaba caldeando. Isabel se preguntó entonces si debería hablar en su defensa, si debería decir algo, pero decidió quedarse callada en el sofá caqui adoptando una posición casual tipo paciente en sala de espera de consultorio médico.

—A mí también se me ha dicho que Tolo estaba en la Casa de la Cultura cuando...

—Molt bé, però jo sé tots els vostres noms i cognoms, sé qui sou, collons! Faig carrera amb Romero, amb Tolo, amb Ximo, i amb tu, Dome. I conec la mare, i hasta la tia de..., de...

—Tiene razón, Dome, esto no es Valencia, aquí, quieras o no, todos nos conocemos, más o menos, pero nos conocemos, es así. —El chico, que llevaba un bigote largo y fino como de Dalí, dio un trago a su cerveza, e Isabel pensó que ella se acordaría si conociese a alguien con un bigote tan ridículo.

—Tu a mi me coneixes de què —dijo el hombre con las piernas cruzadas frente a la ventana, con una risa que le provocó la típica tos del fumador asiduo.

Domènech se mostraba contrariado, como si se le estuviera

derramando el contenido de una olla tras haberle aplicado demasiado calor.

—Si queréis decir vuestros nombres, es bajo vuestra responsabilidad. —Inquieto, miró a los compañeros alrededor—. ¡No deberían decir sus nombres...! Si queréis, podéis decir vuestros nombres. *Xe, jo ja no ho sé...*

Perfecto. Seguro que ahora María Ángeles no desaprovecharía la ocasión de decirles a todos que se llamaba Deseo por la Revolución. El recorrido de Isabel por el mundo del activismo y la acción política estaba a punto de ser pulverizado para siempre; se cachondearían y las harían volver por donde habían venido.

Sorprendentemente, María Ángeles dijo «María Ángeles» e Isabel hundió un poco la espalda en el respaldo del sofá con alivio.

—María Ángeles Alapont Celades, filla de Montserrat Celades, estudiant i militant a la JER, desapareguda i vista per última vegada el 17 d'octubre de 1939 a la presó d'Oriola.

Se hizo un silencio solemne.

—Yo s-soy..., soy... —Isabel fingió que se le quebraba la voz por la emoción y que no podía seguir hablando. Meneó la mano encogiendo la cabeza como diciendo «ahora no puedo» y el resto intercambiaron miradas, a cuál más comprensiva, entre sí.

Había algo en el aire que le decía que no debía, en ningún caso, facilitar un acceso tan despejado a sí misma, a su barrio, confidente pasivo de su adolescencia, a los ventanales diáfanos del aula de Pedagogía, a los pasillos de barniz marrón con los bancos estrechos y largos pegados a la pared de las de Magisterio... Lugares en los que no se había descrito todavía, paisajes en los que ni siquiera ella se ubicaba aún. Debía hacerlo antes de ubicarse en aquella sala, ante aquellos rostros nuevos. Aún no sabía que allí había alguien que la iba ayudar a hacerlo.

Su compañera tampoco debía de acabar de sentirse del todo cómoda, pues no le había dado al grupo su nombre primitivo y verdadero. De repente le puso la mano desmañada sobre el muslo, en una zona peligrosamente alejada de la rodilla, agradecida por el modo en que Isabel se había afectado tras su presentación. María Ángeles trataría de evidenciar que aquel encuentro las había unido

más y más.

—Bueno… —Domènech las miró como si fueran muy cortitas —. Debéis perdonarnos. Será que la presencia de chicas… tan encantadoras y atractivas nos ha alterado un poco la sangre… sois una verdadera distracción.

Aquello debía parecerle un halago muy pertinente, y una buena forma de abrir un nuevo capítulo, pero María Ángeles se limitó a mirarlo como «a través», como si Domènech se hubiera dirigido al perchero tras ella.

—Y yo pensando que esto era un encuentro de la ECF. Resulta que estamos en la terraza de la Estampeta y no me había dado cuenta.

La Estampeta era el casino católico dónde iban los señores más carcas y rancios de Catarroja. Isabel puso atención de nuevo en aquel hombre sentado con las piernas cruzadas, que fumaba cerca de la ventana y que acababa de hacerla sonreír. Días más tarde descubriría que era Antonio, y que estudiaba en la misma escuela que ella, en horario de tardes, y que desde el ventanal de su aula podía sacar la cabeza y verlas jugar a básquet los jueves. La saludaría siempre juntando los dedos medio e índice en la frente, con el gesto de los soldados, aunque una vez le oyó decir que «quien quiere la guerra es que no ha hecho nunca el amor con un hombre». Descubriría también que la vida los había atado con el extraño hilo de la amistad, que te presta a un amigo a fin de liberar lo más bonito de ti, para luego desligarse y dejarte tan distinta. Y también que, a diferencia de ella, Antonio elevaba la palabra *enseñanza* a su verdadero sentido, y muchos niños lo habrían amado si no hubiera sido por la Casa del Perrito.

Las neuronas de todos bailaron un rato en silencio. Poco a poco, la reunión empezó a disolverse. Isabel y María Ángeles se quedaron un rato de pie, esperando a que se desatascara un poco la ventana de salida. Domènech se les acercó, para despedirse. Se inclinó ligeramente, con una cortesía que despuntaba, quizás de forma inintencionada, de aquel ambiente semisalvaje:

—Acudid a Tolo para saber el día y lugar de la próxima reunión. Aunque, si lo necesitáis, sabed que yo acostumbro a vivir

en esta casa, podéis venir siempre que queráis...

El chico se ruborizó un poco ante su propia proposición. María Ángeles alzó el puño al aire repentinamente.

—*«Y aunque nos esperen el dolor y la muerte, contra el enemigo nos llama el deber. ¡NOS LLA-MA EL DE-BER!»*

Domènech e Isabel dieron un respingo del susto. «Con lo bien que íbamos.»

A Isabel se le volvió a enzarzar el pie en las espinas del arbusto, *«merda de planta merdosa!»*, y de mala gana tuvo que agarrarse a la mano de María Ángeles para no caer.

Y para no caer, la madre de Isabel se agarraba a la tabla de la plancha. Aguardaba una respuesta. Pero antes de que aquella conversación tan única pudiera tan siquiera despuntar, se oyó el ruido de la puerta de entrada. Isabel se mantuvo completamente inmóvil, como si eso abriese la posibilidad de que su hermano pasara de largo.

Pero invadió la cocina con su chaquetón negro, pasándose la mano por la frente cada vez más despoblada, con un gesto que se le estaba volviendo frecuente.

Se dirigió únicamente a su madre, como si ella no estuviese.

—¿Ya se lo has dicho? —Ella asintió y le tembló de nuevo la barbilla—. ¿Y qué te ha respondido?

Isabel no había dejado nunca de mirar a Ferre a la cara. Quien no lo hacía jamás de los jamases era él. Quizás, en años, los ojos de ambos habían coincidido en el mismo punto una, a lo sumo dos veces, y solo por casualidad. Pero Isabel —que pensaba que a un hermano «se le mira»—, lo había continuado haciendo. En cambio Ferre, cuando le hablaba, desviaba la vista hacia la pared, a los zapatos, o hacia cualquier sitio que excluyese las partes de su cuerpo. El odio de su hermano empezó a coger forma a medida que la pubertad hacía mella en su cuerpo de chica. No había soportado que creciese, ni hacia arriba, ni hacia los lados. Le miraba los pechos, redondos, con absoluta reprobación. Resoplaba al ver sus piernas, musculadas y blancas, apoyadas cada vez más lejos en la

mesilla de delante del sofá. Isabel pensó que, si se ponía pantalón de vez en cuando, o al llevar camisas dos tallas más grandes, dejaría de repudiarla de esa manera, pero no fue así.

Jamás dejó de ser así. La odiaba aún más. Desde que su padre había muerto, Ferre había recelado de cualquier cosa en la que tanteara convertirse. Asumió que ahora era él el hombre de la casa y podía ratificar lo que estaba bien y lo que no; se adueñaba, así, de un papel que legítimamente le pertenecía a ella. Le hizo bastante complicada la adolescencia a Isabel —más de lo que ya lo era de por sí— limitando profundamente cada una de sus decisiones, pero ella nunca le dio el gusto de confirmárselo.

Pero su madre sí que la miró. Tal vez esperaba un: «Ferre, se lo iba a decir a la mamá, escucha, que no hay nada, incluso la policía se equivoca a veces, puedes estar tranquilo que no sé ni de qué hablan, en las universidades hay de todo, cuántas habrá con mi nombre, qué iba a saber yo de sus inclinaciones ideológicas, oye, yo debo irme a estudiar, no se hable más del tema, estate tranquilo Ferre». Pero no ocurrió.

—He pasado por la comisaría central. Se ve que no solo detuvieron ayer al rojo izquierdista ese sino que le han investigado y es maricón. Todo el barrio lo sabe. Es un depravado y un maricón.

Su madre se puso la mano en la boca con un gesto teatralizado tan poco propio de ella que a Isabel se le inundó el estómago de rabia. La rabia se fue haciendo mayor a medida que se imaginaba a su hermano nombrando a Antonio, escupiendo el nombre de Antonio con algún policía nauseabundo y vulgar de Valencia.

—¿Qué te parece? Tu amigo es un maricón.

—*El papà* no te habría dejado ir con esos cuatro pelos en la cabeza. Te los habría arrancado de un tirón.

Durante unos segundos, solo se oyó el pecho de Ferre subiendo y bajando con ferocidad. Se le pasó por la cabeza golpear a Isabel en la cara, pero la idea de que sus pieles entraran en contacto aunque fuera solo un segundo lo detuvo. Los tres se miraron en silencio como linces ibéricos, presas y cazadores a la

vez.

—¿Quieres saber quién más lo es?

Y el peso del que se acababa de deshacer Isabel fue rápidamente sustituido por el de la plancha que Ferre golpeó contra su cara.

Isabel fue a parar al suelo y su hermano se abalanzó sobre ella propinándole un puñetazo que le haría rebotar la cabeza contra las baldosas y acabaría de partirle más la ceja. La plancha le había regalado un centímetro escaso de margen que la salvaría de perder el ojo.

Isabel ya conocía desde pequeña el extraño poder que te proporciona sobre alguien el provocarle asco. Los ojos se le cubrieron de un líquido rojo, aun así los abrió, para poder ver bien la cara de su hermano. Lo que no sabía era que el asco de los demás, cuando te toca, se acaba convirtiendo un poco en propio.

«El pecado llama al pecado.» Carmen repite la frase que el párroco dijo el domingo durante el sermón. «El pecado llama al pecado.» Y por eso esta noche apenas ha dormido, y por eso Roberta la ha mirado con cara de susto en la cocina, y por eso ha subido a toda prisa a llenarse la cara de los polvos de la Bella Aurora y labial rosado, y por eso siente que la migraña que le aprieta en la frente irá aumentando su intensidad igual que el sol lo hará encima del cielo.

«El pecado llama al pecado.» Carmen repite la frase y se reafirma a sí misma. Fue ella, ella misma sacó todo el tema de la guerra, del comunismo, lo tiene grabado en la mente, ella insistió en entrar en todos esos asuntos, y eso las llevó a ambas a un lugar de peligro, lejos de Dios y de la razón. El mismo fenómeno que afectaba a las muñecas cuando se les hacía hacer o decir cosas desmesuradas. Carmen lo sabe bien: en terreno de juego, un «te amo, Alfonso; abandona a tu esposa Marilú», puesto en boca de la muñeca de una de las Tena, podía fácilmente desencadenar una caída por el despeñadero de la mesilla del salón, una rotura del vestidito de nailon, y hasta un asesinato. Carmen y las hermanas Tena sabían que un acto tan poco premeditado como sacarle la falda a la muñeca recortable podía acabar teniendo terribles consecuencias, tales como un despido fulminante, la anulación de cuatro matrimonios o la explosión de algún edificio levantado con cajas de zapatos. En los juegos todo ocurría en un abrir y cerrar de ojos.

Cierra la puerta del aula para estar un poco tranquila antes de que lleguen las niñas. La rebequita le ha dejado unas pelusas negras por todo el vestido y se está dedicando a ir sacándolas con la uña del dedo gordo.

Sí. Cualquier cosa puede pasar cuando se pone a las personas en situaciones que las desorientan, y eso es lo que había sido: un accidente. Empujas a la niña que está usando el columpio, se da un trompazo, llora, y tú no sabes por qué la has empujado. Es un acto reflejo producto del frenesí del juego.

Y así es como debían actuar ahora ellas: como actúan las niñas. Aplicando la amnesia selectiva que les permite volver a jugar con la misma amiga como si no hubiese ocurrido nada especial. Olvidar a los dos segundos y venga, que no ha sido nada.

Doña Consuelo irrumpe en su fallido intento de tranquilizarse, abriendo la puerta de par en par.

—Buenos días.

—Y para usted también, doña Consuelo.

La directora saca un poco de aire por la nariz, molesta.

—Bueno, pues..., la maestra Isabel ha tenido que ausentarse por unos asuntos familiares en Catarroja. Le pido que se haga cargo de bajar a las niñas de tercero al recreo. —La directora se va, sin darle tiempo a responder.

—Claro.

No, no, no. Eso no es actuar con normalidad. ¿Por qué motivo Isabel se había tenido que ir justo ahora? ¿Cuántos días estaría fuera y con qué pretexto? Esta noche tampoco iba a poder dormir.

El día va transcurriendo impreciso, como un desconocido. Carmen ha vigilado el recreo de ambas clases bajo la sombra del árbol para distraer un rato la migraña, con los brazos cruzados en el pecho. Subiendo las escaleras, ninguna de las niñas ha preguntado por Isabel. La única que nota su ausencia es ella.

Por la tarde las niñas recitan las dos primeras estrofas de *Novia del campo, amapola*, que se tenían que aprender de cabo a rabo para finales de semana. Poco a poco la escuela se va vaciando. No tiene ninguna prisa por irse. Ordena el aula, coloca las sillas en su sitio y mira por la ventana al patio, tan triste cuando lo *desniñan.*

Aquí había ocurrido todo. Echa un vistazo a los dos pupitres donde su boca se había convertido en mariposa una milésima de segundo, y sabe que aquel recuerdo será una fotografía persistente

en el álbum de su vida. Guarda la rebequita traidora de pelusillas dentro del bolso, y se pone el abrigo.

Camina mirando al suelo por la calle Calvo Sotelo. Le pedirá a Roberta que le prepare una infusión de hierbas para el dolor de cabeza y le dirá que no la llamen para cenar. Seguramente su madre…

Se para en seco. Isabel.

¿Qué hace allí? Está plantada delante de la Casa Gran con un paquetito blanco entre las manos, escudriñando las ventanas con el pescuezo alargado como un flamenco, para ver quién sabe qué. Carmen hace ver que no la ha visto y hunde su cuello en el del abrigo.

Isabel la ve enseguida y se coloca el pelo tras las orejas. Se nota que ha pasado por la peluquería.

—La he esperado un buen rato, *sort que hui no tenia pressa, que si no…*

—«Prisa.» «Hoy no tenía prisa.»

—¿Qué?

—Nada.

Isabel ha pasado frío. Tiene el cuerpo tenso y una especie de mueca que Carmen no logra descifrar. Sigue hablando para descargar el frío y la tensión.

—Ha vingut xafant ous, eh?

—No, es que me he quedado corrigiendo fichas, tenía que dejarlas corregidas para mañana.

Isabel le alarga el paquete blanco.

—¿Y esto qué es?

—¡Son susús!

Isabel le ofrece el paquete como si se tratara de un bien preciadísimo. Ambas se estremecen, nerviosas y congeladas.

—No los he probado en ningún sitio tan buenos como los de este. Son mis favoritos desde que era pequeña. Podría comerme treinta, y no es una broma…

Carmen se niega a decir nada. Acaba de descifrarlo: ¡la mueca es de culpa! Isabel no está actuando con normalidad; de hecho, está evidenciando que ahora las cosas no son normales. Parece que

se esté incluso esforzando en hacerlo. Está claro: cuando los padres del niño aparecen en su casa con una caja de algarrobas o de aceitunas es porque asumen que sí, que su hijo sí que debe recibir un castigo, que sí que se merece un suspenso. Nadie viene a casa de otro con presentes si lo que pretende es correr un tupido velo. Isabel ha ignorado sus obligaciones como maestra, ha cogido un tren y ha ido a buscar unos susús hasta Catarroja para pedirle perdón. Y eso le complica las cosas a Carmen y a su migraña.

—Aguante.

Le pone su bolso en la mano para abrir la caja blanca de papel, y Carmen mira hacia el interior de la casa. Ningún indicio de que Roberta vaya a acudir en su rescate. Isabel le enseña unas bolas rebozadas con azúcar, de donde sobresalen dos puntas de crema naranja.

—Este es para *moi*. Y este es para usted. —Carmen no coge su pastelito, e Isabel baja el brazo con el que se lo ofrecía—. Estos..., estos los compro en una pastelería que está en mi barrio de antes. Ahora ya no, pero, cuando era pequeña, la mujer que los vendía siempre me decía: *«Un sussú pa la meua susseta, a vore si alegra eixa careta», i jo li deia: «Cada dia els fa més xicotets!», i ella: «No! Ets tu, que te fas més gran!».*

Isabel está empezando a levantar un poco demasiado la voz, como siempre que cuenta historias.

—¡No vuelva a hacer eso!

—¿El qué?

—Ya sabe el qué. —La mira con rencor.

Isabel reconoce el doble sentido en la regañina de Carmen, y la mariposa revolotea por el recuerdo de ambas. Se pone muy seria, y le responde:

—Pues yo confío en usted, y me gustaría hablar en libertad, si no le importa.

—¡Pues sí que me importa! Porque esto es... ¡es mi casa, mi familia! ¡Y usted viene y se pone a hablar en..., en..., ya sabe! ¡Y usted y yo somos maestras respetables y yo a usted no la conozco

de nada y eso no es nada pertinente! ¡Mi familia está aquí mismo!

Carmen está a punto de llorar. Se encamina a la puerta, con el bolso de Isabel prisionero en la mano.

—Pues vayámonos a otro sitio.

—¿Qué?

Carmen le dirige una expresión de perplejidad, agarrando el pomo con fuerza.

—Que nos vayamos a pasear. A aprovechar lo que queda de tarde. Pero, bueno, ¡no me mire así! Que parece que le estoy diciendo que nos vamos a cazar... ¡un oso pardo!

A Carmen le sale un ruido como de puerta oxidada de la boca, una risa nerviosa. Sigue con el pomo en la mano y sin saber qué hacer. Escucha desde dentro las zapatillas y el bastón de su padre, el ajetreo de la cocina que se prepara para empezar la cena.

—Yo... cojo esto.

E Isabel, la funambulista de la cuerda floja, agarra su bolso de la mano de Carmen y empieza a alejarse hacia el camino de las acequias, con el paquete blanco de los susús y una sonrisa que le eleva el pómulo solo hacia uno de los lados.

—¡Espéreme…!

Carmen camina a paso acelerado, intentando alcanzar a Isabel, que se mueve entre los árboles como un roedor que huye de los faros de los coches. La luz le da al campo el aspecto de un dibujo hecho al carboncillo. Todo es tan nítido, que cualquier movimiento provoca una sacudida, un cambio brusco de viñeta.

Le sigue el rastro a regañadientes como quien obedece a un hechizo de la noche.

—Su pobre susú. Se está quedando frío.

—¡No lo quiero!

—¿No lo quiere? —Carmen grita un «no», rezagada—. Bien, ¡porque quería comérmelo!

Isabel muerde el pastelillo con los labios, traga la crema naranja y se chupa los dos dedos, con la mirada encendida. Sigue caminando, sin esperarla.

El viento hace estremecer las hojas de los naranjos. Otras veces, Isabel se subiría al muro de la acequia, querría estar en el punto más alto para mirar lejos, entrever todos los horizontes posibles. Esta noche, en cambio, querría que la superficie por la que caminan se hundiese en un pozo gigante, profundo, y que las rodearan todas las raíces, piedras y caracoles, y hasta el núcleo de la tierra.

Camina sin pensar adónde llegarán sus pies; su cabeza es un vórtice de momentos cargados de dudas en que Carmen ha podido, en que Carmen podría haber dado a entender, aunque fuera con un gesto remoto, que no se equivoca. Pisa las piedras del camino sin notar los pinchazos bajo la suela fina de los zapatos, y esa duda, esa posibilidad, la llevan a acelerar el paso, como si los sentimientos de Carmen pudieran extinguirse si se entretiene

demasiado en el camino. El corazón le late de una forma dolorosamente viva, y al mirar hacia atrás ve que aún la sigue, al lado del cauce veloz del agua de las acequias. Avanzan un buen rato con el oído puesto dentro: el circuito sanguíneo, los pulmones escocidos por el frío, un cable de acero anudado con fuerza en el estómago.

Isabel llega a la fábrica abandonada y, por primera vez, entra en ella. El espacio es todo eco, colador de la luz y de la naturaleza viva, fiel a un pasado que no quiso dejar rastros. Algunas ramas secas en los rincones y unas cuantas pintadas en las que ya nada se puede leer. Solo queda en pie la estructura de una escalera de granito que debía llevar a la estancia de un piso superior.

Carmen se para en seco en el umbral desnudo de piedra, tan desolado que consiente la visita. La silueta de Isabel la mira desde el fondo de la nave oscura. Pone un pie dentro, y pisa de repente un recuerdo. Las imágenes, de un pasado lejano, la cercan como un torrente inesperado. Su amiga Otilia baja por la escalera de granito para despedirse por última vez de su padre. Arriba, en el despacho, una Carmen pequeña y asustada se pega al vaho de la vidriera para ver la escena. La fábrica abandonada ha sido desde el principio la *pallera*.

Habla bajito, pero su voz colma en todo el espacio.

—M-me tengo que ir. Me voy, Isabel. Mi madre, mis padres...

—Me gustaría que no te fueras.

Carmen no sabe qué hacer. Tanto miedo le da dar un paso atrás como uno adelante. Se toca las palmas de las manos, de repente bañadas en sudor.

—Me gustaría que no te fueras.

Isabel no deja de mirarla. Cómo le gustaría que se acortaran esos metros de distancia... Ninguna de las dos se atreve a hacerlo.

—Esto no..., no está bien.

—Sí que está bien.

—¡No! —El eco rebota entre ambas—. No lo está.

Isabel cierra los puños con fuerza. Se había jurado a sí misma que no lloraría. Pero siente un miedo tan inmenso de perder a Carmen después de esta noche..., como perdió a Antonio, como

perdió a su madre, como perdió a su padre y como perdió la infancia libre, que nunca más se recupera. Lo siente todo tan frágil que los ojos se le llenan de lágrimas.

—Me he pasado veinte años sintiendo vergüenza. Y ya sé, ya sé que vas a odiarme con todas tus fuerzas y… Y tengo miedo, es la verdad, tengo miedo, tengo miedo del miedo, tengo miedo de quién soy, tengo miedo del odio del mundo, tengo miedo del miedo de todos y no, no quiero que tú también me odies, y…

Carmen no se ha dado cuenta de que se ha ido acercando a ella. Con una mano, con un gesto inconsciente, le seca el llanto del pómulo, moja sus dedos en su agua, conmovida como no lo ha estado en toda su vida.

—Pero… cuando estoy contigo, no tengo miedo. Y por primera vez en la vida, no me siento sola. Y nunca nunca me habría atrevido a decir nada, si no viera que tú…

—No, no, no, para un momento. Para. Dios mío, Isabel… —Agarra la cruz del colgante entre los dedos—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo ganas de contarte todo mi pasado, y todo, todas las cosas que hice antes de la escuela, ¡y quiero saberlo todo de ti! Quiero llenarme de ti y quiero llenarte de…

—¡Que pares! —Carmen mira al suelo negando con la cabeza. «Todo esto no está pasando. Que pare, que haga el favor de parar, que pare, por favor que pare, tengo que irme, me…»—. Es que esto no es normal, esto… no… es normal…

—¡Sí que lo es! Pasa a veces, Carmen, que dos mujeres, dos…

—¡Que tú no eres normal! Eres lo más contrario a… ser normal.

Isabel hace una mueca de dolor, y Carmen siente la necesidad de acabar de romperla, todavía, un poco más.

—¡Y yo no soy como tú!

El corazón de Isabel se queja un poco: ya hacía un tiempo que no le hacían daño. En sus brazos resurgen todas las moraduras del pasado, todas las veces que alguien le hizo saber que nadie nunca la iba a querer. Mira la boca de Carmen, a ver si tiene algo más que añadir.

—Y no quiero hacerte daño…

—¿Pero…?

—Pero estás yendo demasiado lejos.

Carmen se había imaginado muchas veces usando estas frases dramáticas, igual que las que se hace decir a las muñecas, algún día. Pero desde luego no se imaginaba diciéndoselas a alguien como Isabel. En ningún caso se imaginaba diciéndoselas a alguien como Isabel. Este significativo cambio le da a la escena un aterrador giro argumental. Las manos no le dejan de sudar.

—Nadie nunca, nunca lo sabrá.

—¿Sabrá el qué? Que te digo que te equivocas… —La voz de Carmen es ya un quejido.

—No cambiará nada que finjamos que no está pasando. No cambiará nada.

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí que lo sabes.

—¿Cómo vas a querer vivir siempre… con esto, con esta… cosa…? ¿Quieres vivir a escondidas, escondiéndote? ¿O que te encierren?

—Si tú estás, me da igual. No me importa.

Carmen levanta la mirada. Los ojos de Isabel son dos mirlos batiendo las alas en un intento furibundo de librarse de la mano que los aprieta.

—Me queman las manos de no tocarte. Me queman todos los días.

Se le abren ligeramente los labios. La boca fina de Isabel conserva el azúcar, en un acabado brillante, de los susús que ha comido antes. La mordería, de rabia, de impotencia, de desesperación.

De amor.

—A mí tampoco me importa.

Carmen mira al suelo con una sonrisa incontenible, tímida, desnuda de lo que acaba de decir. Se sonroja. Los mirlos se detienen.

Isabel se jura que acaba de oír lo que acaba de oír. Cualquier vestigio de tristeza pasada, de sufrimiento, de pena, desaparece,

como si nunca hubiera vivido en ella. Los puños cerrados de sus manos se abren, relajados.

Todo, todo en ellas se está tocando sin tocarse.

—Dime algo, Carmen.

De repente Carmen se ve a sí misma dentro de los ojos de Isabel. Debajo de su pupila negra, su propio rostro atrapado, tan pequeño, tan al fondo. Y entonces lo sabe. Si no va con cuidado, se quedará atrapada para siempre en la canica de aquellos ojos verdes.

—Que no puedo.

Carmen se va corriendo y, por primera vez, sus pasos, siempre tan silenciosos, resuenan.

Y la fábrica vuelve a ser eso. Una fábrica.

La puerta de la iglesia está medio abierta. Isabel mete los dedos en la pila de agua bendita y se moja con ellos la frente. Siempre le ha apetecido hacer ese gesto.

Carmen ha estado jugando al juego de la evasión una semana entera, y ha decidido que ese tipo de cosas son lo que menos le gusta de ella. La ha evitado haciendo uso de los niños, mucho uso de Patro —con quien la ha visto intercambiando «secretitos» un par de veces—, e incluso de doña Consuelo. Un día se enfadó tanto, que fue ella quien la evitó haciendo uso de Jaume el practicante.

De hoy no pasa. ¿Qué es esa forma de hablar las cosas, en cualquier sitio, a la intemperie, en pleno delirio? No, Carmen tiene que venir a su casa y mantener una conversación como es debido. No podrán rehuirse eternamente en un pueblo como Manuel.

Al fondo de la estancia estrecha, dorada y rosa, ve a Carmen y Carolina sentadas de cara al altar, en el banco de primera fila. Mientras Isabel atraviesa la iglesia, Carmen echa un vistazo atrás y, después de dar un brinco, se agarra al brazo de Carolina.

La niña va cosiendo algo y tarareando flojito alguna canción. Carmen se santigua.

—¡Por fin! Te he estado buscando.

—¿Y qué quiere?

—¿Vienes esta tarde a mi piso? Pensaremos una excusa para tu madre...

Carmen abre mucho los ojos y señala a Carolina con la cabeza.

—Perdón. Doña Carmen: ¿Querría usted hacerme el favor de venir a mi piso esta tarde, si es tan amable?

Carmen está pálida como el cirio pascual y no deja de mirar a

la Virgen sobre el altar, como si la presencia de Isabel en una iglesia significara que las va a partir un rayo en cualquier momento.

—Estamos ocupadas. *Tenemos mucho por lo que rezar*.

Con ese reproche da la conversación por terminada. Isabel mira un rato, resignada, el interior de la iglesia. Está claro que el párroco no recibe mucha limosna. Esta casa del Señor es deprimente, la pintura se está cayendo a trozos. Solo quiere que Carmen venga a su piso para poder hablar las cosas con calma.

—Solo quiero hablar las cosas debidamente. La comunicación es muy importante entre dos personas. Aunque también se puede decidir actuar como una niña de cinco años y complicar las cosas.

—Es usted la que complica las cosas. Venir, aparecer y disculparse, para luego volver a hacer aquello por lo que se ha disculpado, para luego volver a venir a disculparse otra vez. *Eso* es complicar las cosas.

No avanzan hacia ningún sitio.

—Eh..., mmm..., Carolina, bonita. ¿No tienes cositas que hacer?

Carmen le pasa el brazo alrededor de los hombros, atrayéndola hacia sí.

—Carolina está cosiendo su posavasos.

«Es una obsesión lo que tiene esta niña con los posavasos. Pues nada, Carolina, termina el posavasos y lo que haga falta, Carolina. Una fábrica secreta de posavasos tiene Carolina.»

A Isabel se le enciende la bombilla.

—Oye: ¿y por qué no te vas un rato a jugar a los iglús *con Antoñete* y los demás?

—Antoñete está cuidando de *les bessones*, maestra Isabel.

—¿Antoñete tiene hermanas mellizas?

Carolina asiente, y las puntitas del pelo le rebotan a la altura de la barbilla.

—Pobre. No lo sabía. En cualquier caso, ¿quieres venir a mi casa, sí o no?

—No sé si voy a poder.

—Pero si no...

—¡Que no sé si voy a poder!

Se miran enfadadas.

—Muy bien. Pues yo tampoco sé si voy a poder.

Isabel atraviesa todo el pasillo central hasta la salida sin mirar atrás. ¿Carmen le ha cogido gusto a ser mala? Pues ella también puede serlo. Se va a preparar una tortilla francesa y se va a meter en la cama. Y tal vez se largue de este pueblo de necios.

Al llegar a la plaza le parece ver a una anciana subida al tejado de la mercería. Si es que Carmen la está haciendo volverse loca de verdad.

Sant Antoni del porquet
a les velles fa carasses
i a les joves fa l'ullet

Carmen avanza la ficha amarilla hasta la casilla sesenta y uno. Esta mañana de sábado hace un sol, que sobran todas las chaquetas. Julito agita el cubilete, concentrado. Ella se ha comido casi todas las galletas del platillo que les ha sacado Roberta. Lleva unos días que no hace más que picar entre horas, ha asaltado antes de dormir las latas del chocolate, se ha irritado cuando Catalina le ha hecho una pregunta sobre el problema del barril de los cuatrocientos litros de petróleo —que es un problema de los difíciles—, y se ha pasado de largo la Casa Gran como si no tuviera mejores cosas que hacer. Varias veces. Es como si los pensamientos que le van pasando por la cabeza no tuvieran consistencia alguna, no consigue formularlos en frases completas.

Ni siquiera le está yendo bien en el parchís. De todas formas, sabe de toda la vida que perderá contra Julito. Juega de verdad casi hasta el final, momento en que se hace la despistada y le da la ventaja necesaria para coronarse.

—Toma, toma, y... toma. —Su primo mete una nueva ficha en el círculo grande del centro.

Todos saben que a su primo se le tiene que reservar el mejor sitio en el cine, se le tiene que dejar que pinche el primer trozo de pollo de la bandeja, y se le tiene que permitir ser el que da la primera orden de levantar el anda de la *Mare de Déu*. Julito, el hijo de un mártir, a quien hay que compensar de todas las formas

simbólicas posibles.

—¿Vas a ir a la hoguera esta noche?

Carmen niega con la cabeza.

—No lo creo.

—Carmen, que es San Antonio Abad, todos saldrán. Hasta tu madre va a salir.

Carmen pone cara de escepticismo. «No lo creas.»

San Antonio era una de las fiestas más importantes del pueblo. Cada año, hasta que aprobó las oposiciones, iba con las hermanas Tena y con la hija mayor del comandante a la plaza, y luego su primo las acompañaba a casa —siempre a regañadientes— antes de las diez. Algunos años ayudaban a vender lotería a las que aquel año eran Hijas de María. Subían a los balcones de las casas buenas de la plaza a ver alzarse el fuego y bajaban luego al baile para que las Tena pudiesen rechazar a cuantos soldados les fuese posible. Los chicos del pueblo apenas se atrevían a acercarse, ellas eran hijas de señores que intimidarían hasta al más bravucón. Su primo soñaba con llegar con José Luis a la plaza y brindar con él la primera *cassalla* de la noche ante la mirada de todo el pueblo, estrenar *la dansà* bailando con su madre para que en la plaza todos susurrasen «qué chico, cómo se hace cargo de su madre». Por lo menos él creía que sería eso lo que dirían.

—¿Es que te vas a meter a monja o qué?

—Mi madre preferirá que me quede con ella.

¿Con quién iba a ir? Su relación con la gente del pueblo es ya en calidad de maestra, le gusta que así sea. Volver a salir con su primo y con sus amigas (¿qué amigas?) a la plaza, igual que años atrás…

Como si le hubiera leído la mente, su primo le pregunta:

—¿Y las…? ¿Tus amigas esas no están por el pueblo?

Tira los dados haciéndose el serio y el desinteresado. Sabe perfectamente que se llaman Tena.

—Pues Elena se casó con un notario y vive en Valencia. Rosa creo que también. Y las otras dos bien podrían estar allí también, o puede que estén en Manuel, pero bueno, no lo sé… Hace muchísimo que no las veo.

Julito pone cara de que le da igual, pero le ve el descontento. No se interesará ahora por Fina o por Ángela habiendo tenido una *casi* historia con Elena, la segunda de las Tena. Eso no sería muy bonito por su parte.

—No deberías tener tanta fijación con tu madre. No es bueno a tu edad.

Habló. Si será posible... Julito tiene una visión sobre la relación con su propia madre muy desviada de la realidad. Y solo quiere que Carmen vaya a la hoguera para poder estar cerca de las Tena. Quiere casarse con una *xiqueta de casa bona* y en los pueblos esa posibilidad se acaba rápido.

—¡Los desgraciados y tramposos de l'Énova han ido a las Salinas a coger *nuestros* troncos! ¿Es que quieren que les cortemos las dos manos como a los moros? Este año vamos a levantar la hoguera más..., más alta. Se van a enterar de quiénes somos..., se van a...

Iba a decir «cagar» pero se lo guarda por decoro. Tan considerado con su prima y tan... infantil. ¿Pero de verdad andan con estas cosas, como cuando tenían quince años?

Hace un tiempo, en San Antonio Abad había la tradición del cerdito: se soltaba un cerdo, que campaba por todo el pueblo, y la gente lo alimentaba. Luego, el día de la hoguera, se rifaba el animal y lo ganaba alguna familia. «San Antonio bendito tiene un cerdito que ni come ni bebe y está gordito», se decía cuando veías al cerdo pasar. Pues hace cosa de unos años se ve que el cerdo acabó por las calles de l'Énova. Alguien se puso a engordarlo con alimentos en descomposición o con vete a saber qué cosas horribles, y el cerdo se puso malo y murió. O eso dicen. Aquello supuso el cese de la tradición del cerdo, e incrementó el absurdo odio entre pueblos colindantes.

—Yo hablo con tu madre para que te deje salir tranquila, y tú le preguntas a tu padre si ha hablado ya con el comandante de Játiva.

Más que una petición, aquello suena a una orden. Su primo debería dejarse por su bien de todas esas cosas, y tendría que convertirse en un hombre de verdad: irse a la mili, volver, y

trabajar tranquilo con el *sequier*. En su interior, Carmen cree que lo que le ocurre a Julito, es que su padre se fue de soldado y no volvió, y por eso tiene un trauma. Lo estudió en las clases particulares de Magisterio con la obra de *Hamlet*. Hamlet tiene un trauma por la muerte de su padre y eso lo lleva a obsesionarse con su tío. Y Julito, por su parte, tiene tanta fijación con José Luis porque al final de la guerra el padre de Carmen fue con el coche a Sant Joanet y los agarró a la tía Nieves y a él, que no era más que un crío. Se plantó delante de la casa de la mujer del carabinero, cuyo marido también había muerto en la guerra, solo que en el bando de los malos, y le dijo que en dos días aquella casa pasaría a ser de tía Nieves. Dicen que la mujer del carabinero no lloró, cogió a sus hijos y se marchó a toda prisa. La que sí que lloró fue tía Nieves, que se abrazó a su padre un rato largo. Carmen le preguntó a su madre adónde habían ido a vivir ahora la mujer del carabinero y sus hijos, y su madre le dijo solamente una frase:

—En el infierno hay sitio para ellos.

Lo cierto es que no sabe qué habría sido de su madre si la tía Nieves no hubiese vivido desde entonces a dos casas de distancia. Solo hubiera tenido a Carmen. Y por ese motivo Julito es como Hamlet, obsesionado con José Luis porque fue para tía Nieves como Claudio para Gertrudis.

Sea como fuere, *Hamlet* fue uno de sus libros favoritos de Shakespeare en la época en que estudiaba. Mucho mejor que *Sueño de una noche de verano*, desde luego. Le viene a la cabeza la vocecilla de Isabel replicándole y se la sacude de inmediato. Cuando tenga ocasión le dirá que *Hamlet*…

Hamlet nada. Se vuelve a sacudir todos esos pensamientos y le dice a Roberta que sale a caminar un poco antes de que sirvan la comida. Baja por la calle Calvo Sotelo, camino a la plaza del Caudillo. En la esquina con la calle General Sanjurjo, sin ser demasiado consciente, se desvía y hace toda la subida hasta la calle Primo de Rivera. Y allí, ha acabado frente a una puerta que conoce bien. Llama al timbre y espera, algo contrariada. Le abre una criada que no es la chica joven que ella conocía.

—Buenos días. Disculpe, ¿están en casa Fina y Ángela Tena?

Soy Carmen Rodríguez, de la Casa Gran.

La mujer la invita a pasar y sube al piso de arriba, y mientras Carmen espera, empieza a sentir la inquietud de estar a punto de ver a alguien que hace mucho tiempo que le es ajeno. Incluso Fina podría estar enfadada con ella tras la distancia que, un poco intencionadamente, tomó después de las oposiciones. Ni Fina ni Carmen saben apenas nada la una de la otra, y se ha presentado en su casa sin avisar, sin duda, todo por culpa de su primo. Carmen mira a su alrededor. Ahí están los mismos objetos que hace años, algunos diferentes, pero el objeto más cambiado es ella reflejada sobre el espejo del recibidor.

—La señorita Fina le dice que suba a su habitación, señorita.

Carmen le da las gracias y sube, un poco sorprendida. Se dirige, cautelosa, a la habitación que Fina compartía con su hermana Elena. El armario más grande de todo Manuel está abierto de par en par, y una biblioteca de vestidos y conjuntos de colores ordenados por tonalidades está siendo examinada por las manos ágiles y expertas de Fina.

—Ah..., ¡Carmen!

Fina la besa en la mejilla, abstraída, con una alegría que nunca ha tenido la necesidad de aprender a fingir bien.

—Este es para ti, pruébatelo y ya me lo devolverás.

Sobre la cama hay un conjunto que habrá elegido sin mirar, en los pocos segundos que ha tenido desde la aparición de la criada.

—Ah..., ¡gracias, Fina! ¿De verdad que no te importa? Qué amable. ¿Cómo estás? ¿Y Ángela?

—Bien, bien. Ay... ¿Me pongo la falda con la camisa de cuello redondo, o el vestido blanco?

Carmen no sabe qué responder. La falda le parece muy, demasiado corta, también es cierto que Fina siempre ha ido a la moda francesa. Si enchufaran un picú y Carmen se sentase encima de la cama, cualquiera diría que vuelven a tener diecisiete años. Pondrían a Juanito Valderrama, escribirían los nombres de los cuatro o cinco chicos a los que Fina y Elena habían echado el ojo, los meterían en un vaso lleno de agua y, por la mañana, el papelito

que se hubiera abierto les indicaría el nombre del *escogido*.

—¿Crees que hoy vendrán los soldados de Carcaixent? Son estúpidos.

—¿Sabes que me ha dicho mi primo Julito que se ve que los de l'Énova han ido a cogerles la madera?

—¿De verdad?

A las siete en punto Julito pasa a recogerla. A su madre le ha gustado tanto que retomase el contacto con las Tena que no se ha ensombrecido siquiera, y desde la silla junto a la ventana que da al patio le ha dicho que ya le estaba bien salir con sus buenas amigas, que estas últimas semanas no parecía ella.

Llegan a una plaza ya repleta. Carmen se disuelve entre la gente, hecha una amalgama entre la versión pretérita de ella misma que ha desplegado en la habitación de Josefina Tena esta tarde y la de la maestra de cuarto curso querida y respetada por todas las familias. La falda color calabaza que lleva esta noche, tupida, de talle alto (por encima de las rodillas), y el traje chaqueta a juego, inclinan la balanza ligeramente hacia la primera. Sus rizos están más definidos que nunca, ha cogido un carmín de su madre anaranjado como la falda, y por lo menos tiene a favor el sentirse especialmente guapa.

Fina, Milagros la telefonista, Carmen, Facundo y Julito se quedan junto a la farola, delante del pilón grande de troncos, muebles demasiado viejos y pinocha. Las *señoras bien* con sus cardados empiezan a salir a los balcones mientras debajo las mujeres *no bien* empiezan a advertir a los más pequeños qué es lo que va a ocurrir cuando un hombre de negro encienda el fuego. El camarero del bar El Litri sale con dos botellas agarradas bajo las axilas. Facundo se ofrece varias veces a ir a comprar papelinas de altramuces para todas, no como Julito, que ha optado por ignorar totalmente a Fina Tena. Eso le gustará seguro.

Al otro lado del pilón, el grupo de los adolescentes, que Carmen reconoce aunque la mayoría ya han dejado la escuela, mide la longitud y la resistencia de las cañas con las que después botarán la hoguera. Antoñete se acerca al grupo, curioso y repeinado. Su madre le ha puesto un jersey con todos los botones

abrochados hasta arriba, que le aprieta el cuello, y dos bolsas de guardar patatas en los pies para proteger los zapatos de las brasas. Un perrete le anda mordisqueando las bolsas, meneando la cola de un lado a otro. Agustín, el más alto de todos, lo aparta de un empujón. Antoñete cae de culo sobre la tierra, se levanta con desenvoltura y se pone a ahuyentar al perro juguetón con un palo que ha agarrado del pilón.

Jiménez, a quien Carmen vio la última vez el día de la foto y la paella, se acerca a Milagros y le da un beso en la boca con brusquedad. Milagros lo aparta de un manotazo, y mira enseguida a Fina, preocupada por si aquel vulgar gesto la ha disgustado.

«Sin el empaque de las hermanas, Fina pierde, por lo menos, la mitad de su efecto deslumbrante», piensa Carmen. Al ruido de la fiesta se le añade la trompeta del alguacil, que hasta que la gente no baja significativamente la voz no deja de soplar a diestro y siniestro, con la cara roja como un gambón. Cuando todo el mundo atiende, se limita a decir: «Se enciende la hoguera». Entonces la plaza se une en un solo grito de júbilo, al que se le suma la música de la banda. Tambores, *tabalets* y *dolçaines*, y el alguacil prendiendo la pira. Y siempre la típica señora que sale a bailar *la dansà* como si la hubiesen activado con un botoncito.

El fuego tarda unos minutos en hacerse poderoso. Las mujeres, con los pañuelos de flores anudados a la cabeza, las faldas como campanas y sus delantales, dan vueltas y se agarran de las manos. Las llamas hacen un pulso contra el empuje del aire. Todo se vuelve del color de la falda de Carmen, y el fuego poco a poco amansa el ímpetu de la gente. Carmen aspira el olor a madera ardiendo y desde el otro lado divisa a Isabel. Ella y Patro están de pie observando el fuego: Isabel va vestida como siempre, la anciana lleva una diadema que se ha cosido ella. Patro no ve demasiado bien, pero se pregunta si Isabel sí la habrá visto y la habrá estado mirando en secreto, como hace ahora ella.

Carmen junta los labios y se frota uno con el otro. La cara de Isabel es como una pecera de luces cálidas, y un suspiro de alivio en su pecho calabaza le confirma que la había estado esperando desde el principio. Isabel mira hacia la hoguera sin sonreír, como si

le envidiara algo. Patro aplaude a las bailarinas y mueve suavemente los hombros de atrás adelante, animada.

Las mujeres de *la dansà* se retiran a descansar, y entonces Julito y otros hombres agarran un tronco gigante —orgullo de Manuel— del muro de la plaza y, levantándolo por un extremo, lo sueltan en la hoguera. Saltan las chispas y la madera aúlla en un crujido que hace que la gente profiera un «¡Ooohhh!». Todo el mundo se aproxima más al fuego, cercando el círculo. Carmen ve también a las Cortés y a otras niñas con sus padres, comiendo embutido *torrat*, todas con los ojos brillantes. Recuerda aquella sensación de envidia de cuando era una niña hacia las que podían mancharse el vestido y los pies, y podían acercarse con las pinzas al fuego, para luego morder con deleite la carne, y llenarse las manos de grasa y sangre hasta los codos.

Antoñete se acerca, esta vez a los mayores, emocionado por la festividad y la lejanía de los días de deberes y divisiones. Al encontrarse de repente solo ante la zona de peligro y, a la vez, en el punto de mira de la gente, se vuelve consciente de su propio cuerpo. Empieza a moverse, poco a poco, con pequeños movimientos de cabeza. Un ligero resbalón de pies, que hace levantar el polvo y las brasas del suelo, le anima a probar nuevos pasos que se van transformando en algo parecido a una danza. Antoñete deja a su cuerpo embriagarse de la proximidad del calor y las llamas, y empieza a ponerlo a la disposición de la música, que parece tener sobre él un efecto místico. El sonido del tambor empieza a adueñarse de sus piernas, que levanta (derecha e izquierda, izquierda y derecha, *¡hey!*), con gracia y con un sentido del ritmo casi perfecto. Los bracitos, al principio algo rígidos y pegados al cuerpo, se empiezan a destensar y a fluir con un movimiento copiado de las llamaradas, imprevisible, puede ser suave, puede ser contundente de repente, como un susto, que marca con sus manos, haciendo chas y pum.

Cuando ya tiene todo el cuerpo hipnotizado por el conjuro musical, da vueltas sobre sí mismo, y da comienzo a una fase evolutiva de su representación en la que se sucede un intercambio de intenciones entre la hoguera y sus pequeños miembros

insuflados de pasión. El movimiento consiste en aproximarse al fuego cuando la llama retrocede, y recular cuando esta se acerca. Y el virtuosismo del niño, consiste en *apurar* al máximo este acercamiento, provocando en el espectador la sensación de que podría llegar *a quemarse* y que se halla en medio de un enfrentamiento, en un duelo entre la vanidad del fuego y un Antoñete metamorfoseado.

El efecto y la emoción son aún mayores cuando lo que aproxima es el palo que lleva en la mano, puesto que el pobre palo sucumbiría al contacto con la fogata mucho más deprisa que su brazo. Lo usa como una batuta, con la que siente que acelera el ritmo de la música. El fuego parece alentar el alma del niño, las bolsas de patatas le permiten provocar un revuelo mayor de las cenizas, que levitan llegándole hasta las pantorrillas. Antoñete ha puesto toda su concentración y el potencial de toda su capacidad creadora en aquel baile, en el fuego, y en Carolina, a la que dirige alguno de los movimientos, bien escogido, en una ritual de seducción que debería estudiarse en todos los libros de biología. Carolina es bastante generosa, atiende de vez en cuando, mientras come *botifarró*. Dirige una patada al aire dedicada a ella, no se deja amedrentar por las cenizas que le entran en los ojos, y mueve la cabeza cegado durante un rato.

Solamente Carolina ha reparado en lo que está ocurriendo entre el niño y la hoguera de San Antón. Su madre se las lleva a ella y a sus hermanas a sentarse en un banco de la plaza, y cuando Antoñete se da cuenta de que ya no está, pasado un rato, empieza a cesar, gradualmente, los brincos y los espasmos y, extenuado, le va devolviendo a su respiración la cadencia natural. Luego contribuye al avivamiento del fuego tirando su palito dentro, y se camufla entre los mayores.

Pasa un rato sin más, y al final la hoguera se va consumiendo. Mañana habrá acabado el invierno y otras cosas vendrán: «Hasta San Antón, Pascuas son». Fina ha empezado a decir que le duelen los pies. Como todos los ricos de cuna, enseguida se aburre de la diversión que no cuesta dinero. Facundo, agarrándose a alguna absurda esperanza, propone ir a La Palmera a seguir con la fiesta.

«Aquí son todos niños y viejos. Vayamos a La Palmera a bailar, o lo que sea», dice también Milagros, que no ve el momento de alejarse del ebrioso de su novio. Parece que todos se animan a moverse y le entran los nervios. Busca a Isabel con la mirada, pero no la encuentra. Fina coge del brazo a Milagros, de la que Carmen cree que no se sabe ni el nombre completo, y caminan hacia La Palmera, la sala de fiestas donde se celebran todas las comuniones, bodas y bautizos, y donde a veces hacen el cine, las *varietés* y toda clase de eventos del pueblo. Sus padres nunca, nunca la dejaron entrar en La Palmera de noche, solo en una ocasión en la que acudieron todos para el centenario de la *Mare de Déu*. Carmen atraviesa la plaza, siguiendo —como siempre— al resto, buscando a Isabel, pero ya no la ve con Patro. Se arrepiente de haberse puesto aquella chaqueta y aquella falda que no le pertenecen, que ahora le huelen a otra. Patro ha sacado del bolso una pala pequeña, y en un bote de tomate en conserva vacío recoge, junto con otras señoras y niños, las brasas que han quedado del suelo, para ponerlas luego en su *braseret* y calentarse por las noches. ¿Dónde habrá ido Isabel?

«Dos quinzets.» La mujer en la puerta cobra la entrada de todos a Julito; esta vez Facundo ya no se ofrece voluntario. No son los primeros en llegar, grupitos de gente joven y no tan joven, algunos de Senyera y de La Pobla Llarga, ya están repartidos por el corral grande y amplio de La Palmera, con sus dos arcos, sus banderines festivos y, como indica bien el nombre, una palmera, que en su día fue espléndida, en el centro. Los de la banda se intercambian hojas de papel. Milagros, Fina y Julito se sientan en una de las mesas vacías. La gente mira hacia la pista, o espera impaciente en la barra para poder mojar los labios en un *barrejat*, pero casi nadie se atreve a estrenar el baile cuando la música empieza. Julito mira a Fina y al rincón oscuro en el lateral de la barra donde van las parejas que tienen muchas cosas que contarse, y otra vez a Fina, y de nuevo al rincón, enojado con el tiempo, que va pasando. La verdad es que es de agradecer poder pasar la noche sin tener de *carabinas* a tía Nieves ni a la Señora Ángeles, madre de las Tena, persiguiéndolas a todas partes por si acaso el estrangulador de

Boston aparece de repente y se las lleva a algún lugar. Pero, aun así, qué pobre siente Carmen la libertad en La Palmera. Se fija un momento en Fina. No le hace ningún caso a Julito, ignora las atenciones de todos, negándose a vivir por puro capricho. Se pregunta qué podría unirlos a los dos, más allá del aburrimiento. Y las notas de la guitarra de una canción *de las lentas* la llevan a pensar, de repente, que está rodeada de personas que parecen principios y solo son finales. Le agradece a su amiga de la adolescencia que haya actuado esta tarde como si el tiempo no hubiese cavado un surco inevitable entre ellas, como si este fuera uno más de sus encuentros, porque seguramente será el último. Y Carmen escucha esas notas de guitarra, en esta noche que parece predestinada a deshacer la materia, a deshacer todos los cuerpos del pasado, unas notas tristes sin serlo. Y aquella sensación de final se le revela desde el fondo de las entrañas, desde su útero ensoñado, desde el mismo fuego que encendió a Antoñete en la hoguera, y cuando aquella sensación la ha llenado del todo, se levanta. Atraviesa, desprendida, ese corral muerto y su palmera, con su correr intrascendente. Deja atrás a Julito y a Facundo en la barra, y a sus amigas y a la guitarra, y se repite por dentro una oración:

Oh, María, madre frágil,
no me dejes, que también lo soy.
No me dejes, oh, María,
que me puedo partir en dos.

Y llega otra vez a la plaza, y sus ojos buscan vida y no la encuentran.

¿Cómo puedo escaparme de mi cuerpo, María?
¿Cómo puedo escaparme yo?
¿Cómo podría escaparme sin partirme en dos?

Y entonces abre la puerta de la finca más pequeña de la plaza, la que da al *campanar*. Y sube las escaleras casi tropezándose, y

pasa deprisa el piso del practicante, hasta la segunda planta.

Y sus nudillos llaman tres veces sobre la puerta sencilla y fina.

Y abre la puerta Isabel, en pijama y llena de confusión, con los ojos hinchados y el pelo recogido en un moño precioso y desordenado.

Y como en un sueño, Carmen aboca su boca en la de Isabel en un beso lento. En un beso primero.

Y como en un sueño, baja corriendo las escaleras y vuelve a entrar en La Palmera, donde nada ha ocurrido.

Y mañana se acabará el invierno.

Y otras cosas vendrán.

—Ahora mismo me fumaría un cigarro...

Las dos maestras vigilan el patio, pegadas a la verja. Los niños y las niñas juegan, ajenos a las vicisitudes del mundo. Los maestros de los chicos han aprovechado el recreo para ir a la plaza a tomarse un café.

—¡¿Qué?! Isabel, ¡eso ni en broma! Qué horror, pero qué horror. Un cigarro, dice...

—Pues sí, ¡un cigarro! Estoy de los nervios, ¡de los nervios!

—El tabaco es de lo más desagradable. Deja un olor espantoso por toda la casa y en la ropa.

Carmen frunce el ceño. Entre las cejas y al final del párpado se le marcan unas arrugas finísimas, como dibujadas con una aguja. Las mismas que tiene su madre y que tuvo su abuela. Cuando mira a Isabel, se intensifican, en una tendencia al enojo y al reproche que ha adoptado desde que la conoce. Con Isabel se puede enfadar, y como es algo totalmente nuevo para ella, inconscientemente lo disfruta y lo explora.

E Isabel, cuya paciencia no cabe en un salero, de rebote se enfada también. A ambas les irrita no saber hacia dónde ir después de lo que ocurrió la noche de la hoguera. Como si hubieran perdido el manual de instrucciones. Isabel se ha limitado a pedirle incansablemente a Carmen que venga una tarde a su piso «para hablar las cosas», como si tuviera la menor idea de qué cosas hablaría si la ocasión se diera.

—Qué más da a qué huela mi casa, si total no piensas pisarla.

Carmen la mira y aquel enfado la hace reír por dentro. No sabía que el amor pudiera tener formas tan extrañas. ¿El... amor?

—No va con tu forma de ser estar así de enfadada.

—¿Y cómo sabes lo que va con mi forma de ser?

No se puede besar así a una persona sin prometerle y rejurarle que se va a volver a repetir. No se puede besar a así a una persona, estando esta en pijama, sin darle un poco más de preparación.

—No te puedes enfadar tanto todo el rato. ¿Siempre eres así?

—...

—¿Y qué te dicen de eso tus... amigas?

Isabel está tan fastidiada que se le pasa el retintín de los celos. Después del beso, Carmen, con los ojos fijados en la tostada de mermelada, empezó a preguntarse si a ver si iba a ser que aquello que ella había hecho con Isabel lo hubiera hecho antes ella con otras... chicas. Quizás esa era una tendencia suya, ir de pueblo en pueblo, haciendo... lo que sea que está haciendo para desequilibrar a Carmen. Aquel pensamiento la trastocó tanto que llamó «madre» a Roberta, quien no pudo evitar una carcajada.

—No soy de tener muchos amigos.

—Bueno, pues ya los harás. Ya encontrarás algo con lo que distraerte. No tienes que ser tan vehemente, ¿me oyes? —Isabel repite la palabra *vehemente* con un gesto entre la indignación y la perplejidad. Carmen, por lo menos, se esfuerza por encontrar palabras exóticas para rechazarla—. Trabaja. Yo trabajo, y voy haciendo.

No entiende nada. ¿Acaso Carmen se cree que lo que está ocurriendo es producto de un exceso de tiempo libre, o de un antojo? Su ignorancia es un páramo tan vasto que a Isabel le da un calambre de angustia. Cuántas mentiras se pueden sembrar en él...

—En cambio tú eres de esas a las que les gusta hablar en voz alta, Isabel.

—A mí me gusta hablar. ¿Qué sentido tiene, si no, vivir?

Si Isabel pudiera tan solo entender un poco más a los otros... (muchas cosas habrían sido distintas). De alguna manera, es como si le hubiera costado tanto cruzar el lago que se niega a comprender a los que aún no han tocado el agua.

La mira, interrogante. Hay mucho más que le da sentido a vivir, piensa Carmen; la familia, la escuela, el futuro, no ser un delincuente, por mencionar algo.

—¿Y qué quieres? ¿Que te persigan? ¿Que te arresten?

Tan ignorante no es, ni está tan desorientada. Carmen ha investigado por su cuenta, y lo que ha encontrado, seguramente, no le ha gustado demasiado.

—A la gente como yo nos mandan a unos campos de trabajo, Carmen. Eso es lo que hacen, aunque nadie quiera darse cuenta: quitarnos de en medio.

Isabel se arrepiente de haber dicho aquello al instante de ver la cara de miedo que acaba de poner Carmen. Las arrugas dibujadas con agujas llegan ahora hasta sus labios, que se inclinan en un principio de tristeza sincera. Voltea la mirada deprisa. Al otro lado del patio, sus ojos se percatan de la presencia de doña Consuelo, que las observa, tenaz, con un no sé qué parecido a la curiosidad.

—Ya está la Desconsolada cotilleando otra vez. ¿Lo ves como necesito un cigarro?

—¡Shhhhhht!

—Con lo vieja que está ya podría morirse de repente.

—¡Isabel!... ¡No hables así!

Doña Consuelo tiene una mirada escrutadora de la que no es posible escapar. Los niños siguen jugando (ellos que pueden...).

—¿Por qué nos está mirando...? —Carmen dirige una sonrisa amable a la directora.

—Porque hay mucho aburrimiento en esta escuela. Ya se cansará. —Isabel se fija en un grupito de niños en la esquina—. ¡Tsss! ¡Oye! Antoñete.

Antoñete suelta las canicas y se les acerca.

—Él ha pegado primero, maestra.

—Calla, anda. Oye, ¿es cierto que tienes dos hermanas mellizas? —Antoñete asiente resignado—. ¿Y cómo es eso?

Antoñete se encoge de hombros.

—Se porten fatal.

—¿Ah, sí? —Isabel se ríe.

Vuelve a asentir.

—Se porten fatal.

Le da una palmadita en el hombro y el niño vuelve al corrillo de los otros. Carmen retoma entonces el tema, sin apartar los ojos

de doña Consuelo, procurando que el movimiento de sus labios no deje palabras al descubierto.

—Pues eso. Que a veces hay que aceptar que las cosas no puedan ser… como *nos* gustaría.

Isabel la mira. ¡A Carmen también «le gustaría»! ¿Por qué nunca la deja prepararse para esos momentos? Besaría esas pestañas, esa sutileza, ese rubor.

—No, si usted me está enseñando mucho, de eso.

Acerca su codo al de Carmen, en un gesto que doña Consuelo no puede percibir.

—Isabel… Por muy difícil que sea.

Pasan unos minutos en silencio, hasta que Isabel lo rompe.

—¡Que yo no puedo ser esa persona! Yo no puedo ser la persona que ha aceptado que las cosas no cambiarán nunca y seguirán igual que siempre. Lo que se me hace difícil, precisamente, es saber que algún día pueda llegar a serlo.

Es la hora de volver. De recoger los sentimientos y volver a clase. Mientras caminan con la cabeza gacha, Carmen susurra:

—Este fin de semana me voy a Gandía.

—Ah. ¿Y hasta cuándo *te* estás?

—No lo sé, hasta el domingo, supongo.

Llegan a las escaleras.

—¡Te acompaño!

—¿Te has vuelto loca? ¿Con toda mi familia?

—¡Durante el viaje en tren, y después me vuelvo y ya está!

—¡Que no viajo sola! ¡Que voy más tarde, con mi primo! —Las niñas van subiendo detrás de ellas—. Virtudes… No se mastica mientras se suben las escaleras. ¿No has tenido tiempo en el patio?

—De acuerdo. —Isabel hace alarde de madurez.

Siguen subiendo. Carmen se muestra desconcertada.

—Ah… ¿y ya está?

—¿Qué?

—Que… ¿no me habías dicho antes que…? —Isabel la mira como si le hablase en griego, y Carmen se muere de la vergüenza, haciendo alarde de inmadurez. Ya están llegando al segundo piso —. ¡Ay! ¿Pues que no me habías dicho antes de ir… a tu piso?

—Pues sí, pero me has dicho...

—¡¿Me lo vas a volver a preguntar o no?!

—Eh... ¿esto es algún juego tuyo? Porque hace un momento me decías que no fuera tan vehemente, y que no...

—¡Prueba!

—¿Quieres que te lo vuelva a preguntar? —Carmen asiente y a Isabel se le ilumina el rostro—. De acuerdo... —Ambas miran hacia los lados para asegurar la zona *libre de directoras*.

—Vamos a ver... Carmen...

—Sí.

—*Doña* Carmen...

—Sí.

—¿Quieres... venir... a...?

—¡Sí!

—¿... vivir conmigo?

—ISABEL —Carmen se para en seco y Lola Sangil choca contra su culo—. ¡¿Por qué tienes que ser siempre tan excéntrica?!

—¡Te lo mereces! —Mueve los dedos con un movimiento de revoloteo de abejas—. ¡Por jugar así conmigo! ¿De verdad quieres venir?

Isabel se queda en la segunda planta, la suya. Carmen asiente sonriendo y sigue subiendo. Lola y Marina brincan los escalones. Al llegar saca la cabeza por el agujero de la escalera. Isabel está asomada a la barandilla y le hace gestos mudos de desmayo y de celebración. Hace ver que fuma y que un humo invisible le provoca la tos.

Carmen, niña de oración, chica de misa, que quiso estudiar para no marcharse. Para quedarse cerca de su madre Amparo. «Hagas lo que hagas, vayas adonde vayas, tu madre va contigo», le repetía ella desde la cama, refiriéndose a su espíritu devoto, al alma de los que son fieles hijos de Dios, los que tienen el poder mágico de la omnipresencia, de estar en todos lados, aun sin cuerpo, sin forma y sin presente. Pero Carmen no se iba, era su madre la que estuvo bien a punto de morirse de una neumonía, una infección que afecta a un pulmón, tal vez a ambos. El médico decía: «Será la voluntad de Dios», «será lo que Dios mande», pero por encima de Dios, estaba lo que mandaba su madre, y Carmen no se iba. ¿Alguien creyó que se iría? Para nada. El espíritu devoto de su madre no tenía que vagar por ningún sitio porque Carmen no se iba. Y lloraba ríos, a los pies de la cama, y pedía al médico que le dejara lavar los pies de su madre con agua caliente, que le dejara encender tantas velas como cupieran en el cuarto porque si no su madre se ensombrecía, se ensombrecía. Su espíritu tenía una fe pequeña, blanda, devoto pero débil, al fin y al cabo, y no se atrevía, no se atrevía a pedir que le dejara traer a la Virgen de la Misericordia, que por favor la entraran deprisa en la habitación, a su Virgen, de túnica azul y bordes dorados, más fuerte, más fuerte que su madre, más que ella, con más cuerpo, con más forma y con más presente. Y estudió, en casa y en silencio, para *convertirse a* maestra, *darse a* maestra, aquí en el pueblo y en ningún otro sitio, y así no marcharse, no irse a ninguna parte. Porque ¿quién puede jurar que existe lo que nunca hemos visto?

—«... Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.»

El sacerdote apoya los codos sobre el atril, respira hondo y barre con la mirada todos los bancos de la iglesia. Y su gesto

bondadoso para hacer que se sientan acogidas cada una de las personas que han asistido a la misa hace que Carmen solo quiera desaparecer. Y bendice a Pepe Sales y su esposa, a Cándida y sus primas pequeñas, a José Esquius de la calle Quinto de Zapadores, recién salido de la cárcel y ya encomendando su alma de pirómano a Dios, y a Carmen, que se agazapa entre su padre y su madre, anudada en sí misma, que lucha por deshidratar, reducir, moler, todos sus pensamientos para que no se vean ni en una placa de microscopio.

La enorme cruz que preside el centro de la iglesia la lleva, en realidad, en su espalda. Las últimas semanas, ir a misa se ha convertido en todo un desafío. Mientras no va, o mientras no reza con los niños, la culpa es más o menos soportable. Pero cada vez que entra en la iglesia se le ligan al torso dos tablas rectangulares de madera, una delante y una detrás, y se le hace un incordio respirar. Las tablas de vez en cuando aflojan, pero no se sueltan nunca. La rodilla de Carmen sube y baja en un tic nervioso originado en la planta del pie. Su padre, tranquilo, le detiene el movimiento poniendo la mano sobre su pierna distraídamente. Carmen le fuerza una sonrisa y busca con la mirada a la Virgen, pero no la ve. Don Javier, el párroco, alza las manos al cielo.

—Señor, tú me sondeas y me conoces. Sabes cuándo me siento y cuándo me levanto; conoces desde lejos mis pensamientos. Sabes cuándo camino y cuándo descanso; todos mis caminos te son familiares. Antes de que hable, ya lo sabes todo; me rodeas por detrás y por delante, y pones tu mano sobre mí.

Dios está en todo. Tiene sentido. A Dios te lo comes, en forma de pan, en forma de agravios a los que no respondes, como Julito cuando quisiera maldecir y decide no maldecir, como Carmen cuando quisiera..., como cuando quisiera querer, y decide no querer. De Dios te alimentas, lo absorbes, te ocupa. La idea de que Dios estuviera dentro de ella solía quitarle el sueño años atrás. Resulta que el vivir de Carmen, inapreciable para casi todo aquel que la rodeaba, era líder de audiencia en la televisión de Dios, de día y de noche. Veía a través de ella, en sus noches de insomnio —cuando tenía de todo menos fe— y escuchaba las descripciones

indecorosas que Fina Tena hacía sobre «el aparato» del pervertido que vaga por los pinos de las Salines, un día que se bajó los pantalones delante de ella. Cuando empezaron a salirle los pechos, como dos pastelitos de coco, evitaba de todas las formas posibles abrir los ojos frente al espejo del baño. De ninguna manera Dios iba a ser el primero en vérselos. Y cuando oía a su padre pegando a su madre se tapaba los oídos, hundiendo el dedo con fuerza contra los tímpanos, para que Dios no fuera a repensarse la entrada de su padre al cielo.

«Tu madre va contigo.» Eso es. En el paquete vienen su madre y Dios, son indivisibles, los tres. «La misa ha sido por ti», le decía los días que tenía migraña o estaba en la escuela. «Por ti.» Incluso cuando no vienes, *venimos* a ti. Le abres la puerta a Dios el día mismo que naces, y Dios entra en ti, por ti, por tu a través. Y don Javier, viejo y lento pero cargado de Dios, vuelve a alzar las manos y empieza las peticiones. La gente a su alrededor cierra los ojos, ávidos de pedir.

—Por el Papa y todos los obispos. Para que el Espíritu Santo que llenó a los Apóstoles descienda incesantemente por sus sucesores. Roguemos al Señor...

Falta poco para salir. En los bancos se atisba ya un ronroneo impaciente.

—... ofrecemos esta misa por el alma de nuestra hermana Pilar para que Dios Todopoderoso la reciba en su gloria.

De vuelta a casa por la calle Calvo Sotelo, una vez han dejado a su padre en el bar de la plaza, Carmen disfruta de la tregua del aire libre, con las tablas un poco más sueltas. Su madre se retira el velo negro de la cabeza y se lo pone sobre el antebrazo, como un camarero.

—Oiga, madre. ¿Quién era Pilar, la mujer por la que ha pedido el señor párroco? No la recuerdo.

—Hija, Pilar Murillo, sí. Estaba casada con José, de la calera, tenían una casa con jardín, en *les cases altes*. Se murió hará un año o así, pobre mujer. Y ahora el hijo (menudo sinvergüenza) llora que te llora. Pero era una buena mujer, ¿eh? Pilar Murillo era una buena mujer.

—Y ¿de qué falleció?

—Su hijo... —Amparo echa un vistazo furtivo a las ventanas de alrededor—. Bueno, digamos que su hijo la mató de un disgusto. Así es, la mató su hijo, a la Pilar. De un disgusto.

Carmen deja de caminar. Su madre, que no se percata, sigue adelante y cavilando hasta la puerta.

—Hija, anda, abre tú. Abre tú que me duelen las manos.

Y Carmen le abre la puerta, temblando. Le abre la puerta a Dios y se le cuela el diablo.

La telefonista habla, por fin, a través del auricular. Una especie de pipa negra y alargada. ¿Aquello querrá decir que han contestado? Isabel cruza los dedos. Es su tercer intento este mes.

—¿Diga?

Cuando Isabel escucha al otro lado la voz seca y áspera de fumador asiduo, un torrente de agua fresca se pone a bañarle el alma. La risa de Antonio suena como siempre, como una canción conocida, e Isabel se siente por un momento «encontrada». Algunas cosas parece que continúan en su sitio. Los ojos se le achican en una línea de sonreír.

—Y ¿cómo estás?

Lo querría saber todo, pero echa un vistazo a la telefonista, y la ve agarrada a los cascos para no perderse palabra, con los codos sobre la mesa. Al menos podría hacer ver que se lima las uñas, o disimular un poco. De verdad que aún no se acostumbra a los pueblos.

—¿Yo? Como siempre, algo más viejo y algo más listo. ¿Y tú?

Isabel la mira ya con descaro, y la chica le dedica una mirada con el título de «Estás en mi casa». Baja cuanto puede la voz.

—Antonio, ¿sabes...? ¿Sabes tu amiga Cántaro de Alma?

—Ah..., sí, sí.

—Aquella que es tan guapa.

Antonio vuelve a reír aún más e Isabel se lo imagina de pie frente a la ventana pequeña, con la barba espesa de nutria y un librillo de papel de fumar sobre la página abierta de un cuaderno.

—Bueno pues... tiene un amor.

Siente a su amigo sonreír, con una naturalidad que nunca le agradecerá lo suficiente.

—¡No me digas! ¿Y cómo le va?

Isabel piensa deprisa en un resumen acelerado de los últimos meses, y en cómo hacer partícipe de ello a Antonio. Piensa en todas las cosas que querría decirle por teléfono.

«Antonio, la vida va por donde le da la gana. Hay que ver, quién lo iba a decir, ¿verdad? Me parece que tú me enseñaste a querer, cuando te vi darle la mano a aquel hombre. Te vi desde la mesa de tu cocina, en la puerta de tu piso, cogerle la mano a aquel hombre con falda y maquillaje en los labios. Supe lo que era amor y lo que era delincuencia, supe lo que era transformación y lo que era ruido. Ha salido el concurso de plazas y yo no me voy, yo me quedo en Manuel. El pueblo te parecería un horror (un poco lo es), ¡pero yo me quiero quedar! Por donde le da la gana va la vida, Antonio, pero una cosa tengo clara: tantos años esperando algo que le diera dignidad a nuestras vidas, tantos años esperando algo que nos obligara a vivirlas dignamente, y resulta que allí estaba, tan simple: amar.

»"¿El qué?", te preguntaría yo. "Amar", tú me dirías.»

—Pues… un poco frustrada. Pero bien.

—Ya…

Isabel le escucha respirar un rato. Rasca con el dedo el plástico del cable enrollado sobre su falda. La conversación deriva hacia asuntos más fútiles.

—Bueno, ya hablaremos más adelante. Cuídate mucho, ¿eh?

—Tú también. No te acostumbres mucho al pueblo…

Isabel niega y suspira, regresando poco a poco a la realidad previa a la llamada. Mira a la telefonista para indicarle con el dedo que cuelga y la otra, que desatenta no estaba, le responde poniendo cara de obviedad.

—Ah, por cierto. Dile a tu amiga que no se preocupe. Que amor en silencio, más fuerte grita dentro.

Isabel sonríe y se le eleva el pómulo solo hacia la derecha. Cuelga, despaciosamente, y sale de la cabina. Se da cuenta entonces de que su espectadora particular es la chica que estaba

con Carmen el día de la hoguera de San Antón, en la plaza. Se pregunta si tal vez son tan amigas como para que le haya podido hablar de ella, y le viene de repente una preocupación estúpida de que Carmen le haya podido contar algo que no debería ir diciendo. La chica la mira con cara interrogante, como si no hubiera acabado de entender bien el final de la llamada. Isabel se saca unas pesetas del bolsillo.

—Oye, ¿y tú sabes dónde puedo comprar tabaco?

LA PRIMAVERA

Por carolina Cortes Torregrosa

Hoy hemos celebrado el principio de
LA PRIMAVERA y la Señorita
Carmen nos ha dicho que iriamos
de excursión a las SALINETES VELLES.
Me puse muy contenta porque la
Señorita Carmen y la señorita isabel
ajuntaron las dos clases y pude ir con na
mi hermana marita y las niñas de su
clase. Hemos echo muchas divertidas, pero
no nos hemos bañado aunque hacia SOL
porque la señorita carmen ha dicho que
podíanos coger un catarro grande Luego
la señorita isabel ha dicho que volveriamos
un dia, en verano, y nos trairiamos los
trajes de baño! Entonces ber podrenos
avisar a Lourdes y Maria José también, que
son mis otras hermanas.
o quizas vamos a la PLAIETA LATORRE.
Luego de almorzar las señoritas se han
tumbado a hacer una siesta al SOL y hemos

jugado a saltar a la cuerda y a correr.
Nos han dicho que nos hemos portado muy bien. En el camino de buelta la señorita isabel nos ha dado ramilletes de LAVANDA, que es una hierba digestiva para que la traigeramos a nuestra casas. Nos ha contado muchas cosas de la ACEQUIA, que nos ha dicho que es HISTORIA de nuestro pueblo. y le he dicho que he ~~decidi~~ que creo que de mayor quiero ser historiadora y explicar la HISTORIA DE NUESTRO PUEBLO y señorita Isabel ha dicho menos coser y más escribir y a partir de aora voy a hacer más redacciones como esta redacción.
Al llegar de vuelta nos hemos encontrado a la plaza tanbién a la señorita Patro que es la señorita de L'ESCOLA DELS CAGONS y nos ha dejado entrar a ver su jaula de PARDALETS! que en castellano quiere decir CANARIOS que tambien es una ISLA. Nos ha dicho que podemos volver a su casa

siempre que querramos.
La señorita isabel ha dicho que ha sido un día "redondo" y la señorita Carmen ha dicho que les dirían a todos los maestros que nos habimos portado mucho mejor que todos los niños huntos. y así hemos celebrado LA PRIMAVERA.

Carolina cortés Torregrosa
ESCUELA FRANCISCO FRANCO DE MANUEL

—Si las vas arrastrando así, normal que sean incómodas.

Carmen, con sombrero de paja y las alpargatas dos tallas más grandes que le ha prestado Isabel, parece una neoyorquina que hubieran soltado en medio de la sabana.

—Si no las arrastro, ¡se me sueltan!

—Anda, trae.

Isabel suelta un suspiro de fingida impaciencia y se agacha sobre las piedras del camino. Liga el cordón de la alpargata alrededor de las pantorrillas de Carmen, haciendo una equis.

—Te... las... ato... así. Ya está. Ya verás que así mejor.

Las primeras semanas de marzo han sido de lluvias abundantes, y desde el día de la Candelaria no habían tenido un día de sol. La idea hoy era pasear hasta pasar la fábrica, llegar al Pont de Fusta y, si el aguante de Carmen lo permite, ir incluso más allá.

Carmen se afloja el cordón con el dedo, convencida de que se le van a quedar unas marcas horribles en las piernas. Isabel va por delante, pero solo un poco. Ya va aprendiendo a acompasar su paso al de Carmen. Arranca una naranja de un *taronger* y la va desnudando, dejando un rastro de pieles tras ellas. Carmen la imita, y, cogiendo una del suelo, clava el dedo gordo sobre la piel y se le hunde como en un corcho. Succiona el líquido que sale de la naranja como si fuera un cántaro.

—¡Baaaahhhhhh! —Isabel se gira y la ve con una mueca de asco, sacando la lengua y con los párpados cerrados en una línea fina.

Isabel se la coge de la mano y la lanza lejos.

—¡Carmen! ¡Has cogido una naranja *borda*! —Le da un ataque de risa expansivo—. ¿No te has fijado en que tenía la piel *bufada*?

—Sin dejar de reír, le pone un gajo de la suya en la boca.

Durante el paseo, Isabel le cuenta un montón de cosas sobre las naranjas. Ella la escucha embelesada, con el amargor residual aún en la boca. La hace fijarse en un naranjo con algunos limones que cuelgan de las ramas. «¿Lo ves? En realidad puedes hacer que den cualquier tipo de cítrico.» Le cuenta que los árboles se pueden *empeltar*; un *empelt* es un injerto. Cuando están empezando a brotar. «Como ahora, mira. Si, por ejemplo, quiero que mi cítrico de *califòrnies* me dé también *clementines* o *clausellines*, o pomelos, *l'empelto*. Tienes que atar un trozo más o menos de dos dedos (mira, así) a la corteza del tronco del árbol que quieres *empeltar*. Tienes que asegurarte de que tenga hojas, ¿eh? Lo envuelves y lo atas. Y a veces agarra y otras veces no.»

—*O si vull que la meua llimera siga més colorida.*

Se ve que hace unos años, hubo una epidemia que afectó a muchísimos, muchísimos campos de naranjos, vino de Brasil, o desde los americanos. El primer brote que afectó aquí, en La Ribera, fue hace un par o tres de años, si no recuerda mal Isabel. La enfermedad se contagiaba a través del material vegetal, cuando hacías un injerto de un árbol que estaba enfermo a uno sano. «De un día para otro, el árbol que está sano, se seca. Justo cuando le tocaba florecer, ves que sus hojas se empiezan a acurrucar, y se muere. La enfermedad se ha introducido entre la carne y la piel de la hoja; se la ha comido.» Fue una epidemia tan grande y tanta gente perdió sus naranjos, que la llamaron «la tristeza».

—¿Y cómo puedes saber si un árbol ha cogido la tristeza?

—No puedes. Solo lo sabes cuando ya está seco.

Han llegado al Pont de Fusta. Lo atraviesan por debajo, como dos enanos. Isabel, que ha metido un trapo en la bolsa para la ocasión, lo coloca en el suelo para que Carmen se siente sin mancharse, y descansan un rato. De vuelta propone seguir hacia delante, por el camino, y entrar al pueblo por el otro extremo.

Se encuentran con una pequeña subida de tierra, blanca de luz solar y sin sombras. Isabel lo ve como la excusa perfecta para hacer de salvadora de la turista neoyorquina en apuros y le ofrece una mano, feliz. Carmen se la da, y, con la vista clavada en las

alpargatas, deja que Isabel la eleve y que sus manos disfruten unos segundos del contacto de las palmas de ambas. De reojo se fija en la mirada, siempre adelante, de Isabel, y en sus brazos, pintados a trazos con ámbar, dan la impresión de no tener miedo a parecer fuertes, a las modificaciones que el sol, el viento, el frío o el mar, quieran hacer sobre ellos. Una raya recta y suave delinea el antebrazo cuando el músculo se contrae. Los brazos parecen hechos para coger, para levantar, para cargar maletas en mil mudanzas, o para asistir a un cabrito en el parto de una...

—¡Cabra!

Isabel le aprieta con fuerza la mano.

—¡No chilles, Carmen! *Es una cabra.*

Carmen mira horrorizada a aquella bestia gruesísima parada en medio del paso, tan cerca.

—¿Q-qué hacemos? Ay, Isabel, ¿nos puede hacer algo? Y ¿cómo vamos a seguir, ahora?

La cabra está estacionada allí, sola, como si nada. Carmen pone distancia y agita el sombrero hacia ella. Aquel bicho podría girarse y morderlas (¿por qué no?) en cualquier momento.

—Pues no la asustes, no grites, mujer. Y vamos a pensar cómo pasamos. Se habrá separado del rebaño.

—¡N-no podemos pasar! ¿Qué hacemos, Isabel? ¿Volamos? No podemos pasar.

Isabel mira a la cabra y a Carmen y se echa a reír. Se están un buen rato esperando, aunque Isabel sabe que las cabras *no atacan*, le divierte mucho aquella situación. El animal va masticando y regurgitando en una rumiación imperturbable, y con la cola sacude un puñado de moscas. Carmen mira con congoja las pendientes a los lados del camino, y con más congoja aún al camino largo a su espalda y que no tiene ninguna intención de volver a recorrer.

—Pues yo voy a pasar porque le caigo bien.

—¡Isabel! ¡Ni se te ocurra dejarme aquí sola!

Su padre, Julito y cualquiera de los chicos del pueblo hubieran asustado a la cabra a golpes, la habrían hecho salir de en medio del camino para que Carmen pasara, y sin duda alguna no hubieran corrido —casi trepado— por la lomada, ni se hubieran

quedado plantados, como está ahora Isabel, al otro lado.

La mira, expectante y divertida, y hace como si se acercara a susurrarle al animal.

—Dice la cabra que puedes pasar.

Carmen resopla y se santigua rápido. Coge impulso y «corre» hacia la ladera, se agarra a la rama de una carrasca pequeña, que se le parte en la mano, y, con un pequeño grito, salta por fin. Isabel la felicita y Carmen se mira la mano enrojecida y algo arañada.

—¿Ves qué bien que sienta estar al otro lado?

Isabel le coge la mano otra vez, como si hubiera perdido la cabeza. Carmen se suelta como un rayo, por el picor de la herida y por el picor del atrevimiento.

Han acabado llegando a la plaza del Caudillo. Justo cuando el sabor a final empezaba a deslizarse sobre la tarde, cuando todo apuntaba a un «hasta mañana, descansa», se descubren juntas delante de la puerta del bloque de Isabel.

Todo está tranquilo, a una hora inofensiva de la tarde en la que los hombres hacen la siesta y las mujeres aprovechan para limpiar la casa. Solo se oyen las radios que ellas, mientras barren, tienen a todo volumen y que resuenan en la redondez de la plaza como aclamaciones en un coliseo romano, o el canto desafinado de la que se atreve a pisar la voz de su artista favorito.

Isabel saca las llaves, y como nada ni nadie se opone a ello, empiezan a subir las escaleras hasta su piso, el segundo. Suben sin mirar atrás, como si formara parte del camino de naranjos y tierra seca. Al pasar por el sitio donde besó a Isabel, a Carmen le da un traspié el corazón.

Ninguna se atreve a decir nada. ¿Qué podrían decir? Todo parece escrito ya en las paredes del piso modesto y gris; todas las veces que Isabel ha soñado con ella, tanto durmiendo como despierta, desde el momento en que la vio por primera vez, en aquella plaza, rodeada de niñas, hasta la noche en que subió a robarle un beso. Todo lo que Isabel querría hacerle está escrito en aquellas paredes desnudas, y todo en aquel piso parecía estar esperando la llegada de Carmen, hasta la lavanda mustia del jarrón sucio podría enamorarse de ella en un descuido; de su rubor, de

sus pies llenos de dudas. De hecho, se ha enamorado, y las paredes le van soltando a Isabel con osadía: «¡Afortunada! ¡Suertuda!».

«Callaos.»

—¿Quieres un vaso de agua…?

Isabel se esconde en la cocina, nerviosa: ella no, no se lo esperaba, justo ahora, no estaba preparada, no… «Todo está sucio; feo y sucio. Y yo estoy fea también, y debería de haber ahorrado para comprarme un buen perfume de una vez. Un perfume o lo que sea.» Mientras llena el vaso de agua se dice que, seguramente, Carmen se habrá ido ya. «Seguro que ya ha salido corriendo, y no me quiero ni girar para comprobarlo.»

Pero no.

Allí está. Sentada sobre la cama, con cuidado para no arrugar la colcha, buscando con los ojos en cada objeto, en el techo, a ver si le cuentan cosas nuevas de quién es esa chica a la que ha robado el sueño. Quizás sí, tal vez sí que puede leer en las paredes todo lo que Isabel ha soñado hacer. Si pudiera… Todo lo que haría, si pudiera… Carmen no se ha quitado aún la chaqueta fina, y se desabrocha solo un botón.

Ingenua.

«¡Acabas de desabrocharte el corazón!», le dicen las paredes.

Isabel no puede hacer otra cosa que caminar hacia ella y arrodillarse, rendida. Sin dejar de mirarla a los ojos, moja dos dedos en el vaso de agua. Vierte dos gotas sobre su palma abierta y, acariciándola, limpia la herida rojiza de su mano, sin dejar de mirarla, limpia el arañazo que se ha hecho evitando a la cabra, y la besa, llena de un beso la mano. Sangre de amor en sus labios. Carmen se deja limpiar y besar por esos ojos, que la miran como si en ella se acabara de formar un nuevo borde del mundo. Isabel lleva la mano rasguñada de Carmen hacia un trayecto por su pelo rubio, fresco y áspero; se acaricia con ella la cara, la frente y el cuello. Sobre el párpado, la cicatriz y el enigma. Por qué, por qué hay más heridas en el rostro que está tocando que en su mano, se pregunta Carmen. Le tiembla el cuerpo entero de fascinación. Isabel deja descansar la mano en su cuello, y entonces mueve la suya y desabrocha otro botón, que se vence fácil contra sus dedos.

¡La piel de Carmen...! La piel de Carmen parece mármol que alguien talló en secreto para contar una historia. La piel de Carmen es mármol escondido en el estudio de un escultor e Isabel da las gracias a la luz de la tarde que se la muestra, solo para ella. Y acaricia su cuello, su mandíbula, el rizo bailarín y castaño que tanto ha esperado. En las radios de la plaza empieza a sonar la de Antoñita Moreno, e Isabel, sin decir palabra, se levanta y camina hasta la ventana.

«Tú quieres que yo te dé lo que no te debo dar, el cordón de mi corpiño...»

Desanudando la cuerda, las láminas finas de la persiana caen en cascada, y apagan la radio y la tarde. Los ojos de ambas buscan acostumbrarse a la nueva oscuridad.

Vuelve a acercarse y Carmen nota una humedad. Está húmeda, humedecida, y el cuerpo no deja de temblarle, en un pequeño espasmo presagioso. Isabel vuelve a arrodillarse y, aunque no la ve, siente el calor de su boca, un aliento cálido y desesperado. Carmen se abre a aquella boca, y los labios de Isabel se estremecen del frío de su saliva, una sensación nueva, que la empuja, la empuja a levantarse sobre su cuerpo. La levanta y la tumba sobre la cama, se arruga la colcha, y ambas precipitan, precipitan la suspensión de su deseo, tanto tiempo al límite del despeñadero. Es el deseo el que se precipita sobre los brazos de Isabel, que aparta a manotazos la chaqueta, el vuelo pesado del vestido, la tela de esa falda, que retira, que despeja del destino de su mano, buscando una salvación, buscando tocar con toda la medida de su piel, de sus rodillas, la carne de Carmen, la carne blanda, latiente, y le aparta con la pierna el muslo, para acercar su latido de más *adentro* al de Carmen, y ella gime, y luego ahoga otro gemido dentro de la boca de Isabel, que Isabel traga, que Isabel arrastra por su garganta y que casi, casi la hace explotar.

—Isabel.

Y este nombre, esta única palabra pronunciada hasta ahora, es un disparo de salida. Este nombre vertido desde la boca honda de Carmen, la empuja a meterle un dedo, un dedo entero dentro. Isabel se mueve y se queda ahí, atrapada con gusto en su humedad,

en la mantequilla de Carmen, que abre la boca como el náufrago en el segundo que encuentra la arena, y sus ojos se convierten en un cascabel.

Las manos de Carmen despiertan entonces, como *nacidas* entonces, convertidas en dos llamas. Revividas, buscan desesperadamente un pecho. Y lo encuentran. Isabel se arranca el vestido, lo hace bajar como puede, para sentir como la aprieta, la detecta y la gana. En su mano suave, un pezón erizado, *saludante*, duro, feliz de entrar en juego.

—Isabel.

El retrato de Francisco Franco, colgado de la pared del fondo, observa desde la penumbra.

Deja que corra el agua. El chorro caliente contra la cerámica hace que salga humo, producto del ardor. La pones justo debajo, y la mano quema, y la aguantas uno, dos, seis, quince segundos. No, no, no está limpia... la carne roja e hinchada rezuma humo. No está limpia. Vuelves a ponerla bajo el agua otra vez, y otra. No está limpia.

Jabón. Abres el cajón pequeño de debajo del espejo y agarras una pastilla de jabón blanca y frotas, frotas, frotas. El jabón sale disparado, resbala, y luego frotas, frotas más. Y sale espuma pero no se limpia, no, no se limpia. Y la herida tiene el pulso de la brasa, y calcinas, calcinas, quieres calcinar el deseo. Calcínate a tiempo. Calcina lo que has hecho, quémalo.

No, no se limpia, no. Y dejas correr el agua.

¿Qué es? ¿Qué es el deseo, que sobrevive a todo? Que es como el musgo, capaz de crecer en lugares inhóspitos, oscuros, como cuevas, como en rocas y bosques, dentro de ti y aún sin tener raíz, acaba usurpando el espacio a la convicción, crece y te desvive, te descama, y todo eso por algo tan insignificante, algo que será, al fin y al cabo, tan corto dentro de la medida de la vida, que tendrá fin pronto, muy pronto, pero eso ahora no lo sabes y solo quieres limpiarlo, calcinarlo, arrancarlo. ¿Es posible? ¿Es posible que exista un deseo tan inconveniente que pueda darse hasta en las circunstancias más desfavorables?

El deseo es un liquen, sobreviviendo al frío árido. El deseo es un nematodo, un gusano que ni tan siquiera oxígeno necesita.

Secretos. Ahogan.

Si antes eran un canario naranja y asustadizo al que no hacía falta abrir la jaula, ahora son un cuervo, un cuervo que no te cabe adentro, y aletea, y ahoga.

Frota el jabón. El vestido, el vestido también está sucio, está sucio. De tierra del paseo, siempre de la tierra del paseo, y de algo más, de algo más que ya es musgo.

El deseo es un traidor. Traiciona a su propia semántica. La semántica del deseo implica que al cumplirse, muere. Debe morir. Los deseos se suicidan cumpliéndose. Pero no, este no, este no, este se resiste a morir aun habiéndose cumplido.

¡Quítatelo...! Resbalas un poco por la cerámica de la bañera, chocas con los codos y las rodillas contra la cuenca de la bañera y te lo quitas por la cabeza y lo arrastras bajo el chorro como un puñado de periódicos viejos. Límpialo, jabón, jabón, jabón y humo.

Aire.

No puedes. Abres la boca para cogerla y las tablas de madera entre tu pecho y tu espalda te sorprenden al apretarse aprovechando el ceder de los pulmones. Se aprietan, y una arcada te percute en el pecho, con un golpe seco. Los azulejos rosas se mueven y el baño se pone a dar vueltas. Las tablas de madera contra las arcadas crean una especie de percusión. Frotas el vestido con fuerza y lo arañas, lo deshilachas, y te arañas también la palma de la mano hinchada, y finalmente acaba por sangrar. Con las uñas arañas el musgo.

Una gota roja se desprende y se sumerge en el agua. Miras al agua con una certeza. Es eso.

Isabel te ha abierto un agujero dentro y desde entonces te has estado desangrando.

«Carmen te ha abierto un agujero dentro y desde entonces has estado floreciendo...»

¡Y sienta tan bien...! Isabel ha salido a comprar a la plaza de buena mañana, con una sonrisa plantada en la cara y con todas esas flores, creciendo sanas, olorosas, rezumando aroma a jazmín y malva rosa en su pecho. Y sí, brotarán muchas más, piensa. Las regará, y tal vez algún día el agujero sea lo suficientemente profundo como para que pueda crecerle un árbol entero.

Apenas ha podido dormir, su cabeza se negaba a sustituir el recuerdo reciente de la tarde por la ficción de un simple sueño. Carmen, y todo lo que había pasado, le volvían a recorrer el cuerpo, colgado en la curva de su media sonrisa, como si pudiera repetirlo una y otra vez solo con sonreír. Se ha quedado suspendida en aquella escena, en los brazos tiernos de Carmen, en las ráfagas de espaldas, de pieles, de lenguas. Y todo eso, todo el rato, se le ponía delante de sus narices, por más que se paseara arriba y abajo por el piso, que se le hacía más grande tras haberlo conocido en la oscuridad en la que el cuerpo de Carmen podía escapársele de las manos.

De hecho, ahora le está dando el puchero a la lechera, y en su cara ve proyectados los muslos desnudos de Carmen. La mujer vierte la leche fría y blanca de la garrafa sin reconocerla, seguramente poco acostumbrada a verla a estas horas de la mañana de un domingo.

—Rellénamelo solo hasta la mitad, que es solo para mí.

Quizás un día no tenga que decir nunca más esa frase, típica suya. ¿Y si un día tiene que pedir que se lo rellenen hasta arriba? Y colmar la taza de Carmen de leche todas las mañanas, y preparar el desayuno para ambas. Con gusto madrugaría día tras día. O...,

bueno, con gusto la persuadiría de que durmiera unas horas más.

Yendo a por la fruta, Isabel se ve con el puchero de leche en la mano y se acuerda de algo. ¿Su madre no le contaba un cuento de una lechera que soñaba, también, lo que haría con la leche que iba cargando?

—Isabel, *xiqueta*.

Patro está en la cola, detrás de ella. Se pone contenta de poder compartir su estado de gracia con ella, aunque sea esperando para la fruta. Le pone una mano en el hombro, que le queda casi por debajo de su propio pecho.

—Patro, reina! Este diumenge és mel, eh? Quin pla té hui?

Patro responde con un asentir vago, e Isabel repara en que lleva una expresión extraña.

—Ui, Patro..., que se troba bé?

Ha salido sin las gafas, y tiene la cabeza algo gacha y despeinada. Nunca la había visto así, tan nerviosa y seria.

—Entra un moment a casa, per favor. —Tras vacilar un poco, empieza a caminar a través de la plaza hasta la puerta verde de su casa, y se queda allí, quieta, esperándola.

Isabel siente un golpe de aire frío por dentro. La anciana sigue sin moverse de su sitio, muy seria. ¿Qué está pasando? Como un preso que camina hacia un destino desconocido, sigue a Patro. ¿Puede ser que...? ¿Puede ser que Carmen haya...? Imposible.

Isabel se prepara como puede para mentir, mentir y negar como Judas lo que haga falta. «De acuerdo: tranquilízate. Es domingo. Seguramente Patro no ha tenido tiempo de hablar con doña Consuelo todavía, y si quiere hablar contigo, quizás es porque aún quiere darte el beneficio de la duda.» Aunque puede que allí dentro también esté Carmen. ¿Cómo ha sido tan estúpida de no advertirle, de creer que ya la conocía lo suficiente? «Nunca se conoce a nadie del todo, nunca.» Ha estado tan abducida por Carmen que no se ha protegido de la propia Carmen. Y que sí, que tiene que confesar que le daba pereza, cierta aversión, pensar en cualquier cosa que tuviera que ver con la vida anterior a Manuel. Se ha distraído, y esta reversión tan brusca a la sensación de vacío de antes la acaba de desarmar.

La puerta de casa de Patro está sujeta por un taco de madera. Con lo bien que le habrían venido los segundos añadidos de la lucha de la vieja por meter las llaves... Se plantea entonces si dar la vuelta y marcharse. «¿Qué puede hacer Patro? ¿Perseguirme? ¿Lanzarse encima de mí?» Pero entra y cierra la puerta tras ella.

La casa de Patro es tal y como la imaginaba: acogedora y abarrotada de los típicos menesteres de anciana: ovillos de lana por todos lados, una silla frente al sofá para poner en alto las piernas hinchadas, fotografías de sus grupos de parvulitos de todos los años, rodeada de cabecillas repeinadas y sillitas. Tazas y tapetes en todas las mesas, algún rosario por ahí suelto... y la despensa debajo de la escalera, tapada con una cortina de flores. Tras ella, Isabel se encuentra la puerta de la habitación abierta, con una cama doble pulcramente hecha.

¿Y ahora cómo va a negarlo todo?, ¿cómo va a convencer a Patro de que se calle, se calle, se calle? ¿Adónde ir después? ¿Cuándo y cómo marcharse?

Marcharse. «¡No! ¡No quiero irme de Manuel, no! Todavía no...»

Ha pecado de estúpida, de incauta, de novata. Puede oír la voz de Antonio regañándola, con toda la razón del mundo, puede oír la risa ganadora de su hermano a lo lejos.

«Que no, que no quiero, no quiero, no quiero irme todavía de Manuel.» Se arrepiente de todas las veces que ha renegado de él; este es su pueblo, bonito a su manera, y no quiere irse, no puede... Patro le agarra el puchero de la mano y lo apoya con cuidado sobre la encimera de madera. ¿A la lechera del cuento no se le caían la leche y los sueños? Pues eso.

La mira, desafiante. Es extraño, pero parece todavía más nerviosa que ella, y piensa usarlo a su favor.

—*Assenta't, per favor.*

Isabel arrastra la silla y se sienta, con la cabeza alta. Ya puede temblar. Se ha visto contra peores adversarios.

Patro coge aire y se sienta a su lado. Inspira y espira con dificultad, haciendo el ruido que el viento produce sobre un tejado de láminas, y por un momento Isabel teme que vaya a

hiperventilar de verdad. Entonces coge de encima de la mesa una caja metálica de más o menos un palmo. La abre con algo de dificultad. Dentro hay dos filas de dátiles.

—*Són per a tu. Te'n puc portar més cada setmana.*

Se esfuerza en mantener una expresión facial neutra mientras mira fijamente las bolitas marrones delante de ella, colocadas un poco regular.

—*G-gràcies.*

Entonces la anciana aparta un poco la caja, muy pendiente de Isabel, y acerca otra igual pero de color azul oscuro. Se la pone sobre la falda y la abre, a su tempo habitual. De la cajita saca un montón de cartas, algunas metidas en un sobre, y unas postales, que Patro sostiene en una mano, mientras con la otra saca una pluma fina del fondo y un tintero pequeño y viejo. Isabel ya no puede contener una expresión de perplejidad. De entre las postales, saca una pequeña, vacía, en la que pone TARJETA POSTAL y el sello del Águila Imperial. Le ofrece la pluma abierta.

«¿Patro no sabe escribir? ¡Pero si es maestra! Aunque sea parvulista, tiene que haber estudiado algo...»

Isabel se fija en sus ojos, llenos de preocupación y vergüenza. El temblor de siempre, ahora más descontrolado, le recorre todo el antebrazo hasta los dedos. No es que no sepa escribir; es que no puede.

Ninguna de las dos habla. Patro le acerca otra postal, que habría recibido ella con anterioridad. Isabel ve que lleva el sello lila de la censura. Cómo si no se atreviera a decir la dirección en voz alta, le señala lo que tiene que copiar de la postal: «2.ª Galería, Celda 195, Cárcel Modelo de Valencia. A Francisco Deosdat». Después, el espacio para el remitente. «Doña Patrocinio Torres. Plaza del Caudillo, 5. Manuel.»

Isabel acaba de escribir en silencio, concentrada. Patro le da la vuelta a la postal y empieza a recitar, con el contenido de la carta bien aprendido.

—«Manuel, diecinueve de marzo. Mil novecientos sesenta.» *Has d'escriure-ho tot més xicotet i apretaet. Si no, no hi cap.*

Isabel se esfuerza en hacer una letra lo más perfecta que

puede y mucho más reducida, aguza la vista y aprieta con fuerza la pluma. La verdad es que no es fácil.

«A mi queridísimo esposo. Después de saludarte, paso a decirte que no he recibido tu muy estimada carta desde ya hace un tiempo. Yo quisiera recibir noticias tuyas para saber que te encuentras bien de la salud. Y te encuentras en buenas condiciones de salud. El correo viene muy mal, pero yo quisiera tener carta tuya, lo mismo que tú tener una mía. —Isabel va copiando obediente, atendiendo al tono demandante y preocupado de Patro y a sus distintas dinámicas. Su recitar hace desaparecer la presencia de la escribiente hasta tal punto que puedes ver al propio Francisco allí mismo, agarrado a su bastón—. Por lo visto el correo va muy mal y no tienen casi tiempo, así que te pido que me escribas más seguido que me gustaría saber de ti más que nada en el mundo, que tú ya sabes que esto que te digo es verdad y que te quiero de verdad y me preocupa no saber de tu estado. Recibe de tu esposa Patro, que no te olvida nunca.»

Parece imposible que todo eso haya cabido en una postal tan pequeña, pero se nota que Patro tenía calculado el espacio justo y exacto. Le señala un hueco en blanco pequeñísimo en el lateral derecho.

—*Firma ací.*

Patro no es soltera. Ni viuda, al menos de momento. Siempre había pensado que lo era, como muchas maestras que no se casan «por vocación»... La anciana agarra la postal y se la lleva al pecho con fuerza, como si se la fueran a quitar.

—*La capseta és tota per a tu. També te puc arreglar unes endívies de l'hort, i tinc ous frescos i te'n puc portar una volta a la setmana.*

Isabel está tan trastocada por el giro inesperado de los acontecimientos, que no repara en decirle que nada de aquello hace falta, que puede ayudarla a escribir todas las postales que haga falta, siempre. Coge la caja de los dátiles y se queda abstraída mirando el perchero junto a la puerta del comedor. De él cuelgan un abrigo de caballero y una boina, algo cubiertos de polvo que, pese a los años, Patro no se ha decidido a quitar del rincón donde solía atarle los botones a su esposo y decirle que no agarrase frío

antes de salir, todas las mañanas. Fijándose en eso no repara en que sigue nerviosa por haber compartido su secreto, de estar en tanta desventaja con alguien que, aunque aprecia —pues Patro aprecia a todo el mundo—, tampoco conoce demasiado. Y no sabe, no tiene ni idea, de que Isabel conoce el significado de la palabra *secreto* mejor que nadie en todo Valencia.

Isabel se pone de pie preguntándose por qué no le habrá pedido un favor así a Carmen, a quien conoce y quiere desde que era una niña. Y piensa que precisamente por eso no se lo habrá pedido. Quizás ella tiene más motivos para temer a la familia de Carmen que la propia Isabel.

Patro espera a que diga algo. Ansiosa, sale al patio a coger la jaula de los canarios. El agua del abrevadero se derrama un poco, pero los pájaros cantan, contentos.

—Mira, vols saludar els pardalets? Hola, Isabel, hola!

Patro mete el dedo entre el enrejado metálico, para hacerlos volar para ella.

—H-hola..., pardalets.

La acompaña hasta la puerta, e Isabel sigue rumiando en cómo una misma se quita tanto de ver a los otros. Y es que... qué poco se fija en las cosas.

Se ha dejado la leche. Desde el otro lado de la plaza se gira y ve a Patro, que la despide agitando la mano desde la puerta.

Nunca se conoce a nadie del todo, nunca.

—Bueno, Isabel... pues adiós.

—Siempre hablas como si te despidieras.

Carmen ojea vagamente su silueta en el cristal tintado, para mirar si lleva bien el pelo y comprobar también que no haya la silueta de nadie más al otro lado de la puerta.

—Es que me estoy despidiendo.

—Ya sabes a lo que me refiero. No me gusta.

Pero Carmen ya no la escucha. Se despide siempre mucho antes de pronunciar «adiós». Durante el rato previo a salir, su cabeza ya está en otro sitio, su alma ha abandonado a su cuerpo y entonces solo le toca trasladarlo, vestirlo tal vez, bajarlo por las escaleras, y hasta la Casa Gran. Isabel lo sabe y se fuerza como puede a acostumbrarse a ello. En los momentos en los que Carmen «es» y «está», exprime los minutos, hasta dejar la naranja de la felicidad seca, seca y repelada, para, cuando vuelva a desaparecer, poderse alimentar de esos ratitos que han compartido.

En realidad Isabel tiene razón. De hecho, Carmen intenta despedirse cada una de las veces. Mientras se ajusta los zapatos al tobillo se jura a sí misma que aquella es la última, echa lo que ella cree que es un último vistazo a Isabel, que, de espaldas, calienta la leche con sus enaguas color marfil, y se dice que ya tiene su imagen final de despedida. Pero después, la calma de la Casa Gran le dura muy poco. Especialmente por las noches, cuando la angustia que siente es tan grande, que se ha llegado a escapar varias veces en plena madrugada. Al principio solo consumía las horas de sueño paseándose por los pasillos, como la niña insomne que fue. Bajaba al patio en camisón, se mojaba la cara con el agua de la fuente y se quedaba mirando el reflejo de las estrellas hundidas como anillos inalcanzables. O se ponía a pescar

buganvillas caídas con los dedos. Pero al final siempre pasaba por debajo del arco de rosas y acababa acercándose al portón grande, se escabullía por la puerta y corría, corría con su talento del silencio como si la casa estuviera en llamas. Y en tan solo unos segundos podía dejarse caer en los brazos abiertos y adormilados de Isabel. Porque ese es el verdadero problema: ella es la única causante de sus tormentos, pero también la única que puede ayudarla a sobrellevarlos. Se tumban en silencio en su cama, e Isabel le hace dibujos con los dedos por toda la frente, deshilacha el nudo de sus migrañas con el índice, como grumos de cacao en polvo, hasta que Carmen se duerme, y se levanta al cabo de dos horas, con la respiración como un desprendimiento de pedruscos. «Quédate durmiendo», le dice a Isabel, y ella susurra «de acuerdo». Y luego siempre acaba acompañándola de vuelta por toda la calle Calvo Sotelo, caminando como una marioneta tras ella.

—¿Crees que las cabras echan de menos a sus madres? —había dicho una noche, en sueños.

—Shhh. Estás dormida. Vuelve.

E Isabel se da la vuelta y vuelve a su piso con los ojos entornados para evitar la luz de las bombillas.

Carmen se sienta en la cocina y espera a que se despierten, primero Roberta (bueno, primero el sol), y luego sus padres. Una mañana había salido con los ojos enrojecidos de no haber dormido nada y Julito la estaba esperando en la puerta con la bicicleta. Carmen se preguntó si a aquella hora no debería estar ya trabajando con el *sequier*, haciendo lo que sea que hacen los *sequiers*, pero de alguna forma se alegró de ver a su primo, con sus problemas de príncipe desatendido que siempre la sacaban un poco de sí misma.

—¿Cómo te va con el *sequier*?

Julito soltó un ruido ambiguo a modo de respuesta y se puso a hacer maniobras con la bici. Intentaba levantar la rueda delantera.

—Se ve que este fin de semana Los Milos inauguran su disco, o algo, en Játiva, y Jiménez, Facundo y estos piensan ir.

—Pues Milagros estará contenta. Idolatra a Bruno Lomas.

—¿Quieres saber algo gracioso?

La rueda de la bici iba haciendo eses a derecha e izquierda y él iba mirando al suelo con aquellos ojos azul cielo que tanto contrastaban con su morenez.

—Tu madre me ha pedido que te vigile.

—¿Perdón?

Los pies de Carmen aminoraron casi del todo, y la bici vaciló.

—Tu madre, que le ha dicho a la mía que algo te pasa, y me han pedido que no te quite el ojo de encima.

—¿Pero por qué?

—¿Y yo qué sabré? Lo de siempre. Se ve que tu madre cree que andas detrás de alguno del pueblo, o de fuera, y que os estáis viendo a escondidas, porque dicen que estás menos por casa y demás. Yo ya les he dicho que a ti nunca te gusta ningún chico.

Pese a lo osado de aquel comentario, Carmen no consiguió soltar nada más que una risilla nerviosa.

—Si además tú estás siempre con la mujer esa. La rubia.

Julito se adelantó para hablar con alguien de la plaza que Carmen vio solo como un borrón. Se le apretaron las tablas de madera de un jalón. Cuando pasaron por delante del bloque de Isabel, tuvo un vigoroso impulso, casi casi efectivo, de coger a su primo del brazo y contárselo todo, todo de una vez, y luego dejar que fuera él el que solucionara las cosas, como cuando agarraba del cuello al niño que se metía con ella en el patio, o al que les robaba el sitio en la piscina. Pero se echó a correr y se metió deprisa en la escuela.

Pese a la existencia de aquellos altibajos, Carmen seguía viviendo, y sí, viéndose con Isabel, que fingía penosamente no darse cuenta de sus arrebatos de odio. Ella estaba disponible cuando eran de odio y también cuando eran de amor.

Como el episodio del día de ir a pedir por los pobres. El día de ir a pedir por los pobres, los niños de la escuela se disfrazaban todos de *xiquets pobrets del món* (de *negrets*, de *xinets*, de misioneros o de monjitas), para después hacer una colecta de dinero por todo el pueblo. A las maestras les tocaba organizarlo, por supuesto; recoger y contar el dinero de las huchas, y como actividad

«favorita» de Isabel, montar una mesa con las señoras más remilgadas de Acción Católica. A los ricos y a las primeras damas del pueblo les encantaba ir a donar su dinero directamente a aquella mesa, que tenía unas pancartas bien vistosas. Y si caía alguna foto, pues mejor. Esquivaban las huchas de cuantos niños hiciera falta a fin de llegar a esa mesa. Patro se quedaba ese día en el patio, pintando los ojos de *xinet* a los niños con un tapón de corcho quemado, haciéndoles dos rayas, y lo hacía tan bien, que al final todos se los querían pintar. Aquel día acabaron siendo todos monjes, angelitos o templarios de Cristo, pero asiáticos, gracias al éxito de Patro. A Antoñete sus padres le habían puesto de fraile, con una manta marrón atada alrededor de la cintura y un platillo de color crema en la coronilla que debía aguantarse con la mano. Cuando Isabel lo vio *tal que así* en la cola de los *xinets*, se partió de risa.

Las señoras hablaban de lo mal que estaba todo en el Tercer Mundo (y en el cuarto, y en el quinto), y se arreglaban el cardado para la foto. Ninguna de ellas se sabía el nombre de Isabel, y eso le daba la razón a Carmen, que era de la opinión de que no se relacionaba lo suficiente con otras personas. Acudió a la mesa un matrimonio vestido prácticamente de gala, y comentaron, suspicaces, que ese año, el dinero bien podía destinarse «a las gentes de la propia Valencia», que aún se estaban recuperando de la terrible inundación del cincuenta y siete, que los había dejado sin casas y sin nada. «También tienen inundaciones, los *pobrets*», observó Isabel, y Carmen les agarró el sobre.

Pues lo que ocurrió el día de ir a pedir para los pobres es que Carmen estuvo literalmente toda la tarde hablando de cuando se casara. «Cuando me case...», «cuando encuentre un buen hombre...», «si mi futuro esposo fuera médico, seguro que iría a ayudar al Tercer Mundo», y frases de este tipo, haciendo el corazón de Isabel añicos y retorciendo el poco amor propio que le quedaba. Y encima, con doña Consuelo allí, llenándose las manos de dinero y orando por los *pobrets*.

Una vez a solas, discutieron. Carmen le dijo: «No sabes distinguir entre la verdad y lo que tú quieres que sea verdad».

Isabel le contestó: «La mentira te va a hundir, te va a hundir más que la verdad», y Carmen se fue pensando, pensando que la vida tiende trampas. A ella le tendió la de que la suya no era lo suficientemente buena. Se había acostumbrado demasiado a todo —a su padre, y a su bondad que solo ella sabía verle, a las particularidades de su madre— y se había llegado a creer que se había cansado del pueblo, de sus vestidos distintos cada día, de sus clases, de Patro. Y ahora que Isabel se estaba *tragando* todo eso (eso es, cuanto más menguaba ella, más grande se hacía Isabel), ahora que se estaba *adueñando* de todo lo que le pertenecía (¿qué eran si no esas cajas llenas de comida que *su* amiga Patro le traía cada semana?), pues ahora lo añoraba. Ahora veía que no estaba tan mal, de hecho, y que había caído en la trampa de renegar de todo aquello cuando, en realidad, todas las vidas tienen una parte de sufrimiento, todas las vidas se sufren, te pongas como te pongas.

Entonces habían estado más de una semana sin hablar, hasta que Carmen, añorada, le había dejado en el escritorio una nota, con sus iniciales encriptadas y un dibujo de un pequeño corazón.

Isabel miró la nota que había escondido para ella, y pensó que, para ser alguien que había leído tantos libros y tantas novelas románticas, era un tanto escueta.

Pero, igualmente, la colgó en la pared vacía de su piso.

Este sábado todas las piezas han encajado. Carmen le ha dicho a doña Consuelo que no podía ayudar con las comuniones porque su tío se había puesto muy enfermo, y a sus padres y a tía Nieves, que no podía ir a Gandía con ellos a visitar a su tío porque tenía que ayudar a doña Consuelo con las comuniones. Amparo, la madre de Carmen, ha estado *a esto* de decir que se quedaba con su hija, tan preocupada que está por ella en su fuero interno, pero don José Luis le ha dicho que de ninguna manera iba a aguantar él solo a su familia de Gandía. No ha habido más discusión. A su vez, a Roberta le han tenido que dar fiesta para ir al bautizo de la sobrina, en Vilanova. Por su lado, Isabel ha informado a Patro, la única persona que se da cuenta de si está o no está, de que, esta vez, no iría a su casa a comer puchero. De Jaume el Practicante no se han tenido que preocupar, porque lleva un mes en Albacete. Isabel cree que quizás ha encontrado al fin a una mujerona que sepa apreciar sus peculiares encantos.

Ha sido magnífico. Se han encerrado; Carmen ha traído unas sábanas de color tostado para estrenar que su tía Elodia le trajo por Navidad y que eran de Francia, y el picú con su disco favorito del Dúo Dinámico. Han hecho una especie de búnker, de madriguera. No saldrían de allí en todo el día. Ya se han acostumbrado a la oscuridad, a moverse por el piso palpándose a ellas, a los recodos y a las esquinas; se ven solo gracias a los resquicios de sol, hilos de seda amarillos que consiguen colarse entre las láminas de las persianas. Y al silencio. Se han acostumbrado al silencio, a un entenderse de susurros fugaces y a contarse cosas cuando la música de las radios que dan a la plaza suena con más fuerza, los sábados por la tarde.

Hoy Carmen ha enchufado su picú junto a la ventana y ha

sumado su música al revuelo del resto. En su tradicional entusiasmo por las ocasiones especiales, ha acicalado el piso con el frenesí propio de los convites de las bodas, cuando las mesas y las casas se llenan de abundancia solo por placer o pura inercia. Ha hecho la cama con las sábanas nuevas y se ha emborrachado del chocolate de Isabel, y eso que está hecho con harina de algarroba y sabe a pura tierra seca.

—Cuando tenga mi casa, sonará música a todas horas. Colgaré mis vestidos por todos lados, para que estén siempre a la vista.

A Isabel le ha parecido estupendo. Ella necesitaría espacio solo para un vestido o dos y se conformaría con un rincón en la estantería para dejar su libro. Se ha puesto a sonar *Linda Muñeca*, y Carmen, seducida por la música y más atractiva que nunca, se ha puesto a bailar. Estaba tan guapa y relajada que hacía daño verla. ¡Quién hubiera podido hacerle una fotografía...! Se mordía el labio, moviendo la cintura y el vuelo del vestido de un lado a otro, con una ligera rotación de hombros que les daba a sus brazos un aire de elegancia y sensualidad. Ha estado bailando frente a la persiana bajada, imitando los movimientos seductores que tantas veces ha visto hacer a Ángela y a Fina Tena y que ella nunca se ha atrevido a reproducir en público, ni siquiera el año que fue Hija de María y todas bailaron en la plaza. La cara A y la cara B del disco han ido pasando, una tras otra, y Carmen se sabía la letra de todas, las murmuraba como un salmo, y se ponía la mano entre los pechos, como la diva arrebatada que disfruta de provocar admiración.

Isabel se ha quedado por lo menos una hora asistiendo hipnotizada al baile de Carmen entre ráfagas de luz y sombras, como la cinta desgastada de un proyector de películas. Evocándolas en habitaciones de hotel de miles de ciudades europeas, en todas las cuales espera a que Carmen termine de arreglarse para salir a cenar.

El tiempo ha dejado de existir por un día.

Sin poder aguantarlo más, se ha deslizado dentro de la pantalla de aquella película, con los violines del principio de *Rogar*, y la ha agarrado por la cintura. Carmen le ha ofrecido el cuello,

abriendo la boca de la forma que dicen en las novelas románticas, e Isabel se ha reído, más que de Carmen, de un espasmo de felicidad auténtica.

—¿De qué te ríes? —Carmen se ha dejado caer sobre la cama, borracha ahora de música y violines.

Isabel ha saltado tras ella.

—De ti.

—¿De mí? ¡Que te tiro de la cama!

Carmen ha forcejeado y se ha dejado ganar, escurriéndose entre el tostado de la sábana nueva y el tostado de los brazos de Isabel, entre el tss-tss del plato de la batería y sus jadeos, entre el juego y el erotismo de ser una manzana cubierta de azúcar que no se deja morder.

Han despertado suavemente con el bullicio lejano de los niños jugando en la plaza. Por primera vez, Carmen ha abierto los ojos sin prisas. Isabel ha llegado a un pacto con el día, y hoy nada ni nadie las va a molestar. La corista del Dúo Dinámico sería, esta noche, solo para ella. Aceptarían todas las promesas que quisiera hacerles la vida.

—Te quiero.

Así, tumbada en la cama, Isabel ha conjugado el verbo *querer* por vez primera. Carmen ha mirado a sus ojos verdes desarmados, y al saber que aquello era el amor, incluso se ha vuelto a dormir.

Y así han dado las ocho. Han empezado a llegar de lejos los sonidos de La Palmera, de toda la vida ajena, donde la gente arrancaba el baile y el repicar de las copas. Isabel ha sacado los dátiles, se han sentado una frente a la otra sobre la cama, y se ha puesto a contarle, a hablarle durante un buen rato de su carrera frustrada como jugadora de básquet, y por primera vez, de su amigo Antonio. Carmen le ha hablado de los bloques geométricos, una técnica sobre la que había empezado a leer en marzo y que le quiere proponer a doña Consuelo para aplicarla con las niñas de tercero y cuarto. ¡Es estupenda! Y hablando, y hablando, se les ha olvidado la cena. Y Carmen ha seguido con los cubos, los cilindros,

las pirámides, y poco a poco ha empezado a abrirse un agujero en el techo, y han caído sin estruendo las piedras y el yeso. Y luego Isabel se ha puesto a decir que el *arròs al forn* es *su exquisitez* más exquisita, y poco a poco las patas de la cama se han ido levantando en dirección al cielo.

Y cómo le pones mejillones al *arròs al forn*; pues porque a mí me gusta mezclar las cosas, Carmen, las cosas buenas de la vida, y la cama ha empezado a levitar, bien hacia arriba, y han salido a la intemperie, a la noche de primavera y su manto de estrellas diminutas y tintineantes. ¡Debería ser un plato de patrimonio, de patrimonio nacional! Y Carmen se ha reído, qué tonta eres y la cama ya sobrevolaba la plaza del Caudillo, como una alfombra dirigible, que flota, surcándola en un sueño plácido, y el aire frío ha hecho volar un poco los rizos de Carmen, que se despeinaba, que no se daba cuenta, mientras le decía a Isabel que le preguntase, que le preguntase a Patro si el *arnadí* se hace o no con calabaza de toda la vida, e Isabel le ha dicho que sí, pero que también puede hacerse con boniato, o mitad y mitad de las dos cosas, y ha cogido la sábana por una esquina y las ha tapado mejor, la ha envuelto en sus espaldas, que hace frío, que hace frío y cada vez estaban más arriba. Y el pueblo se ha ido alejando, empezaba a hacerse un mapa de techos, y desde allí abajo se han asomado a las ventanas Antoñete y sus mellizas, Carolina, Patro y su marido Francisco alzando los bastones y los brazos. Desde las ventanas pequeñas de sus casas querían despedirse de ellas, los grillos y *la Trencaeta* trepada en los tejados, y los han dejado atrás a todos, a Antonio, a Maruja, les han dicho adiós con la mano, a Otilia y a toda su familia, ¡adiós! A la cabra, a las acequias como un laberinto de resina, a la fábrica, a la fuente de buganvillas, ¡adiós!, a las naranjas. Y poco a poco han ido quedando lejos, protegidas por lo desconocido y lo mágico, y han atravesado los bosques frondosos y los continentes. Carmen, amiga como es de la noche, conocedora de sus dejes, se ha reído del vértigo de Isabel, que ahora sí que se ha agarrado al borde de la cama y ve Manuel como un puntito, señala lo lejos que está todo y le señala arriba Venus y los demás planetas.

Y se han ido donde nada puede alcanzarlas.
Y después, aún, se han quedado dormidas.

Algo golpea la persiana. El ruido hace temblar apenas los párpados de Isabel, todavía pegados al dulce abrazo de los sueños. Se despereza, liberando los brazos de las sábanas, y el cerebro empieza, holgazán, a recuperar su estado natural de conciencia. La ventana vuelve a recibir un impacto, de una piedra u otro objeto pesado. Se oye el canto lejano de un gallo.

—¡Eh!

Isabel gira la cabeza, desorientada. Carmen está acurrucada en un rincón del colchón, con la cara pálida y los ojos perdidos en un punto fijo. Isabel salta como un cohete de la cama deshecha y revuelta, y se pone a buscar la ropa por todos lados, arrastrando las manos por el suelo.

Una nueva piedra azota la ventana.

Se aproxima, sigilosa, y con sumo cuidado mete el dedo entre dos láminas de la persiana. Montado sobre una bici, Julito le clava con furia su mirada azul.

Al principio, Isabel mantuvo la calma. Decidió que iba a actuar con normalidad: haría exactamente lo mismo que hacía todos los días. Se levantaría a la misma hora y se vestiría con semblante sereno y contenido, pasearía por los mismos lugares, haciendo los mismos recorridos; el lavadero, la leche, el colegio. No subiría nunca a la tercera planta ni se acercaría a la calle Calvo Sotelo. Saludaría a la gente que solía saludar, sin demasiada efusividad pero sin evitarla. En el patio se esforzaba por parecer la misma de siempre. Como si nada hubiera cambiado. Porque aquello no era más que otro de los arrebatos de odio de Carmen, cuando se esfumaba o se escondía para castigarla. Volvería a aparecer en cualquier momento, con cientos de reproches que Isabel le tendría que consentir. Durante unos días estuvo convencida de que, si se portaba bien y no armaba ningún escándalo, Carmen regresaría.

Pasado un tiempo intentó instigar que fueran otros quienes dieran la señal de alarma. Empezó a ir soltando pequeñas frases, bien escogidas, para sembrar la inquietud en las otras maestras y fuerzas vivas, sin ser nunca demasiado directa. «No sabes lo que cansa cuidar el patio sola estos días, Patro...»; «qué importante es la asistencia de todas las maestras en la celebración de las comuniones, ¿no es cierto, señor párroco? Somos referente».

Pero, ya fuera porque la gente estaba acostumbrada a las ausencias de la familia de la Casa Gran, o porque tuvieran problemas más importantes, no obtuvo resultados. Nadie tenía objeción alguna en que la hija del propietario del *molí* más importante de la Ribera y mano derecha de los comandantes de toda Valencia se tomara unos «diítas» de descanso. No se atrevió a hablar con doña Consuelo, que se puso a sustituir a Carmen en sus

clases, aunque estaba claro que ella era la que podría haberle dado más información.

Fue un ejercicio sumamente elaborado el de no perder la cabeza. Algo, un mecanismo bastante bien aplicado en ella, hacía por impedírselo un día más, y luego otro («Mañana vas a verla», «Mañana va a volver»), mientras ordenaba compulsivamente los cuatro objetos del piso. Pero aun así, se levantaba todas las noches creyendo oír un ruido, y dejaba la puerta cerrada sin llave, por si Carmen quería entrar de repente en una de sus escapadas nocturnas. No se permitiría fallar. Cuando regresara, quería que volvieran a entrar sobre la pista de hielo con un simple movimiento de patines: se deslizarían por la vida de siempre y olvidarían deprisa aquel episodio tan desagradable.

Empezó a ceder a la desesperación tras el octavo día, como una tubería de acero galvanizado que estuviera empezando a doblegarse. Incluso Jaume el Practicante había acabado volviendo. Aunque no tuviera nada que ver, eso le despertó un sufrimiento nuevo. Comenzó a caminar cada vez más cerca de la Casa Gran, pisando la calle Calvo Sotelo como si las baldosas tuvieran minas debajo. Cada día un paso más, hasta que en su cabeza resonaba la voz de alerta de Carmen y volvía sobre sus pasos, rauda. Temía encontrarse de cara con su primo, con sus padres, o con su tía, y no lo temía por ella, sino por Carmen. Si le hubiera enseñado a poner la distancia necesaria con todos ellos, tal vez si le hubiera hablado de su propia familia y de Ferre, Carmen no estaría ahora escondida. Se sintió cobarde y lloró.

Un día que habían caído las aguas mil de abril, bajó, decidida, a la plaza. El suelo estaba encharcado, pero algunos niños, del grupo de los pequeños, jugaban a las canicas en la parte más seca.

Estaba claro que necesitaba ayuda, e iba a acudir a la única persona con la que podía contar en todo Manuel: un niño de diez años con serios problemas de aprendizaje.

—Antoñete! Xe! Vine! Antoñete!

Antoñete sacó la cabeza de entre el círculo de canicas. Isabel se había escondido un poco entre la farola y la puerta del bar El Litri.

—¡Que vengas, he dicho! ¡Aquí!

Antoñete se afanó en las canicas que dejaba sobre la zona de juego.

—¿Dónde vas tan corto de ropa? *Agarrarás un empitrament.*

Le pellizcó con los dedos la camiseta mojada de lluvia y lo agarró del brazo, dirigiéndolos a ambos hacia la calle Calvo Sotelo. Caminaron agazapados hasta llegar a dos casas de la Casa Gran. Isabel se ocultó un poco tras la pared de un portal y puso las manos sobre los hombros del niño.

—A ver, escúchame con atención. Tienes que hacerme un favor.

Antoñete no mostraba ni una pizca de emoción ante la excepcionalidad de aquella empresa. Habría esperado un poco más de implicación tratándose de un niño de pueblo.

—Te voy a pedir una cosa muy importante. Tienes que hacerme caso y escuchar con mucha atención. ¿Ves esa casa de ahí? —Antoñete asintió—. Necesito que vayas hasta allí, a la última de todas, y necesito que llames a la puerta, fuerte (así: plas, plas) y luego que esperes tranquilito. Y cuando abran..., cuando abran, ¡yo no existo! ¿Entiendes? Ni se te ocurra señalarme, como si yo no estuviera. Y cuando abran, tú preguntas muy educado y muy tranquilito por la señorita Car-men. ¿Por *cuál* señorita, Antoñete?

—Por la señorita Carmen.

—Muy bien. Cuando salga ella, le dices que «quien ella ya sabe»... —Isabel pensó un momento—. No. Le dices que tú necesitas su ayuda urgentemente.

Antoñete asintió.

—¿Pero para qué, maestra?

—Para nada. Para nada. No, le dices que... No, no. No le dices nada. Esperas a que cierren y vuelves para aquí a contármelo. ¿Lo has entendido?

Antoñete volvió a asentir y de repente fue poseído por un arrebato de inteligencia. Se posó la mano en la barbilla como un pequeño gánster, y preguntó, astuto:

—I amb açò..., jo... què guanye?

—*Una hòstia! Una hòstia ben pegada, guanyes!* —Isabel le dio una buena galleta en la coronilla—. *Anda! Tira paca allí i ho fas com jo t'he dit, eh? Com jo t'he dit!*

Antoñete, sumiso de nuevo, anduvo y se plantó delante de la que ahora parecía dos veces más grande; la Casa Gran. Tal y como le habían dicho, sin mirar hacia su maestra, agarró la aldaba de hierro con las dos manos y golpeó varias veces a la puerta principal.

A Isabel le iba el corazón a mil. Antoñete esperaba con la mirada en el suelo y las manos agarradas a la espalda como un anciano paseante. Isabel miraba y miraba a la puerta focalizando toda su energía; parecía que en cualquier momento iba a abrirse pesadamente. Al final Antoñete empezó a ponerse nervioso. No tuvo otro remedio que desobedecer: dirigió la mirada hacia el portal y se encogió de hombros. Isabel le hizo señales con la mano de que volviera a darle a la aldaba.

Esperaron. Esperaron mucho, y nada ocurrió. Antoñete se fue calle Calvo Sotelo abajo, liberado.

Se había ido. Carmen se había ido.

Los días se han vuelto insufribles: Isabel los pasa como una compañía odiosa, contagiando a las niñas de hastío y de mal humor, de castigos y exámenes sorpresa. Quiere hacerles pagar por el abandono de Carmen. Ha empezado a caminar insistentemente, a fumar a escondidas; sale sobre todo de noche, más acostumbrada a encontrar el cuerpo de Carmen en las penumbras. Ronda la Casa Gran, suplica como un gato a las ventanas para que se enciendan, para que despierten. Buscando por todo el pueblo un sitio donde Carmen no se haya ido. No entiende cómo está todo el mundo tan tranquilo: está claro que Carmen hace todas las cosas mucho mejores; su desaparición le da a todo una sensación de final que odia con todas sus fuerzas. Se pone a buscarla por todos los sitios por los que han paseado, como una necia —cada noche camina hasta la fábrica, hasta al Pont de Fusta—, e incluso por donde no han llegado nunca a ir, enajenada, sin más guía o luz que su propia desazón. Casi se siente ofendida por aquel nuevo dolor. Es superior a todos sus dolores anteriores, todos juntos. Sube hasta lo alto de

las colinas, como si aquello fuera a darle una mejor perspectiva de cara a un hallazgo. Fantasea con identificar de repente a Carmen desde allí, y bajar todo cuesta abajo corriendo, explotando en alivio. Ha empezado a enchufar el picú que Carmen se había dejado en su piso, y como un reclamo, lo enfoca a la plaza (¿cuánto tiempo puede vivir alguien sin su picú?). Nunca levanta la persiana. Incluso ha llegado a sentarse a esperar en los bancos de la iglesia, desde donde mira a la Virgen de la túnica azul. No sabe cómo, pero de alguna forma le parece que aquella Virgen añora a Carmen tanto como ella. En su cabeza ensaya «el mejor discurso de perdón de la historia», con distintos tonos y principios. Carmen no podría hacer otra cosa que perdonarla. Debía perdonarla.

Entonces un día, tumbada en la cama de su piso oscuro, empieza a abordarle un miedo inédito. ¿Y si nada de esto ha ocurrido en realidad? La ausencia de Carmen amenaza con borrarlo todo. Y en última instancia: ¿qué testigos, qué pruebas hay de que haya ocurrido? Nadie la ha mirado con la pena o la envidia con la que se mira a los enamorados. Nadie. Si Carmen no vuelve, aquella historia se borrará como el fotograma de una película que alguien descarta de un tijeretazo. Cuando aquel temor la tortura, descuelga la nota del corazón de la pared y mira el papelito durante horas.

Y se enfada, se enfada con la vida, tan empeñada en quitarle la única cosa buena que había querido darle.

—Gracias.

Isabel puso la mirada sobre el poso pegajoso en el fondo de la taza y se decantó por beber directamente del botellín de cerveza fría. Domènech había encendido la chimenea, y le había puesto sobre los hombros la manta polvorienta que había siempre en el sofá de terciopelo verde. Isabel cogió la cerveza y apoyó el frío del cristal contra su frente. El párpado le escocía sobremanera, pero el verdadero tormento era el dolor agudo que le llegaba desde la parte baja del cráneo, que Ferre había golpeado contra el suelo de la cocina. No se atrevía a tocarlo, convencida de que a estas alturas sería una maraña de pelo, trozos de ramitas, sangre seca y tierra del camino a la Casa del Perrito.

—Habría que ponerte algo para bajar la inflamación. ¿Te lo ha hecho la policía?

Isabel negó con la cabeza, algo mareada, y apoyó parte de la espalda en el respaldo. No podía dar un trago a la cerveza porque no podía menear mucho la cabeza, así que empezó a beber con el botellín de lado.

—Antonio.

—¿Qué quieres saber de Antonio?

—Todo.

Domènech le contó toda la historia. Él, Antonio, Romero y Tolo habían ido de noche, hace algo más de una semana, a la CNS de Catarroja. Habían trepado hasta el balcón que daba a la plaza, habían arriado la bandera y con una navaja le habían cortado el águila imperial. La bandera había quedado izada a media asta y con un agujero cuadrado en medio. Por la mañana la policía había acudido alertada por el alboroto, y algunos vecinos cuchicheaban entre sí:

—¡Arrea! ¡La gallina! ¡Que se ha volado...!

Uno de estos vecinos había reconocido a Tolo de los recreativos y había dado el chivatazo. La cosa es que entonces habían empezado a seguirlos a todos, y acabaron llegando al piso de Antonio, donde habían encontrado la multicopista con las octavillas y el trozo del pollo de la bandera, que había estado usando como toalla para los pies.

—¿Y qué le van a hacer?

—Pues lo más seguro es que no lo suelten, y que si lo sueltan a ninguno de nosotros nos convenga acercarnos más a él.

—¿Y a Tolo?

—A Tolo lo han soltado.

—¿Y eso no te dice nada?

Domènech puso la expresión resignada de quien ha ido aceptando madura y paulatinamente que la partida está perdida.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Primero vamos a desinfectar esta herida.

—Domènech. ¡Que qué vamos a hacer con Antonio!

—Vamos a desearle mucha suerte, Cántaro.

Domènech acababa de usar el apodo con el que, precisamente, la bautizó Antonio un día que volvieron juntos por el camino de zarzas: «Estás llena de alma, y un día... ¡se te acabará derramando!». A Isabel le dio vueltas la cabeza como si alguien se la hubiera revuelto en un mortero, y se le despertó en el estómago el dolor del hambre de todo un día. Domènech le contó que la situación era doblemente complicada porque la detención había coincidido con una huelga muy agresiva de más de cuatrocientos obreros de la fábrica de Portland de Catarroja y con la de Cementos Turia de Burjassot. Estaban aguantando mucho y llevaban semanas haciendo detenciones, y eso seguramente complicaría las cosas en la comisaría y a Antonio.

Domènech le contaba las cosas con una lentitud exasperante, como a una niña pequeña y frágil, y eso, que siempre le había molestado, hoy se lo estaba agradeciendo. Conseguía ralentizar la noche. Le sentaban muy bien el jersey negro de cuello alto y la corona de humo espeso sobre la cabeza. No era una mala persona.

Ya se había acostumbrado a él y a su papel voluntario de apaciguador, moldeable a lo que la causa más necesitase. Creando la impresión de estar conteniendo siempre sentimientos más grandes, como cuando se acercaba a escuchar a Isabel y a María Ángeles con una atención exagerada; tú debías darte cuenta de que él estaba «por ti» aun existiendo asuntos mucho más importantes. «Muy bien, ¿has terminado? Entonces ya podemos volver a lo que estábamos.» Y tú no sabías si debías sentirte bien o como una idiota. Pero en general era una de esas personas algo más que tolerables, con las que Isabel se podía imaginar fácilmente compartiendo cenas esporádicas cada tres o cinco años.

Al intentar taparse mejor con la manta se dio cuenta de que sentía vagamente los brazos. La cercanía del crepitar del fuego y el fuerte olor a tabaco no ayudaban a atenuar su aturdimiento.

—¿Qué puede pasarle?

—Pues depende, Isabel... Pueden acusarlo solo de delito de desacato o desobediencia, o pueden juzgarlo por sedición. —Por el tono, eso no sonaba nada bien—. En la peor situación...

—¿... qué?

—En la peor situación le hacen un juicio sumarísimo y le condenan a muerte. Todo depende del que tenga delante. Nunca se sabe, pero vamos.

Isabel dejó el botellín sobre la mesa y se hundió en el sofá de terciopelo verde, con ganas de vomitar.

—Tenemos que hacer algo. Tenemos que hacer algo.

En cualquier otro momento ya se habría puesto de pie y estaría armando la de Dios, con la voz en un tono agudo solicitante de inmediatez, pero lo que había ocurrido por la tarde, su haberse marchado de casa sin saber a qué fin, su no saber si volvería o no a pisar la universidad, su no saber qué haría la policía con Antonio, la mezcolanza de todo aquello, la dejó tumbada en el sofá.

—No podemos hacer nada —respondió Domènech.

—Antonio... —Se le cerraron un poco los ojos—. Tenía la... vietnamita en su casa. Porque Antonio... ha puesto la cara por la causa mil veces.

—Ha puesto algo más que la cara...

Isabel se embobó unos segundos en un retrato colgado de la pared. En él se podía ver a una familia, de apariencia unida, con una señora sentada en el centro rodeada de sobrinos como tributo a una viudedad temprana.

—Dome…, no he…, es que no te he acabado de entender.

Se acercó a ella y le puso la punta de los dedos sobre un hematoma que empezaba a asomar en la sien, preocupado. De repente adoptó un tono distinto, un tono con un punto de… ¿jocosidad?

—No creo que lo sepas, pero bueno. La cosa es que…, que a Antonio lo tienen cogido por algo más que… Por algo más que por anarquista, digámoslo así. —Le estaba dando entonces, incluso, espacio a una especie de sonrisa interna, como si aquella parte de la historia estuviera exenta de dolor alguno—. Bueno, que se ve que al estarlo siguiendo, han visto que se pasaba muchas noches en el muelle. Vamos, que se ve que es homosexual.

«Y vosotros os vais de putas», quiso responder, pero se le atascó la lengua en un charquito de su propia saliva. Isabel sabía perfectamente que Antonio iba al muelle con otros hombres. No sabía con detalle lo que ocurría allí, ni cuándo había empezado a ir, pero sabía que iba casi todas las noches. Alguna que otra vez le había explicado historias, como que una vez se encontró al jefe de mantenimiento eléctrico de la fábrica donde trabajó antes de la mili, y este le había dicho:

—Si dices algo, te mato.

Desde entonces a Isabel le gustaba pensar que cada hombre que veía, fuera quien fuera, podría estar yendo al muelle, como Antonio, y ella podría no saberlo nunca.

Se estaba quedando dormida. Tiempo después se alegraría de que aquel estado le hubiera apaciguado un tanto la decepción que se había llevado con Domènech, y con todo lo que significaba.

—¿Y…?

—No, nada, pero es que eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Pero la detención, sí.

—Todos sabemos a lo que nos exponemos.

Pero Antonio más, seguro. Era un hombre demasiado inteligente y sabio como para no haberlo sabido desde el principio. Aquello iba a trastocar y doler más a Isabel que a él mismo. Pero no podía discutir ahora con Domènech. Tampoco tenía otro sitio al que ir. Pese a las ventanas rotas, la calidez del fuego iba a permitirle dormir, y mañana sería otro día.

—Iré a preparar la habitación de arriba. Tú descansa. —Domènech le dio un amistoso toque en el hombro.

Le oyó subir las escaleras de fondo, y poco a poco, fue quedándose dormida, derrotada por un exceso de imposibles. Imposible ponerle remedio a nada.

La despertó la luz blanquiazul eléctrica de la madrugada.

Se marchó por la ventana, esquivando las zarzas y el recuerdo remoto de las manos de Domènech intentando meterse en su pantalón.

Le preocupa que su madre se vaya a morir. Hay una especie de inestabilidad insoportable en ella, todo el tiempo, una garganta a punto de resquebrajarse. Cuando caminan por los pasillos largos de la casa de Gandía, con los ventanales abiertos que tanto le habían gustado desde niña, le parece que en cualquier momento se va a poner a correr, a correr y saltar con los brazos abiertos como un pájaro en pleno vuelo, incapaz de sobrellevar la situación. Lleva fija una máscara de lágrimas y de sonrisa. Los ojos como estanques hinchados, ciegos de agua, y un rictus doloroso en la boca. ¿Cómo podría soportar aquella visión de su madre, la visión de su expresión terrorífica por incomprensible, desesperante por antagónica? Nunca había sufrido como en esos días, encerrada con ella. No se le despega, de hecho, no se sabe muy bien cuál va pegada a cuál. Y si la suelta de la mano, cree que entonces se va a echar a correr hacia el ventanal, y se la vuelve a agarrar, deprisa. Ha decidido velarla en las noches como a un muerto —eso es lo que ha pasado a ser Carmen para Amparo— y ha colocado una silla bien aferrada a la cama y a la lamparilla. Por supuesto, ni en circunstancias normales, Carmen podría haber dormido un solo segundo con su madre así, a su lado, mirándola, o sea que no tiene otro remedio que realizar un ejercicio aún más angustiante que el mismo insomnio: hacerse la dormida. Aguanta horas y horas con los párpados cerrados, llenas de picor, fingiendo que no oye todo lo que su madre va repitiendo. Amparo, en especial desde que se tomó la decisión del sanatorio, se está despidiendo de su hija, y lo que Carmen más teme, de sí misma. Se pasa casi todas las noches recitando plegarias, invocando a Dios y a todos los santos. «Acordaos...; acordaos...» Otras, salmodia un llanto largo y mudo que le va pesando en el cuerpo junto con el sueño, y a veces acaba

por dormirse, pero Carmen nunca lo hace. Su madre aprovecha aquellas noches para sacar de dentro todas las cosas dolorosas de su vida que lleva ahogadas, recuerdos, giros abstrusos que precisaba comprender. ¿Por qué ella? Primero un marido desligado que no la quiere y luego una hija, su regalo del cielo, que ahora había enfermado. En su interior está convencida de que esta desgracia la ha pedido ella, sin saberlo.

«Qué niña tan especial… Qué niña tan especial… Mi hija es, mi hija fue»; «tienes que dejarla ir, Amparo, tienes que dejar que se vaya. Tú la has hecho débil, es igualita a ti»; «recuerda que pronto tendrás que irte. No hagas por quedarte. Yo estaré contigo. Pero no puedo ir contigo»; «la pones en las manos de Dios. Debe salir de las tuyas para ir a las manos de Dios». Esta la había sacado de la última visita del párroco.

—Te voy a pedir un favor. Es muy importante para mí y me tienes que prometer que lo harás. ¿De acuerdo, hija? —Carmen aguanta la respiración y no abre los ojos—. Nunca me hables del demonio, aunque lo hayas visto. O de si te cuenta esto o aquello. ¿De acuerdo? Nunca me hables de él. Ni de cualquiera de las formas que tiene.

Carmen ha aprendido a identificar el momento en que la luz roja hace un movimiento trémulo en el contorno de la boca de su madre y el llanto se prepara para partirle la voz.

Aquella proximidad tan extrema, aquella intimidad con su madre, es de lo más perturbadora. El tacto de sus manos a lo largo de sus piernas, que la embalsama, la boca y su aliento estimulando su mejilla, sus dedos como bichos embrollados en su pelo, se le mezclan sin querer con imágenes de todas las últimas noches pasadas con Isabel, también en una cama. Las ráfagas incestuosas, horriblemente sexuadas, contenidas en un cuerpo que no puede mover, le provocan una angustia que le sorprende poder soportar tanto tiempo.

Tras la irrupción de Julito con «las novedades», había descubierto que su madre —y en consecuencia, su tía— estaban al corriente de la historia con Isabel desde hacía, como mínimo, dos meses. Reconoció en el marco de la ventana de su habitación los

ramilletes de romero para espantar los males y supo que Roberta había contado como doce las veces que había abandonado la Casa Gran en mitad de la noche. También que Julito le había dicho que si contaba algo de aquello a alguien, él la mataría con sus propias manos.

Julito es el de la ira, el de la sed de quemar a Isabel y a todas las de su raza. Es gracioso, pero fue Carmen la que se vendió a él, bien deprisa. Ella que siempre había sido como los higos, *la única flor que crece hacia adentro*, se había desplegado a Julito con una facilidad insultante. Bastó con que le hiciera un par de preguntas, tras el día de la bicicleta, para que se lo contara casi todo. Prefirió acelerar lo irremediable. Él, de todos, tal vez es el que ha sacado las conclusiones más exageradas. Según su primo, la tal maestra, que nadie sabe de dónde coño ha salido, le habría dado a Carmen «los polvos de vente conmigo», la habría drogado o engatusado y había que sacarla del pueblo a palos. Su madre despierta entonces de su delirio para decir, con todo el énfasis que puede darle a la voz, que no hay que hacer nada que pueda provocar que la gente del pueblo hable. Julito se acerca después a la tía Nieves, cuyo orgullo de madre se ha agudizado aún más estos días, y le susurra lo antinatural que era que hubiesen tenido a Carmen siempre rodeada solo de crías y viejas, que eso es lo que pasaba cuando no dejabas que tu hija se acercara a dos metros de un hombre. Tía Nieves lo amansa con unas caricias a lo largo de la espalda y le da un beso en la mejilla, exultante.

Su tía…, su tía, en sus adentros más secretos es la única que está disfrutando de estas semanas de huida en Gandía. Se toma la enfermedad de Carmen como una revancha particular que equilibra por fin las cosas con su hermana Amparo. Ella, de todos los hermanos la malograda, la viuda partida por la mitad que había tenido que vivir siempre bajo el ala de su cuñado, el apéndice de la hermana mayor… Sus desgracias no eran para nada equiparables a una hija contagiada de perversión por el demonio. Por fuera, se preocupa por la salud de Carmen, va personalmente cada día a informar al párroco de La Colegiata, vuelve con las novedades, lo lleva hasta la casa cuando es necesario, añade con saña la

información que ha descubierto «por ella misma», y ha ayudado a construir un relato sobre aquella aberración mucho más agravado de lo que el párroco podría haber conseguido nunca.

—Según lo que me han contado, esta conducta puede acabar en tendencias pedofílicas y en actos de delincuencia y violencia. Ay, Amparo… ay.

Aquellas aportaciones, que suelen culminar con desmayos de Amparo, no hacen más que consolidar su propia victoria.

Y su padre será el del silencio. Porque no le contarán nunca la verdad ni dejarán que Carmen se despida de él. Esa es una de las máximas de estas semanas. Cuando su padre regrese de su viaje a Madrid, le dirán que han tenido que ingresar en un sanatorio especializado a Carmen tras contraer una tuberculosis repentina. Su tía es la encargada de pensar todas aquellas cosas en tanto que su madre no está en condiciones de ver más allá. Pase lo que pase, su padre no podrá saber nunca la verdad. Y nunca le dirá adiós.

Hay que reconocer que el párroco de Gandía está siendo de gran ayuda, y se ha implicado mucho y con el apremio que la situación exige. Reza frecuentemente con su madre, ambos con los codos sobre la mesa del comedor y los ojos dirigidos al techo, y toma la taza de café que Carmen le ofrece. Además, fue él quien les trajo la noticia de que lo que tiene Carmen es una enfermedad, y como tal, «se puede curar». Su madre pareció no escuchar ese último detalle, pero Carmen sí que lo hizo, lo escuchó perfectamente, y eso fue lo que acabó de brindarle la fe para sobrellevar aquellos días.

Apenas puede pensar en Isabel —apenas puede pensar en nada—, pero en los momentos de lavarse, los únicos en los que su madre la deja sola, ve a Isabel sobre su piel desnuda, con ella en la bañera, porque cuando se está enamorada no son las manos propias las que te tocan, las que te lavan. Te enjabonan las manos de la otra. Pone entonces el agua caliente a su máximo y se frota, como aquella vez, con fuerza, y esta tarde, con el contacto del agua abrasadora, con el dolor físico que hace que se olvide de otros dolores, ha tenido una iluminación. Por la noche, sentada en la cama, le pide a su madre que deje de rezar para poder contársela.

—Madre, escúchame. —La cercanía de estos días la ha llevado a tutearla—. Ya sé lo que me ha pasado: lo he visto. ¿Tú sabes lo que es la tristeza? Pues la tristeza es una enfermedad que cogen los naranjos. Cuando se les junta el injerto de un naranjo infectado, se contagian, y se ponen malos. Lo que me han hecho a mí. Ha habido epidemias de eso, pero también se curaron. Mira cuántos naranjos sanos hay, madre. Si los naranjos pueden curarse, yo también, como dijo el párroco. ¿No? —Con la punta de la sábana le seca los charcos en las bolsas de los ojos.

Su madre, que le había hecho prometerle que no le hablaría nunca del diablo, pone aquella sonrisa de dolor en la boca y se marcha de la habitación.

Carmen se queda allí, temiendo que vaya a buscar los ventanales.

O peor, a buscar una pala para empezar a cavarle la tumba.

Hacen sonar las campanas a muertos, otra vez. Isabel apoya la punta del paraguas y la suela de los pies mojados de lluvia sobre el reclinatorio. Se ha sentado en uno de los bancos del fondo, por deferencia a la familia, pero ha venido poca gente a la misa y la iglesia está medio vacía. Así que se ha quedado sola detrás. Estornuda y se seca el goteo de la nariz enrojecida y pelada con un pañuelo húmedo que vuelve a meterse en el bolsillo de la chaqueta, larga hasta las rodillas. Debajo de las medias, un montón de puntitos de la piel, erizada por el frío. El último cambio repentino de temperatura la ha tenido una semana noqueada. Y aunque ya hace tiempo que no va a comer a casa de Patro, le ha debido contagiar el resfriado, porque tampoco se la ve por ahí.

La gente parece sosegada. Un niño le pregunta a su madre cuándo podrán irse a casa, y la madre lo manda a callar con suavidad. De la escuela no hay nadie aparte de ella. Isabel, sorbiéndose el resfriado que la obliga a coger aire por la boca todo el rato, mira a la cruz enorme que preside la iglesia y luego los azulejos de colores claros. El dorado y amarillo de las paredes tan propios del Levante, y en realidad tan poco apropiados para ocasiones como la de hoy. El párroco manda a la gente ponerse en pie para recibir a la familia. Entran primero el padre y el abuelo, fuerte y joven todavía, cargando el pequeño ataúd blanco entre los brazos, y les siguen los hermanos de la madre. Y detrás de todo, vestido con un traje de marinerito que debía ser estrenado en su comunión, y un cirio blanco entre las manos, Antoñete. No la ha visto. El padre llega ante el altar y deja, solemne, el ataúd sobre la mesa de madera. Todos se sientan en los primeros bancos y se quitan las boinas. Antoñete, con el pelo repeinado a un lado por su abuela, se acerca al párroco y, alargando los brazos por encima del

ambón, le da el cirio, que luego encenderá y pondrá cerca del sagrario, pueblerinamente humilde, en recuerdo a la pequeña de las mellizas. Pero ahora les dedicará no más de quince minutos a aquella familia despedazada y agotada de trabajo y de hambre. A la familia de gozos escasos y conductas irreprochables que, sin embargo, hoy no ha dado donativo, ni tiene una peseta para recordatorios o coronas sencillas, y cuya deuda por el ataúd durará todavía unos meses. El cura se santigua y habla deprisa.

—Rogamos a Dios en caridad por el alma de Josefina Montagud, que nos ha dejado a la temprana edad de tres años y que ahora descansa con Él y el Espíritu Santo.

Desde su sitio, Isabel puede ver el perfil de Antoñete, que, sentado en la punta del banco, pone todos sus esfuerzos en estarse quieto, en aguantar los nervios y, por encima de todo, en retener las ganas de ponerse a llorar. Tiene la boca apretada en una contención de los espasmos del pecho, adornado con una corbata, e Isabel se arrepiente de no haberse sentado un poco más cerca, para que ahora no se estuviera sintiendo tan rodeado de hombres. Como es costumbre, ni la madre ni las abuelas asisten, impedidas por la pena, a la misa de difuntos ni al *soterrament de l'albaet,* que como ahora señalaba el párroco, «no había tenido tiempo de conocer maldad».

El niño sigue sentado hasta que el párroco tiene la terrible idea de indicarles, a él y a su padre, que se acerquen a la caja mortuoria para despedirse y cargarla de nuevo a lo largo del pasillo central. Entonces le toca estar un buen rato de pie frente a todos, y al ver a su padre poniendo la mano encima de la caja blanca, Antoñete intenta esconder la cara debajo de la manga ancha de la sotana del cura, quien bendice el alma de su hermanita. Luego sale, con el paso acelerado, tras el séquito del pueblo.

Isabel aguarda a que todos vacíen la iglesia. Fuera, el sol hace contraste con los suelos encharcados. Se queda algo apartada, esperando su turno para repartir el pésame, pero al final, entre chaquetas y paraguas, y abrazos y besos apresurados, consigue agarrar el brazo del traje de marinerito y llevarlo consigo a un

rincón retirado. A Antoñete se le agita algo más el aire que le está sosteniendo el llorar y echa un vistazo a la plaza donde juegan a la pelota los del grupo de los mayores. Isabel abre el paraguas y los cubre a ambos.

—Has aguantado como un campeón, lo sabes, ¿verdad? Tu padre está muy orgulloso de ti, Antoñete. Hoy te has portado como un *major*.

Y entonces, al verse bien protegido entre el paraguas y su maestra, se le abraza en un impulso a la falda, y llora. Se rompe en un llanto breve de silencio y alivio.

—Se portava fatal, maestra.

Luego se seca las lágrimas con la manga de su traje nuevo y corre, esquivando los charcos del suelo, de vuelta al coche, donde esperará a que le digan dónde se tiene que sentar.

Isabel se vuelve a su piso, con la cabeza vacía de pensamientos. Echa un vistazo a la puerta de Patro. No irá a ver cómo se encuentra. La gente enferma, los niños mueren muy fácil, de escarlatina, de sarampión, de cualquier broma. No le apetece ver a Patro menguada, acechada de fiebres y de demencia. No necesita más motivos para llorar, no necesita a Patro diciendo *«Que desgraciaeta, la pobra xiqueta»*, entre toses y ovillos de lana y cartas que se romperán antes de cruzar la puerta de la cárcel. Ella no, ella no va a acabar así. No en una casa de vejez y percheros con abrigos cubiertos de polvo, no. No acabará siendo la sombra de lo que «podría haber sido», (des)esperando para siempre por alguien que ni siquiera se ha dignado a volver para el entierro de una de las mellizas de Antoñete, para el entierro de dos infancias, para el nacimiento penoso de una vida adulta en la que Isabel ya no podrá interceder. Esa no será su vida.

Abre la persiana que tantos días ha tenido bajada, para que entre el fresco y se airee un poco la cerrazón, pero se le cuelan el frío de la lluvia y más pena, si cabe. Y resiste, como Antoñete. Se niega a llorar, aunque estos días lo haya hecho como una fuente abierta.

—Maestra; ¿está llorando?

Hacía una semana, Marita Cortés se había acercado a su mesa

con el cuaderno en la mano, y se lo había preguntado, e Isabel, sin ánimo para negarlo, había asentido.

—Sí, Marita. Lloro porque la lección es muy aburrida.

La niña había vuelto a su pupitre tapándose una risilla perpleja con la palma de la mano. Es curioso que aquella pena tan desgarradora pudiera ser la causa de la risa genuina de una niña. Quizás en un tiempo también lo sería de la suya. Qué cosas. Qué cosas ¿verdad?

Isabel desea no haber sido, no haber vivido. Y siente las ganas de no haber tumbado a Carmen ni una sola vez en su cama. De no haberse ido nunca de Catarroja. De no haber brillado fuerte un segundo. De no haber llorado de amor acariciando su espalda. De no haber. De no haber. De no haber.

Quiere borrarla, caminar por encima de lo que Carmen nunca se había atrevido a decir. Nunca la ha querido ni quiere volver a verla más.

La vida es rompible y mentirosa. Y para qué. Para qué tantas cosas. Para qué haber sido.

Para hoy no ser.

Y vuelve a estornudar.

Isabel enciende un segundo la lámpara de la mesilla para asegurarse de que no se trata de un sueño.

—Apágala.

Lo hace. Se ha quedado sin poder levantarse, enredada en el desconcierto de las sábanas y de la media noche.

Carmen se ha colado por la puerta como una serpiente, abriendo apenas un palmo, e Isabel intenta recomponer todo lo que han podido llegar a ver sus ojos medio adormecidos durante el parpadeo tan poco generoso de la lamparilla. ¿Tiene el pelo diferente? ¿Está distinta? Le parece distinta. Le parece otra. Y le parece también la que estuvo aquí justo ayer, como si no hubieran existido estas últimas semanas y fuera absurdo el desamor de hace apenas unas horas. De repente le inunda una especie de vergüenza.

Pero no se ve nada. Solo la oye respirar. Durante unos segundos se quedan mudas y solo habla el respirar de Carmen.

Busca el rincón más alejado de Isabel, y desde allí empieza a recitar, palabra por palabra, lo que ha venido a decir:

—Tienes que irte. Tienes que irte cuanto antes. Yo también me voy. Se ha acabado todo, ¿de acuerdo?

Las paredes se ríen. La inocencia de Carmen de pensar que será tan fácil.

—¿A-adónde?

—No lo sé. Adonde puedas, adonde quieras. Pero tienes que irte ya. ¿Lo entiendes?

Solo necesita un sí.

—¿Adónde te vas tú?

Carmen deja la mirada colgada en la nada; quiere disolverse en ese bloque negro que ahora es la habitación. Es más fácil controlar los sentimientos dejando que se disuelvan allí. El

problema es que hay un rayo de luz de luna que, insurrecto, se cuela por la ventana y da justo a los dos ojos vivos de Isabel, implorantes. Llenos de legañas y humillación. La luna ha acudido a brindarle su apoyo a Isabel.

—N-no me voy a ir a ningún sitio si no me dices adónde te vas tú.

Carmen niega con la cabeza y la voz serena que se había inventado empieza a abandonarla poco a poco.

—Mis padres… mis padres no están bien. Mi madre está enferma. Y quiere que yo la acompañe al hospital. Dicen que es grave y que…

Isabel ha conseguido ponerse en pie.

—¿A qué hospital?

Y Carmen, higo blando, flor rota y exhausta de interrogatorios, continúa haciendo un esfuerzo sobrenatural por mantener el susurro y llegar hasta el final.

—Yo solo quiero que me dejen en paz. No podía… seguir diciendo mentiras. No pude más, Isabel. No pude más. Y ahora todo el mundo está sufriendo por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

Carmen acaba de sentir que todos la dejarán de querer, y de repente la oscuridad la ahoga y necesitaría volver a encender la lamparilla para verse, para ver que no ha desaparecido. Para encontrar algo de consuelo. Su madre la va a dejar de querer pronto, su padre la va a dejar de querer pronto. ¿Cómo se supera eso?

Isabel conoce bien esa sensación y si pudiera, si le diera una oportunidad de explicarle…

—El médico nos ha dicho que es mucho mejor cuando vas por tu propia voluntad. Que allí me podrán ayudar; allí me curarán y eso es lo que tiene que pasar, Isabel.

Isabel está cada vez más nerviosa, convencida ahora de que ese maldito piso, que han creído su refugio en los últimos meses, ha sido desde el principio una trampa, una cárcel, en la que se han ido encerrando como estúpidas.

—En…, en todos estos meses, todas…, todas las noches que

hemos pasado juntas, las veces que nos hemos cruzado con… con la gente y, todas las cosas que hemos hecho, sin haber pensado en… Todo ha sido tan inesperado, tan intenso. Se…, se nos ha ido de las manos. No sé qué esperábamos. Las paredes escuchan…

Carmen ha hablado demasiado. Lo ha hecho, y al ponerlo en palabras, todas las cosas que han vivido se aparecen a su alrededor. El día que subió a la segunda planta a saludar a la maestra nueva que parecía extranjera y les cambió la vida a ambas, el día que Isabel le recitó *Sueño de una noche de verano*. La tarde que le enseñó los naranjos. Los fines de semana de esperas eternas, las dudas, el miedo fascinante de saber que «era ella» mientras pasaba horas mirando el techo de su piso. La noche en que la fábrica las ligó para siempre. El primer beso bajo la puerta, las caricias furtivas entre niños, las escaleras, las noches con las bocas pegadas como dos gotas de agua. La tarde en que Isabel le dijo que la quería y durmieron, durmieron como si soñar no tuviera un precio. Todo, todo eso se ha pintado en las paredes. Todo aquello está cubriendo ahora las paredes. Y como un dolor insoportable, explota en el pecho de las dos mujeres, les lacera en el recuerdo hasta el mismo centro del cuerpo.

—… todas las paredes escuchan y tú, tú nunca has querido escuchar lo que estaba pasando en mi casa; tú, tú decidiste que querías una cosa y ya está, solo viste eso…

—No, no, no. Lo entiendo. Lo entiendo. —Se arrodilla frente a ella e intenta recomponerse como puede, dejar a un lado su dolor y ceñirse a lo que ahora es más importante—. Vamos a pensar qué hacemos, vamos a…

—Que no…

—¡No nos vemos más! Si quieres, no nos volveremos a ver nunca más. Pero no te vayas a ningún hospital, eso no me lo puedes hacer, me moriré de miedo, me…

—Isabel…

—¡Te van a hacer daño! —La conversación se vuelve un intercambio de súplicas, de sonidos casi consonánticos, que nadie a un paso de distancia podría descifrar—. Ellos no entenderán que tú puedas querer o… o no querer, o ser nada. Porque para ellos ya

eres una… rata. Para ellos ya eres un… monstruo. Y ¿sabes? ¿Sabes lo que pienso?

A Isabel le fulgura la rabia. Carmen no responde, se pone a llorar hacia adentro, aterrorizada.

—Que parece que no sepas que se equivocan. Pero nosotras…, ¡escúchame! Nosotras no somos lo que ellos dicen que somos. Nosotras no somos lo que ellos…

Isabel le ha abierto el dique a la desesperación, se le agota el tiempo, lo ha perdido, busca el amarre de las manos de Carmen, que se le escurren como el agua, como el agua, y ella se aparta, sabe que es el momento de irse, intenta ponerse de pie y entonces Isabel da de pronto con el argumento ganador:

—¡Ellos querrán que te olvides de mí! ¿Tú quieres olvidarte de mí?

Los ojos de Isabel se abren suspendidos sobre la luz de la luna, que sostiene una verdad.

—Tú quieres olvidarte de mí.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Se va?

—Sí.

Julito dirige el manillar de la bici hacia la calle Calvo Sotelo.

—Pues más le vale.

Y Carmen camina tras él, esquivando la luz de las bombillas.

Los cuatro árboles del patio presumen de hojas nuevas y algunos niños corren, esparcidos en él por la casualidad del juego. Isabel observa desde la segunda planta. Un grupo de niñas rodea en enjambre a Patro, recuperada ya del todo, y a Carmen, a su lado. No puede mirarla. Ni el cristal sucio de la ventana, ni el abanico de pestañas aguadas, ni la incandescencia del sol de mayo la pueden proteger del dolor de saber que será la última vez. Las niñas le enseñan un dibujo, hecho por ellas. «Para que no se olvide de nosotras.» El dibujo representa la fotografía de clase que no alcanzará a hacerse en junio. Todas han escrito sus nombres. La maestra más querida. Patro la agarra fuerte de la mano. «Quería preparar una coca de despedida, pero doña Consuelo no nos ha dejado montar nada. Qué penica.» Le da besos en la frente cada dos minutos, y se enjuga las lágrimas con un pañuelo bordado. Todas van a poder despedirse, menos Isabel. Le dirán cuánto la van a echar de menos. Tocarán su mejilla de mármol y le dirán también lo a gusto que va a estar en Gandía: «¡La playa, *xiqueta!* ¡Cuando vuelvas estarás morena!». Le dirán muchas cosas, aprisa, poniendo a prueba las sonrisas que Carmen se está esforzando por brindar.

En cambio ella no dirá nada. Se había quedado sin voz desde que Carmen había venido a decirle que se marchaba al hospital. Y ahora que la tenía justo allí era totalmente incapaz de salir del aula.

Tampoco había abierto boca con doña Consuelo —y eso que se habría merecido que le dieran un buen repaso—, quien la había hecho llamar a su despacho y, sin disimular la impaciencia, le había dado a entender que su tiempo en Manuel se había acabado. No querían maestras con tan poca disciplina, e Isabel no podía

discutirle eso; su presencia en la escuela llevaba tiempo siendo igual que la de un fantasma. Se limitaba a recitar lo escrito en la enciclopedia como alguien a quien le hubieran apagado la vida. La directora había dejado el boletín oficial sobre la mesa, y había hecho algún comentario sobre una amistad «especial» con la inspección y sobre una obligación de notificar sus propias impresiones como directora del centro. Luego le había pedido que cerrase la puerta al salir.

Nada más ocurriría. En septiembre empezaría un nuevo curso, con alguna maestra más, con algún niño menos. Carolina dejaría entonces de asistir a la escuela para empezar a trabajar en el *molí*, tal y como hicieron sus hermanas María José y Lourdes, y tal y como le tocaría hacer a Marita el año próximo. Antoñete se pelearía un año más con las matemáticas, pero al final sus padres acabarían por considerar que era más útil en el huerto. Un día Patro no aparecería en los parvulitos y alguna vecina iría a su casa y se encontraría a los *pardalets* alterados por el hambre.

Manuel seguiría su curso ineluctable, las radios de la plaza serían sustituidas por los tocadiscos y en diez, tal vez veinte años, serían muy pocos los que se acordasen de la maestra. «¡Ah! Sí, creo que fue una muchacha rubia que estuvo en el pueblo un tiempo. Alguna vez me la encontré fumando por ahí.» Ni de la hija de la Casa Gran, casa que acabarían por cerrar con el tiempo y que algún extranjero con dinero se decidiría a comprar como muestra de veneración a una esposa enamorada de Valencia, y que llenaría de cuadros de pintores de renombre y perros pequeños. La gente continuaría viviendo, nadando en un río en el que quien no nada, se ahoga. Subiendo y bajando de los trenes para despistar la infelicidad. Protegiéndose en la juventud mientras esta lo permitiese, arrebañando a los seres queridos para dar la espalda a las soledades. Haciendo todo lo que se puede para que mirar atrás no queme en demasía. Los que ahora son niños irían aparcando los muchos sueños por las muchas responsabilidades. Y cuando algún día, ya mayores, se cruzasen por casualidad con alguna de sus antiguas maestras, seguirían andando, sin detenerse, temerosos de haber caído ya en el olvido.

Nada más.

Las niñas han empezado a entrar en el aula y van volviendo a sus pupitres, con la desidia habitual del retomar las clases. Isabel apenas reacciona al chirrido de las patas de las sillas. Carmen ha subido empujada por la marea, como la concha que lleva el mar hasta la orilla, y está parada en la puerta. Los ojos de Isabel, que la habían estado evitando hasta ahora, se paran en los de ella.

Se miran unos minutos en silencio.

—Copiamos la página cuarenta.

Sus labios, como si tuvieran guardada una carta de esperanza, nombran lo que ya saben.

—He oído que nos deja usted una temporada.

—Así es. Me voy un tiempo a la playa.

La carta de esperanza cae.

—A la playa.

Los ojos de ambas siguen fijos, imperturbables, no se van a mover un solo milímetro.

—Sí. Mi madre no está muy bien de salud y hemos decidido irnos. Me irá bien pasar un tiempo fuera, cambiar de aires. Seguro que al principio nos costará acostumbrarnos al aire frío de la costa, pero... Pero *estaremos bien.*

Carmen ha dedicado aquella última advertencia a Isabel con la voz serena. «Debes estar bien y rehacer tu vida, como yo. No quiero que te hagas daño.»

Hará ya media hora que Carmen se ha ido y no sabría decir en qué momento se ha parado su corazón.

Se le ha quedado un adiós encallado en la garganta.

Las horas pasan. Isabel continúa inmóvil. La puerta a la que mira está vacía. En algún momento, las niñas han ido metiendo los cuadernos en sus carteras y saliendo. Todas han bajado las escaleras y se han ido a sus casas.

Como un cuadro olvidado en el almacén trasero de un museo, Isabel continúa quieta. Y espera.

En cualquier momento Carmen volverá a entrar y cogerá algo que se ha dejado. Entonces se moverá otra vez.

De lejos, el sonido de un coche y el toldo metálico del bar que

cierra. En cualquier momento Carmen volverá a entrar, y le dirá algo que había olvidado decirle. Entonces se moverá otra vez.

Espera.

Ha empezado a anochecer, y el claroscuro de afuera ha ido cayendo sobre el cuadro en el almacén olvidado. Las campanas siguen tocando las horas. Alguien abajo acaba de meter los bancos en la sala de gimnasia. En cualquier momento Carmen volverá a entrar y…

Los pájaros sobrevuelan el cielo para regresar a sus nidos.

En cualquier…

Entre el atardecer y la noche, una mano temblorosa y vieja ha entrado en el aula y la ha llevado hasta casa en silencio. O eso le parece recordar.

INTERLUDIO

Lleva los mismos zapatos que tenía en el coche de camino al hospital y que se pone solamente cuando le toca visita con el médico. Deja las zapatillas verde oscuro de interna en la parte baja del armario y, del rincón más alejado de debajo de la cama, saca los verdaderos. Son esos zapatos, y la poca precisión de las yemas de los dedos descifrando las arrugas de su rostro, lo que le ayuda a creer que el tiempo en realidad no está pasando.

Con la llegada del otoño algunas de las pacientes más espabiladas han empezado a plantar y recoger tomillo y otras hierbas al lado de la cancela de la entrada, y las últimas semanas hasta les organizan salidas puntuales. Solo llegan hasta la plaza del pueblo, en pequeños grupos bien organizados, y regresan al hospital con alguna estampita o angelito de yeso que han comprado en el mercado de delante de la playa. Pero Carmen no quiere salir. No quiere encontrarse, de ninguna manera, con ningún espejo, ni pasar frente a ningún aparador que la ponga cara a cara con el paso del tiempo. Si alguna vez alguna interna hace una tentativa de sacarse del bolsillo un espejo de mano para mirarse no más de un segundo, ella, como una autómata flotante, corre en sus zapatillas verde oscuro a chivárselo a la enfermera, ya esté en el comedor o en la sala de recreo. Y entonces la enfermera, que a veces necesita la ayuda de hasta tres celadores, requisa el objeto cortante a la otra interna y salva a Carmen de la realidad de un reflejo. Es decir: de todos los peligros, el mayor.

Pero los espejos no son el único desafío. También están los cambios de médico, por ejemplo. La han tratado hasta siete médicos distintos —los recuerda bien—, con sus más o menos osadas modificaciones al tratamiento estipulado por el anterior. Modificaciones que tanto ella como su cuerpo deben asimilar tras

un periodo de adaptación, que en su caso es breve. Carmen se adapta tan rápido y sin resistencias, que ninguno de los siete había despreciado la oportunidad de experimentar con ella y su cerebro, asumiendo —por así decirlo— ciertos riesgos. Se toma todo lo que le mandan sin preguntar, y se sienta donde le piden (hasta que una celadora le dijo que, si iba siempre sentada en la silla de ruedas, se acabaría poniendo «como una verdadera foca». Aquello le produjo tal turbación, que pidió que desde ese momento la dejasen ir a pie a todos lados).

Siete médicos, ya. Catorce manos a las que confiarse. Veintiocho dedos índice que han señalado a veinticuatro enfermeras el punto exacto en el cuero cabelludo de Carmen donde tenían que ubicar hasta treinta y ocho electrodos. Dieciséis barras metálicas distintas atadas a su brazo con una goma elástica que te deja la carne bridada como la que se vende en las carnicerías. Diecinueve tablillas encajadas entre la arcada superior y la inferior de sus dientes, y el sabor persistente a madera que queda después, cuando te la quitan. Las ocho veces que a Carmen se le han quedado encalladas tras la intensidad de los espasmos y que ocho enfermeras le han tenido que arrancar de la boca a la fuerza. Las seis veces que se le han quedado clavadas las cervicales tras aquellos tirones. Los veintitrés choques inducidos por Cardiazol y solo cuatro insulínicos. Treinta y dos pares de ojos de auxiliares de enfermería que han contado hasta cuarenta mil ciento cincuenta pastillas (un tercio de las cuales, sus favoritas) sobre ciento veintiséis bandejas metálicas. Quince sillas de ruedas de trece celadores que Carmen empezó a rechazar a partir de la número cinco. Cincuenta y una voces de limpiadoras que han hablado entre ellas en el pasillo y nunca, nunca, nunca con ninguna de las pacientes.

Pero solo un par de zapatos. Y parecen nuevos.

—¿Cómo se encuentra?

Carmen levanta la vista de la punta de los pies para mirar al médico número siete por primera vez desde que ha entrado. Suelta un «bien» tan fofo como el efecto de su pastilla favorita. El médico número siete amontona unos papeles, de entre los que sobresale

una fotografía pequeña de Carmen, de cuando llegó, hace siglos. Otro espejo en el que no conviene mirarse. Mueve los papeles de un lado al otro de la mesa sin levantarse de la silla —también de ruedas, pero distinta a la que habían usado para llevarla a ella por los pasillos del hospital— y la silla hace un chirrido muy fino, como si se quejara de su peso. «No debería estar siempre sentado, o se acabará poniendo como una foca», piensa Carmen mientras cierra los ojos, cada vez más cerca de extinguirse por hoy.

—No, si yo también lo creo. Usted se encuentra bien. De hecho, usted está perfectamente.

Repite en voz alta las palabras del médico, pero le responde ya de camino a la habitación. El celador, que traslada una silla de ruedas vacía, la encamina hacia dentro, arrastrándola suavemente por la muñeca.

—No, no, doctor. Si yo no estoy bien. Le prometo que yo no me he curado.

Carmen duerme por lo menos un par de horas, hasta que el efecto de su pastilla favorita se desvanece junto con lo que quedaba de sol, hundido en ese horizonte en forma de fin del mundo. Se quita los zapatos y vuelve a dejarlos con cuidado en el rincón más alejado bajo la cama.

Se sube encima del colchón, como cada noche y se coge con los dedos al marco del ventanillo. Siempre lo hace unos minutos antes de que la luz del faro se encienda. Se asoma a su trozo de mar, a su rectángulo de manto acristalado, meciéndose en un movimiento que sus ojos han aprendido bien y que, aun así, es distinto cada noche. El horizonte al fondo es tan oscuro y recto, que parece que quien llegase al final de todo podría tropezarse y caerse de él. Toma aire y, por el centímetro abierto del ventanillo, se le mancha un poco la nariz de la sal que lleva consigo la brisa. Y sonríe, con una sonrisa irrefrenable como la niña a la que le abren la puerta para jugar.

Ya viene.

Por encima o debajo del mar, empieza su nado el pez. El faro lo hace mover a un ritmo de lado a lado que sabe que no la abandonará en toda la noche. Que no la abandonará nunca. En su

rincón en forma de habitación de hospital, ha venido a despertarla su pez dorado, con una luz que le baña el rostro al pasar. Ríe en voz alta, mojada de recuerdos amarillos, de su pecado y su secreto que toma esta forma, justo a esta hora.

Su rubia, que viene a surcarle la risa noche tras noche. Año tras año.

—¿Lo ve, doctor? Ya se lo he dicho. Yo todavía no me he curado.

SEGUNDA PARTE

«Todas las historias son una tierra por heredar.»

... nos iremos a una tierra sin herencia
solos y con frío,
sí, hará cada vez más frío,
y estarás, Señor, desnudo como nunca antes de razones,
y pidiéndonos creer.

JAVIER ALONSO CALDERÓN

Isabel remueve el café. Con la cucharilla retira la espuma flotante, y luego embadurna con ella una servilleta de papel. Repite el proceso hasta tres veces. De todas las mesas con el borde plateado y cuadrado, cuyos dueños se esmeran en mantener reluciente, lo que diferencia a la suya es que está en la esquina. Ocupa siempre aquella esquina, con la espalda medio apoyada en la pared del fondo.

Se dedica solo a mover dos dedos, haciendo bailar la cuchara sobre la pista del vaso. Muy lentamente.

La puerta del bar El Valeriano empieza a abarrotarse de las chicas de la fábrica Lois cada día a la misma hora. Todas ellas, hijas o sobrinas de campesinos, cuyas manos se harán expertas en el tinte de tejanos y chaquetas vaqueras antes de que alcancen la edad para casarse. Algunas se meten directamente en la estación, mientras que las que viven en Catarroja echan a andar por la calle Reina, después de un tira y afloja de risas estridentes y confidencias que suele durar un cuarto de hora entre semana, y media horita los sábados o los días en que —como dice Nadia— «ha habido jaleo».

A las seis y cinco, y sin haber perdido un minuto en quitarse el babi blanco, Nadia entra impregnando El Valeriano con su perfume Lavanda Puig y una mueca que combina hastío y asco dedicada siempre a sus compañeras de fuera. Se sienta con un sonoro suspiro en la silla enfrente de Isabel, y saca de un pellizco un cigarro de su paquete.

Nadie fuma y critica con tanto estilo como Nadia. Y eso que, al principio, incluso ella misma creía que pasaba el rato con la mujer que le invitaba a tabaco y cafés por pura lástima, o como agradecimiento obligado a su acto de generosidad tan poco común

en el barrio. Pero tras año y medio se ha dado cuenta de que aquellos minutos al salir del trabajo que gasta con Isabel le compensan. Está bien pasar un rato con alguien que, a diferencia de todas sus compañeras de la Lois, *sabe callar*. Para una muchacha de padres andaluces que comparte habitación con siete hermanos, que alguien te escuche un poco es oro.

—No sabes lo que es vivir rodeada de cotorras e ignorantes. ¡Cómo les gusta *dotorear* a las jodidas! Son malas, ¡todas! Juro por Dios que son unas malparidas.

Cotorrea sobre las cotorras y critica a las criticonas el tiempo justo en que se consume un cigarro y se disuelve un sobre de azúcar. Ella es así; le gusta interesarse y siente curiosidad por todo lo que sus compañeras descartarían por aburrido, y al revés, insiste toscamente en menospreciar lo que le quita el sueño al resto. Se ha acabado convenciendo de que la maestra anodina de El Valeriano debe esconder, por fuerza, algún misterio. La ve por el barrio a veces, con el pelo siempre agarrado en una cola baja y triste, y la mirada pegada al suelo como si quisiera verse capturada en él. Como si quisiera acorazar su tristeza en cualquier superficie sin vida que toca u ocupa; en el suelo de la calle, el asiento libre de un tren o en una taza de café que ni quema ni parece fría.

Y ella, que es por el contrario el vivo y patente retrato de su juventud e inexperiencia, de todas sus inseguridades e impulsos, se siente confiadamente audaz como para acabar descubriendo su misterio algún día. Pero la suma de esos mismos factores y el poco tiempo libre que le dejan el trabajo en la fábrica y su familia han limitado hasta ahora la relación de las dos a una mera coincidencia de rutinas. Lo mismo que le pasa a Isabel con el resto de las personas. Ella existe en una especie de bóveda celeste hecha de aulas y pasillos, de adolescentes sudados y pelotas de fútbol mal cosidas, de claustros una vez por semana, de grupúsculos de chicas de la Lois esparcidas por el barrio, de estaciones de tren y tiendas anodinas, en la que debe interactuar con algunos rostros y objetos que no son para ella más que otros planetas suspendidos en su misma órbita oscura. Habla poco, o casi nunca, y se guarda lo que siente en un sitio tan lejano que ni ella misma sabe dónde está. El

misterio que imagina Nadia vive tan bien sepultado en un alud de pena y años que es imposible que alguien como ella llegue a entreverlo jamás. Nadia exhala el humo último del cigarro, se peina el flequillo negro con sus larguísimas uñas metalizadas y, antes de volar a por su bici, le suelta sin bajar la voz:

—No dejes que Valeriana te haga salir antes de las cinco.

Así como critica a las que critican, Nadia tiene manía a las que ella considera que le tienen manía, y opina que aquella mujer que le sirve el café deprisa y de mala gana necesita un buen tranquilizante. En cambio, Valeriana —y María Dolores también— tolera a Isabel perfectamente, igual que se tolera a un perro afable que solo busca un poco de sombra. Dejándole distraídamente la cuenta de los (dos) cafés sobre la mesa de la esquina, le indica el momento en que debe irse, y después termina la jornada sirviendo veloces carajillos y copas de coñac en un bar impregnado, a partir de esa hora, de perfumes exclusivamente masculinos.

Pero hoy todavía le queda el favor de un buen rato de silencio. Terminará su café, templado todavía, y omitirá un «hasta mañana» que tampoco nadie espera. Y luego caminará de vuelta a casa, arrastrando con una cuerda el ánimo, cada año más escaso, por las calles del barrio viejo de Catarroja. Cumplirá con las tres o cuatro costumbres que hacen de la vida un lugar inofensivo: ventilará bien el salón, se calentará la cena en la cazoleta sin asa que hay que agarrar con trapo de por medio, y se robará a sí misma un Phoskito escondido en el segundo cajón de la cocina. Y poco a poco, entre la monotonía de la vida sin sueños y de los sueños sin vida, se quedará dormida.

Isabel da un sorbo al café. Siente el sabor ácido, como un tinte líquido que se vuelca en toda la base de su lengua. Las chicas de la Lois han liberado la estación hasta mañana, y ya solo le queda la compañía ausente de María Dolores, que seca detrás de la barra un plato tras otro y los va dejando sobre el pilón.

Al tintineo de la cucharilla y de los platos apilados se le une el de la puerta del bar. Tal vez Nadia ha vuelto a por otro cigarro, para el camino a casa. Isabel se esconde tímidamente el paquete debajo de la mano. No le queda más que uno, y preferiría no tener

que negárselo. Alguien acaba de entrar y se ha acercado a la barra. Le susurra algo a María Dolores. La cuchara sigue dando vueltas a un café que ya empieza a estar frío, e Isabel fija la mirada en esa rueda impertérrita. Ese alguien se acerca a la mesa de la esquina, con tres pasos inaudibles, retira la silla y se sienta suavemente. Deja una bolsa en el suelo. María Dolores le sirve un café cortado tras pasar el trapo húmedo sobre la mesa, una sola vez.

—Gracias.

El movimiento de la cucharilla se interrumpe un segundo.

Los ojos de Carmen tiemblan un poco. Está pálida, y se palpa con los dedos las mejillas, algo amarillentas, con vergüenza. Con la otra mano frena aquellos dedos nerviosos, y los acaba recogiendo en el regazo. Los aprieta con fuerza contra la chaqueta y el bolso.

—Buenas tardes, Isabel.

El repiqueteo de los platos, mezclado con la voz de Carmen, y las manos apretando la correa del bolso forman un conjunto todavía difuso en la órbita oscura de Isabel. Intenta fijarlo sin éxito.

—¿Le puedo...? —Carmen no sabe cómo dirigirse a ella—. ¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Sabes qué se puede hacer cuando...? ¿Qué se puede hacer cuando una se siente tan estúpida, tan sola, y siente que ha estado tan equivocada, pero ahora que tiene delante... todo lo que dejó escapar, tiene...?

Carmen parece a punto de romperse, igual que los platos con los que la camarera lidia desde la barra. Le habla de lo que tiene delante sin atreverse a mirarlo. Tan incapaz de enfrentarse a un espejo... Las dos se mantienen ciegas, y son las manos de Carmen las que recogen por ahora los ojos de ambas. Se nota que a aquel rostro, todavía difuso, que Isabel no veía desde hacía casi una década, le cuesta Dios y ayuda pronunciar las palabras. A cada una que dice, se pierde un poco más.

—Y se siente perdida y... se muere de miedo por el vacío tan grande que nota dentro, que solo la persona que ha perdido puede llenar. Y ella... ella debe de estar muy enfadada. Si siente que no se merece nada, pero lo necesita mucho. Si tiene, si..., si, pese a todo, tiene una pequeña esperanza. Una pequeña esperanza. ¿Qué puedo

hacer, Isabel?

Después de aquella última pregunta, Carmen la mira, por fin. Todo se disuelve un poco más.

Isabel traga saliva tintada de café.

El alud de pena es muy profundo. Ocho años de profundidad. Tan denso y rocoso es, que a Isabel le cuesta mucho recordar qué es lo que había debajo de toda aquella oscuridad. Cada año que pasa la entierra más y más, y se hace mucho más fácil no sentir las cosas malas que le suceden, pero también se hace un poco más difícil poder sentir las buenas. Esa es una parte del acuerdo. Un acuerdo que hace la vida con aquellas cuyo corazón fue (demasiado) valiente en su día. Bajo todos aquellos escombros no queda nada más que una pequeña cavidad, que no ha sucumbido aún al desprendimiento. Es... nada, un refugio débil que, a duras penas, resiste al frío y al olvido. Allí abajo, dentro de una Isabel cuya expresión no se ha movido medio centímetro, dos personajes de una antigua historia se rebelan contra algo. Parecen discutir.

Hermia da una patada en el suelo.

—¡No! ¡No, no, no, no y no!

—¿Qué ocurre, amor mío? ¿Y esas mejillas tan pálidas? ¿Tan pronto se marchitan tus rosas?

—¡Será por falta de lluvia, Lisandro! Si bien podría yo regarlas con las lágrimas que me caen de los ojos...

—Cuánto te comprendo... si en cuanto he llegado a leer o a escuchar, el camino del verdadero amor nunca, nunca estuvo exento de obstáculos, ¿sabes?

Hermia asiente y, abatida, apoya la cabeza sobre una roca. El aliento del frío se le hace visible en la boca. Lisandro se acerca a ella.

—La guerra, la muerte, o la enfermedad siempre lo asedian... Tornándolo fugaz como un sonido, efímero como un sueño, breve como el relámpago en la oscura noche, que en un destello alumbra cielo y tierra, y antes de que se pueda decir: «¡Mirad!», es devorado por las fauces de las sombras...

—¡Oh Lisandro, oh, no, infierno! ¡Qué tristeza y qué

abatimiento...!

—Con igual rapidez se derrumban las esperanzas...

Carmen se enjuga la primera de las lágrimas en caer. Y como si hubiese dado la señal de salida, una tras otra empiezan a rodar, y temblorosa y frágil, se las limpia de la mejilla.

Isabel continúa sin abrir boca. Carmen no puede soportar más aquel reflejo vacío, impasible...

—Bueno, está bien, n-no..., no pasa nada.

Coge la bolsa que había dejado en el suelo con dificultad, y se levanta poco a poco de la silla.

Lisandro no sabe qué hacer. El bosque está todo a oscuras y no parece haber ningún sendero, tan siquiera una salida, más allá de la cueva. Hermia sobre la roca llora desoladamente, no encuentra consuelo para su pesar. Lleno de frustración, lanza un grito hacia arriba, y el alud retumba, como el rugido de una fiera, desde sus cimientos.

—Escucha, escúchame bien, Hermia...

Isabel, desde la esquina, coge aire y, en un susurro, empieza a recitar.

—«... Tengo una tía viuda, acaudalada dama de grandes rentas, que no tiene hijo alguno. Vive en una casa a más de siete leguas, y a mí me mira como a único hijo suyo. Allí, mi querida Hermia, allí podremos desposarnos, ya que hasta aquel lugar la injusta ley de Atenas jamás logrará alcanzarnos. Si me quieres, pues, deja desde esta noche la casa de tus padres. Y desde este bosque, donde los ritos de mayo se festejan, desde aquí, tú y yo, mi amor, vayámonos donde nadie pueda encontrarnos.»

Carmen se gira lentamente, con un viejo recuerdo despertado en la memoria. La cubierta de aquel libro, verde lima y bordes dorados, que Isabel le enseñó una mañana en el patio de la escuela, tantos años atrás.

Eso era. Una pequeña esperanza.

Espera a que acabe de girar la llave. Aunque está de espaldas, nota la mirada de Isabel. La ha sentido durante todo el camino hasta llegar al piso. El nuevo piso de Isabel. Han caminado a medio paso de distancia y aunque no se han tocado, siente que no la suelta de la mano en ningún momento. Entran, Isabel cierra la puerta tras ella.

Y respira.

La ventana está medio abierta. Isabel se aproxima a ella y corre, casi del todo, la cortina, en un gesto que ambas conocen bien. El piso no es demasiado pequeño. La entrada da directamente al comedor, y a la derecha tiene la cocina. Justo delante empieza un pasillo breve, en el que hay, a la derecha el baño, y al fondo, dos habitaciones, una enfrente de la otra. Isabel la conduce hasta una de ellas sin titubear, como si no hubiera nada de improvisado en aquella visita. Se trata de un cuarto sencillo pero acogedor, y se adelanta para correr también su cortina, lo justo para que un palmo de sol permita distinguir los muebles. Una cama de matrimonio amplia y un edredón con cenefas de color azul claro. Una mesilla de noche con sus lamparillas a cada lado de la cama y, enfrente, un armario grande. Isabel lo abre y deja dentro la bolsa de Carmen. Está vacío.

Luego, sin mirarla, como una guía de museo algo retraída, le enseña el pequeño cuarto individual que queda encarado al otro. Allí reconoce la simpleza de las pertenencias de Isabel. Algún libro en una estantería, y un armario de una sola puerta con tres o cuatro conjuntos mal planchados, todos de pantalón. La escasez de objetos tan propia de quien no tiene casa en ninguna parte.

—Yo dormiré aquí. El armario del otro cuarto es para ti. Te dejo para que guardes tus cosas.

Carmen, un poco grogui, se sienta en la cama. Tras un tiempo muerto, empieza a sacar sus cosas de la bolsa; el peine, el cepillo de dientes, el pintalabios carmín, las zapatillas verde oscuro y la bolsa vacía de sus zapatos. Los pone en la parte baja del armario. Se desviste poco a poco, como quien acaba de regresar de un largo viaje, con el cuerpo ajustado a un horario remoto y la piel permeada de un olor que tardará días en desaparecer del todo. Un olor anterior y a su vez reciente. Cuelga dos camisones y el vestido que lleva puesto, y el resto de perchas del armario se balancean, desnudas.

Al cabo de un rato vuelve al salón, cauta. Isabel espera sentada en el sofá con los codos apoyados en las rodillas. Se sienta a su lado. Ninguna de las dos se atreve aún a empezar a descifrar a la otra. Lo que sienten y lo que piensan sigue siendo una incógnita. Ha pasado demasiado tiempo.

—¿Crees que podemos dormir hoy aquí? Si no te importa.

A modo de respuesta, Isabel apoya la cabeza sobre el respaldo del sofá. Finge un pequeño ronquido, y Carmen hace lo mismo, sintiendo el alivio que le acaba de proporcionar aquella broma. Sus caras han quedado cerca, y Carmen recuerda su color amarillento y se imagina mayor y vieja ante el espejo de Isabel. Se lleva una mano a la cara para esconderse, que Isabel intercepta y acoge entre las suyas. Pasan unas cuantas horas así, mirándose y sin nada que hacer.

El despertador suena por primera vez a las seis y media, despertando a nadie más que a la angustia de Isabel. Previsible, pero, aun así, tan inconveniente. Se levanta, lo apaga, camina desconcertada de un lado a otro. ¿Qué se supone que debe hacer? ¿No ir hoy a la escuela? ¿Aparecer allí con Carmen? ¿Fingir que está enferma? ¿Cuántos días? ¿Tres? ¿Una semana? De entre todas las voces de la conciencia empieza a dominar solo una. Lo más importante es actuar exactamente igual que todos los días y no darle motivos a nadie para meter las narices, de ninguna manera posible. Pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado. Y la idea de

salir siquiera del piso y dejar allí a Carmen le parece inconcebible. Sigue deambulando, ya está vestida. Solo tiene que salir de casa o llegará tarde.

—Tengo que..., tengo que ir a trabajar. Lo siento.

—Claro. Te esperaré aquí.

Isabel entra en el tren casi ahogándose. Atraviesa corriendo el descampado hasta el colegio San Roque y pasa sin prestar atención por delante de un grupo de niños de sexto que se pelean a golpe limpio, tirados sobre la tierra. Solo quiere que el día pase, vuele, se consuma rápido, como los cigarros de Nadia. Imparte las clases ausente, en constante distracción, con la cabeza metida en el salón del carrer Nou. De vuelta al tren desde Silla, da un brinco en cuanto las puertas empiezan a abrirse. Todo lo que pasa a su alrededor, la gente que sale y entra, o merienda en las puertas que dan a la calle, las bicis y los perros, todos los planetas coincidentes en su órbita, le parecen tan poco importantes, que los podría hacer desaparecer de un plumazo. Sube las escaleras estrechas hasta el segundo piso de dos en dos y, por fin, vuelve a abrir y cerrar la puerta.

Carmen está sentada todavía en el sofá, como cuando se ha ido por la mañana. La mira sorprendida.

—¡Hola! ¡Qué rápido has vuelto!

Tarda un rato en recuperarse de la carrera. Se sienta con ella.

Carmen parece tranquila, y le sonríe. Tal vez no hay motivo para tanto estrés. Piensa que tal vez debería darse una ducha —no ha hecho más que correr durante todo el día—, pero no quiere levantarse del sofá. No quiere salir del salón, no quiere entrar ni salir de ningún otro sitio.

—Es que la escuela está muy cerca. Tardo unos veinte minutos, o menos. Una parada de tren. Cuando me vaya, antes de que te des cuenta, ya habré vuelto.

—Isabel... —Carmen le pone el pelo por detrás de la oreja—. Tienes que estar tranquila, ¿eh? He estado de maravilla. De hecho, me gusta mucho este piso. Lo pondremos bonito, ya verás.

Isabel se llena de una sonrisa, recuperando ya el aliento. Carmen se levanta y mueve los brazos alrededor, como el arquitecto visionario de una capilla.

—He estado pensando en cosas que podemos comprar. La mesa la podríamos cambiar. Y me parece que habría que cambiar el teléfono, también. No funciona, ¿verdad?

Isabel siente tanta emoción de verla allí mismo, ocupando su salón, que responde con una sonrisa distraída.

—¿El teléfono? Creo que sí…

—He estado toda la mañana llamando a mi casa y no ha habido manera.

Isabel deja de respirar un momento.

—¿Cómo?

—He llamado a casa para hablar por fin con mi madre y decirles que estoy bien, que no necesito nada, y que… —Isabel tiene la cara tan desfigurada que Carmen siente que tiene que enmendar un grave error, tan rápido como pueda—. Pero n-no había nadie en casa, o el teléfono está estropeado, o… Y no, n-no he podido hablar con ellos…

Carmen se vuelve a sentar y se asoma al espejo aterrorizado de Isabel.

—Pero no importa. De hecho, no necesito llamarles. No lo necesito.

—Quiero que me lo cuentes todo.

—Es que no te creas que hay mucho que contar…

La lamparita ilumina parcialmente el rostro de Carmen, que, tumbada dentro del edredón azul como una nube, la mira con los ojos brillantes, encendidos de curiosidad e insomnio.

—Quiero saber cómo es la escuela, las aulas, cómo son las niñas, los maestros… Oye, ¿y la directora?

—Bueno, es un director. Alfredo.

Isabel bosteza, con la cabeza apoyada en el colchón y las piernas en el suelo.

—¿Y te cae bien? O mejor dicho: ¿le caes bien?

Ríe.

—¿Cómo voy a caerle bien? Eso no sería propio de mí…

Carmen le pasa los dedos por la cabeza rubia y cansada, suave y de arriba abajo, como un cepillo. Si pudiera, Isabel se quedaría a vivir, en una noche así, en este mismo encuadre, en esta primera semana que han pasado juntas.

—¿Y cuántas líneas son? ¿Hacéis muchas redacciones? ¿Son buenas las niñas? Dime qué libros estáis leyendo…

—Son dos líneas por curso. Y ahora ya no solo hay niñas. Ahora tenemos a todos mezclados.

—¿Todos mezclados? ¡Menudo engorro! Pobres niñas…

—Pobre Isabel…

—¿Me traerás libros?

—Te traeré todos los libros.

—Anda, venga…, no seas rácana. Cuéntame más cosas.

Isabel le cuenta con tanto detalle como se lo permite el sueño. Aunque lo cierto es que el San Roque no es para nada extraordinario. «La escuela está plantada en medio de un

descampado endurecido», dice, y se supone que debía haber sido un ambulatorio, pero tuvieron que rectificar debido a la cantidad de inmigrantes que llegaron de repente al barrio, a las afueras de Silla. Los niños son básicamente hijos de granadinos, o de antiguos trabajadores del campo de Córdoba, Posadas, o de un sitio que se llama Cogollos de Guadix, y que ahora tienen trabajo en las fábricas de alrededor. Queda delimitado por la carretera y por La Uniwall al fondo, así que apesta terriblemente día sí y día también por el papel que se hace allí, y por los curtidos de un matadero cercano. Le cuenta que las cosas han cambiado mucho. Los niños ahora no respetan nada. Se pegan e insultan todo el rato unos a otros. «A las cinco te esperas», se dicen, y la puerta de la entrada principal se convierte en una verdadera batalla campal todos los viernes. Usan apodos crueles para los profesores, que sueltan delante de estos sin pudor alguno... «A un profesor, un buen hombre —que ya se fue y se cambió de colegio— le perseguían preguntándole si le gustaba el atún. Porque era calvo, por lo del anuncio del atún Calvo. Ya ves, hazte una idea...» Y las niñas son todavía peor. Es como si ya no fueran niñas, es como si fueran ya jóvenes. Están siempre a la defensiva por si acaso, y tienen todas la cabeza embutida en tonterías como la ropa y esas cosas. Que si la nueva falda que lleva Marisol...

—Que es una cantante muy popular, que sale en muchas películas. Y que, por cierto, hay quien dice que se me da un aire, ¿eh?

Y además, hablan tanto unos como los otros con una especie de patata metida en la boca.

—Isabel, pero ¡tienes que querer a los niños! Tienes que quererlos. Los niños son bonitos.

—Tú eres bonita.

Carmen se lleva los dedos a las mejillas, un poco más amarillentas que el día que llegó, y se seca una especie de veladura de sudor que tiene de forma permanente en la frente. Isabel ya se ha animado a seguir contándole y dejarle muy claro que no se está perdiendo nada, nada de nada del mundo de allí fuera. No hay nada que valga realmente la pena. Pero el despertador interrumpe

con un «riiiiiiing» grosero e inesperado. Se estira, con pereza, y se levanta quejumbrosa. Ya va vestida, y toma de la cocina el bocadillo envuelto en una servilleta de papel que ha preparado con Carmen a media noche. Antes de meterlo en la bolsa, se lo lleva un segundo al corazón.

—Isa..., te tengo que pedir algo, antes de que te vayas. —Carmen se acerca hasta la mesa del comedor y le trae un sobre cerrado. El trino de los primeros pájaros adorna la primerísima hora de la mañana en todas las ventanas que dan al carrer Nou—. ¿Puedes llevar esta carta al buzón?

—Eh..., claro. Yo la llevo.

—Gracias.

Carmen la besa y vuelve a la cama. ¡Qué bien se había adaptado a su antigua costumbre del hospital de dejar que fueran las otras las que salieran; las que se expusieran a los espejos, al paso del tiempo, a la vida...!

De camino por la calle Reina, Isabel se desvía por Salvador Giner para pasar por el buzón. Mira detenidamente el sobre rectangular entre sus manos. Finalmente, desliza el dedo índice por el borde sellado, y saca de dentro una carta impoluta, perfectamente doblada en cuatro. La voz de Carmen resuena a través de su caligrafía redonda.

A mis queridos padres:

Soy su hija Carmen. He llamado a casa repetidas veces, pero no cogen el teléfono. En realidad, es mejor que sea así.

El motivo de esta carta es para decirles que hace una semana que he vuelto. No sé muy bien por qué les escribo, pero... Bueno, sí. Sí que lo sé. Quería decirles una cosa. Isabel me contó hace unos días cómo fue la última vez que vio a su familia. Dijo que, antes de marcharse para siempre, abrió la puerta y les dijo: «Nunca más van a volver a hacerme daño», y se fue. Y estaba contenta, aunque no fue nada fácil, claro. Quería contárselo.

Yo ya estoy en casa. Mi casa es Isabel. Y les escribo para decirles que los quiero, pero que nunca más van a volver a

hacerme daño.

Espero que se encuentren muy bien de salud.

Adiós.

Isabel vuelve a doblar y meter la carta en el sobre. Introduce la punta en la ranura verde del buzón, pero se echa atrás justo antes de soltar. Rompe el papel en dos y se mete los pedazos dentro del bolsillo del pantalón de pinza. Y corre, corre deprisa para no perder el tren.

Carmen ve a las señoras salir de la peluquería durante toda la mañana. Como la acera es tan pequeña, y el carrer Nou, tan estrecho, desde la ventana del segundo piso no puede ver más que tres o cuatro fincas a la izquierda y un pedacito del Camí Real, a la derecha. Desde la ventana de la habitación, por el contrario, llega a ver hasta el final de la calle. Todo el mes de marzo ha estado viendo a las mujeres entrando con un peinado y saliendo con otro, agarrada a la cortina de algodón mientras pasan las horas. Se van satisfechas, y se despiden de la peluquera —que ya ha descubierto que se llama Tere— con voz resuelta. Sus ojos enrojecidos de sueño contemplan la normalidad del resto de la gente. Abuelas que regañan a sus nietos. Gente para la cual la vida es sencillamente natural y obvia. En cambio a ella, cada día que pasa le está costando un poco más no tener a mano las pastillas.

A partir del séptimo día empezó a notar una especie de sudor constante, en la frente y en el cuello, y se lo enjuga deprisa, a fin de no darle motivos a Isabel para asustarse. También las palpitaciones, exigentes reclamadoras de sueño, a veces más suaves, a veces más descarnadas. Esas cosas le han puesto un poquito más difícil el mantener la ilusión, ya de por sí tímida y contenida, de las primeras semanas en su nuevo piso. Un terror muy silencioso a esa «nueva era», un mal augurio desconocido y muy inoportuno, le ha empezado a subir por los pies. Se aproxima a ella como una neblina o un vapor de tierra, y ni las señoras de la peluquería allí abajo, ni esa tal Tere, por ejemplo, lo saben en absoluto. Ya es oficial: tiene un tapón medio abierto incrustado en el pecho, y ni Isabel se ha dado cuenta. Lo peor de todo es no poder compartirlo con Isabel.

Y también está el perro.

Un animal del todo molesto, en el piso de abajo. Se pasa el día entero ladrando. Isabel no lo sabe porque está siempre fuera de casa, pero el perro debe de quedarse solo y le da por ladrar, y ladrar con fuerza, además. Isabel no sabe muchas cosas, y de eso debe ocuparse ella.

Mira a través de la cortina.

«Que tu padre esté tranquilo, ¿eh, hija? No dejemos que se preocupe. ¿De acuerdo? Hagamos que todos estén tranquilos.»

—Sí, madre.

«Isabel no debe saber nada», se repite hoy. Se asegurará de que así sea. No debe sospechar nada. Ella ya ha visto lo que pasa en estos casos, cuando, por desidia, una se convierte en un peso para los otros: acabas haciendo que la gente que te rodea se aleje de ti. Las personas débiles son muy molestas y la gente tiende a abandonarlas o, como mínimo a desear hacerlo.

—Como le pasó a usted con mi padre.

También hay un goteo en el baño. Lo lleva oyendo desde el primer día. Una señora, con unos bucles perfectamente fijados en la cabeza, es recibida con dos besos por una chica que lleva un carrito.

«De hecho, más que un goteo, es como un flujo ininterrumpido, ¿verdad, hija? Deberíamos hablar con Roberta para que haga venir a Enrique hoy mismo. Con cosas así, una casa puede acabar inundada.»

—Sé cuidar de mi propia casa. ¿Puede salir, madre, que tengo un poco de migraña?

El sudor le cubre la zona de la frente que más duele. Las tres cosas son constantes: el goteo en su cabeza, el goteo en el baño, y el dolor. Y los ladridos. ¿Tan rápido la ha empezado a odiar el perro?

Isabel verá que sabe cuidar de su propia casa. Se ha propuesto aprender a cocinar como es debido. Arreglará el teléfono, y arreglará ella misma el tema del agua. Camina hasta el lavabo, determinada a encontrar el origen del escape. Y además, más tarde arreglará también la habitación, y también se..., se..., se arreglará..., a sí... misma.

Espejo.

Carmen se queda de piedra, con la boca medio abierta, sin tener más remedio que observarse. El espejo que había estado evitando hasta ahora le impone la imagen detenida de alguien que no conocía, y que preferiría no haber conocido nunca. Suspendida en ese minuto cruel de un jueves de marzo al mediodía, en un baño y en una ciudad casi desconocidos, se da cuenta de que le han robado la apariencia. En el lugar de sus pómulos, que eran generosos como dos salutaciones, está la corola de dos rosas muertas. Dos ojos rojos apagados la miran sin comprender, con los párpados caídos. Se pasa la mano por el pelo, con miedo, y los rizos castaños, de un castaño desvaído, se deshilan sin forma alguna. Y ¿qué ha sido de su boca? De sus labios ruborosos y jóvenes no quedan más que dos finas líneas cortadas, como lombrices, deformadas por los años de gritos silenciosos por las descargas. Carmen se pasa la yema de los dedos por el labio inferior y poco a poco lo muerde, como siempre ha hecho cuando la sorprende la visita de un miedo.

Se agacha al suelo como un relámpago. No piensa volver a asomarse.

Abrazada a las rodillas, se sacude de la memoria la imagen que acaba de ver.

El goteo, venga. Viene de una tubería. Acerca la cabeza a la serpiente de plomo que sale de la pila del baño, y que baja haciendo una curva hasta detrás del inodoro. La sigue con las manos, aproxima la oreja al eco del flujo de agua que va de más lejos a más cerca. La tubería vuelve a salir hasta el polibán, y luego sube en línea recta hasta la misma altura donde cuelga la ducha. Carmen se quita las zapatillas y se mete con los pies descalzos. La cerámica está seca y los dedos hacen un pequeño chirrido cuando se mueve, o cuando se pone de puntillas. La tubería llega hasta el techo y desaparece allí dónde hay una ventana, del tamaño de un libro y con cristal opaco, a la que Carmen no llega ni de lejos. El ruido del goteo debe venir de fuera. Agarra el tubo con ambas manos y tira un poco de él. No se mueve ni medio milímetro.

Sigue tirando sin ningún éxito. El perro vuelve a ladrar. Se

recrea en los aullidos, desde el piso inferior, como si deseara interrumpir sus tentativas. Tira con fuerza y los dedos de sus pies vuelven a chirriar.

No lo consigue. Caen unas gotas de agua del cabezal de la ducha y le resbalan por la frente. Sale, dando tumbos y con el ruido del escape descendiendo cruelmente por su cerebro. Se tumba en el suelo del salón y pega la oreja en él. El perro deja de ladrar un momento, pero ahora puede oír sus patas, como si buscara algo. Husmea con el hocico y las puntas de las uñas por el suelo suenan como granos de arroz esparcidos. Con las manos en las baldosas y el peso del cuerpo apoyado sobre su cabeza, el dolor que siente desde hace horas se intensifica. Deja caer la espalda contra el suelo un momento. Si solo tuviera una pastilla..., si solo pudiera tomarse una.

Desde la puerta le llega el tintineo de unas llaves. Se levanta del suelo corriendo, y siente con ese movimiento como si un montón de vajilla se removiera dentro de la estantería de su cabeza. Se sienta con las piernas bien cerradas y la mejor sonrisa que consiguen montar sus labios.

Isabel abre la puerta. Su entrada, que Carmen espera durante todo el día, adopta el aspecto de intromisión. Llega resoplando después de haber cargado la compra desde la estación. Fuerte. Así es como la ve Carmen desde el sofá. Deja las bolsas con comida sobre la encimera de la cocina. Sus brazos todavía conservan la definición que solían tener, y mueven los paquetes con determinación. El bíceps le sobresale un poco de la costura de la manga de la camiseta cuando mete las latas de conservas en el armarito de arriba, ese al que ella no llega sin ayuda de una silla.

Se seca la frente bañada en sudor con la palma de la mano, intentando que no la vea. Isabel vuelve al salón y, tras sentarse a su lado, le retira el pelo de la cara, levantando esos brazos en los que, hace años, cayó ella tan irremediablemente.

—Perdón. Estoy sudando un poco. —Vuelve a secarse, y las manos le apestan a plomo.

—Tranquila. Está todo bien, Carmen. ¿Lo ves? Está todo bien.

Pero no lo está. Por supuesto que no lo está.

Buscan los besos torpes el ajuste de las bocas. Sus manos han desaprendido la oscuridad y chocan, varias veces, cuando intentan dar con un trozo de piel tibia entre las sábanas.

Las de Carmen van rápidas, asustadas, confunden la realidad de lo que tocan con otras cosas: los dedos de Isabel, con la sujeción de una enfermera; la agitación de una interna, subida a una mesa en un gran comedor blanco, que se deja caer; la prisión de una silla de ruedas. Confunde la caricia en los brazos con la ligazón de una goma y teme, todo el rato, que suceda la descarga. Besa la boca torpe de Isabel esperando una descarga.

Las de Isabel van lentas, entumecidas, sienten en su tentativa de placer una vergüenza inmensa. Bajo la invisibilidad que otorga la penumbra, da rienda suelta al desprecio propio. Se le pega bien al oído y le dice que no hay nada en su cuerpo que pueda ser querido. Nada que pueda ser deseado. Le dice que todo en ella ha sido siempre un asco y una ridiculez.

Carmen se arrima a su boca y suelta un jadeo que es más bien un susto sofocado. El aliento de Isabel se esconde, como un animal acobardado.

Un cuerpo pequeño deshecho como una *escudella*, semisólido y grumoso.

Un cuerpo más grande sellado como una puerta.

El cuarto de trastos es un ecosistema de documentos y cajas sin demasiado valor, de los que la escuela no se decide a deshacerse. Isabel se encarama a la banqueta y aparta a un lado los carpesanos con anillas de la estantería metálica de más arriba, en los que pueden leerse etiquetas como «Material - Artículos», «Claustros 69-72», o uno negro en el que pone «Bajas 5.o, 6.o, 7.o». Una caja con «Fotos Falleta Infantil». Detrás no hay nada. Trozos de papel, y alguna fotografía suelta y descatalogada. Baja de la banqueta. En los estantes de en medio solo hay cajas demasiado bien cerradas como para abrirlas y revolver. Debajo de una de ellas, un librillo de apenas ocho páginas, grandes y rectangulares, titulado *Mi atlas americano*. Lo aparta a un lado. En el de abajo del todo hay todavía más desorden. Cajas abiertas con fotografías. Revuelve cada una de ellas y, al final, encuentra una que contiene lo que está buscando. Libros. La pone en la segunda estantería, a su altura. Una *Biografía de Santa Teresita del Niño Jesús*, y un *Lazarillo de Tormes* partido por la mitad. Isabel coge el primero y vuelve a dejar donde estaba el segundo. Bastante deficiente. Seguirá buscando. Apaga el interruptor del fluorescente de la «tan acogedora» sala de trastos, y vuelve a la sala de profesores con una ligera sensación de fracaso.

Alfredo y Julià charlan junto a la ventana, inmersos, como siempre, en sus asuntos. Isabel deja el atlas y la biografía encima de la mesa, sin necesidad de ocultar lo que ha hurtado gracias al poder de la invisibilidad que le otorgan, día tras día, Julià y Alfredo.

—Cada jodida calle tiene un delegado, Alfredo. ¿Cómo no vamos a tener nosotros uno, que somos la escuela pública?

—¿Dónde se hacen las asambleas esas?

—En el Teleclub. —Alfredo inclina la cabeza, indicándole que sea más específico—. ¡En la parroquia...! Se reúnen un par de tardes a la semana, y yo creo... que deberíamos estar. *Diuen que la setmana que ve hi serà el gerent d'urbanisme.*

Isabel sigue en su silla como si nada, instando con la mirada al reloj de la pared para que haga avanzar la aguja deprisa hasta las cinco.

Julià —quien insiste siempre, tanto con alumnos como con profesores, en que le mantengan el nombre en valenciano— es el maestro con el que comparte línea Isabel. Nació en una familia de las pobres de verdad, del barrio de San Roque de toda la vida. Cuando se hizo mayor sus padres le dejaron claro que si quería poder estudiar, tenía que hacerse cura. A los dieciocho años, pues, se fue al seminario de Zaragoza, y allí comió, bebió y demostró una verdadera voluntad académica. A poco de consagrarse, sufrió una pérdida repentina de la fe, y colgó el hábito de cura tan rápido como recuperó el que tiene todo seglar: pasar frío pero andar siempre caliente —con su mujer Pilar, ya van por el tercer crío—. Entró a trabajar en la escuela a la vez que Alfredo, cuando llevaba tres años funcionando. Enseguida congeniaron mediante cervezas, partidas rápidas de fútbol en el patio vacío del San Roque y conversaciones sobre política durante las horas de libre disposición. Cuando Alfredo obtuvo los dos votos de más que lo convirtieron en director, esa camaradería y proximidad del pasado fueron lo único que dio carta blanca a Julià para mostrarse crítico con cada una de las decisiones que aquel tomaba. Su amistad se convirtió, a partir de ese momento, en una competición silenciosa, contenida, y algo rígida.

—¿Es legal, por lo menos?

—¿Legal? Pues no es legal, Alfredo, no es legal, pero es una simple asociación de vecinos. Además; ¿quiere decir algo eso? Es que no te pillo...

A Isabel le rugen las tripas y se pone la mano sobre la cinturilla del pantalón de pinza marrón. Qué hambre... A Carmen le encanta ese pantalón. Julià gesticula vehementemente con la mano que no tiene apoyada en el marco de la ventana y Alfredo lo

escucha con las piernas abiertas como un agente de seguridad que preserva su espacio personal.

—Los chavales pisan barro. Llegan a la escuela entre tierra y ratas, y en el patio pisan barro. ¿Sabes cuánto pagamos aquí por la recogida de basuras, verdad? Lo mismo que cualquier vecino de Valencia. ¿De la escuela? Lo mismo. ¿Sabes cuántos chavales tuve el otro día en el aula, Alfredo? Más de cuarenta, diría. Cuarenta, lo mínimo. El Gobierno no tiene dinero ni para aulas, ni para la educación de nuestros hijos, pero luego yo...

—*Escolta, Julià...*

—... luego yo tengo que oír por la televisión, y por la radio, y por todos lados como ponen millones de pesetas para renovar un campo de fútbol, y salen a decir, y cito textualmente, «el gobierno no escatimará en medios, ni fuerza, para construir el campo de fútbol, y tantos campos de fútbol como sea necesario...».

—¿Y qué propones? ¡¿Qué me estás proponiendo, Julià, por favor, que tengo mucho trabajo?!

—... en la radio, en los medios, los periódicos... ¡Representatividad, Alfredo! Propongo que tengamos representatividad en la asociación, como escuela, y que cualquier maestro pueda asistir a las asambleas, o a informarse al Teleclub, en sus horas de libre disposición, por ejemplo... Propongo que podamos cogernos horas y asistir a...

Isabel levanta la cabeza de golpe, como un ciervo que oye un ruido inusual dentro del bosque. Orienta las orejas hacia la ventana.

—Sabes que te tienes que quedar en el centro en las horas de libre disposición, por si te toca una sustitución.

Julià se mete las manos en los bolsillos, con un aire burlón que busca indicar que la negativa de Alfredo era previsible.

—*Pos ja està, tu.* Nada más que añadir, supongo.

—A mí también me gustaría poder ir en mis horas de libre disposición.

Alfredo y Julià se giran como si la mesa del aula de profesores hubiera empezado a hablar. Isabel continúa inmune a sus miradas de sorpresa, sin saber muy bien dónde se está metiendo.

—Perdone, Isabel. ¿Decía...?

—A las asambleas de los vecinos. A mí también me gustaría ir, a informarme y eso que comenta Julià. Durante mis horas de libre disposición.

Julià no sabe muy bien si celebrar su victoria personal contra Alfredo. Lo último que hubiera esperado sería recibir el apoyo de la *fósil* del San Roque, la máxima representación de lo retrógrado. La maruja que sigue golpeando con la regla a los chavales que leen mal, con la que apenas ha cruzado palabra en siete años.

—Bueno, pues...

Alfredo retoma las riendas de la conversación.

—Lo que sea que hagáis, tenéis que pasar antes por el despacho para que hablemos. Fin.

Sale del aula frotándose el entrecejo con el dedo gordo y el índice. Julià se queda un rato al lado de la ventana y luego se aproxima desconcertada y gradualmente, con las gafas colgándole de la punta de la nariz, a la silla enfrente de la maruja.

—Si quiere podemos...

El timbre retumba en toda la sala, e Isabel se levanta de un respingo sin darle tiempo a terminar la frase. Agarra la bolsa, la chaqueta, y los libros bajo el brazo, y con un adiós distraído sale por la puerta para volar hasta el tren.

El maldito vagón se mantiene parado en Silla más de veinte minutos. Isabel se pega a la manivela de la puerta, llena de impaciencia, hasta que puede salir. Sube por la calle Reina a medio correr, y gira por el carrer Nou. Una bici y el olor inconfundible a Lavanda Puig la alcanzan casi a la altura de la peluquería.

—¡Dichosos los ojos...!

Nadia, con el babi blanco de trabajadora de la Lois, los vaqueros más ajustados del mundo y su pelo negro como el carbón, frena la bici rosa a su lado.

—Ay, Nadia. Hola...

—¿Cómo se te ocurre dejarme sola con mis pensamientos durante tantos meses? Ya pensaba que te habías mudado a otro sitio, o algo...

—N-no, es que he estado un poco ocupada últimamente.

La verdad es que a Isabel le ha pasado el tiempo como un chasquido de dedos. El rostro joven de Nadia le parece ahora de una vida anterior.

—¿Ah, sí? ¿Te ha pasado algo? —Isabel niega con la cabeza, disimulando mal los nervios—. Nada, nada, oye. Cuánto misterio... ¿Y no te vas a fumar un cigarro conmigo?

Isabel echa un vistazo tenso a la ventana del segundo piso. El aire mueve un poco la cortina blanca.

—Uno rápido. Vamos, te prometo que no me voy a enrollar.

Nadia sonríe, y el carmín rosa fucsia, a conjunto con la bici, hace resaltar el brillo blanco de sus dientes recubiertos con una capa fina de saliva. Isabel cede, y se palpa los bolsillos de la chaqueta. Saca el paquete de tabaco, medio arrugado, y cae en la cuenta de la cantidad de tiempo que lleva sin fumar. Le alarga uno a Nadia, que le acerca la cara haciendo una cueva con las manos para proteger la llama de la interferencia del aire. Isabel saca el mechero plateado y se lo enciende.

Nadia cumple con su promesa, y fuma rápido. Mientras se pasa las uñas por la rebeldía de su flequillo negro, le cuenta que en marzo llegaron a casa unos parientes desde Granada, y que lo han puesto todo patas arriba. Especialmente su primo segundo, que se llama Rodolfo. Rodo para los amigos.

—... Pero yo aún no tengo claro que sea «su amiga» (tú ya me entiendes).

Le cuenta que algunas de la Lois ya lo habían visto rondando con el coche por Les Barraques y se habían vuelto todas medio *enajenadas*. Como si no hubieran visto un granadino *fortachón* en toda su vida.

—... Como me despiste se lo comen entre almuerzo y almuerzo. Las muy víboras...

Isabel vuelve a mirar hacia las cortinas blancas, impaciente. Nadia tira la colilla manchada de rosa y la pisa con energía y la punta del zapato. Agarra de nuevo el manillar de la bici.

—Bueno, pues te dejo con tus cosas. ¡Pero que sepas que Valeriana te echa de menos...!

Isabel se aproxima a la puerta de casa, distraída, mientras

Nadia se aleja pedaleando hacia el Camí Real.

—¡… y yo también, maestra!

Abre la puerta, acordándose de volver a esconder el paquete en el fondo del bolsillo de la chaqueta. Dos ojos pequeños y rojos la miran desde el rincón pegado a la cortina.

—¿Con quién hablabas?

—¿Qué? Ah, no…, una, que no sabía dónde quedaba la estación.

Deja las cosas sobre el colchón de la habitación pequeña, y vuelve al salón con el atlas y el libro entre las manos.

—¿Sabes qué? Creo que conseguiré escaparme en mis horas de libre disposición. Como mínimo algunos días, antes de verano. Así no estarás sola tanto rato.

Carmen asiente. Isabel le coge la mano cariñosamente, y juntas acarician con la punta de los dedos la portada de los libros.

—No entres...

Isabel pega la oreja a la puerta de la habitación, y llama, una vez más, con suavidad.

—Por favor, Isabel, que no entres...

Puede oír la respiración agitada de Carmen desde el fondo de la habitación. Desde que ha vuelto de la escuela, que está metida ahí, y no quiere salir. Con un suspiro largo, apoya la espalda en la puerta cerrada y deja que su cuerpo resbale hasta el suelo. Aún lleva la ropa de calle puesta, algo húmeda de sudor. La respiración de Carmen va deprisa, angustiada, y en cambio ella siente como si su respirar fuese cada vez más lento y la anclara de forma irremediable al suelo. Los párpados empiezan a pesarle, le escuece mantenerlos abiertos. Tantas horas resistiendo al sueño... El jadeo de Carmen al otro lado, como un canario —naranja— debidamente encerrado en su jaula, empieza a quedar en un segundo plano...

—¡Isabel!

Abre los ojos de golpe, despertando con el bol de sopa entre las piernas y la boca seca de haberla tenido abierta un buen rato.

—¡Isabel! ¡Ve y diles que hagan callar al perro!

—¿Q-qué?

—¡Diles a los de abajo que hagan callar al maldito perro!

Silencio absoluto.

Isabel da unos toques mansos a la puerta.

—¿Puedo entrar, cariño? Solo un momento...

No recibe respuesta. El tiempo sigue pasando sin prisa aparente, y fuera empieza a oscurecer. La cabeza de Isabel resbala, como una pelota pesada, hacia un lado, y el pantalón le oprime en la cintura, más ancha a cada día que pasa. En la habitación, Carmen mira fijamente al suelo desde donde le llegan los ladridos,

golpea con el puño las partes de linóleo que concentran la causa de su sufrimiento, el porqué de su martirio, y en su mente migrañosa se arremolinan un millar de súplicas: «Todo esto no está pasando. Todo esto no está pasando. Que pare, por favor, que se relaje, que hagan el favor de llevarse al animal a cualquier otra parte, que pare, por favor, que se relaje, que pare, por favor...». Saca la cabeza por la ventana, a la calle apaciguada y lánguida de barrio obrero entre semana, que Isabel transita a la velocidad de la luz tantas veces para acudir a su encuentro. La misma calle que, desde la ventana del salón, desliza su calma y sume a la maestra en un sueño, aunque no muy profundo, esperado durante meses. Dos mosquitas sobrevuelan la sopa entre sus piernas, y una flota instantáneamente al entrar en contacto con el líquido, pasando de volar a ahogarse en tan solo un segundo. Isabel flota también, en una lejanía de los treinta exámenes de estadística todavía por corregir, en una sopa densa de recados pendientes y acumulados, de los plomos de la cocina, que saltan cada dos por tres, de sus faltas en la escuela cada vez menos desapercibidas, de su total extenuación y pésimo rendimiento desde hace demasiados meses, de sus ahorros cada día más precarios, de su incapacidad real para hacer bien ni una cuarta parte de las cosas que tiene que hacer. Todo se va diluyendo en esa bien merecida siesta, y encubre convenientemente al más grande de todos los problemas, a la reina de todas las preocupaciones, que no es otra que este canario, metido en su jaula, que se debate entre volar o ahogarse.

—¿Isa...?

Silencio. Carmen sigue asomada a la ventana, deseando que la agredan esos sonidos, otros, y que sustituyan a los ladridos del perro furioso que son como una martillada en el cráneo. Mira a la puerta de la calle. No hay ningún cartero acercándose al timbre con un sobre para ella. Nadie que la venga a buscar. Ningún familiar airado llenando el Citroën 11 Ligero con sus maletas. Ni rastro de un verano en familia en Gandía. Su existencia se está haciendo tan pequeñita, que ni siquiera se ha atrevido a preguntar a Isabel si por casualidad ha llegado nunca una carta de sus padres.

Sobre las diez menos veinte, Isabel se va despertando poco a poco y posa la oreja sobre la jaula de nuevo. Al no oír nada, prefiere no abrir, por si acaso Carmen se hubiera quedado dormida en un descuido. Abre el segundo cajón de la cocina. Por la galería interior llega el sonido ambiental de las familias que ya se levantan de la mesa después de cenar y terminan de comentar en voz alta la jornada. Alguna radio.

Y en la encimera de la cocina, mordiendo un Phoskito, le da por echarse a llorar. No es un llanto desesperado, ni mucho menos. Es como un desahogo largamente esperado e intuido, desde mucho antes de conocer a Carmen. Con la ruedita negra y blanda deshaciéndosele en la boca, Isabel llora con un golpe silente que le percute en el pecho. Llora tan modestamente que alguien a cierta distancia creería que está riendo en realidad. Tira a la basura el envoltorio, y sigue el curso de esta noche que parece una más como cualquier otra, pero que es de hecho una revelación. O más bien, la oportunidad de una revelación, contenida a través del tiempo, igual que el llanto de Isabel. En una noche aparentemente como otra, una de las primeras que trae consigo olor a verano, el futuro le manda una señal al pasado, que no es sino este presente en el que Isabel se ha acabado su Phoskito y vierte un bol lleno de sopa que cae por el desagüe. El presente en el que Carmen escapa de su dolor de cabeza mirando por la ventana de una habitación a puerta cerrada. Es esa señal, como certeza absoluta y plena, categórica, de que todo va a acabar muy, pero que muy mal.

Podría describirse como una neblina o vapor de tierra, que empieza a la altura de los pies, y que Carmen, a estas alturas, ya conoce bien. Lo siente como un estremecimiento, un malestar que invade la parte baja del vientre. Se da cuenta de que lleva mucho tiempo sintiéndolo. ¿Tal vez desde siempre? Pero es justo ahora, que se imagina a sí misma dentro de un coche, conduciendo por una carretera lisa y larga, y de repente *sabe* que tiene que dar un volantazo. Sabe que si no da, en ese mismo y preciso instante, un giro brusco de volante, la neblina que le envuelve los pies acabará con todo.

Carmen sale de la habitación grande y se escabulle en la

pequeña, como un estornudo de la noche. Se mete en la cama pequeña de Isabel, y se abraza con fuerza a su cuerpo. Isabel la envuelve entre sus brazos.

—Hola, bella durmiente.

—Hola, rubia. ¿No duermes?

—No. No puedo.

—Ya. Yo tampoco... —Carmen busca con la mejilla un trozo de calor en su pecho frío. Le rodea la cintura con las piernas.

Se quedan un rato en silencio, cada una con la mirada fija y puesta en su carretera, en su propia revelación de la que no les deja escapar la mente; sin saber que las dos son en realidad, el centro de una sola. Carmen separa un poco la cara de la piel helada de Isabel, y con ambas manos sujetas al volante, hace de repente un leve, pero valiente, intento de giro.

—Isa...

—Dime.

—Es..., bueno. Creo que..., me parece que ha llegado el momento de contarte algo.

Isabel clava la mirada en el parabrisas.

—Sé que he estado un poquito rara desde que he vuelto. —Las ruedas del coche pisan un poco la línea del carril contrario, con un balanceo inestable—. Es solo que... En el hospital... Donde estuve, Isa. Los médicos, y las enfermeras... Me hicieron algunas pruebas.

Le cuesta encontrar las palabras. No es fácil. Isabel cierra los ojos con fuerza y el coche se acelera. Carmen sigue sin soltar el volante.

—Me... Creo que quizás... Quizás no estoy bien. Quizás me han... fastidiado. ¿Y si hay algo en mi cabeza que no...? ¿Y si hay algo en mí que...?

El estremecimiento le despierta los brazos de golpe a Isabel, que le tapa la boca a Carmen, abrazándola más fuerte contra su pecho. Le coge la cabeza con firmeza, y hace que el dolor de la migraña le apriete. Pero es un dolor tan dulce entre las manos de Isabel...

—Shhhh...

—Pero ¿y si…? Quizás, quizás tendríamos que… Pedir ayuda, o… no lo sé, tal vez… No sé muy bien qué tenemos que hacer, pero ¿y si…?

El dolor de Isabel crece, se expande y se eleva, y ella se encoge, se contrae, se retuerce, se imagina otras manos tocando a Carmen entre sus brazos, zarandeándola, levantándole la ropa, atándola a una cama, pinchándole la carne, pellizcándole la carne, arañándole la carne. Se imagina unas manos que ahogan a Carmen en una bañera de agua helada. Que la drogan. Que la asustan. Que la hacen gritar, que la hacen tragar, que la hacen llorar, que la hacen temblar, que la hacen rezar. Manos de hombres y de mujeres sin rostro que desmiembran y rompen cada una de las partes de ella que había amado con el empuje de un corazón simple. Vivo. La punta de un crucifijo revienta en dos los ventrículos de ese corazón. Como ladrones anónimos tapados con pasamontañas, vacían una bandeja llena a puñados, se llenan con ella los bolsillos y desaparecen dejándola vacía. Sin llegar a saber nunca lo que han hecho. Sin llegar a saber nunca lo que se han llevado. Sin hacerse jamás la más mínima idea del daño inconmensurable que han causado.

—Quizás, si pidiéramos ayuda…

Y el llanto de antes en la cocina regresa. Isabel vuelve a llorar y la cabeza recostada de Carmen rebota y se moja. Sin hacer ruido.

Carmen desiste. Vuelve a poner el volante en la posición de siempre. Se agarra bien a Isabel, queriendo hacerle reaccionar con su abrazo de escasa fuerza. El coche se desliza de nuevo con normalidad.

Pasan las horas. Su llanto no ha cesado, unida estrechamente a la bandeja vacía de Carmen. Y ella, que sigue y seguirá lúcida hasta que amanezca, separa los labios de su pecho de nuevo, para hablar.

—Isa… ¿Tú te acuerdas de la fábrica aquella?

Quiere intentar recordar a qué se refiere Carmen y parar de llorar, pero no puede. Tampoco es que el llanto moleste, solo está

ahí, de fondo.

—Sí, cariño. Aquella fábrica abandonada que nos encontrábamos después de andar por las acequias. Una tarde tú apareciste en la puerta de mi casa con unos dulces, con un paquetito así. ¿Tú te acuerdas? Y caminamos de noche hasta allí, entre los naranjos... ¿Te acuerdas, o no?

Isabel asiente un poco, entre remanentes de sollozos.

—¿Y recuerdas qué te dije yo cuando tú me dijiste que...? —Isabel hace que no con la cabeza—. Sí, yo te pregunté algo así como..., que cómo ibas a querer vivir siempre encerrada, o escondida. Yo te pregunté eso, que cómo ibas a querer esa vida. «Encerrada», dije.

Los sollozos se vuelven a intensificar, avivados por la sensación de culpa que reviste el recuerdo de la fábrica. El rostro joven de Carmen lleno de dudas. El recuerdo de su propia determinación aquella noche. De su terco, terco enamoramiento.

—No, no, no, cariño. Que tú, me respondiste entonces: «Si tú estás conmigo, no me importa». Me dijiste algo así. Que si estaba yo, nada te iba a importar. ¿Y sabes qué te contesté yo? ¿Lo recuerdas? Porque yo sí que lo recuerdo.

Isabel hace memoria y deja de sollozar un momento.

—«A mí tampoco me importa.»

Carmen le besa el pecho con su pico de canario naranja. La respiración de Isabel se vuelve a hacer pesada, y se va quedando dormida. La neblina o vapor de tierra está extendida por toda la habitación como un velo suave y difuso y ya llega hasta la altura de la cama. Pero Carmen levanta la sábana y las cubre bien.

Las cubre bien a ambas, de los pies, a la cabeza.

—¡Isabel! ¡Eh! ¡Isabel!

Tarda unos segundos en darse cuenta de que la llaman a ella. En el rincón del muro de ladrillo, en ángulo opuesto a El Valeriano, las inconfundibles chicas de la Lois, fuman en corro. De entre ellas, Nadia levanta el brazo dentro de la nube de humo que les envuelve para llamar la atención de Isabel. Atolondrada por el calor, echa un vistazo rápido hacia la calle Reina, adonde estaba a punto de dirigirse a toda prisa. Sigue yendo a Silla para dar clases de refuerzo y particulares, aunque el curso haya terminado. Son solo cuatro días a la semana, pero los siente como si fueran ocho, porque los chavales más tontos están siempre más cansados. Tiene que volver a casa, pero el saludo insistente de Nadia no le deja más remedio que arrimarse a las chicas, con la cabeza encorvada y sujeta en su coleta baja. Llega al muro pisando el eco de alguna anécdota graciosa. Apenas se giran para recibirla, y se queda un momento en el limbo incómodo de estar al lado del grupo sin tener un hueco para entrar en él. Las demás están de pie, pero Nadia está sentada en su bici rosa, convirtiéndose en el centro de todas ellas. Aparta a dos chicas con los brazos para hacerle un sitio. El suelo está repleto de cáscaras de pipa que se le pegan a la sandalia. Isabel se da cuenta de que el perfume y las bicicletas de colores no son una exclusiva de su colega. Todas las chicas tienen aparcadas sobre la pared sus monturas de acero, fieles acompañantes, a cuál de ellas más personalizada, con los sillines forrados con cuero blanco o pintados de amarillo, de un color siempre distinto al cuadro, y pegatinas con nombres de otras marcas por todas partes. Llevan los babis blancos desabrochados por arriba, con las mangas atadas a la cintura y una camiseta de tirantes que muestra brazos y escote, enfrascadas en la labor de tostarse tanto como sea posible

con el exuberante sol de julio. Las chicas, frescas y duras a la vez, la miran de soslayo, todas con la barbilla un poco levantada y sin ninguna intención de dejar que su irrupción les haga perder el hilo de la conversación.

—*... el pots provar quinze dies, i si no t'agrada, el tornes amb el boletín eixe de la revista...*

—¿Enriqueta, puedes cerrar el pico un segundo? Un segundo, eh, ya verás que no te vas a morir, ni nada. Chicas; saludad a la maestra Isabel. Es amiga mía.

Enriqueta levanta las cejas, ofendida de pies a cabeza, y muerde una pipa con rabia. Escupe la cáscara al aire, cerca de la cartera de Isabel, que se la pega con más fuerza al muslo. No se había fijado en que tenía una niña delgaducha con un moño gigantesco al lado. La cría, que tampoco la mira demasiado, lleva el mismo babi, la misma raya de ojos y el mismo carmín llamativo que las otras, y es la portadora principal de la bolsa de pipas. Isabel saluda, tímida, y la niña —que por edad bien podría ser una de las de su clase— es la única que va a responder, pero se lo ahorra al ver que las mujeres no lo hacen, y vuelve a hundir la mano en la bolsa como si nada.

—Bueno, Isabel, ya ves que son todas unas malparidas, sin modales ni clase alguna (como te dije). Es que están todas criadas por cabras, por cabras y cabrones de Les Barraques. Yo soy una excepción, aunque mi madre también esté como una cabra. —Nadia le guiña el ojo—. ¿Quieres pipas? Ceci, dale pipas. Qué, ¿cómo andas? Arriba y abajo en tus cosas, ¿verdad? —Levanta un momento la barbilla, también, pero para señalarla—. Es que Isa es maestra.

—Bien. —La cría le ofrece la bolsa—. No, gracias. —Isabel suspira y se pone la mano en el bolsillo para sacar el paquete de mentolados. Los cuenta rápidamente con los ojos y luego alarga la mano al centro del corro.

—*Tooooooooca!* ¿Lo veis, chicas, como hay que ser un poco más educadas? Todas a dar las gracias.

Cada una de ellas pellizca un cigarro, también la niña, que coge uno antes de que pueda apartar la mano y suscita una mueca

de disgusto en Isabel. Hace una bola con el paquete vacío y se lo mete de nuevo en el bolsillo. Con orgullo recobrado, Enriqueta retoma el tema con las chicas que tiene delante.

—... Pues se ve que vale unas tres mil pesetas, pero por la revista lo venden por doscientas noventa y cinco nada más.

—Pero ¿eso no es más para que lo usen las viejas y eso?

—Justamente, Paca, si te esperas a que se te hayan caído las tetas, ya se te habrán caído. Tienes que usarlo antes de hacerte mayor, ahí está la importancia.

Las cuatro chicas miran de reojo a Isabel. Nadia acude en su auxilio.

—A ver, Isabel. Tú que tienes más experiencia. A ver qué opinas tú de esto. —Le alarga un trozo de papel tipo revista rectangular—. Es un aparato que te pones para agarrar las tetas, y te las *reconfirma* y hace más grandes. El *Seling*.

—*¡Sening!*

—¡De *senos*, burra!

El corro de chicas ríe a carcajadas con tal estallido, que Nadia se balancea sobre su bici, levantando los brazos y las piernas, cosa que hace que las risas vayan a más: «¡El *Sening*, el *Sening*!». Enriqueta le golpea el brazo con el puño cerrado, y ella se lo devuelve con un manotazo al aire que pretendía darle con fuerza.

—¡¿Qué pasa, que a tu primo el Rodolfo no le gustan las chicas con muchas tetas?!

—No, él dice que con dos le basta.

El estallido se convierte en explosión. La niña lanza la bolsa de pipas al suelo, carcajeando de forma exagerada y vulgar, con el moño dándole vueltas. A una chica que no sabe cómo se llama se le queda una cáscara rechupada en la barbilla y se la sacude con un grito. El corro es una fuente abierta de estridencias, de vocales y de pintalabios corridos. Isabel, que sostiene un trozo de revista con la imagen de una mujer semidesnuda y una especie de copa succionadora pegada a un pezón en la mano, está experimentando un estado máximo de malestar difícil de describir, también de explicar. Mira a las chicas con una sonrisa nerviosa y tirante, y alarga tímidamente el papel al centro del círculo para ver si a

alguien se le ocurriera por fin quitárselo de las manos. Las chicas siguen riendo, ignoran a Isabel, incómoda, ignoran las miradas lascivas de los hombres que salen puntualmente de la estación, ignoran los silbidos dirigidos a lo inadecuado de sus cuerpos, rebotando a cada espasmo, mojados de perfume y de sudor.

—Dejaos de esas tonterías, que luego no sirven. Yo os puedo conseguir barato un sujetador de cuerpo en tres colores que da los mismos resultados. —Nadia se dirige a la chica alta que tiene delante—. Tú dime qué talla gastas, Paca. Yo te lo consigo.

—Paca gasta la misma talla que un palo de escoba.

Nadia ignora las risas del resto y clava en Isabel su mirada negra de delineador.

—¿Y a tu marido, maestra? ¿Le gustan tus tetas?

Todas la miran ahora con curiosidad, y a Isabel le sube la mitad de la sangre de todo el cuerpo a la cara descompuesta. Empieza a tartamudear, como cuando tenía veinte años.

—Y-yo…, yo…

—No se podrá quejar…

—Y-yo n-no tengo marido.

Las chicas intercambian miradas de sorpresa, con los ojos como platos, sin saber muy bien si seguir riendo o ponerse a lanzar preguntas. Justo antes de que una chica sin nombre termine de decir «¿pero cuántos años tendrás tú?», Nadia vuelve a alzar la voz por encima del resto.

—Pues entonces no te hará falta el *«Sening»*.

Isabel oye los gritos de las trabajadoras de la Lois como si estuviera a mucha distancia («¡no como a Paca, que le pediremos dos!», «¡primero habrá que encontrar a uno que quiera tocárselas!»), y la imagen de un brazo que se estira y pellizca furtivamente un pecho pequeño le causa tal perturbación, que le provoca un ataque de tos incontrolable. Vuelve a ponerse roja como un pimiento.

—M-me tengo que ir…

—Me lo imaginaba. —Nadia la sigue escrutando con una mirada demasiado indescifrable y, por un momento, es como si cada cáscara de pipa que se parte entre los dientes de las demás

fueran instantáneas que le saca a su vergüenza, con sus pestañas largas y pesadas bajo el flequillo.

Isabel se aleja hacia la calle Reina con la cabeza más baja que nunca.

—¡Hasta otra, maestra...! ¡Ya te contaré cómo va con el tonto de mi primo segundo, que no ha dado tiempo de que te contase nada!

—¿Oye, y tú por qué no nos cuentas nada de tu primo a nosotras, tonta? ¿Es el de Granada?

—¡¿Qué os voy a contar a vosotras, víboras?! Víboras hambrientas, muertas de hambre.

Abre la puerta de casa sintiendo todavía el runrún de aquel mal rato. Se lava y seca con la toalla la cara varias veces delante del espejo del baño, medio confundida y medio contrariada. Las cejas se le han quedado pegadas en un gesto fruncido. No consigue saber por qué.

—¿Isa...? ¿Estás aquí?

Deja la toalla en el colgador.

—¿Puedes ir a decirles a los de abajo que hagan callar al perro?

Isabel se echa un último vistazo al espejo.

—Voy.

Carmen se mira la marca redonda del antebrazo. El mosquito que acaba de picarla surca la volatilidad de la cortina blanca. El aire la mueve generosamente, pero él insiste en quedarse cerca, pendiente de un nuevo sorbo de la sangre hastiada de Carmen.

Cuánto aburrimiento... La peluquería todavía no ha vuelto a abrir, y hace al menos una semana que Isabel se ha incorporado a la escuela. Para ella ha pasado volando; para Carmen, este ha sido el verano más largo de toda su vida. Y eso que nunca le han gustado las vacaciones.

Carmen saca la mano por la ventana y hace bailar los dedos entre la tela y la brisa destemplada de fuera, y el mosquito vuelve a acercarse a su piel. El acto fútil, estéril, de sacar una mano por la ventana; el mismo que hizo durante todo el viaje en coche al hospital, hará pronto nueve años. Aunque la mano es la misma, demasiadas cosas han cambiado, y recrea el mismo gesto sin acordarse ya de aquel día. Viajó hacia su nuevo destino por un campo sin arar —como su futuro— e hizo volar la mano por la ventanilla del coche que conducía un desconocido, libre por fin de amor y deudas, libre de Isabel y de su madre, libre del dolor del resto. Y se sintió deshacer, feliz. La velocidad y la impertinencia del sol deshicieron su ala convertida en una purpurina incorpórea. En el regazo, llevaba una lista escrita a lápiz.

«Para después de olvidar:

»Amparo. José Luis. Manuel. Carrer de Calvo Sotelo.»

El mosquito vuelve a darle un picotazo. Se levanta; ella también debería comer algo. En la cocina, un plato con merluza desmenuzada y la sopa descartada de anoche, preparada para recalentar en un segundo. Carmen da vueltas a la cazoleta, y flotando en la superficie se empieza a destacar una película de

grasa. Asqueada, quita la cuchara y vierte con cuidado el líquido y los fideos por el fregadero. Qué asco… Por lo menos, hoy el perro no ladra. Lleva sin oírlo desde agosto. Gracias a Dios. La espesura de su cena deslizándose por el desagüe la lleva a recordar el ruido de la tubería del baño. Este sí que lo oye; cuando se tumba en la cama de la habitación grande, cuando se sienta en el sofá, y cuando entra a la cocina. Lo oye siempre. Y ahora que no está el perro, todavía lo oye más. Ese sonido incesante, que a veces es como un chorro, que es a veces un goteo, y que, de entre los baños de todos los pisos que dan a la galería, había decidido quedarse en el suyo. Decide ignorarlo —como tantas veces le recomienda Isabel —, e irse a hacer otras cosas al salón.

Otras cosas.

Se tumba otra vez en el sofá. Hace muchísimo tiempo que la temporalidad de las horas perdió sentido. Podrían estar yendo hacia delante o hacia atrás; tanto da. Podrían pararse o saltar un par de años de golpe; tanto da. En el cojín del sofá en el que apoya la espalda, un pequeño charquito de sudor. Lo frota con el codo, avergonzada, como si hubiera alguien que fuera a verlo. Maldito goteo. Maldito goteo estúpido. El que hay en su espalda y el que viene del baño. Se muerde el labio con rabia.

«Hija, tienes que mirar de arreglar eso. Hace mucho que lo dejas pasar…»

—Déjeme, madre.

Pero camina decidida hacia el baño. ¿Cómo se va a dejar derrotar por una simple avería?

—Hay que hacer todo lo posible para estar bien en este piso, de una vez. Hay que adecuar las cosas para conseguir estar a gusto.

«¿Y por qué no has llamado a tu padre para que te ayude con eso? ¿O a Roberta, para que haga venir a Enrique?»

—Porque no puedo. Usted no lo entiende.

Carmen agacha la cabeza junto al inodoro y confirma una vez más que, si se fía de su más que desarrollado sentido auditivo, encuentra el origen de su tormento en la tubería que da a la ducha. Es que es allí, allí es desde donde sale. Ya descalza, mete los pies

dentro del polibán, seco y chirriante. Apoya uno en el asidero junto al grifo para poder elevarse sobre una pierna y agarrar de la parte alta de la tubería, que está pegada con fuerza a la pared. Da un tirón. Demasiado débil; la tubería no se mueve ni un milímetro.

—Madre, ¿y ni siquiera van a venir para mi cumpleaños? Ya es dentro de dos semanas.

Carmen palpa con los dedos a lo largo del tubo, buscando alguna pequeña pieza o tornillo, sin éxito. Vuelve a impulsarse en el asidero y a dar un nuevo tirón, esta vez, dejando caer un poco el peso de su cuerpo pequeño. La rigidez del tubo resiste, pero ha oído un prometedor sonido de rebote. Reconociendo un atisbo de victoria, se anima a volver a intentarlo. No; es culpa de sus dedos, le resbalan, son demasiado flojos. Es culpa de sus brazos, raquíticos de lo poco que anda comiendo estos días.

—Seguro que padre querrá llevarnos a merendar al Club Náutico. Querrá que aprovechemos el puente y lo celebremos todos en Gandía, ya verá. Se trata de mi cumpleaños. ¿Tan lejos queda Manuel? ¿Por qué no iban a venir?

Vuelve a tirar, apretando con fuerza los dientes y empujando hacia atrás con la espalda encorvada, varias veces. Le está poniendo todo su empeño.

«Porque no podemos. Ahora eres tú la que no lo entiende.»

Carmen suelta un quejido de impotencia. ¿Cómo es posible que no vaya a poder ponerle solución? Allí subida no puede hacer suficiente fuerza, no tiene dónde apoyarse. De repente se prende una idea en su cabeza migrañosa. Se quita el camisón blanco y lo pasa por debajo de la barra. Así, asiendo de ambos extremos del camisón, podrá ejercer mucha más presión contra la tubería. Agarra con fuerza la tela blanca y tira, tira hacia afuera con ambos brazos.

El chorro a presión la tira al suelo. Al manar el agua sobre el polibán le han resbalado los pies y ha caído de espaldas. Ha sido todo muy rápido. El tubo continúa sujeto al grifo por la parte de abajo, pero el otro extremo lo tiene roto entre las piernas y tras un momento de euforia y adrenalina, se da cuenta de que está tragando mucha agua. ¡Y tanto que había un goteo! ¡Por supuesto

que había un goteo, y si no lo sabía ella! ¡Lo sabía desde el primer día que pasó en esta casa! Quita el camisón empapado de debajo del chorro frenético. Se queda mirando como el agua se esparce por todos lados, desnuda junto al espejo, respirando con agitación, y espera pacientemente a que lo que provocaba el goteo termine de drenar. Pero el chorro no se agota, ni siquiera disminuye, y continúa mojando con fuerza la pared del baño y hasta el suelo. Su insignificante cuarto de baño se ha convertido de repente en un manantial exuberante, complacido de que al fin hayan arreglado su problema.

Debe ir secando el agua. Con la toalla no será suficiente. Arranca y tira la cortina de la ducha. Luego corre, empapando el pasillo, y quita de la cama el edredón de la nube azul muy resueltamente. El polibán traga tanta agua como puede, pero casi se derrama, y como el chorro ni cesa ni amengua, tiene que extender el edredón en el suelo. Lo cubre casi entero, pero no puede sorber toda el agua. Arrastra el edredón pesado hasta la pila de la cocina y allí lo aprieta con toda la fuerza que puede contra el desagüe, golpeándolo con los puños. Vuelve al baño para repetir la acción unas cuantas veces.

Madre mía, qué barbaridad de agua había en la avería. Es increíble lo que encierran los sonidos, y hasta dónde pueden llegar si no los escuchas. Carmen se deja caer sobre el edredón. Ya llevará saliendo por lo menos una hora, quién sabe, una hora atrás, una hora adelante. Agotada, mira al techo como una náufraga sobre los restos de una balsa. Por debajo de la rendija de la puerta, un charquito se empieza a desplazar hacia el pasillo. Debe detenerlo. Se levanta con dificultad, le duele la cabeza de haber andado tanto de un lado a otro. Quizás debería irse a dormir y dejar que el chorro se detenga solo. Pero el ruido no la dejará descansar... Se queda un momento parada en el salón, mirando a un lado y a otro sin saber qué hacer. Se está empezando a estresar. «Todo esto no está pasando. Que pare, por favor que deje de salir agua, que hagan el favor de parar la avería, que pare, por favor que pare, que se sequen las cosas otra vez...»

«¡Vístete!»

Coge el vestido seco del armario, con un latido bruto pegado en la frente, y de repente se ve, delante de la puerta de casa, con la mano en el picaporte. El pelo le gotea sin parar, pero, valiente, envuelve la manija con los dedos. La puerta cede fácilmente. Carmen se queda mirando el descenso umbrío de la escalera de tres pisos, en absoluto silencio. Se va a morir. Como no se tome pronto las pastillas, es evidente que se va a morir.

La caja metálica amarilla y grande al lado de la puerta destaca como un elemento tan inusual y extraño, que durante un momento Isabel se pregunta si es que no acaba de abrir la puerta de una casa equivocada.

Hay agua por todas partes. Sale del suelo de la cocina una cola azul y larga, que reconoce enseguida como el edredón de la cama grande, empapado. Antes de que le dé tiempo a dirigirse hacia el pasillo, Isabel vislumbra al fondo una silueta que llama con insistencia a la puerta de la habitación grande. Se le cierran los puños, alerta. Es un hombre. Hay un hombre en su piso.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡¿Q-quién es usted?!

La voz alterada de Carmen se oye desde dentro del cuarto.

—¿Isa? ¡Isa, dile que se vaya!

El hombre alto y moreno se le acerca, a contraluz. Lleva un mono azul abrochado a la cintura y el pelo largo y mojado.

—Pero bueno, ¿me van a pagar o no me van a pagar? ¿Eh? Porque llevo toda la tarde ahí metido, y ahora la señora me dice ¡que me vaya, y que me vaya! Y que no me va a pagar. Y ya le digo que yo no remato una faena si no…

—¡Carmen! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Isabel intenta poner una voz grave, pero se le arremanga en el cuello como un chillido. Se abalanza sobre la puerta, con la mirada fija en la rudeza de aquel desconocido, tan pegado a ella, en aquel intruso que se mete en su baño, y empieza a recoger una pila de herramientas, refunfuñando y haciendo mucho ruido.

—No entres Dile que se vaya y no entres —grita también Carmen, provocando que el hombre refunfuñe aún más indignado, y que un «loca» se distinga entre su trasiego.

El hombre aparta el palo de la fregona y embute con rabia las

bambas sucias en la bañera blanquísima. Isabel se mira los pies, encharcados igual que el suelo del baño. Está todo hecho un absoluto desastre.

—Le digo que yo no me voy de aquí hasta que...

Intenta dirigirse con calma al hombre que la mira con los brazos cruzados dentro del polibán de su lavabo.

—P-por favor, ¿puede explicarme q-qué ha pasado?

—Que ¿qué ha pasado? Que la señora de la habitación me ha llamado diciéndome que no dejaba de salir agua de su baño, que salía *mucho* agua, y madre si salía agua. Si estaba reventada la tubería principal. Yo he llegado en cuánto he podido, que hoy es día de faena y...

—¿Y..., y qué?

—Pues he cerrado la llave de paso *pa* empezar, que ni eso había hecho, y me ha dicho la señora que se había resbalado de la ducha. Que le he dicho: «Señora, esto no es de un resbalón, eh. Usted ha hecho aquí un destrozo que *pa* qué». Que yo he visto de todo. Y yo ya le he dicho de entrada que barato no sería. Si me he tenido que ir al taller a por los materiales y todo. Y he tenido que picar para encontrar el tubo roto por dentro, y soldar, así que... ya me dirá. Ya me dirá.

—¿Y c-cómo le ha abierto? ¿Es-está bien? ¿Estaba...?

«Desnuda», la mente desnortada de Isabel quiere saber si Carmen le ha abierto la puerta con algo de ropa encima, si es que salía de la ducha, pero..., pero no se atreve a preguntarlo.

El corazón se le va a salir del pecho.

—Pues yo qué sé, señora, yo me he puesto a trabajar. Cuatro horas o cinco llevo aquí metido. Toda la tarde. Y entonces la señora se ha metido en la habitación y se ha puesto a gritarme que me fuera. ¡Que me fuera, eh!

—Y-yo le pagaré. Yo le pagaré.

—Mire. Si es que..., mire.

El hombre aparta la cortina rota del grifo para enseñarle de lo que habla. Isabel, pálida del estupor, observa el agujero abierto en la pared azul, con una tubería de cobre sobresaliente.

—Ya le he dicho a la señora que esto, un resbalón, no es,

que…

—¿P-puede terminar usted el trabajo y ahora mismo vengo?

—¿Terminar? Yo ya he terminado, señora. Tendrá que llamar a un albañil que le cierre esto. Yo recojo ya mis cosas*, i ja li avance que són unes cinc mil pessetes, eh?*

Isabel pasa por alto la cifra, incapaz de retener ahora esa información. Abre la puerta de la habitación con un asentir ausente.

—Carmen…

—¡No entres…!

—Tengo que entrar.

Carmen se sobresalta dando un respingo sobre la cama. Está sentada en un rincón del colchón desnudo, con una expresión mitad de horror, mitad de orgullo. Sigue los movimientos de Isabel sin moverse, solo con los ojos.

—Este hombre no se quiere marchar, Isabel. Le he dicho muchas veces que…

—¿Qué ha pasado en el baño? Pero ¿q-qué coño ha pasado?

—Pues que había una avería. Y la he arreglado. Pero era una avería muy grande, y…

Isabel libera un alarido repentino.

—*Cinc mil pessetes, Déu meu. Cinc mil pessetes. Me cague en… T-tu tens idea del que són cinc mil pessetes? Déu meu, però com…?*

Carmen se ha vuelto a asustar con el grito. Isabel camina de un lado a otro de la habitación, haciendo aspavientos. Claro que no sabe lo que son cinco mil pesetas. Es más, tampoco le importa. En su casa nunca se ha hablado de dinero, ni falta que hace hablar de una cosa así. Los gritos de Isabel le causan más dolor en la cabeza y la están poniendo nerviosa.

—Ese… hombre no se va a marchar hasta que… *Cinc mil pessetes!* Eso es…, es la mitad de todos mis ahorros, es casi… Y… ¿Q-qué voy a hacer? Y el baño, el baño está…

Isabel sale de la habitación, enajenada, dejando a Carmen a solas y la puerta de la jaula abierta de par en par. La puede oír manteniendo una conversación desde el salón con el fontanero. «La mano de obra… tres mil pesetas. Material… Quinientas veinte

pesetas. Pago transporte...»

Una mano saca de debajo del pilón de mantas de invierno del armario del cuarto pequeño la caja de los ahorros, sintiendo la liviandad de su contenido y el peso entero de la situación. La vuelve a esconder, dejando dentro un montón demasiado delgado de billetes.

Las dos pasan varias horas intentando evitarse. Isabel ha tendido bien la ropa mojada, ha fregado el piso... y ahora limpia las encimeras en la cocina y hace paquetitos de pechuga de pollo bien racionados, a congelar por días de la semana. Intenta calmar la angustia a través de —más— cansancio físico y recurre a cifras imposibles y estrategias de ahorro compensatorias en su cabeza. Carmen ha salido de la habitación y está sentada en el sofá, como la majestuosa señora de la casa que es. Mira por la ventana con porte digno y el vestido todavía húmedo. Cada vez que respira, la cabeza se le estruja como un trapo, pero la mantiene, aun así, bien erguida.

Llena de ansiedad, Isabel rompe el silencio de una vez. Una voz forzadamente despreocupada sale desde la encimera:

—Por lo menos podría haber aprovechado para mirar los plomos de la cocina. Eso sí que nos habría venido bien...

Carmen no se ríe.

¿Será esto? ¿Así que es esto, esta es la pantomima de la que le ha tocado formar parte? ¿Es esto lo que su vida ha acabado siendo, después de todo?

Isabel sigue cortando y congelando pollo. No hay refugio para el desdén de Carmen; casi puede oírla pensar. Al final sale al salón, poco a poco, inclinada al ambiente de hostilidad que invade, sin piedad, todo el piso.

—Es..., es que me cuesta mucho poder hacerlo todo. Necesito poder estar un poco tranquila y saber que estás bien cuando estoy en el cole. Si yo no sé que estás bien, me...

—¿Te cuesta mucho?

Se le corta un poco el aliento.

—N-no, no quería decir que me cueste, no. Si tú me lo pones muy fácil. Es-es solo que no puedo estar en todos lados, y tampoco puedo sacar algo extra dando clases particulares, porque no quiero que estés sola, y el dinero se...

Carmen siente los golpes retenidos en la cabeza, llenos de furia contra ella. Los catálogos llenos de productos que redondea a lápiz durante horas, la ropa de temporada de otoño que escogió con tanto mimo para ella, aquel jabón Lux que anuncia una actriz italiana cuya espuma dicen que suaviza tanto la piel. Los dentífricos Close-up de dos sabores; menta para Isabel, fresa para ella. Las notas en los bordes. Y cómo Isabel los ha ido tirando a la basura uno a uno, olvidados, ni tan siquiera hojeados, como si lo que ella quiere no importase. Como si tuviera que conformarse con pasar los años convirtiéndose en un objeto más de la casa, sin deseos, sin ideas. Mientras ella sale y vive su vida. Mientras ella sigue saliendo y vive cada día la vida que le ha robado.

—Pero está todo bien, ¿lo ves? Estamos bien.

«Mírala... Cómo te ha hablado. Si lo llega a ver tu padre, le habría cruzado la cara de un guantazo.»

—*Ahora* estamos bien. Antes teníamos una avería.

Isabel se revuelve en su sitio, desmoralizada. El pantalón de pinza se le pega a la cintura, se tensa, le oprime.

—N-no sé si antes me he explicado del todo bien. No estoy enfadada. Me alegro mucho de que hayas... arreglado el problema del agua. Pero que hayas salido de casa, sin que esté yo para...

—Tendré que empezar a cuidar de mí, si tú no lo haces.

Isabel no sabe si lanzarse al suelo o a sus brazos, incapaz de soportar tanta frialdad en la mirada enrojecida de Carmen. ¿Es consciente de lo devastadora que está siendo?

—La próxima vez estaré más atenta.

Se pone a hablarle de números, de los costes del piso y de la comida, de la luz, de que «quizás va siendo hora de plantearse algunas cosas», de los complementos bajos a su sueldo, del funcionariado de nivel B, ¡de la inflación!, como si fuese una discapacitada. El timbre de la puerta interrumpe semejante despropósito. Isabel se pone a hiperventilar como la cobarde que

es, y le tiemblan un poco las piernas cuando se levanta a abrir. Echa un vistazo por la mirilla.

—Óscar.

«¿Óscar? ¿Quién demonios es Óscar?» Isabel abre la puerta apenas un palmo, se emplea a fondo para interferir con su cuerpo en el campo de visión del vecino del segundo. Él emplea una voz tranquila, pero segura.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Has tenido un escape, o...?

—No ha pasado nada, ya está solucionado. Mi...

Isabel se toma un segundo para soltar la palabra.

—Mi prima se ha resbalado cuando yo no estaba.

—Pues, Isabel, tengo una mancha, ¿eh? En todo el techo del baño. Si no se va, voy a tener que pedirte que me llames a un pintor. ¿Lo entiendes, verdad?

Isabel se deshace en disculpas, haciendo malabarismos con las piernas para tapar la visión extravagante de los ojos rojos de Carmen, inyectados en sangre y odio.

—¡¿Y qué pasa con su perro?!

—Solo hoy. No te lo vuelvo a pedir más. No te vuelvo a pedir nunca nada más.

Las gafas de Julià, sucias de huellas de dedos y polvo, no se desvían de la bandeja llena de gelatina en la que calca las fichas, con un dibujo del mapa de España cuyas capitales están por rellenar. Los chavales pasan corriendo por el pasillo de fuera, gritando.

—No puedo, no.

El trato indiferente entre los dos maestros de séptimo ha ido tendiendo con el tiempo hacia el rechazo, por parte de Julià. Aunque Isabel podría haberse esforzado por revertir su irritación en un sentimiento de empatía, de comprensión, tal vez, y construirse una coartada firme, una historia cimentada posiblemente en una situación familiar complicada —o incluso haber hecho hincapié en su deseo de asistir a aquellas asambleas de vecinos por las que Julià mostraba tanto entusiasmo meses atrás —, la inteligencia no le da para más que para seguir haciendo presión sobre la tan bien entrenada paciencia del joven maestro. De hecho, ni siquiera recuerda ahora las asambleas aquellas, en las que su compañero esperó, sin éxito, encontrarse con ella los primeros viernes por la tarde. No recuerda nada de nada, vive con la imagen del desdén diario de Carmen estancada dentro de la cabeza.

—Solo hoy. Te devolveré el favor. Vigilaré tu clase cuando lo necesites. Puedo juntar las clases cuando...

—Hay que evitar a toda costa tener a cuarenta y siete niños en un aula, Isabel.

Julià no lleva nada bien hacer el papel de comisario de la autoridad. Le molesta tener que actuar como el subordinado dócil

que va defendiendo los preceptos de Alfredo entre compañeros. Pero incluso los más buenos, tienen su límite. Él sabe que, igual que con los chavales, hasta los más buenos tienen que poner, de vez en cuando, un límite. Cuando el alumno conflictivo se siente demasiado a gusto contigo, es útil un negativo a tiempo para bajarle los humos. Es algo que quiere ir poniendo en práctica, especialmente este curso.

Un suspiro hondo le provoca a Isabel un pinchazo en el pecho. Hace tiempo que siente dos fuerzas muy distintas conviviendo ahí dentro. Por un lado, un agotamiento pesado que lo ralentiza todo, y, por otro, la intensidad de un estrés feroz, que lo acelera. Se pasa los días sumida en unas terribles ganas de dormir; nada más sienta el culo en el escritorio frente a la clase, o se para un minuto en el sofá del salón, o si le da por apoyar la cabeza en una de las barras del tren, siente como, al momento, su cuerpo se somete al sueño. Pero al cabo de un par de minutos, la aparición mordaz del estrés, como un relámpago eléctrico, la despierta de golpe. Las dos fuerzas comparten diariamente un espacio insuficiente. Y son una combinación tan incómoda como la de los dos maestros de séptimo frente a la bandeja de calcar.

—Calcaré todas tus fichas. Durante el recreo, puedo calcar tus fichas, todos los días. Hoy tengo que irme antes. Mi..., mi prima, está... —No termina la frase.

—Mire, Isabel. De verdad que lo siento. Mi mujer está a punto de dar a luz otra vez. ¿Sabe? Y quiero que estudie y se saque las oposiciones una vez llegue el crío. Porque ella también tiene derecho a estudiar. Lo que le intento decir con todo esto es que todos tenemos nuestros problemas.

Julià pasa un trapo húmedo por encima de la bandeja y apila un montón de fichas perfectamente calcadas. Mucho más perfectas que las que suele calcar Isabel.

No debería haberlo hecho. No debería haber cerrado la puerta con llave. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría hacer una cosa así? No debería haberlo hecho. Ha salido de casa y ha cerrado la puerta con llave por fuera. Y se ha marchado. Sin más. Con las dos fuerzas trajinándole dentro, impidiéndole actuar con racionalidad,

Isabel le ha dado dos vueltas a la llave y se la ha metido en el bolsillo. Ya en el tren ha sentido como si se acabara de cavar su propia tumba, y ahora la fuerza del estrés está descontrolada y necesita volver a casa. Necesita volver, atravesar urgentemente el espacio y estar en el carrer Nou ahora mismo. Lo necesita.

Julià sigue poniendo fichas y más fichas en la pila, intentando con eficacia no ceder ante la súplica y el terror que hay calcados en la cara de la maestra. Pero aunque le apetecería hacerlo, se abstiene de preguntarle si ya consultó con Alfredo esto de irse todos los viernes antes de terminar las clases, y si es que pretende seguir haciéndolo como si nada. Se pregunta si el director se habrá dado cuenta de todas las veces que dejaba a los chavales alborotando y saliendo al patio antes de tiempo.

—Te lo pido solo por hoy. Por favor, Julià. Por favor.

En la mente de Isabel, Carmen está golpeando la puerta de casa para salir. En la mente de Isabel, Carmen está gritando auxilio por la ventana que da a la calle. En la mente de Isabel, todos los vecinos están hablándole a Carmen desde el patio interior. Carmen discute con todos ellos. En la mente de Isabel, todas las cosas están yendo todo lo mal que siempre acaban yendo para ella.

No. Habría llamado. Le dijo a Carmen que a partir de ahora llamase a la escuela si volvía a haber cualquier problema. Si pasaba cualquier cosa. Solo en ese caso. Y Carmen la escuchó. Enfundada bajo el edredón azul, enfadada con ella, llena de rabia contra ella, pero la escuchó. Está... casi segura de que le dejó el teléfono apuntado sobre la mesilla. Está casi...

Desde su aula no podría oír el teléfono del despacho de Alfredo. El único teléfono de la escuela está en su despacho. ¿Y si ya ha llamado? ¿Y si Alfredo no le ha dicho nada? O lo que es peor: ¿Qué le habrá dicho Carmen a él? Le atraviesa un mal presentimiento de arriba abajo. Los chavales son demasiado ruidosos, no consigue que la respeten. No tiene la fuerza que hay que tener para hacerse respetar sobre ellos —nunca la ha tenido—. No oiría el teléfono. No lo podría oír. Los chavales no la dejarán hacerlo.

Se descubre caminando hacia el despacho de Alfredo. Ha

salido sin terminar la conversación con Julià, todavía molesto porque lo ha puesto en un aprieto. No debería haber cerrado con llave. Con *la* llave; la única que existe. ¿Por qué demonios estará haciendo las cosas tan mal? La puerta del despacho está abierta, e Isabel pasa por delante justo cuando Alfredo acaba de colgar el teléfono. Se queda parada en medio del pasillo, en una disociación total de espacio y tiempo. Alfredo la mira desde el escritorio, esperando a que diga algo, pero Isabel, tan apabullada por todo lo que podría estar yendo mal y todo lo que no está en sus manos, no consigue montar palabra. El director espera, dispuesto a invitarla a pasar, y poco a poco se dibuja la inquietud en su rostro solícito y sereno.

—Isabel... ¿Se encuentra bien?

Isabel asiente, con una risa nerviosa que se le retuerce dentro, como la llave que ha girado dos veces antes de salir. Si Alfredo deja la puerta abierta, es probable que pueda oír el teléfono, si suena.

Pero no debería haber cerrado. No debería haberlo hecho.

Se había acostumbrado a la estructura de la tortura. Desde hacía mucho tiempo, desde aquellos meses previos a ingresar en el hospital, cuando se destapó todo lo de Isabel. Durante aquellas espeluznantes e insoportablemente largas semanas en la casa de Gandía con su madre, Carmen pudo experimentar de primera mano la estructura del martirio. Ella sufría, y sufría mucho, pero podía avistar siempre un final al otro lado de aquel sufrimiento. Entonces lo vio claro cuando el párroco de Gandía les habló del hospital. Allí era donde acabaría todo, y era necesario aguantar hasta llegar a ello. Hubiera aceptado cualquier destino que la hubiera alejado del dolor de su madre, del disfrute maquiavélico de su tía Nieves y de la culpa. Y aquel destino existía; era real y llegó, tal y cómo el párroco les había prometido. También en el hospital, todos y cada uno de los días tenían una estructura de tortura. Las horas de descargas por las mañanas, los almuerzos y cenas teniendo que ingerir —a veces a la fuerza— alimentos irreconocibles de repulsivo olor, tardes enteras rodeada de caras deshechas y tan parecidas a las de la muerte. Las duchas heladas bajo la mirada inmoral de enfermeras y enfermeros. Todas aquellas cosas terminaban en cuanto se tomaba las pastillas. Siempre una pastilla compasiva que apaciguaba el dolor, neutralizaba el sufrimiento, detenía de verdad el tiempo. Esos momentos de horror eran soportables porque —aunque es cierto que tenían un comienzo— llegaban siempre a una terminación. Como un pez al que llevan de la cubierta asfixiante de un barco al alivio del agua. Tras la asfixia, oxígeno. Tras el oxígeno, asfixia. Con la boca clavada siempre en el anzuelo que hace que puedan llevarte de un sitio al otro con solo mover el brazo.

Pero ahora… Ahora siente que no está clavada a ningún

anzuelo, pero que se ha quedado estancada fuera del agua, en la cubierta. Se ahoga. No consigue ver a qué final puede llegar todo esto, qué forma tendrá lo que le va a causar por fin el alivio. No mejora por sí sola. Muchas veces se imagina hablando con el médico. Le pide algún tipo de consuelo, le explica tan calmadamente como puede sus síntomas; más de un año de sudores, de temblores, el dolor que va a más, su irascibilidad con los ruidos, y con Isabel. Espera cada vez una respuesta suya, una clave, que siempre se disuelve antes de tiempo y nunca llega a poder oír. Si solo alguien, una sola persona, pudiera corroborar que esto se iba a terminar... Podría soportar cualquier cosa si así fuera. Podría soportar la ausencia de Isabel (incluso cuando está efectivamente a su lado) o seguir viendo como su infelicidad le va deformando día tras día la espalda. Es como si alguien la estuviera presionando hacia abajo. Un pulgar enorme e invisible que la chafa desde la cabeza. Desde el día que se reencontraron en aquel bar de la estación, se dio cuenta de que Isabel se había ido ensanchando hacia los lados, solo un poco, y que el cerro que tenía en las cervicales estaba algo más encorvado, cada día más que el anterior. También podría soportar los ataques de migraña o las noches enteras sin pegar ojo, las podría aguantar. A veces se siente incluso con más fuerza que Isabel para soportar todo eso.

Se ha vuelto resistente, después de todo. Inmortal, tal vez.

Muchas tardes de hastío se hace algunas preguntas, de aquellas tramposas en las que solo se adentra la gente que no tiene otra cosa que hacer. Se pregunta qué hubiera sido de ella si no hubiera conocido nunca a Isabel. ¿Habría sido feliz? ¿Había sido feliz, alguna vez? Reflexiona con la mirada divagando por la ventana. Isabel llegó a su vida con la crueldad de la esperanza. Ni siquiera es capaz de recordar quién era antes de ella. Tal vez solo una niña, aunque una parte de ella sabe que eso, no lo había sido jamás. Lo más fastidioso de la vida es que nunca te deja verla en otras combinaciones. Solo puedes ver una: este piso, ahora, vacío y solitario después de unas Navidades igual de vacías y solitarias. Un perro ladrando, ladrando sin parar.

Sí que recuerda vagamente sus deseos y la forma que tenían.

El deleite de guiar a las niñas alrededor de su pequeño mundo, el placer de leer libros, historias de vidas que jamás iba a vivir. Alguna vez remota había fantaseado con la idea de convertirse en escritora y escribir un libro sobre su madre, para hacerla permanecer en el mundo más tiempo, aunque fuera de una forma un poco complaciente. Su inocente satisfacción de pertenecer a una familia y el deseo contradictorio de no pertenecer a nada ni a nadie. Le gustaba la gente, también… A partir de allí, ¿quién ha escrito su historia? ¿Quién ha sido? Debió ser alguien que buscaba el amor. Ella no lo había buscado nunca, o no tuvo la sensación de haberlo hecho. Llegó Isabel y desde entonces, no sabe muy bien si empezó a vivir su propia vida, por fin, o la de Isabel, o ambas empezaron a vivir la que alguien se había puesto a escribir sobre ellas. Ni siquiera sabe qué había hecho Isabel durante los ocho años que estuvieron separadas, ni siquiera sabe si había querido a otra persona, si es que eso es posible, o por qué motivo decidió volver precisamente al sitio del que se había marchado, tiempo antes de que se conocieran.

Pidió al enfermero llamar uno a uno a todos los colegios de la provincia, emocionada y temblorosa. El enfermero le devolvió una expresión del todo apática, ignorante de lo que aquella llamada significaba, tras una pausa tan larga y peligrosa de la vida real. Aquella llamada podría haber puesto el punto final a su historia que ocho años de tortura no habían logrado poner.

Fue muy rápido. «Isabel siempre va a los sitios donde no se la quiere.» Había vuelto a su casa, o al lugar que en algún momento fue su casa, y no supo reconocer si eso le parecía cobarde o, por el contrario, lo más valiente que había hecho nunca nadie. Y había insistido también, en convertir este piso en una casa para ella. Lo intenta cada día, quiere que se fuercen a compartir familiaridades, procura demostrarle con poco convencimiento que ella es suficiente. Al fin y al cabo, hace lo que siempre le prometió. Serlo todo. Así es ahora. ¿Por qué no es feliz, entonces? Ha vuelto, ahora le toca a Isabel cumplir con su parte prometida, y no lo está haciendo. No lo está haciendo.

La odia. ¿Es posible que la persona que más quieres sea

también la que más odias? ¿Tan parecida es la estructura del odio a la del amor? ¿Tan simples y equívocos creó Dios los sentimientos? Quizás lo que siempre había querido Isabel era una familia. ¿Por eso ya no la toca? ¿Por eso ya no insiste en dormir en su cama, porque es una familia lo que quiere en realidad? Lo más cruel que puede hacer alguien es quedarse dormida cuando tú no lo haces. Desaparecer, acceder a otro mundo cuando por el contrario tú no puedes. A veces la memoria le juega una mala pasada, y viéndola dormir, Carmen se alimenta del recuerdo de la Isabel del pasado. Se regocija en aquellas imágenes tan contrapuestas a la persona que está tumbada a su lado. Isabel riendo, con la mejilla levantada solo hacia la derecha. Isabel mandando, enfurruñada. Isabel abriendo los brazos frente al viento que las llevaba de paseo. Isabel introduciendo la lengua en todas sus cavidades. Un ser libre y desprendido que le parecía que surcaba las escuelas de la provincia y que se había prendado justo de ella. Una casualidad trascendental. En aquella revisitación del cuerpo de Isabel que la hace estremecer de placer, no es capaz de verse a sí misma a su lado. Cuando piensa en la imagen que Isabel podría conservar de ella en su recuerdo, tan bonita, se obliga a parar, muerta de vergüenza y culpabilidad.

Tal vez aquello no era libertad, sino la irresponsabilidad de la que no tiene nada que perder. Isabel está tan sola, que prefiere a Carmen en esta versión, casi inhumana, casi rota, que en una forma en la que no la podría tener. ¿Nadie ha pensado en qué hubiera pasado si se hubieran separado a tiempo? Tal vez un reencuentro fortuito en cualquier rincón del país tras veinte, o treinta años. Se cruzarían. Cada una estaría inmersa en su nueva vida, y ella iría acompañada, tal vez de un marido, tal vez de un niño. O no, mejor dicho, de un muchacho adolescente con la marca de su genética en los ojos, marrones como un cascabel. Bien vestida para ir a misa, o tal vez compartiendo una horchata con las amigas en un breve receso de una vida dedicada a la familia y al hogar. Se cruzarían, y centrados los ojos en adónde van o de dónde vienen, dudarían un momento al principio. Pero luego lo sabrían bien. Nuestros ojos viven siempre esperando a encontrarse con

quien más hemos querido, aunque no lo sepamos.

Isabel.

Se pondrían al día enseguida, sin entrar demasiado en detalle. «Estoy de paso.» «Por poco no te reconozco.» La timidez fiel al pasado y todos los reproches diluidos en el paso de los años. Después, cada una en su casa y en su vida, una sonrisa suave, fruto del rastro del encuentro. Del rastro de aquel amor único, tal vez lo único cierto que les había ocurrido en la vida, después de todo. Y se irían a dormir con el sentimiento de la nostalgia, este sí, de una estructura distinta tanto a la del odio, como a la del amor. Inconfundible por dulce, aunque algo incómoda si se abusa de ella. O tal vez nada de eso. Tal vez el encuentro sería a distancia, a través de una carta, o una postal. El arrebato de escribir a mano cuando se percibe el final. Carmen anciana, meciéndose en un sillón. De repente, un mirlo distraído se posaría sobre el marco de la ventana, como una señal. Le pediría a su nieta que trajese algo con lo que escribir, deprisa.

Pero no. Todo eso habría sido demasiado difícil para Isabel. No habría podido soportar verla desaparecer por segunda vez. Aquel encuentro le hubiera quemado las pupilas y se hubiera vuelto a casa dando tumbos, afectada, perdida. Aquella postal la habría llevado a buscarla recorriendo el mundo entero, jadeando, fumando, aunque fuera vieja, chocha o jorobada. Sí que será cierto que al final, de las dos, ella es la más débil.

No. Isabel no habría parado hasta conseguirlo. Hasta conseguir que Carmen acabase igual que ella. Como está ahora mismo: sola. Sin nada que perder, y sola.

Para Isabel el amor lo justificaba todo. El miedo, el dolor, la enfermedad. Hasta el silencio y el odio. Destrozarse las vidas. Vivir miserablemente. Encerrar a Carmen con llave antes de marcharse. Cuando Carmen desapareció, Isabel discutió y discutió con su amigo Antonio por teléfono. Lo llamaba cada tarde, gastándose todos sus ahorros en llamadas de larga distancia a Londres. Apretaba los puños y gritaba (pues el amor tiene la misma estructura que el odio).

—¡¿POR QUÉ, ANTONIO, POR QUÉ?!

—Ya lo sabes, Cántaro, ya lo sabes... Si hubiéramos nacido en otra época...

—¡Pero es que hemos nacido en esta! ¡Yo solo quiero vivirla...! Hemos nacido en esta... Y yo solo... yo...

Todo se había ido complicando.

Y ahora, que las cosas están más complicadas que nunca, ahora que no hay dinero, ni salud, ni futuro, ni armonía, Isabel se sigue acogiendo a aquel amor, como una necia. A aquel amor que ninguna de las dos consigue recordar a penas, para justificar su más absoluta desdicha. Y las tardes todavía frías, heladas, de invierno, que Nadia la sigue de la estación hasta casa, cabalgando su bici rosa, y le habla una vez más de su primo —el tal Rodolfo aquel—, Isabel vuelve a apretar los puños.

—Creo que me he enamorado. Tú no me entenderás, porque tú no estás casada. Pero... me estoy enamorando de ese tonto del culo, que es un pendón, y encima es familiar mío. No sé qué hacer, mi madre me va a matar de verdad. Yo misma me daría una buena tunda, sí. Pero es que cuando te enamoras... ¡no lo puedes evitar, todo se pone del revés! Tú no lo entiendes y por eso me miras con esa cara, maestra.

La cara de Isabel es de pura extenuación. Nadia no sabe lo absolutamente superficial que suena toda aquella historia. Lo secundaria y edulcorada que sonará siempre a su lado. Si conservara la fuerza que tenía, Isabel le respondería igual que lo hizo a Antonio por teléfono. Le diría que *ella*, aburrida, gris y pálida, ella, la invisible, *sí* que ha conocido el amor verdadero. Aquella mujer que solía sentarse en la última mesa de la esquina del bar de la estación, aquella de los cigarros y el café gratis, le podría decir unas cuantas cosas de lo que es enamorarse. Ahora es gris porque conoció el amor de verdad, y sostuvo aquel tesoro entre sus manos de maestra pobre. Nadie pudo verlo, nadie jamás escribirá sobre ello, pero ella *sí* que se enamoró. Después le diría que «si es cierto que quieres a ese tal Rodolfo, deberían darte igual los gritos y las palizas de tu madre, tu trabajo en la Lois y todas

esas estúpidas flacas con las que te llevas. Deberías marcharte con ese primo segundo tuyo lejos y deprisa, antes de que venga la vida a arrebatároslo todo en un santiamén. O antes de que estés demasiado cansada».

—Ay... ¡Sigo sin saber nada de él, maestra...! ¡Hay rumores en Les Barraques de que en Granada atropelló a un hombre y se dio a la fuga...! —A Nadia se le llenan los párpados de máscara de pestañas y el cigarro se le va mojando de unas lágrimas gordas de cocodrilo. Como a una actriz a la que le hubieran echado *flus-flus* antes de rodar. Tiembla por la coquetería de llevar poca ropa de abrigo—. ¿Y si es cierto que es un ladrón, o un asesino?

Pero se limita a mirar al suelo. Isabel vuelve de la estación mirando al suelo.

—Isa, despierta.

Isabel está planchada en la cama. Su cuerpo blanco y compacto, frío como una nevera, no se mueve desde hace por lo menos una hora. A Carmen le asusta lo inmóvil que permanece, allí, bocabajo. Le suma extrañeza a la noche. Sentada sobre la almohada, está cubierta hasta la cintura por una colcha que a estas alturas de la primavera ya podría estar guardada en el armario. Se le ha metido el temor en el aire que, entrecortado, entra y sale de su boca. Desde la ventana del cuarto grande irrumpe un viento agresivo, inestable, como el borracho que tras la oscuridad de una barra de bar fuera soltando voces al tuntún. El perro del piso de abajo suelta ladridos sin ton ni son, también, que parecen no desvelar a ningún otro vecino. La asusta. La asusta la noche de hoy, que trae consigo el dolor de cabeza más intenso que ha tenido en toda su vida.

¿Cómo podría protegerse? Si pudiera cerrar la ventana y protegerse de todas las cosas que con violencia la acechan. A ella, que no la ha usado nunca contra nadie.

Pero querría. Querría usarla. Querría zarandear a Isabel, tirarla de la cama.

—Isa... despierta, vamos.

Probablemente Isabel no haría nada. Si la zarandease, si la tirase de la cama, quiere decir. Se levantaría y se movería al cuarto pequeño como siempre, sin decir palabra. Cada noche la pone a prueba (igual que se pone a prueba a sí misma creyendo que sí que podrá dormir); sondea internamente a la persona sumisa en la que se ha convertido. Isabel se ha convertido en una..., en una... Ahora no le viene la palabra.

—Este jamón no vale nada.

—Sí. No volveré a comprarlo.

Se frustra un poco más a cada intento. El retrato costumbrista del desastre: Isabel tragando pan en la silla de enfrente, claudicando a absolutamente todo lo que Carmen dice y considera, carente de opinión, vacía de cualquier tipo de personalidad o carácter. A veces le hace preguntas concienzudamente dirigidas a su criterio anestesiado, y aguarda atenta a su respuesta.

—¿Que por qué no te gusta esta canción? A mí no me gusta nada, pero ¿a ti?

—¿Que por qué no me gusta? Bueno, pues... —Isabel la mira con una media sonrisa desencajada ante el plato ya vacío. A través de la ventana de la cocina entran las voces de los vecinos del bloque que da al patio interior, que llegan a casa cuando ellas ya están terminando de cenar.

—¿Sí...?

—Pues...

—Yo creo que el cantante tiene la voz demasiado temblorosa. Es un temblor excesivo que hace que toda la canción suene como a...

—Sí, sí. Es que tiene la voz demasiado temblorosa, realmen...

—Eso lo he dicho yo. A ti. ¿Por qué has dicho antes que no te gustaba? ¿Por qué? —Carmen fija sus ojos inyectados en sangre en Isabel, quien, agazapada detrás de la radio nueva que Nadia le vendió las Navidades pasadas por quinientas pesetas, es incapaz de darle una respuesta.

Esta semana han estado casi dos días sin agua. La tubería ha vuelto a fallar, pero ahora en toda la finca. Isabel tuvo que bajar a hablar con el tal Óscar, además de a pagarle el alquiler, a preguntarle cuándo lo iban a arreglar. Carmen le dijo que aprovechara la ocasión para hablarle del perro de una maldita vez. Que algo tenían que hacer. Llevárselo a algún sitio donde no moleste, sacrificarlo, o lo que consideren ellos. No puede estar así toda la vida, es insostenible. Pues subió a casa balbuceando una mentira. Carmen sabe que no se atrevió a decirle nada del animal, y también sabe que ella, desde el sofá, podría haberla desmontado con una sola pregunta.

Con todo a lo que había sobrevivido Isabel, y hoy no podría sobrevivir a una sola pregunta. Se ha convertido en una..., es que no le sale la palabra..., una...

—Pusilánime.

—¿Qué?

—Nada. Me voy a dormir.

Y al cabo de unas horas, cuando Isabel ya ha accedido a la profundidad de los sueños y ella no, suele despertarla para que se cambie de cuarto. Para que la deje sufrir a solas.

Esta noche Isabel no responde, y un dolor pulsátil le maltrata con intensidad la parte frontal de la cabeza. Sus rezos no acallan los ladridos, y no puede susurrarlos en voz alta —eso aumentaría el dolor—. No puede escapar. Desplaza lentamente el cuerpo hasta bajarlo al suelo y empieza a gatear. Ni siquiera nota el frío del suelo del pasillo. Cualquier movimiento es doloroso, pero es mejor que la inmovilidad. Si se queda quieta en la cama, siente como si un tronco de árbol gigante le estuviera creciendo dentro del cráneo y estuviera a punto de partírselo en dos. Carmen se mueve perseguida por el viento, de la ventana del cuarto grande a la del salón, huyendo, huyendo de un dolor que solicita su atención, que lleva toda la noche exigiendo que le hagan caso. Pero Carmen no lo sabe, no sabe qué es lo que quiere de ella.

«Hija, ¡levántate! Pero ¿qué haces en el suelo? ¡Como te vea tu padre...!»

—No puedo, madre. No puedo...

«Claro que puedes. ¿No sabes que Dios aparece cuando crees que todo ha desaparecido? Anda, sal. Tienes que llegar a Manuel deprisa.»

Carmen siente la puerta sin necesidad de mirarla. Por más que lo desee, no se abrirá sola. Un destello breve como un jadeo le señala el lugar del pomo, y, respirando con dificultad, se arrastra hasta ella. Se apoya con la mano en la manija y hace toda la fuerza que puede para ponerse en pie. Las piernas le tiemblan. Su flaqueza, que le da un nuevo valor a cada pequeña gesta. A cada pequeño triunfo contra el cuerpo. Pasa un rato apoyada en la puerta, como una escoba desgalichada. Aunque los dedos le sudan,

el picaporte hace un clic, como si hubiera estado esperando toda la noche aquel empujón leve.

Lo había olvidado; el descenso a lo desconocido. Los ladridos del perro quedan ahora mucho más cerca. Los oye retumbar como un eco; esta vez, fuera de su cabeza, confinados en el agujero sordo de la escalera estrecha, cubierta hasta la pared de un revestimiento antiguo. Carmen mueve lentamente el pie derecho hacia donde el suelo y la dimensión cambian. Palpa a ciegas hasta el agarre de la barandilla, flaca como su antebrazo, y sigue arrastrando el pie hasta sentir su ceder a la gravedad, un escalón tras otro. El perro ladra con más fuerza, como si pudiera intuir su acercamiento, y a Carmen se le eriza la piel debajo del camisón blanco. Entre aire y escalón, baja por la escalera su inestabilidad, a golpe de suerte. Cada vez más cerca del segundo piso, donde sí que llega un residuo de luz nocturna del cristal de la puerta de la calle.

El dolor le tensa tanto el cuerpo que el aire no le llega a los pulmones. Se le queda entre el cuello y la cabeza, ahogado en la humedad oscura. El dedo índice se sorprende presionando el timbre. Presiona una y otra vez, insistentemente, provocando una descarga. El recuerdo de la electroconvulsión, inscrito en su sien.

La puerta se abre. A los pies de una figura humana irrelevante, dos ojos animales la miran fijamente. Un pastor alemán imponente, bestial, estalla en un ladrido iracundo. Con las orejas tiesas hacia delante, sus colmillos sobresalen de su rostro negro como el carbón. La sotabarba marrón claro se mueve al ritmo de su embate y le tensa los músculos bajo el pelaje, tirando peligrosamente de la correa que circunda su cuello grueso.

Uno frente al otro. Ya era hora. Una cuestión de tiempo.

Carmen se vuelve a ahogar en su propia respiración, aquel rugido ensordecedor le revienta de arriba abajo todo el cuerpo. El aire que entra por su boca empieza a transformarse poco a poco en otro ladrido que la posee y nace desde el mismo sitio que el del perro. Y gruñen los dos, aúllan; la fuerza del embiste de uno insufla a la del otro. Carmen empieza a rasgar su garganta y su rabia junto con la del perro, quiebra la humedad y la escalera se llena de un alarido indivisible. Dos animales cuya grandeza ha sido

olvidada por el mundo.

Solo era eso: miedo. Puede reconocerlo en el espejo de sus ojos.

—Carmen Óscar, p-perdona... Perdona, Óscar... Carmen...

Isabel baja tropezando con los escalones, pero los dos animales siguen ladrando. No piensan dejar de hacerlo, de rebelarse contra aquellos que los asedian en el hueco de la escalera. De rebelarse contra la misma mano. La que les da de comer y la que los ahoga por el cuello.

—Però vosatres creieu que dorm, o...?

—A tu què te pareix, idiota?

Una docena de adolescentes curiosos se congrega alrededor del escritorio verde. Se mantienen muy cerca, pero sin tocar. Sobre todo, sin tocar. No están todos; al fondo del aula, Juanca, Garrote y cuatro chicos más aprovechan para intercambiar cromos de la colección acabada de salir de escudos de fútbol metalizados.

—Vaig a cridar a Julià a la de tres.

Los doce curiosos que se han acercado a la mesa junto a la pizarra reprenden a Patricia, que hace de portavoz de la razón. La chica asoma la cabeza por la puerta del aula sosteniendo a medias una amenaza que, de hecho, ya podría esperar a que suene el timbre para cumplirla.

—Però xxxt, calleu!

—Patricia, espera't deu minuts més, anda!

—Pos algú li diu a Conejo que deixe de tirar papers per la finestra? No vull que m'expulsen, gràcies...!

Conejo y Blas hacen bolas gordas de fichas de papel que salen disparadas por el ventanal del aula de séptimo B, atravesando una considerable distancia de, por lo menos, cinco metros. Patricia se rechupetea la punta de la trenza —una costumbre muy poco higiénica que se ha vuelto popular entre las chicas de la clase—, y esconde su emoción yendo y viniendo del corro de sus compañeros a la puerta del aula, creando un vaivén de «shhht» y *«espera't»* que la convierten en, como mínimo, el segundo centro de atención de la clase, después de la maestra sobre el escritorio y, antes, de Conejo y Blas, los cuales llevan a cabo una villanía que les podría conllevar, cuando menos, tres negativos y una expulsión. Las bolas de papel caen con facilidad, y Blas le pregunta a Conejo si cree que

un gapo haría el mismo recorrido a la misma velocidad.

Nunca habían visto a una maestra dormida. La cabeza pesada de Isabel cubre convenientemente el pequeño derrame de saliva bajo su boca, y evita un escándalo de los púberes todavía mayor. Olga Lorente —que por supuesto no recibe suficiente cariño en casa— reprime el impulso involuntario de darle unos golpecitos suaves en la espalda a su profesora. Las chicas se mueven nerviosas, y al fondo del aula, Juanca analiza muy concentrado la actitud enigmática de Garrote, también conocido como Garrote Vil, apodo que le fue asignado porque nació con un problema hereditario que afecta a los huesos. Juanca se pregunta si será cierto eso de que lleva metido en la mochila el álbum cien por cien completado de Vida y Color (incluidos el cromo cuádruple y el de los combatientes siameses, en tal caso) como ha insinuado hace unos minutos. Garrote se autopercibe como un tullido con cierto poder en ese sentido, pues tiene a toda la familia *enredada* en lo de los cromos, en una conmoción colectiva que responde a la imposibilidad del hijo pequeño de jugar como el resto de los niños. Bah, no es posible que haya llevado al San Roque un tesoro de tan alto valor alguien que sería presa evidente de hurto y desvalijamiento.

Al final Olga Lorente no aguanta más, embalsamada toda ella de empatía y preocupación, y acerca la mano hacia la estricta maestra. Alguien le da una torta así (plas), hacia abajo, y la torta resulta en un golpe contra la estructura del escritorio que, gracias a Dios, no desvela a la bella durmiente.

—¡Eeeeh! ¡Eeeeh! —Con todo el cuerpo asomado al pasillo, la dramática de Patricia hace ver que las palabras no le salen.

—¿Qué, Patricia? ¡¿QUÉ?!

—¡Que viene Julià! QUE VIENE JULIÀ.

El timbre retumba, justo entonces, entre las paredes del aula, y los treinta chavales regresan en estampida hacia sus pupitres. Excepto Garrote. Garrote se queda agarrado a su mochila con todas sus fuerzas.

Nadia abre una bolsa de basura gigante y hunde el brazo hasta abajo del todo. Las chicas de la Lois atienden —algunas no esconden su interés, otras lo reprimen un poco— a lo que va sacando de ahí dentro. Uno detrás de otro; objetos decorativos, cachivaches de cocina, o prendas de ropa, que pone en manos de todas para que miren, toquen, prueben, y hasta chupen.

—Chupa, Mari, chupa. ¡Mira que parece piel de verdad!

Mari *l'andalusa* pasa la lengua por la falda negra que le ha pasado Nadia, muy confiada en el método de su compañera de fábrica. A Isabel le ha tocado sujetar una olla exprés envuelta en un plástico transparente. Hace un poco de malabarismos para coger con los dedos el cigarro prensado entre los labios. El sol aprieta esta tarde, muy entregado a la labor de dorarles la piel a todas.

—Y mi minipímer; ¿cuándo llega? —Enriqueta menea con insistencia un carrito de bebé con ambas manos. Lleva una rejilla negra que le sujeta todo el pelo, que ha cogido tanto olor de los tintes y productos químicos de la fábrica, que el crío le vomita cada vez que le da el pecho.

Sin prestarle atención, Nadia sigue a lo suyo. El flequillo le ha desaparecido por completo de la frente, e Isabel se pregunta de qué manera se puede hacer eso con el pelo de alguien. Pero le sienta bien. Se ha hecho mayor de golpe, incluso se la ve un poco más alta. Un tren acaba de hacer parada, y de entre la gente que sale de la estación para adentrarse en Les Barraques, tres o cuatro mujeres que visten un babi de color distinto acuden al rincón del muro de ladrillo, en ángulo opuesto a El Valeriano. Aquel rincón es ya conocido como el solárium particular de las de la Lois, y hoy se ha convertido por obra de Nadia en el mayor foco de actividad

económica del municipio. Isabel vislumbra a lo lejos a Valeriana, secando las mesas de fuera y hasta arriba de trabajo, y piensa en lo bien que le vendría un café ahora mismo.

—Pues la minipímer llegará cuando llegue. No me des tanto la murga con esto de la minipímer, ¿eh, Enriqueta?

Enriqueta levanta la barbilla muy dignamente, y deja los labios apretados en forma de fresa. El niño del carrito se pone a llorar. Nadia mete la mano en la bolsa mágica de Mary Poppins, pilla una muñeca (una gitanita canastera con una falda de volantes verde) y se la da a Enriqueta para que la meta en el carro del crío. Además —se fija Isabel— hoy no lleva el babi igual que el resto, y el rosa de su bicicleta no resalta entre las que hay aparcadas en la pared de detrás. Saca un botellín frío de Mirinda de la bolsa. La niña del moño gigante, que no habla nada y las acompaña siempre a todos lados, le pone un duro en la mano, y Nadia consigue otro botellín para ella. Saca también un abridor de la bolsa y los abre ambos con un chasquido que suena a efervescencia. No le sorprendería a nadie que de un agarrón de pelos acabara sacando al mismísimo Lute de ahí dentro. Le ofrece un sorbo a Isabel, que esta rechaza amablemente.

—Oye, Miguela. Rodo me ha traído ya lo tuyo.

Esta vez, Nadia saca del bolso blanco que lleva colgado del brazo dos tubos largos de pastillas, y se los da a una de las mujeres recién llegadas de la estación. Luego le toma la olla exprés de las manos a Isabel, y la sustituye por dos paquetes sin abrir de Lucky Strike.

—Esto es para ti. De gratis. ¿Ves? Ahora soy yo la que te invita a tabaco. —Le pellizca cariñosamente el brazo con las uñas metalizadas en azul.

—Maquillatge de l'Avon no ne tens, xiqueta?

—Tengo, pero se paga por adelantado, ¿eh? ¡Se paga por adelantado, víboras empobrecidas! ¿Qué quieres tú, a ver? —Isabel sujeta el botellín de Mirinda mientras su amiga hurga en el ecosistema del bolso; un montón de potes, labiales y miles de estuchitos compactos—. *Xica.*

La niña del moño se acerca a ella, y se estira de las puntas

bajas del babi blanco haciendo una especie de barriga improvisada de tela, sobre la que Nadia empieza a depositar puñados de cachivaches de índole estético. Las mujeres clavan sus uñas largas en el babi.

—Isabel, ¿tú quieres algo? Tú coge lo que quieras.

—No, no, gracias. Yo no uso maquillaje.

Enriqueta suelta un *«no cal que ho jures»* por lo bajini, y Nadia le lanza una mirada de advertencia.

—Claro que no usas, porque no te hace ninguna falta. Solo hay que ver lo guapa que eres.

Nadia enrolla un montón de billetes en forma de canuto, y los encasta en el espacio que hay entre sus pechos, apretados el uno contra el otro. Isabel aparta la vista deprisa, ruborizada. Siente un cosquilleo desagradable de culpa en la barriga. Debería estar yendo para casa.

—Bueno, yo…

—Y oye, ¿ya se ha terminado el curso, no? Mis hermanos y primos ya están jodiendo por casa.

—S-sí, hemos terminado hoy las clases.

—Pues enhorabuena, ¿no? Ya no irás todo el rato para arriba y para abajo, como siempre. Y a dormir a pierna suelta, maestra… Lo que daría yo…

Isabel apaga el cigarro en el suelo, pensando en todas las clases particulares que se le vienen encima. La breve ausencia de humo le trae una bocanada del perfume Lavanda de Nadia. Es agradable. De veras que hoy hay algo distinto en ella; irradia esa impresión de recién lavada, de limpidez. Quizás es por la frente libre de pelos. O es que el leve alivio de haber terminado por fin el curso le está permitiendo a Isabel percibir ciertos detalles. Parece más madura que cuando la conoció, aunque siga siendo joven de esa forma tan concreta: la de confiar. Nadia parece contar con su propia capacidad, invisible a los ojos del resto, de poder cambiarlo todo. De poder dejar atrás la conocida mala vida, por la no tan mala por conocer. Cuando la vida le chincha demasiado, se centra en toda la mala por conocer. Ha aprendido a leer las señales, después de tantos años tan cerca de una estación, tan cerca del

símbolo patente de que las cosas vienen y se van, de que existen tantas vías para huir de una misma... Y eso que nadie le ha enseñado nunca a leerlas. Aprendió hace tiempo; como cuando supo de antemano que su padre perdería la barca, como cuando supo antes que nadie que su madre tenía un amante. Nadia puede presentir con el vigor de la sangre cuándo las cosas se hallan en la antesala del precipicio. Y esta vez lo supo también. El día que agarró un carro del almacén de la fábrica y de él salieron una docena de ratas; el día que se abrieron en abanico ante sus ojos y treparon por las paredes, Nadia supo que Rodolfo era su única escapatoria de esta vida encallada en lo vulgar. Salió definitivamente de la antesala el día que él llamó por teléfono a la Lois y fingió que había puesto una bomba en la fábrica. La llamada por aviso de atentado hizo que cerraran aquel antro durante horas, y mientras llegaba la Guardia Civil, su primo segundo aparcó el coche en la puerta de atrás y se la llevó a darse un baño a L'Assut d'Antella, con la complicidad —no exenta de envidia y pena— de todas sus compañeras de turno. Hicieron el amor en la orilla de carrizos del río y allí Nadia supo, supo que no era ella guinda para días nublados, para pagas escuálidas ni colchones esparcidos por el suelo. Ni mucho menos para víboras de Les Barraques. Se querían ir pronto, en cuanto sacaran suficiente dinero para alquilar un sitio en condiciones.

—Bueno..., lo de dormir no lo llevo demasiado bien.

Nadia sonríe.

—Yo te puedo conseguir algo para eso.

Isabel está a punto de volver a rechazar la oferta, como de costumbre, pero un no sé qué la lleva a no hacerlo esta vez. La chica busca entre el babi tensado de la niña del moño gigante algo que no encuentra. Se agacha con sus altísimos tacones de aguja negra para coger el bolso del suelo.

—¿Qué tienes exactamente? ¿Nervios? ¿Tomas optalidón? Si lo que te cuesta es dormir, tengo *cepanes.* —Así es como Nadia llama a las pastillas—. Y eso.

Tras un segundo de duda Isabel asiente, con una luz en intermitencia en su pecho que hacía tiempo que no sentía.

—M-me cuesta dormir. Me cuesta dormir, sí. —Se acelera de repente, no quiere que las conversaciones paralelas de las otras chicas interfieran en la idea que se está despertando en su cabeza. Intenta pensar fijamente en Carmen, y numerar, una a una, las cosas que le ocurren—. Llevo tiempo... nerviosa, m-me molestan los ruidos y... no me duermo por las noches. Y tengo dolor de cabeza a menudo, me duele la... cabeza...

Contempla con una mezcla de nervios y satisfacción como Nadia va apartando una serie de botes de pastillas que saca del bolso con su mano redentora y grácil.

—Tengo... optalidón de veinticinco, válium de cinco..., una cafeaspirina tonta..., okal no me queda. Si lo que te cuesta es dormir, es el válium. Si quieres algo más fuerte, ya tendría que pedírselo a Rodo o a alguno de sus amigos. Aunque el calcio te irá bien para mantener estos... huesos fuertotes que tú tienes. —Nadia pinza su bíceps entre los dedos, dibujando otra sonrisa. A Isabel le brilla un destello en los ojos—. La aspirina te la regalo, pero vamos... Te digo que en la farmacia te será todo más caro.

—Sí, sí. Dame el válium. El válium. —Guarda el bote de pastillas en el bolsillo. Bien al fondo, hasta tocar la costura.

—Vale, si quieres algo más fuerte...

—No, no. Esto está bien.

—Mira que el válium te lo tengo que cobrar más caro porque esto no te lo dan sin receta.

—Llevo dinero. ¿Solo tienes un bote?

La Mari y otras dos mujeres distraen la atención de Nadia excediéndose en esto de probar los labiales. Les quita de las manos los productos que no se han decidido a llevarse y empieza a meter cada cosa en la bolsa que le toca, resolutiva. Apunta lo que va guardando y lo que se quedan en su libreta mental. Deprisa, tanto como salda las deudas de las mujeres con monedas, billetes, y «mañana me lo traéis, o os arranco las uñas, cotorras arruinadas, jodidas cotorras saqueadoras». A Isabel también parece que le hayan saqueado la mente. Está absorta; tiene la sensación de haber dado, por casualidad, con la clave más importante de todo este tiempo, y necesita con urgencia algo de silencio entre tanto jaleo

para poder concretar con qué botón ha dado exactamente. Se despide velozmente de Nadia tras pagarle las pastillas.

Con el regreso del verano, la calle Reina se ha vuelto a decorar con las sillas plegables de las veteranas. Se pasarán las tardes comentando sin complejos sobre las gracias y las desgracias de toda aquella que se cruce por su camino. Isabel pasa aprisa, como una ilusión ambarina del sol, sujetando con fuerza el bote de pastillas atrapado en su bolsillo. Vacila un momento. Se para sobre sus pasos, y da media vuelta frente a la audiencia de las ancianas. El círculo de la Lois no se ha movido ni un centímetro.

—Pídele a tu primo que te traiga también las pastillas más fuertes, por favor.

Apoyada en la pared sobre los tacones de aguja, Nadia le guiña un ojo negrísimo de delineador.

—Claro, maestra. Yo te las consigo.

—«... Dependiendo de la naturaleza de su enfermedad, su edad y su peso, su médico le recetará la dosis más adecuada y le indicará la duración de su tratamiento. El comprimido se puede dividir en dosis iguales...»

Isabel coge una de las pastillas amarillas y se la pone en la palma de la mano que no sujeta el prospecto, largo y saturado de palabras mecanografiadas.

Picantes y abiertos como dos faros, los ojos rojos de Carmen reciben cada una de las palabras que lee Isabel como en un sueño. Los ruidos de siempre —el discurrir misterioso de las tuberías, las otras familias con sus vidas normales— metiéndose por las ventanas del baño y la cocina, están en su hora más viva, y Carmen se despide de ellos. Con los codos sobre la mesa, temblando de pura emoción frente a las pastillas y frente a Isabel; se está despidiendo de todos ellos. Comienza a decirles adiós desde la cubierta del barco, sabiendo que está a punto de ser lanzada, por fin, de vuelta al agua. Por fin.

«Tras la asfixia, oxígeno. Tras el oxígeno, asfixia. Tras la asfixia...»

La pastilla se rompe con facilidad contra su uña. Un dulce sueño. Un sueño muy, pero que muy merecido.

—«Adultos: 2 a 10 miligramos, 2 a 4 veces al día, dependiendo de la gravedad de los síntomas. No aumentar la dosis prescrita por el médico.» —Isabel echa un vistazo furtivo a Carmen que pasa casi desapercibido. Hace cuentas con los dedos—. Cuatro veces al día, eso es... cada seis horas.

Y dobla el papelito poco a poco, como el cura que, tras la lectura de los evangelios, deja la biblia a un lado; un mensaje de compasión y perdón, de esperanza en la salvación. Las dos se

quedan mirando la mesa un buen rato, en silencio. Como una caricia, una mano se desliza por la mesa. Adhiere a la yema de su dedo una pastilla sumisa y dócil.

Nunca ha necesitado agua.

Entonces se miran a los ojos. Los rasgos de la una, de la otra, tan conocidos, tan profundamente familiares, se suavizan; empiezan a darse de sí. El rostro como una armadura que ha pesado tantísimo cargar, llevada a rastras por un camino de tierra y secano. Los últimos años sacrificados en vano. Se miran detrás de los ojos; sin posibilidad de volver al principio, sin posibilidad de avanzar a ningún otro lugar. El rostro menudo de niña-anciana de Carmen, colmado ahora de aquellas arrugas pequeñas, como arañazos hechos con cuidado y la punta de una aguja. El sonreír sufriente heredado de su madre. Los ojos de Isabel, tan verdes. La cicatriz en el párpado, un recuerdo del odio ajeno, cubierta por la arena del tiempo.

Carmen sonríe sin ánimo. Isabel no la iba a dejar eternamente en la cubierta. ¿Cómo pudo llegar a dudarlo? ¿Cómo se le pudo olvidar?

—Llévame a la cama, cariño.

Sin posibilidad de volver el tiempo atrás, sin posibilidad de llevarlo hacia delante, Isabel se levanta de la mesa. Solo se agacha y abraza la emoción de Carmen. La boca de ella queda a la altura de su cuello y lo besa, un pobre gesto que aún ablanda más los brazos de Isabel.

Un último vistazo a las pastillas dispersas en la mesa antes de que Isabel, cargando en brazos con ella, la recueste en la cama, sobre el edredón como una nube que hoy es el mar.

—Van a cerrar la panadería…

Carmen no presta atención a las quejas que Isabel va soltando cada cinco minutos desde que se han despertado esta mañana. Unta un dedo en el labial carmín que tiene la punta ya aplanada, y se da unos toquecitos siguiendo la línea diagonal que dibujan sus pómulos. Busca el empujón de confianza que necesita en su reflejo mejorado. Sí, definitivamente, está mejor. Mucho mejor. Sus ojos han perdido el color rojo, y el amarillo de su piel se ha ido atenuando tras varias semanas de descanso. Y lo han hecho, han descansado; también Isabel, quien ha sido presa de un fenómeno un tanto especial, que ha consistido en dormir como una roca, en periodos de casi un día entero, desde el mismo momento en que Carmen ha dado señales de encontrarse un poco mejor. Sí, han estado tranquilas en el piso. Hasta Carmen ha cocinado un poco. La primera quincena de julio ha sido agradable.

Le regala un poco de color a su boca con el pintalabios que todavía tiñe la yema del dedo. Una Gioconda en el espejo del baño, pintándose a sí misma. Esta mañana ha planchado tres veces el cuello de la camisa blanca, impoluta, para asegurarse que está lista. Sí, definitivamente, está lista. Muy lista. Se lo repite como el empujón que necesitaría recibir y que Isabel, que resopla y mira cada tres minutos el reloj de muñeca, que esta mañana ya se ha levantado a regañadientes, no le está dando. Un picor agradable que le nace en la nuca y que se extiende hasta llegar a su cerebro, le recuerda que solo quedan tres horas para que Isabel vuelva a darle la pastilla, y deberá perdonarle este descuido.

—Isa, ¿tú lo tienes todo?

—¿Que si lo tengo todo? Claro que tengo todo, pero si vamos a dos calles. Y van a cerrar la panadería…

No va a caer en la provocación. Nada de discusiones ni de gastar energía hoy; la necesita toda. La verdad es que había imaginado que prepararían este momento de una forma un poco distinta después de tantísimo tiempo. No sabe muy bien cómo —tampoco es que esperase una celebración—, tal vez… Pero bueno, Isabel ya está abajo, aguantando con el pie la puerta de la calle, y Carmen cierra la puerta de casa. Con una mano se agarra a la barandilla, y con la otra a la pierna temblorosa. «Ahora no, piernas. Ahora tenemos que salir…»

Intenta no entornar mucho los ojos tras el choque del sol. El maquillaje que se ha puesto es traicionero; con la luz natural y el calor se ve más exagerado que en el espejo del baño. Un poco teatral. Si Isabel no estuviera tan malhumorada, podría pensar en decirle lo guapa que está de todas formas. Podría darle esa pequeña garantía si no estuviera tan paranoica.

Pasan por delante de la peluquería de la esquina, la que ve todos los días a través de las cortinas blancas del salón. Reconoce a la dueña, Tere, barriendo el suelo, y casi le gustaría saludarla con la mano, tanto que le parece como si se conocieran. Pero Isa camina rauda, a casi dos pasos de distancia; mira a los lados como si hubiese alguien más invitado a la excursión. Se para para esperarla conteniendo un resoplido a medias y lleva todo el rato una arruga bien fea en el entrecejo. Carmen echa un vistazo a las calles perpendiculares que no se alcanzan a ver desde la ventana. El barrio en el que viven está hecho de casitas bajas pero de alturas desiguales. La capa de pintura que las cubre a todas, sea cual fuera su color, parece haber perdido la batalla contra el desgaste de los rayos del abnegado sol de l’Horta Sud. Isabel gira por el carrer Moreres y desaparece un momento de su vista.

—No tenemos ninguna prisa.

Y Carmen tiene razón; no tienen ninguna prisa. Entonces Isabel vuelve a ser buena, de verdad que se esfuerza por centrar toda su atención en asegurarse de que los pies de Carmen no se choquen contra cualquier cosa, y ella se apoya tímidamente en su antebrazo.

Atraviesan poco a poco la plaza amplia y sin sombras, con la

iglesia de Sant Miquel en lo alto. Es amarilla y recuerda un poco a la de Manuel, aunque esta es algo más menuda —y eso que hay que subir algunos escalones para entrar en ella—. Cómo le gustaría a Carmen que se pudieran recrear más en los detalles… Podrían pasear durante horas; llevan puesto el mejor disfraz. Dos mujeres con aspecto de señoras, entrando plácidamente en la mediana edad, que cruzan una plaza agarradas del brazo para no tropezar. Las maestras del encubrimiento y el camuflaje, de las que nadie sospechará que esconden el mayor de los secretos. Son dos primas o amigas, tal vez dos solteras que viven juntas para sobrellevar con más soltura las miserias de una vejez futura. ¿Por qué habrán escogido una vida a solas, sin pareja? Tampoco es que tenga mucha importancia. Tienen una coartada sumamente eficaz, capaz de reducir a la nada un título tan importante como el del amor de toda una vida. De volverlo inofensivo, para así poder agarrarse del brazo en público. Por lo menos hasta cruzar la plaza de la iglesia.

Pasan por debajo de la cortina de cuentas de la panadería. Una mujer grande con delantal saluda sin mirar quién ha entrado. Isabel se ha soltado de su brazo, y Carmen se apoya ahora en el mostrador. Detrás del cristal, cuatro bandejas llenas con distintos tipos de galletas. Debajo de una servilleta de papel, una coca *de sagí* recubierta de azúcar. Algún bote de conservas en las estanterías y un par de barras de pan que no se han vendido a estas horas del mediodía. Le hace gracia reconocer el pan blanco que Isabel trae todos los días a casa.

Isabel pide una barra. Le vuelven a temblar las piernas, el picor agradable que vive en la parte de atrás de su nuca ha empezado a mitigarse, y le pide a la panadera si se puede sentar un momento.

—Es que hace mucho calor… —A la mujer no parece importarle que se siente en la única silla que hay junto a la pared que da al obrador; una estancia abierta con una mesa llena de bolsas de harina apiladas y algún armario empolvado de blanco. Isabel pone unas monedas encima del cristal—. Vamos a pedir unas galletas, Isa. Escoge las que más te gusten.

Isabel se dirige a la panadera sin ningún tipo de entusiasmo.

—Ponga dos de cada. *I unes rosquilletes*.

De la puerta del obrador —que seguramente une el negocio con la vivienda de los dueños—, sale una chica jovencísima empujando un carrito. Carmen hace ademán de levantarse para cederle el asiento enseguida.

—No, no. No se preocupe... Nos pasamos el día sentados.

La chica deja el carrito a su lado y descubre dentro de él a un bebé. El niño acepta feliz el viaje de sus brazos, delgados y jóvenes, tan claramente dados los de uno a los del otro. Los ojos de Carmen siguen al vuelo la pequeña bolita de alegría. No se puede decidir cuál de los dos es más hermoso. Una especie de paz y aburrimiento afable los envuelve: hijo y madre primeriza. La mamá lleva nada más que un vestido, gastado y sucio, de flores violetas. Sin embargo, el más bonito del mundo. Tiene el pelo castaño y liso recogido en un moño práctico, y la cara lavada, desnuda, de un cansancio llevado con gusto. Las piernecitas del niño junto al mostrador van dando coces suaves al aire, justo a la altura de Carmen, tan cerca de su rostro que son una bendición.

—¿De verdad que no quiere sentarse...? —Carmen se revuelve un poco en la silla.

—No... Solo hemos salido a hacerle un poco de compañía a la *agüela*. ¿A que sí...?

—¿Cómo te llamas, cielo?

La chica y el niño —demasiado pronto para dejar de ser una sola cosa— se acercan más a ella, haciendo un bailecito de lado a lado que provoca el deleite del nieto de la panadera, que sigue apuntando números en una libreta tras el mostrador.

—Yo me llamo Julia, y este es Ángel.

«Angelito...» Carmen se acuerda de su muñeco de la infancia y sonríe.

—¿Y usted? ¿Son de aquí? —Julia incluye en la pregunta a Isabel, que les da la espalda.

—No... yo nací en un pueblo precioso llamado Manuel.

—¡Ah, Manuel...! Muy cerquita de Xàtiva, ¿verdad? Sí que es bonito.

Carmen vuelve a sonreír, complacida. Isabel la mira de reojo.

—¿Y cuánto tiene ya?

—Siete meses y un poco más.

—¡Oh! Parece mayor...

—Sí... nació con treinta y ocho semanas, pero ya pesó tres kilos y medio. ¿Quiere...?

«¿Yo...?» La mamá acerca el bebé hacia la silla, y Carmen abre los brazos, cautelosa, toda asombro por merecer esa suerte, pero incapaz de rechazarla. Sus piernas tiemblan bajo el niño. «Ahora no, piernas... Ahora no...» El niño sigue alegre, aunque lo hayan separado de su mamá, y coge un dedo de Carmen en su mano acolchada, suave como el corazón de una rosa. El descubrimiento le causa una risa exquisita. Carmen pasa los dedos de la otra mano por el pliegue blando de su cuello para hacer que la risa brote todavía más.

—Eres todo ojos... —Carmen levanta la mirada hacia la chica —. Es todo ojos.

La joven recoge con humildad las palabras para su bebé como si fueran también para ella. El bebé da un tirón a uno de sus rizos.

—Ángel..., no... Por eso siempre llevo el pelo recogido...

—No, no, por favor, deja que juegue... Déjalo...

Isabel tiene la mirada perdida en el suelo. La barra de pan se balancea en la bolsa de tela en su mano, y ella empieza a inundarse de un silencio. Carmen juega con el niño sobre su regazo, mientras Isabel desciende más y más en algunos recuerdos. Por poco había olvidado ya el poder involuntario de Carmen de ser querida por todo el mundo. Precisamente así fue como se enamoró de ella en su momento, compartiendo su adoración con montones de niñas y niños que rodeaban su gracia, pegados a su falda y siguiéndola a todas partes, cuando ella, generosa, les devolvía ese amor como si no fuera a acabarse nunca. Así fue como, siendo una espectadora más de su belleza entre muchas otras criaturas que sabían verla, le tocó también a ella el amor de Carmen. Todo el pueblo amó a la hija única de la Casa Gran, y también la amarían aquí, si la conocieran, si pudieran ver esa belleza que hoy, pese a todo este maquillaje mal esparcido, pese a su delgadez, pese a todo, todavía se le ve mientras juega con un niño que Isabel,

jamás, y bajo ninguna circunstancia, le podrá dar.

Esa belleza portadora de recuerdos que desde el mostrador de la panadería, a no más de un paso de distancia, a Isabel le duele siquiera mirar. Cuánto le daña mirar los besos de Carmen en esas manitas blandas, u oír la música de aquella risa, porque ese es el recuerdo mismo: el recuerdo de lo que jamás ocurrirá. La hermosura de Carmen jugando con un fantasma, con su propio vacío, con su incompletibilidad. El simple hecho de saber que existe ese recuerdo quema más que el infierno, aunque su transcurrir tenga una forma tan dulce. Isabel se pregunta, no sin temor, si Carmen estará cayendo, en este instante, en la misma cuenta que ella. ¿Siente también cómo esta tediosa, injusta, pero sobre todo irremediable conciencia de todo lo que jamás podrán vivir empobrece el amor de ambas hasta un límite que ni siquiera la enfermedad, ni siquiera el abandono, ha conseguido empobrecer? ¿Podría ella hacer algo, para que no lo sintiera? El bebé vuelve a reír y contagia la risa a su jovencísima madre, dos almas inocentes y sin embargo tan cómplices de la crueldad. Entonces Isabel se atreve a mirarla, vuelve a mirar a Carmen y la ve metida dentro de un jardín. Carmen juega con el niño que nunca tendrá en un jardín al que ella no puede entrar. Ella que ha visto cada una de las versiones de Carmen, de su sólido a su semisólido, ella que la conoce tan bien como a un higo al que le han revertido la piel; que tanto ha acariciado y adorado cada parte de su cuerpo para sentirla suya, no tendrá acceso a aquel jardín jamás, ni sabe media palabra de él.

La cabeza de Carmen suele irse muy lejos por sus parterres, por la zona del estanque y las arboledas, para poder comprenderle el sentido. Se adentra en él a menudo, mientras cenan merluza o escuchan música clásica en la radio. También cuando se queda sola en casa; tan acostumbrada a tener que esconder las cosas, que a veces se pierde en el parque de todo aquello que nunca se podrán decir. Sería absurdamente doloroso hacerlo. Por eso Carmen no le da la llave.

—Parece que alguien se ha enamorado…

La voz de la mamá devuelve a Isabel de su ensimismamiento.

Carmen le dedica una carantoña y el niño echa la cabeza hacia atrás, muerto de risa. Por muy enferma que llegue a estar, incluso si fuera tan débil como para no poder moverse de la cama, Carmen seguiría pudiendo pasear por el jardín en el que ahora está sentada. Lo que no podremos vivir no se olvida nunca.

Poco a poco, la joven madre Julia vuelve a coger a su hijo en brazos para devolverlo al carrito.

Isabel ya espera en la puerta, apartando la cortina de cuentas con el hombro.

—Tienes que pensar en cómo preparar los objetivos generales del curso. Luego los específicos de cada materia, y luego el concreto de la lección del día…

Carmen ha esparcido todas las fichas de sus carpetas por la mesa del comedor. Desde que han terminado de comer, la cabeza de Isabel está compartimentada en otros mil lugares y pensamientos, y deja la mirada absorta entre aquel montón de papeles, que Carmen cree estar ordenando. La radio suena desde la encimera de la cocina.

—… y te preguntas: ¿qué objetivo tengo? Pues apuntas… «Conceptos que vamos a trabajar.» —Carmen escribe con su caligrafía impoluta sobre una de sus fichas—. «Qué ejercicios vamos a hacer.» Y si lo han asimilado, o si hay que volver sobre ello de otra manera distinta…

Ha vuelto todo de golpe. De hecho, más que de golpe, ha vuelto todo peor de lo que lo sentía antes del verano. Mucho peor que el del año anterior, inclusive. Seguramente es el efecto de la tormenta tras la calma. El pecho se le ha vuelto a llenar con asombrosa facilidad con las dos fuerzas que la dominaban…, ya están inmersas en su habitual contienda por el control sobre el frágil equilibrio de Isabel. Puede sentir la del agotamiento y la de su espléndido y flagrante estrés, que tan bien reconoce. Y ha cometido el error de decírselo a Carmen, de comentar por encima que se sentía algo nerviosa por volver a empezar mañana el curso. Desde que están con la nueva combinación de *cepanes* (optalidón y okal para la jaqueca, y los váliums a partir de las seis de la tarde), Carmen se cree tocada por un superpoder, que la ha animado a ir y venir de misa a solas varias veces al día, u ordenar los armarios de las dos habitaciones del derecho y el revés, encaramada en una

silla que tiembla bajo sus *medicadas* piernas. Y tarda dos mil años en hacer cualquiera de aquellas cosas.

—¿Que por ejemplo una de las niñas tiene un problema con el cálculo? Pues coges un montón de lápices, y... —Carmen pronuncia las palabras de una forma exasperantemente lenta.

—Eh, Carmen... Este curso entran la división de polinomios y las ecuaciones de segundo grado, no sé si me entiendes. Entre otras cosas.

Echa un vistazo al reloj de la muñeca y se levanta de la mesa antes de que Carmen, tocada y hundida, le pueda responder. Mientras baja por las escaleras, se pregunta qué demonios puede hacer con ella mientras está en la escuela. Ya estamos otra vez. De nuevo la extenuación, de nuevo la insoportable incertidumbre, de nuevo tener que volver a empezar. Y hasta la siguiente.

Nadia la espera puntual en la esquina con el carrer Moreres, con su tacón de aguja negro apoyado en la pared y unos vaqueros Levi's ajustadísimos, competencia directa de la fábrica que no pisa desde hace más de dos meses. Mientras se acerca a ella, en su cabeza resuenan los gritos de treinta adolescentes descontrolados dentro de un aula.

—Qué mala cara, maestra.

Nadia le pasa el cigarro que tiene en la boca, algo manchado de carmín fucsia. Pero hoy no mete la mano en su bolso forrado de plástico blanco todavía. Cruza los brazos en el pecho y sonríe calmadamente.

—¿Sabes que todavía me debes del mes pasado, verdad?

—Pues no, la verdad. Pero dime cuánto era, Nadia, hazme el favor, anda. Que hoy tengo la cabeza un poco... Recuérdame cuánto era.

—Dos mil pelas. *Dos mil pesetas*, para la maestra.

Isabel suelta un bufido largo; largo y doliente. Cuánto dinero llevan ya gastado, cuando ni siquiera ha empezado el curso... Nadia se la ha quedado mirando con una sonrisilla juguetona, y por un momento vuelve a parecer la muchacha con babi que hace años casi imploraba por un cortado en el bar de la estación.

—T-traigo para pagarte esto, pero m-me pregunto si puedo

pagarte lo de hoy en septiembre, cuando haya cobrado el sueldo.

—Ah, sí… ¿Que empiezan pronto las clases, no? ¿Por eso traes esa cara?

Isabel suspira. Mala idea; la inspiración le produce un fuerte pinchazo en el pecho, y no puede disimular un gesto de dolor.

—¿Cómo te está yendo el optalidón? Te traigo unas nuevas para que pruebes. Deberías ir bien con eso, ¿eh? Tú, por la mañana; dos optalidones fresquitos, y ya. —Nadia le pasa un bote de cristal con unas pastillas de color azul—. Pero si un día acabas hasta las tetas de los críos, te tragas una de estas y el día se te pasará así. —Hace un chasquido con los dedos y luego extiende la mano con la palma hacia arriba.

Isabel saca dos mil pesetas de la caja casi vacía de los ahorros, y las pone con pesar y angustia sobre la mano abierta de Nadia. Se guarda los dos botes y las bolsitas en el bolsillo mientras ella enrolla los billetes con su tradicional habilidad.

—¿Y las de dormir de verdad?

Nadia la mira muy seria.

—Ostras, Isabel… ¿Me estás diciendo que con el válium no te duermes?

—Me…, me duermo unas horas, pero necesito dormirme… muchas más horas. Lo fuerte que me diste en junio.

A la chica se le escapa una sincera expresión de asombro.

—Lo que te di en junio se acabó. Tengo… Tengo clonazepam, maestra, pero es bastante fuertecito, ¿eh? Para gente… —Se da unos toquecitos en la sien con el dedo índice, pero le saca la cajita de pastillas, que no sale del bolso hasta haberlo revuelto a fondo—. Y te costará el doble que el válium, porque este es muy difícil de encontrar.

Isabel saca mil pesetas más de la caja, y la cierra con la goma elástica. Mientras mete la llave en la puerta, oye el sonido de una moto iracunda que se detiene en la acera, y la voz de la granadina por encima de ella.

—¡Eh! ¡Maestra! ¡Ni se os ocurra mezclarlas! —rectifica deprisa—. ¡Ni *se te* ocurra mezclarlas!

Carmen, acurrucada frente a la ventana, suelta la cortina blanca.

—¿Le has preguntado si estas engordan? No me tomaré unas que engorden.

Han conseguido irse a la cama a una hora bastante decente. Pese al reto que supone la recreación constante del día de mañana, Isabel está a punto de conciliar el sueño. Casi está sucediendo, casi lo está consiguiendo...

—Isa...

«No te mogues. No respongues.»

Carmen le sacude la cadera.

—Eh, Isa... Despierta, Isa.

Isabel ruge entre las almohadas. El sueño, el jodido sueño acaba de pasar, como un tren a toda velocidad, ante sus ojos. Con lo mucho que necesitaba descansar justo esta noche... Hace ademán de cambiarse a la habitación pequeña.

—No, no, Isa. Es que no puedo dormir. No sé qué me pasa... Quizás yo también estoy nerviosa por lo de mañana. No puedo dormir.

«I jo, què vols que hi faça?», «I jo, què vols que hi faça?», «I jo, què vols que hi faça?», «I jo, què vols que hi faça?», «I jo, què vols que hi faça?», «I jo, què vols que hi faça?». Isabel se levanta, fingiendo desoír el pánico que el ruido de treinta chavales gritando en un aula, el de la voz de Julià, de Alfredo, de Nadia y de Carmen le producen en el pecho. Saca del cajón de los *cepanes* y los Phoskitos dos de las pastillas nuevas para Carmen. Y sin pensarlo más de un segundo, saca dos más del bote de cristal.

Saca dos para ella.

Aquel día, terminada la misa de domingo, los feligreses, empezaron a salir por la puerta de la iglesia, vestidos de punta en blanco. Las primeras familias se fueron disgregando en las inmediaciones del mercado de la plaza mayor, sumidos en un ambiente de tibieza superficial.

Nueve misas. Había que asistir a todas para purgarse los pecados y la culpa, o eso decían.

Isabel esperaba oculta tras uno de los arbustos que flanqueaban el gran portón, justo donde —según cuenta la leyenda — un pétalo de jazmín impactó en la cabeza de la Delicà de Gandia. Había pasado las ocho misas, de los ocho anteriores días, justo al otro lado de la plaza, bajo el paraguas de la última de las arcadas, donde había compartido horas de guardia con los de la banda del Tío de la Porra, que se sentaban en las sillas que les bajaban las vecinas. Los músicos habían acompañado el inicio de las fiestas, y en aquel rincón guardaban los tambores en sus fundas y se secaban el sudor de la frente con pañuelos cuadrados y tupidos. Los redobles y tamborileos como banda sonora de la desesperación de Isabel, que sentía que cada golpe le dejaba una contusión de impaciencia.

La novena. El día nueve. Por fin cerca, pero bien escondida detrás del arbusto, Isabel le ofreció la mano a una mujer que salía. La última de las devotas en salir de la iglesia y la que más culpa debía purgar. La mujer aceptó la mano; la asistencia cortés de una desconocida que ayuda a una señora, ya mayor, a atravesar el pedestal de la puerta. Pronunció un «gracias» por debajo de la mantilla negra y la mano la agarró un poco más de lo socialmente aceptado. La mano cortés no la dejaba ir.

Amparo dirigió la mirada hacia la figura anónima bajo la

sombra del insigne pórtico de la Colegiata de Santa María. Una chica rubia —pegada a un arbusto—, la observaba fijamente sin soltarla de la mano. Amparo miró hacia el mercado, asustada, buscando a un marido, a una hermana o a un sobrino que aquel día no estaban en ninguna parte. Isabel sabía que no tenía mucho tiempo.

—Dígame dónde está.

Amparo profirió un grito mudo y baldío al que nadie prestó atención. Poco a poco, volvió a fijar la vista en el agarre de las dos manos. Aunque todavía tenía miedo, algo en aquella mano la hizo estremecerse y fue ella quien, con la adrenalina del momento, la apretó aún con más fuerza.

Isabel había pasado demasiado tiempo deseando y temiendo a partes iguales aquel encuentro. Meses largos de un rastreo obsesivo, desquiciado, de desgarrarse con una culpa que ni trescientas misas podrían aplacar. Una culpa cuyo peso necesitaba endosarle como fuera a aquella señora, tan menuda y cruel. Creyó que su cercanía la liberaría por lo menos de una parte de su dolor, pero solo lo estaba haciendo más insoportable. Tenía delante a la verdadera culpable, a la gran villana de su tragedia. La rabia le ardía tanto en el estómago que podría vomitar, podría vomitar en el suelo del sagrado umbral, o en la maceta de aquel arbusto.

—D-dígame d-dónde se la han llevado, dónde… —La mujer le apretó aún más la mano, y su rostro se llenó de confusión—. ¡Rápido! Si quiere que la deje en paz tiene que decirme dónde está. Tiene que decirme d-ónde está… Dónde está…

—Carmen.

Un sollozo estalló en la cara de Isabel al oír su nombre, y se le escapó un gemido breve. Tenía…, tenía que calmarse, tenía que hacerlo. Debía sacar un dónde, una dirección, unas coordenadas. Se tragó el llanto y la saliva una y otra vez. Y aún volvió a tragar. La madre de Carmen era… tan parecida a ella. Cuánto la recordaba, de qué forma la pensaba. Carmen en cada paso que le dolía dar sin Carmen. Carmen en cada sitio en el que no encontraba a Carmen. Carmen en la dimensión de todo lo perdido. La mujer que la miraba parecía desorientada; tenía los ojos en una

pecera de agua trémula y una especie de mueca, una expresión de dolor... revestida de una sonrisa extraña. He aquí la autora de la obra y la única con el poder indiscutible de destruirla, así como un día la creó. Isabel sintió odio, una ira que, aun así, estaba sujeta por una especie de reparo. Ah, pero ¡qué poco oportuno...! ¡Como si le debiera algún tipo de consideración a aquella señora...! La misma consideración que le tenía Carmen y que ahora su amor por ella le obligaba a respetar en su ausencia. No sabía por qué, pero sentía como si tuviera que protegerla del propio daño que se había causado a sí misma. A sí misma y a todo el mundo.

—Responda. Respóndame. ¿Adónde se la han llevado? ¡Dígamelo...!

De repente la mujer liberó la mano de aquella sujeción y, como si fuera un pájaro, la posó sobre el rostro de Isabel; un gesto que ella no habría podido prevenir jamás. Amparo dejó la mano sobre su mejilla, y entonces la chica se terminó de romper en un llanto de insólita intensidad. Un mar de lágrimas calientes rodaron por cada surco de la mano de Amparo, resbalaban por la barbilla de Isabel, le empapaban el cuello.

Y a no más de un palmo de distancia, le hubiera gustado decirle estas palabras, llenas de tristeza, a la madre de Carmen, que también podrían haber sido para su propia madre:

—¿No cuidó usted a su hija? ¿No la alzó y arrulló? ¿No la bañó y no le dio un nombre cuando todavía la tenía en su vientre? ¿Y no pudo sentir, ya desde dentro, cuánto la quería? Escuche. Escuche dentro de usted como somos dos las que la queremos. Somos dos. ¿Por qué no puede dejar que yo la quiera de la misma manera? ¿Por qué no puede quererme a mí también?

Pero no lo hizo. Apenas consiguió balbucear y repetir «¿por qué...?, ¿por qué...?», con un quejido de frustración. De todas formas y aún sin haber sido dichas, estas palabras sí que tocaron el corazón de la mujer bajo el velo, y al mirar a Isabel sí que logró ver el futuro de su hija. Fueron solo unos segundos, pero Amparo se imaginó a Isabel sentada en el sofá del salón, con un álbum de fotografías abierto en el regazo. La misma Amparo le señalaba con el dedo la imagen en blanco y negro de cuando Carmen dio sus

primeros pasos, en el patio de la Casa Gran, y también las de cuando cumplió los quince y José Luis las llevó a celebrarlo al Club Náutico, en Gandía. Carmen también estaba allí, junto al sofá, feliz y sana, con una taza de té entre las manos.

Poco a poco, la imagen se disolvió, e Isabel se secó el goteo de la nariz. Volvió a la encomienda que la había traído hasta allí, todavía sin haber controlado del todo el llanto.

—Usted y yo vamos a ir a buscarla. Vamos a ir a buscar a Carmen. ¿Me ha oído bien? Vamos a ir a buscarla.

La mujer no había perdido su sonrisa rota cuando, poco a poco, le quitó la mano de la cara empapada.

—A...

—A su hija. Vamos a ir a buscarla.

Le dio unas indicaciones muy claras. Conseguiría un coche. Lo prepararía todo. Conseguiría dinero, y también un sitio donde vivir, y Amparo las podría visitar siempre que quisiera. Pero eso sería más adelante... De momento debía quedarse con eso: al cabo de un mes, pasadas cuatro misas de un domingo como aquel, Isabel la esperaría en esa misma plaza, en la última de las arcadas, a esa misma hora, y las dos saldrían desde Gandía a buscar a Carmen. De una vez por todas. Después caminó por la avenida de Wilson, por lo menos una hora, hasta llegar al puerto. El cielo era de color rosa, casi magenta; la tormenta del día anterior había disipado cualquier rastro de nubes. Olía a mar con intensidad.

Isabel anduvo a lo largo del dique hasta llegar al faro. Se apoyó en la barandilla que lo separaba de la medida inmensa del Mediterráneo. Una protección simbólica contra la más grande de las fuerzas. Dejó que lo que quedaba de sus sollozos se apaciguara con la cadencia del agua, de un gris oscuro. Aunque nunca encontraría consuelo. No hasta que pasaran las próximas cuatro semanas. En el puerto, las celebraciones nacionales seguían su curso, y de las barcas amarradas al muelle la gente bajaba preparada para ir a ver los fuegos artificiales. Isabel miró el mar, y aunque las olas rompían contra el espigón, sintió que todo lo que tenía detrás la empujaba hacia él.

Llegan gritos de pelea desde la verja. A finales de semana, la cuerda que sostiene el equilibrio social llega a su punto álgido de tensión. Un exceso de horas de convivencia, más el hedor penetrante que llega desde el matadero al patio del San Roque, se hacen notar los viernes más que ningún otro día. Isabel vigila el patio con el corazón en un pum pum frenético, mientras, al fondo, Conejo empuja a uno de la otra clase contra el metal de la verja. El resto de los chavales los rodean y vitorean, y sus puntapiés contra el suelo crean una nube de polvo alrededor. Debajo de la nube Isabel reconoce que la cabeza que está siendo golpeada es la de uno de los eternos repetidores —o como los llama Julià, con cariño: de «los de la saga de *bordajos*»—. La pelea se está yendo ya un poco de madre, y al ver comparecer unos nuevos puños, no tiene más remedio que echarse a andar hacia allí, con ese pum pum y el aire ahogado en la garganta. Hasta las chicas están dejando de jugar, atraídas por el nivel de agresividad de hoy.

—*Eh! Xe, Conejo! Que vols que cride a ta mare? A tu també, eh? Juande! Cride hui a ta mare, o què hem de fer?!*

Isabel rompe el círculo, apartando los antebrazos empapados de sudor frío y hormonas de los que se encuentra por en medio. Los dos chavales siguen a ostia limpia, como dos bueyes, validando su desacato a la maestra que los intenta separar en su estar *muy, pero que muy, enfadados*. Conejo está rojo como un pimiento, y tras cada jadeo, le salen de entre los gigantescos piños unas pequeñas salpicaduras de saliva. Isabel está a punto de proceder con una bronca cuando una voz conocida roba de lleno su atención. No se trata de la voz de ninguna de las chicas de su clase.

—Tsss, Isabel.

—¿N-Nadia? ¿Qué haces...? ¿Qué haces aquí?

Isabel escruta veloz el patio, verificando la ausencia de Julià, Alfredo, o cualquier otro adulto a la vista. La batalla campal de los chicos vuelve a arrancar. Se acerca, descolocada, al extremo de la verja metálica donde Nadia, enfundada en una chupa negra, espera.

—Oye, casi me recuerdan a las de la Lois los días que nos sacaban pantalones gratis... Nada, que pasábamos hoy por Silla, y hemos pensado; ¿y si nos pasamos a saludar a la maestra?

Isabel echa un vistazo a la pelea, y Nadia aprovecha para examinarla de arriba abajo con sus pestañas pesadas y acabadas de pintar.

—Que no hay quien te pille últimamente, ¿eh? Estás escurridiza, ¿eh? Estás «fórmula 1» desde noviembre...

Los gritos se intensifican, y ya debe de quedar poco para que se acabe el patio.

—No puedo hablar ahora. Estoy... N-no, no tendrías que haber venido a la escuela. Y-ya te vendré yo a buscar, ya hablaremos.

Un *catorce treinta* tan negro como el despecho de Nadia empieza a circular por detrás de ella, muy lentamente. Nadia contiene un suspiro e intenta parpadear sin perder la sonrisa. No le gusta nada equivocarse, no soporta meter la pata. Cuando, entre toda la mediocridad que la rodea, su intuición la lleva a fijar su favor en alguien, cuando acepta llevarlo bajo su ala, fiel y protectora, espera sin lugar a dudas que no la decepcionen. Nada le incomoda más que sentir que la decepcionan.

Un hombre joven con barba espesa saca la cabeza por la ventanilla. Isabel traga saliva, y nota el pinchazo de un aguijón a través. Nadia acerca su rostro a los barrotes. La máscara de pestañas está verdaderamente húmeda, todavía.

—¿Te enfadas conmigo? Tengo al Rodo echando humo en el coche, ¿y ahora tú te enfadas conmigo?

También es curioso cómo el aspecto de las personas se va modificando según en lo que se van convirtiendo para una. Parece como si la cambiante impresión sobre los demás las afeara. Nadia mira a la maestra y de repente le parece más fea y masculina que

años atrás. Más fea y más como un señor.

—Nos debes tres mil quinientas quince pesetas.

Isabel titubea, sin salida. No tiene tantos ahorros. Acaba de pagarle el alquiler a Óscar. Acaba de encargar los asideros para la bañera para que Carmen pueda ducharse sin ayuda, y cuestan un ojo de la cara. La verdad es que ha estado evitando a Nadia tanto como ha podido.

De golpe y porrazo, Nadia se echa a reír.

—Mira que me está costando controlar al Rodo, ¿eh? Está empeñado en que te atropellemos un día mientras cruzas la calle. Y yo venga a decirle que no se preocupe, que tú eres mi amiga y que...

—Las otras me dijeron que las pastillas son mucho más baratas en realidad. Q-que en la farmacia valen por lo menos la mitad. Q-que tú me las estás vendiendo casi por el doble. —Los gritos de la pelea vuelven a avivarse, y la verja metálica vibra con fuerza entre las dos, en respuesta a un impacto recibido—. Creo que... a partir de ahora las voy a comprar en la farmacia.

Nadia la mira más seria que nunca, e Isabel se asusta un poco de aquella cara. Tras unos largos segundos en los que ninguna dice nada, se empieza a dibujar en sus labios una sonrisa juguetona y fucsia. Sale de ellos un aliento frío de vapor.

—Claro, maestra. Como prefieras.

Isabel se acerca deprisa al centro del corro donde Conejo, el repetidor, y otros dos chavales más se empujan los unos a los otros. Uno de ellos cae al suelo. Isabel levanta la mano al aire con fuerza, en una diagonal casi perfecta, y siente las fisuras de la vida, siente la vida cada vez más fisurada, siente el corazón al galope en su campanilla, y golpea contra algo, un hueso, o una cabeza. Después agarra a un chaval del brazo, del antebrazo, y lo aprieta con tanta fuerza, que podría romperlo. Podría partirlo en dos como la rama de un árbol.

—Eh! Eh! Què dimonis està passant, ací, a vore? Tothom cap a classe! Au! S'ha acabat!

Julià termina de separar a los chicos, que regresan corriendo hacia la puerta dejando el descampado lleno de polvo. De polvo y

rabia. A través de las gafas empañadas, el maestro observa atónito a su compañera. Los dientes le rechinan y, tras cada jadeo, le salen de la boca unas pequeñas salpicaduras de saliva.

Las pastillas han durado cuatro meses. Como con una lata de galletas, no se han dado cuenta de que el cajón ha pasado de medio lleno a medio vacío hasta que han metido la mano y no han encontrado ninguna.

La última en darse cuenta ha sido Carmen. Ha visto que quedaba un bote casi entero de optalidones, pero ni rastro de las pastillas para dormir. No ha salido de casa en todo el día, esperando a que Isabel llegue de la escuela. Se está convenciendo a sí misma de que lo hará con cajas y botes por abrir. Confiada de que, aunque es la primera vez que tienen el cajón vacío, se trata solo de un pequeño traspié, y nada más.

Aun así, no ha podido evitar rezar un poquito.

Algo en la tarde huele a peligro. Ha cerrado todas las ventanas. No solo porque durante la primavera les llega fresco cuando empieza a hacerse tarde, sino también para ponérselo difícil al peligro. Aunque todavía no acaba de saber si viene de fuera hacia adentro o sale de adentro hacia afuera. Isabel ha hecho una entrada esquiva, y lleva por lo menos una hora en la ducha. Ella se ha quedado esperando en la cocina, apoyada en la encimera, y le dedica una sonrisa al cajón de las pastillas, como si quisiera hacerse su amiga.

Finalmente, Isabel sale del baño —tampoco hay muchas más salidas, de todos modos—. Acude a la cocina, vistiendo solo una camiseta blanca de tirantes, pese al fresco y el pelo empapado; solo una camiseta de hombre que Carmen le compró de oferta en el mercado. No se pone a hacer la cena, como cada noche. Se apoya también en la encimera, enfrente de ella, y baja la cabeza. Carmen cierra entonces la ventana vertical de la cocina, que va un poco más dura porque hay que desplazarla de arriba abajo. El peligro

podría colarse por la galería interior, también.

Isabel tiene una expresión de capitulación que le hace poner la carne de gallina. Ella ni tan siquiera reza.

—Isa, se han acabado las pastillas.

Asiente. Carmen se empieza a alterar.

—Has traído más, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—No me las venden. En la farmacia no me las venden.

Ha pisado todas y cada una de las farmacias de Catarroja, de Silla, de Massanassa y de Albal. Ha pasado por todas y cada una. «Para eso necesita una receta de su médico.» Ha esperado hasta los cinco minutos antes del cierre, a fin de no coincidir con terceras miradas, a fin de horadar la coraza de inmutable frialdad de los farmacéuticos con sus más que precarias habilidades sociales. Pero parece que aquel disfraz, que tan bien les funciona en cualquier otra parte —el disfraz de señora entrando plácidamente en la mediana edad—, no es tan infalible cuando se piden pastillas que podrían sedar a una manada de elefantes y cuando, por tu aspecto, el farmacéutico no sabe definir si eres un hombre, una mujer, o algo entre medias. «De su médico, traiga una receta de su médico.» Y Carmen no va a volver a ver jamás a un médico. ¿Verdad?

—¿Y qué? Te las han vendido hasta ahora, las has comprado hasta ahora. Las has conseguido hasta ahora...

—Eran antipsicóticos. No gominolas.

Carmen esquiva un grito —venía directo a la garganta— que se transforma en una risa. Una risa grave y honda que jamás le había salido de la boca, que suena como sonaba la de su padre cuando alguien le ganaba al mus.

—¿Tú sabes lo que quiere decir esto, Isa? No, si claro que no lo sabes. No tienes ni idea.

El trapo estrujado en su cabeza. Cada una de las conexiones en su tejido neuronal chispeando. Dos manos amasándole el cerebro como a la carne picada. Durante todo el día. De nuevo aquel insomnio; su insomnio, el miedo; su miedo. Las voces, los ruidos.

Lo único que necesita es poder dormir por lo menos unas

horas y no sentir tanto el dolor. Es lo único que pide. No puede, sencillamente no puede volver a la jaula. No después de haber salido de allí. No después de haber estado fuera tanto tiempo. Isabel tiene que comprenderlo.

—Yo no puedo vivir sin las pastillas. Tú sí que puedes, tú sí que puedes, Isa, pero yo no...

Carmen apoya las manos en la encimera, haciendo presión hacia abajo. Casi lo tenía. Estaba funcionando bien. Había funcionado bien durante muchos meses. Y había sido... tan bonito demostrárselo a sí misma. Se levantaba por las mañanas, sola. Se tomaba una taza de café, y cotejaba el tiempo echando un vistazo por la ventana grande, sin prisa. Escuchaba un rato la radio. Limpiaba sobre la limpieza de la cocina, ella sola. Y salía de casa. Paseaba por las calles en busca de motivos para vivir; dejándose remirar lánguidamente la sencillez de cualquier rincón que le quisiera enseñar el barrio: un nuevo árbol frente al cuartel de la Guardia Civil, logrando crecer contra todo pronóstico. Un banco libre y a la sombra. El clásico señor mayor que sale a la calle con el perro solo para que le den conversación.

Había estado yendo a la panadería. Allí pasaba ratos con Angelito, que ya tenía algo más de un añito, y con su mamá. Se habían intercambiado un regalo por Navidad. No se lo había dicho todavía, pero pensaba proponerle a Julia que, cuando el niño fuera un poquito mayor, podrían empezar a trabajar con los cubos, y las figuras. Podrían hacerlo allí mismo, en la panadería. Para cuando empezara a ir al colegio, sería el niño más aventajado de la clase.

Se había permitido soñar.

Su plan era, a largo plazo, hablar con Isabel, con calma, y proponerle que pudieran sentarse con el director de su escuela, y ver si, tal vez en un par de años, pudiera haber una plaza libre para ella. ¡Cuánto echaba de menos enseñar, cuánto...! Leía las fichas de Isabel con tanta envidia... La letra insegura de las niñas en los exámenes, que tanta información da sobre cada una de ellas. Identificar cada error recurrente, cada duda, y al contrario; cada hallazgo. Cuando, por fin, entienden de verdad un concepto. «Ya verás como sí que puedes»; cuánto deseaba volver a ser eso para

una criatura. No había sacado el tema todavía porque últimamente la veía tan malhumorada…

De hecho, ¡hasta tenía cita para hacerse la permanente la semana siguiente! No podía faltar. El mes pasado se había acercado a hablar por fin con Tere, la peluquera, y había resultado ser tan simpática como se lo parecía desde la ventana. Todas esas cosas no se podían volver a encerrar en la habitación, no podía volver a renunciar a ellas. Se había demostrado que podía hacerlo, pero tal vez, solo tal vez, la distancia que habían ido creando entre las dos se había hecho tan inmensa que se había olvidado de demostrárselo a Isabel.

—Yo no voy a poder vivir sin las pastillas, no voy a poder vivir. Tú sí que puedes, pero…

—«Podría.»

Carmen se queda en silencio, como si necesitase un momento para intentar resolver si es el efecto de la pastilla lo que la ha llevado a oír aquello.

—¿Cómo has dicho?

Su tono parece prohibir una respuesta.

—¿Qué acabas de decir, Isabel? ¿Qué es lo que has dicho?

(¿Puede ser que a Carmen ya se le estén empezando a poner los ojos rojos otra vez…? ¿Tan pronto? Eso parece…)

—¿Has dicho «podría»? ¿Has dicho «podría»? «Podrías» vivir si… ¿«Podrías» vivir si «qué»? Dilo.

—Por favor, cálmate. No quería decir eso. Lo has entendido mal, Carmen. Cálmate, por favor.

Carmen se mueve de un lado a otro por la cocina. Todavía intenta asumir que algo que acaba de ocurrir de forma tan tonta vaya a permanecer dentro de ella tanto tiempo.

De repente deja de caminar y se pone a asentir con los ojos abiertos. «Isabel me va a dejar caer, eso es lo que va a hacer. Ambos; Dios e Isabel, Isabel y Dios, me van a dejar caer otra vez, puedo sentirlo.» Bajo sus pies, una grieta acaba de ceder al primero de los milímetros.

—¿Qué has hecho? ¿Te has enamorado de la…, de la chica esa, la morena de la bicicleta? ¿Por eso no te da más pastillas?

Siente un dolor tan grande… No es físico, esta vez no es físico… Isabel está encogida en sí misma, con la espalda encorvada como una corteza de pan frita. Otra vez vuelven a estar así; no la puede mirar, no la mira, como si le diese la razón.

—Ahora te voy a decir una cosa. Te la voy a decir, por supuesto que te la voy a decir.

Carmen hace una pequeña pausa que parece acabar cuando la saliva le entra en contacto con el veneno. Le dice que en el hospital en el que estuvo le *frieron* el cerebro. Usa un montón de palabras terribles, como *tortura*, y la repite, varias veces, recreándose, revistiendo de resentimiento cada vocal, *tortura*, *tortura*, *tortura*. Le dice que la torturaron, que se hizo pis encima nada más ingresar por la puerta, le describe el sitio con todo lujo de detalles, desordenados pero concisos, *repugnante*, *terror*, *tortura*, *descargas*. Se le quiebra la voz, y casi en un grito le dice que, cuando volvió, ella nunca le dejó contárselo, que nunca le dejó que se lo contara. Isabel cierra los ojos con fuerza, y como si aquello le diera la razón a ella, Carmen todavía grita más, con la voz en un chirrido ahogado, ascendente.

—¿Lo ves? ¡Sufrías tanto…! ¡Sufrías tanto por mí…! ¿Lo ves?

Le dice que en toda su vida nadie, no ha habido nadie que la haya dejado sufrir. Pronuncia la palabra *sufrir* con tanta aspereza como *tortura*, dice: «Eran los otros los que lo hacían por mí». Le dice entonces que una sola cosa, una sola cosa que vivió, que le había ocurrido a ella, y solo a ella, un dolor que era por fin suyo, «lo convertiste en tuyo». «No ibas a ser distinta a mi madre», ironiza, le sube el ácido de su estómago vacío hasta las cuerdas vocales, vibrantes, con una risa que augura un llanto, con un llanto que anuncia una risa. Que hizo exactamente lo mismo que ella, le dice, que su madre, que le robó, le habla del *robo* de su dolor como si le exigiera una devolución, una devolución que ni siquiera repararía nada, una devolución estúpida, «cuánto sufría Isabel», ríe con sorna, cuánto.

—Pues te digo una cosa: la que sufría era yo. Soy yo.

Luego usa la palabra *maltrato*, dice que la volvieron loca, y evoca de mil imágenes la palabra (piernas en carrerilla, babas,

películas de terror, pasillos sin salida), y de repente dice que nada de aquello, nada de todo aquello tan horrible, nada...

—... se puede comparar con lo que está siendo *esto*.

La señala con un dedo acusatorio, peculiarmente firme en su temblor, pero allí no acaba, no termina ahí. Dice que le arde la cabeza, y estira los dedos hacia arriba; «me arde tanto que me va a explotar sin las pastillas». Se nota que la ejecución ferviente de su discurso no disminuye el dolor del que habla, de hecho lo aumenta, es del todo desaconsejable, pero lo usa a su favor, se deja dominar por él para ilustrar mejor a Isabel aquello de lo que le habla, y «¡no apartes!», grita, «¡escúchame y mírame bien!», repite «¡no apartes la cara de esa manera!». Frases entrecortadas, veloces, chasquidos hirientes. Después dice que lo siente, pero ironizando también, que cuánto lo siente.

—Con lo feliz que «podrías» ser tú, con lo fantástica que «podrías» estar tú. Con la chica esa de la bicicleta, o con quien fuera. Yo también lo «podría» ser. Yo también «podría» irme a Manuel y estar con mi...

Se le quiebra la voz por primera vez antes de nombrar a su familia. De repente recuerda que nadie la ha venido a buscar en todo este tiempo, un pensamiento fugaz en un monólogo sin pausas, no puede permitirse avergonzarse así delante de Isabel, que sigue sin poder abrir los ojos, y Carmen sigue diciendo «resulta..., resulta que te toca aguantar a esta mierda de persona —repite las palabras *mierda de persona*—, que no para de quejarse y quejarse».

—Pues ¡déjame ya! Si en el fondo ya no sabes ni por qué estás conmigo, ¿es verdad o no? Si nunca te he dado lo que querías. Si ya no soy lo que querías. Si quieres dejarme, no te preocupes, que lo entiendo. En el fondo siempre he estado sola.

Respira, unas exhalaciones calientes y pesadas tras el colofón, tras la liberación a medias, no saciada, no cumplida. Ha encendido una cerilla de palabras con las que necesita quemar, necesita incendiar; más. A unos metros la esperan la jaula y el insomnio de nuevo, el camisón y el calvario, pero antes de eso, antes de eso, necesita quemar. Y resulta que la única madera que ha encontrado es Isabel. «¡No digo nada más que la verdad!», vuelve a gritar, a

una audiencia invisible, y con un nuevo tinte de tristeza, pero sin perder ni un ápice de rabia, dice que su familia la ha abandonado, se rebaja, osa rebajarse pero para volver a levantarse, dice que la han abandonado por ser quien es, y vuelve a reír, como si acabara de dar con una ocurrencia muy graciosa.

—¡Y resulta que no sé quién soy! ¡No lo sé! Porque nunca fui nadie, nunca fui nadie hasta que te conocí.

Le dice a Isabel: «Tú, que eras tan fuerte, eras tan real», se recrea en la erre de *real*, dice que en Manuel a ella le daba miedo hasta pisar la calle e Isabel le abrió las puertas de su casa, y vuelve a ironizar: «¡Adelante, aquí está tu nueva vida!», ahora es una especie de regodeo, las palabras las malabarea entre sus brazos abiertos, emulando tal vez al vendedor afanoso de un mercado, a esa audiencia que ahora la aplaude, la vitorea por su uso del sarcasmo, le pide más.

—Pues… ¡me he perdido! Me he perdido, no sé hacia dónde ir, no sé hacia dónde ir. ¡No lo sé! ¡Dímelo tú!

«Dímelo tú, dímelo tú, dímelo tú —le pregunta, una pregunta retórica, retorcida, retrospectiva—, en qué nos hemos convertido, Isa», le dice que no las encuentra («no nos encuentro, Isa, ya no sé quiénes somos, Isa»), las une a las dos en esa desesperación, de repente, como si la enemiga fuese ahora la cocina, o el piso, o Catarroja, o la audiencia, «quiénes somos», «quién eres tú», las vuelve a desunir, ahora la enemiga vuelve a ser Isabel, «en qué momento nos perdimos en todo esto», «por qué no te vas, Isa; vete, Isa», la echa sin tocarla, «y si te vas de una maldita vez y se acaba esto para todo el mundo».

—¿P-podemos parar…? N-no puedo respirar.

Pero no puede. Ojalá pudiera parar. Todo a su alrededor es ya un incendio, y entre las llamas está Isabel, sin palabras. No porque no pueda pensarlas, sino porque es incapaz de decirlas.

Carmen niega con la cabeza —tanta verdad la ha dejado temblando— a un centímetro escaso de su cara. La cerilla no se puede consumir todavía. Todavía no. La grieta cede unos milímetros más bajo el suelo de la cocina, pero una cosa tiene clara. Esta vez, si cae ella, caen las dos. Se trata de un golpe de

Estado.

El golpe de Estado de Carmen.

Sale de la cocina y camina hasta la mesilla del teléfono, y la siguen los ladridos iracundos del perro e Isabel, como un asmático. Está decidida a acabar con todo, a prender hasta el último de los hilos que lleva tanto tiempo intentando salvar.

Isabel debe reconocer que hay algo de fascinante en aquel espectáculo de destrucción de Carmen. Algo de hipnótico en su dolor. Cuánto ha cambiado. La pérdida de peso le ha ido llevando el cuerpo casi a la extinción, royéndolo casi hasta el hueso, pero, aun así, con el teléfono entre las manos, está más poderosa que nunca. El esqueleto de un ser que ya no necesita música, que ya no necesita compasión. Que ya no necesita nada de nadie. Más cerca de desatar los cuatro elementos de la naturaleza que de asistir a una comida familiar un domingo de Pascua.

Marca un número que en su día ella misma le apuntó en un papel. Al otro lado, alguien contesta la llamada.

—Buenas tardes. Disculpe por llamar a estas horas. Pero querría dejar un mensaje al director, o a quien corresponda. Isabel no va a volver más a la escuela. Por desgracia, hay una enferma en casa, y nos tenemos que quedar aquí, en casa...

Isabel aprieta la pestaña que corta la comunicación, estoica en todos los reproches que ella no ha podido decir. Solo quiere pedirle ayuda, solo quiere pedirle ayuda a Carmen para poder volver a respirar. No quiere lanzar su cerilla, la que lo haría volar todo por los aires de una vez por todas. No puede darle lo que quiere, aunque solo necesitaría decir cinco palabras.

«Mira que te lo avisé.»

Es todo lo que Carmen necesita oír. *Un* reproche. Su cerilla. Vamos. ¿Por qué no lo hace? Isabel huye hacia la cocina. ¿Por qué no lo hace? Se esconde de espaldas a la encimera. ¿Por qué no le devuelve el daño que le acaba de hacer? Carmen la sigue corriendo, buscando ponerse cara a cara. Buscando ser quemada.

Isabel se le encara, con un último aliento.

—No te voy a dejar. Porque yo sí que sé quién er...

Guantazo. Carmen siente la mano ardiendo tras el golpe.

Isabel se toca la cara, pensando, en mitad de toda esa barbarie, en lo irónico que es que siempre acabe recibiendo dentro de una cocina.

La ventana de la habitación grande se cierra dando un fuerte golpe. Ha olvidado cerrarla.

Y eso que el peligro venía de dentro.

Luciérnagas. Una reunión de estrellas muertas a la altura de la tierra. Eso es todo lo que puede ver desde la verja de la vía del tren. A unos pasos, la persiana bajada de El Valeriano. Puntitos naranjas que se mueven aleatoriamente en la densidad más negra; vuelos breves a manos de las mujeres a las que nadie quiere preguntar adónde van cuando cae la noche.

Una luciérnaga más grande se enciende. Una mano femenina acerca la punta de un cigarro al quemador de una lámpara de gas. Ahora los rostros de las chicas de la Lois, o las medias máscaras que le ofrecen a la noche, se vuelven naranjas también, y parece que sus voces se identifican mejor, como si la llama las hubiera hecho más audibles en aquel rincón del muro frente a la estación. Bajo la protección de la oscuridad, Isabel hace una de las únicas cosas que todavía puede hacer: respirar. Lleva por lo menos una hora trasteando las piedras del suelo de las vías, sin decidirse. Una tras otra, entre los dedos, con la mente vacía de pensamientos de más de tres palabras. Cualquier frase que hace ademán de transcribirse en su cabeza es rápidamente interrumpida por la siguiente, o por un fragmento de otra, o por alguno de los sonidos que llega de dentro de las fábricas dormidas, al otro lado de los raíles. Aun así, se encuentra más encerrada en ese sinsentido de dentro, que en la noche que se expande a su alrededor. El frío le ha secado los labios y la nariz, como si le hubiera dado un soplo en la boca. En la lejanía, las risas relajadas, o las ruedas de una bicicleta llegando al final de la broma en curso. Isabel no lleva más que una chaqueta fina, de lana gris. Tal vez es el frío el único motor que la ayuda a caminar hacia el muro, con el tacto rugoso de las piedras todavía en los dedos.

Las luciérnagas bajan un momento la voz. El tiempo justo

para un susurro veloz.

Como siempre, Nadia destaca entre el grupo. No porque vista sobrecargada, no porque sea la más alta, sino porque hay algo en todo el resto que se apaga en cuanto más desea ella brillar. Guarda la sonrisa que tenía puesta y su boca se relaja, justo antes de aspirar una bocanada de su luciérnaga. El paso de los meses, breve o prolongado, siempre le metamorfosea la máscara, o el pelo. Las chicas tienen la nariz roja por el frío, pero todas llevan las piernas al descubierto. Faldas vaqueras cortas y botas o zapatos de charol negros que, si no se fija una bien, crean el efecto óptico de ser un charco de agua en el que han hundido los pies. El brillo de las espinillas no es mérito de la lámpara de gas, sino de la brillantina de un bote redondo que ha pasado de mano en mano. Su cadáver yace ahora en el suelo, fuera del círculo, como Isabel.

Las chicas no se abren para hacerle un hueco, y se queda esperando un rato largo. Se mantiene a la espalda de una de ellas, que ni siquiera gira la cabeza un centímetro para mirarla. Siguen con el curso de la conversación, e Isabel asoma un poco la cabeza por encima de una chaqueta, para colocarse dentro del campo visual de Nadia. Hoy no las acompaña ninguna niña, ni tampoco el sol; que vete tú a saber a las trabajadoras de qué fábrica del globo terráqueo andará bronceando.

Nadia lleva el pelo más largo que nunca, le llega hasta media espalda, y una cinta de pinzas que se lo levanta en una especie de corona negra. Usa un color oscuro en los labios, un morado casi marrón que la hace parecer mayor. Las chicas llevan cuellos altos, con chalecos de lana o chaquetas abiertas. A los pies de la Lumi Gas, botellas de ron, licor 43 y coca-colas grandes. Isabel ya no sabe cómo ponerse, y sin saber qué hacer con su nerviosismo, saca su paquete de tabaco del bolsillo y lo desliza abierto entre los brazos de dos de las chicas. Una de ellas echa un vistazo hacia abajo, y luego se arrima a su compañera para estrechar más el espacio entre ellas.

—... pues los confundieron con dos Maquis y les pegaron un tiro a cada uno.

—¿Pero eran...?

—No, no. Eran estudiantes. Y uno era el tío de mi cuñado, el de Rosita.

Una de las chicas tose, y el humo del cigarro y del vapor condensado parece ponerle polvos de talco al frío.

—¿En la Alquería de los Marqueses? ¿Pero eso no está abandonado?

—Claro, desde los años cuarenta, que fue cuando les dispararon, y hasta ahora, que es el nidito de amor de la marrana esta. —Paca señala a Nadia con el culo de la botella y esta sonríe, sin demasiadas ganas.

Isabel hace un intento de hablar en la breve pausa que sigue a las risas.

—Nadia... Hola...

Las chicas siguen indiferentes, así que a Isabel no le queda otra que aproximarse más a la esquina del muro donde está apoyada Nadia. Al hacerlo, tropieza un poco con la rueda de una bici que no había visto sobresalir.

—*Manteeeee! Cuidao!* —Por un momento parece que la dueña se va a girar a empujarla.

—N-Nadia, perdona, ¿crees que podría hablar contigo un momento?

—¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar un momento? M-me quería disculpar por...

Ojalá pudiera estar a solas con Nadia, y no con todas aquellas mujeres, vestidas y maquilladas como si fueran a posar todas juntas en la portada de una revista. Nadia niega con la cabeza con una fingida expresión de aflicción.

—Es que esta noche estamos de celebración, maestra. Por Enriqueta.

Isabel mira, sin atreverse a hacerlo directamente, a Enriqueta, quien lleva honor y decencia tan altos como cada año, pero luce un morado oscuro en la mejilla, casi a la altura del ojo derecho.

—Ah, f-felicidades, Enriqueta. M-muchas felicidades. —Vuelve a dirigirse a Nadia—. Pero si pudiéramos hablar solo un m...

—No es su cumpleaños. Hoy celebramos que Enriqueta se ha quedado viuda. Viuda de un marido vivo, pero viuda.

Una de las chicas sacude a Enriqueta por el hombro, y agita una de las botellas de coca-cola, imitando el aullido de una loba. Enriqueta inspira por la nariz con fuerza y aprieta los labios en ese gesto suyo, tan propio.

—Así que... tendrá que ser otro día.

Isabel se fija en el bolso blanco de plástico que hay en el suelo, y acerca temblorosamente la boca al pelo de Nadia. Le gustaría esperar a otro día, pero es que hoy «no puede hacerlo».

—T-tengo... traigo el dinero...

Nadia da una calada lenta.

—Chicas, que dice la maestra que trae dinero para invitarnos a todas a un cubalitro.

Las chicas aplauden y silban, seductoras.

—N-no todo, una parte, pero...

—Maestra, relájate un poco. Sal un rato con nosotras esta noche, y después hablamos de lo tuyo. Paca, dale de beber... ¡Compartid un poco, víboras alcoholizadas!

Nadia le da la botella. Luego le pasa el brazo por encima de los hombros, rompiendo de golpe toda actitud fría, y a Isabel se le queda el cuerpo descolgado en una postura extraña.

Se acerca la botella a los labios, y da un sorbo titubeante.

—... Un traguito más. A ver si conseguimos sacar esa escoba del culo de una vez, anda.

El tiempo pasa entre conversaciones de las que no participa. A cada rato le llega la botella, y tanto ella como Nadia le dedican tragos largos. El ron le corre por la garganta, disolviendo un poco más la comprensibilidad de sus pensamientos. Una sustancia tan distinta y dúctil resbalando por su pecho infartado... Al cabo de un rato, la lámpara en el centro del círculo se ha apagado y las chicas han empezado a recoger el chiringuito, sin que Isabel se haya dado cuenta. Un montón de piernas congeladas —algunas esbeltas, otras más chatas— emprenden el camino hacia la calle Reina.

—¡Por Enriqueta! ¡Y muerte al prófugo!

Las chicas vitorean, y empiezan lo que podría ser su pasarela

de la altanería por Les Barraques. Se ha quedado la última, y sigue a las chicas, con un ligero balanceo de las piernas de lado a lado. Pasan por delante de las puertas de las casas bajas, de las que salen luces de televisor; bajos repletos de vecinos pegados a una pantalla. Abducidos por otras películas, ignoran la escena de feminidad que se rueda justo al lado. El campanario de la iglesia de Sant Miquel está iluminado en lo alto, y dejan atrás la plaza.

—Anda, maestra, saca la llave.

Isabel mira a su alrededor oscuro, algo mareada. Las chicas tienen frío e impaciencia, e Isabel se mete la mano en el bolsillo del pantalón de lana y saca un llavero con dos llaves pequeñas.

—N-no, pero si no podemos ir a mi casa. —Acaba de caer en la cuenta de que, tras esa neblina vaga de chicas, está la puerta del carrer Nou.

—Qué suerte tenemos de que vivas sola. Nos estábamos muriendo de frío, la verdad.

Nadia hace girar las llaves y las trabajadoras de la Lois se meten deprisa, en una aceptación conjunta de que aquellas faldas son, efectivamente, inadecuadas para los meses circundantes al invierno. Isabel realiza un intento fallido de formular una frase para evitar que aquel desfile empiece a subir por las escaleras de su edificio.

—¡*Collona*, el perro! Qué susto...

—¿Es el segundo?

Isabel oye el ruido de la llave girar en las manos de Nadia, y los ladridos furiosos del perro al pasar por la puerta del primero. Por un momento suben todas en fila india, y las piernas flotantes de Isabel se dejan llevar por la emoción conjunta, por la excitación de la penumbra, cuyo efecto rompe la entrada a la luz del salón. Las chicas de la Lois se tiran en el sofá, frotándose las piernas y castañeteando los dientes.

—*Aaaaaaah, quin gust! Una casa sense xiquets...!*

No encuentra a Nadia. Las chicas preguntan si hay hielo, o *una picaeta*, y Enriqueta es la primera en entrar en la cocina a por vasos. En el sofá ya hace rato que han encendido los cigarros, y el humo empieza a invadir el salón entero. Isabel saca del bolsillo las

mil quinientas pesetas contadas, ahorradas con sudor y lágrimas, y se pone a buscar a Nadia con la mano extendida, mientras las otras sirven cubatas sobre la mesa del comedor, y Enriqueta trae un bote de altramuces que ha sacado del armario.

Nadia está en el fondo del pasillo, entre las puertas de las dos habitaciones. Antes de distinguirla a media luz, Isabel alcanza a ver un destello de triunfo, esperado durante mucho tiempo, en su sonrisa menguante. Parece sumida en una bruma de misterio, con su cinta y sus labios negros, como un profanador de las sombras que hubiera perseverado agazapado con tiento. Con una curiosidad en los colmillos al borde de ser saciada, vuelve a sonreír y emerge del pasillo. Pasa su brazo por encima del hombro de Isabel con efusividad, de nuevo.

—Relájate. ¿Sabes qué...? Cuando te conocí, te sentabas cada tarde en la misma mesa del bar de la estación, ¿tú te acuerdas? Pensé que tú y yo nos parecíamos. Porque no encajamos en ningún sitio. ¿Tienes un cigarro?

Se sientan entre el suelo y el sofá, y al final, hasta acaban abriendo la ventana grande para airear el salón. Isabel —quien ha decidido que cuanto menos insista en que se vayan, más deprisa pasará el tiempo— bebe compulsivamente del ron de su vaso compartido, en su salón, por primera vez, compartido. Otras piernas yacen en el sofá que hasta ahora solo habían ocupado tanto Carmen como ella. Isabel vuelve a beber y siente en la boca un sabor a pilas eléctricas. Nota como si hubiera estado chupando una pila, rodeada de mujeres a las que apenas conoce, o a las que había olvidado completamente, y poco a poco y para su propia sorpresa, se va relajando, casi como si fuera una de ellas y estuviera en una casa ajena. Deja de reconocer su salón y el piso adopta la forma de un lugar que parece, en contraposición a las chicas, sacado también de otra época.

—Cuentan que Antonia era prima de José Ramón, el padre de Pepeta. Pero Pepeta y la tía *no se conocieron* hasta hará unos diez años, cuando fue a casa con su madre a visitar a la hermana de Antonia, que estaba terminal.

—¿Pero la terminal era Antonia?

—¿Te vas a callar, que si no, no tiene gracia? —La chica, algo más joven que el resto, pero descarada como una pequeña Nadia, lleva unos pendientes de los que cuelga una gran piedra roja, a juego con su pelo ondulado. Tiene una voz nasal, con la que sin embargo sabe infundir un aura de misterio a la historia—. Pues la tía Antonia tenía más de noventa años, pero su memoria estaba intacta. Y en las visitas de Pepeta, muchas veces hablaban de la muerte y del más allá. En una de estas, hicieron una promesa, que era la siguiente: «La que primero se muera, visitará a la otra para pasarle el testimonio del más allá». —La chica acentúa el tono de suspense, aunque no goce de la atención de todas las presentes—. Bueno, pues, una noche, el marido de Pepeta, le dijo «me ha ocurrido algo extraño, Pepeta. Estaba recogiendo las *ferramentes*, cuando noto que alguien iba por el pasillo. He mirado, y he visto la estela de alguien que acababa de pasar por allí y se dirigía hacia nuestro dormitorio. Se trataba de una dama vestida toda de blanco. Así que, pensándome que eras tú, mi Pepeta, me he puesto a seguirla... Entonces, cuando he entrado en nuestro cuarto y he encendido la luz, he visto a...».

Un grito agudo interrumpe la historia. Paca ha vuelto corriendo del baño, sin dejar de chillar. Salta en el sofá, ocupándolo entero con su altura, y se pone la mano sobre el pecho como si tuviera un ataque. Se le ven las bragas un buen rato.

—*La tia Antonia! Vos jure que acabe de vore el fantasma de la tia Antonia! L'he vist, l'he vist!*

Las chicas de la Lois gritan y ríen, y le pegan a Paca en el brazo.

—*Que està ahí!* —Paca señala hacia el pasillo—. *La senyora eixa de la història! Ha vingut a buscar la seua sobrina...*

Isabel intenta ponerse de pie, pero al apoyarse en las rodillas de las chicas sentadas a su lado, las manos le resbalan por la brillantina.

—N-no, no entréis en el pasillo. N-no vayáis al pasillo.

Las chicas, que se han levantado del sofá, asoman la cabeza desde el salón, amontonándose unas sobre las otras.

—¿Pero quién es esa mujer? ¿Es tu madre?

Isabel balbucea algún tipo de explicación, con la vista borrosa: «¿Cómo va a ser mi madre...?», y el salón vuelve a parecerse mucho a su salón. Enriqueta tiene la cabeza apoyada hacia atrás, sobre el sofá, y *l'andalusa* le pone maquillaje de polvos sobre el morado de la mejilla. Al cabo de un rato, Nadia, o unos brazos fuertes, le ayudan a levantarse del suelo, y tras algunas explicaciones, termina entendiendo que se han vaciado las botellas, y que las espera *no sé quién*. Intenta acostumbrarse a la nueva gravedad, y no se desenvuelve mal. Cada vez siente menos extremidades. Limpia con una mano torpe la marca de los vasos y las botellas sobre la mesa del comedor, y se dirige al baño a poner la mano pegajosa debajo del grifo. En la puerta, las chicas parlotean («a la Kataoria, a la Kataoria»). El perro vuelve a ladrar, y la chica pelirroja de la historia sorbe hasta la última gota que queda en las botellas.

La confianza de Isabel en esta nueva dimensión es algo osada. Camina a pasos grandes, con las paredes y las esquinas a un centímetro escaso de los ojos, avanza tocándolo todo. En un movimiento que le parece delicado, empuja la puerta del cuarto grande.

Desde el rincón más alejado de la jaula en penumbra, unos ojos rojos la miran sin comprender.

—¿Isabel...?

Isabel no dice nada. Los ojos rojos se agarran al camisón con las dos manos.

—¿Te vas?

Vuelve a cerrar la puerta y se dirige dando tumbos hacia las escaleras.

Rodo pide, y la barra se empieza a llenar de una fila dispar de vasos de tubo: siete cubalibres, dos con naranja, y una cerveza para él. Nunca había tenido tan cerca el cuerpo tosco del novio de Nadia, y como siempre, lo percibe solo como una mancha borrosa, un ente que seguramente descubriría que tiene cara si algún día se animara a mirarla. Está sentado a su lado en la barra, e Isabel se

siente embozada por la crudeza abstracta de todo el espacio que ocupa él, que paga con el dinero que Enriqueta le ha pedido a Isabel hace un momento. La gente tiene que pegarse mucho al oído de los demás para hacerse oír, y los focos de colores se mueven en muchas direcciones por la discoteca, casi llena, camuflando del todo la roña que reviste las paredes. La reina de la pista, por eso, es la bola de espejos que cuelga imponente del techo y llena el espacio de destellos brillantes. Las chicas agarran sus vasos de tubo, y se van a la pista a bailar, rodeadas ahora por aquellos hombres que aman o dicen amar. Todas excepto Isabel y Enriqueta, que tiene cara de haber pasado un día muy largo y de necesitar cama. Nadia habla con Rodo en una mesa redonda, algo apartados del resto. Apoya la mejilla en el cuello de su camisa, de un azul claro impoluto, abierta lo justo para que sobresalgan unos centímetros de vello. Luego coloca la mano detrás de su nuca ancha y acerca los labios oscuros a los suyos, como si fuera a beber de su boca; un beso que confirma que la pareja ya está en otro lugar, muy lejos de este, por más que aún no haya podido emprender el viaje. Isabel los observa con la mirada descosida; sus ojos miopes van de un abrazo impaciente sobre la pista de baile, a un cuello desnudo que se estira. Luego se desenfocan en unos dedos vibrantes sobre la hebilla de un cinturón, los cuelga por las luces que deslumbran con fuerza su cara triste, cegadoras, en el estímulo de la música rock a un volumen imposible, en la temperatura sofocante envasándole el cuerpo el vacío…

Deja que la empujen a meterse en medio de la gente que baila en la pista. Deja que esta sensación nueva decida por ella. Se inmiscuye sin equilibrio entre las chicas de la Lois y otros desconocidos. Las manos ansiosas de Paca cubren la cara de un hombre delgado y alto como ella; las de Isabel sujetan tan solo el vaso de tubo ya caliente. La noche parece un trayecto sin fin. Todo el mundo tiene el centro gravitatorio de la cintura pegado al de alguien, unido al de alguien; las parejas se tocan sin reservar las caricias, sin temerle a la saliva ni al mordisco. Se comen, y las luces de los focos van y vienen por encima de las cabezas. Nadia y Rodo ya se han fundido hace rato. Todo va muy deprisa. Cada

choque de Isabel contra otro cuerpo, cada roce fortuito de una mano contra su piel solitaria, contra su piel que nunca nadie toca, que nadie nunca ama, que nadie jamás besa o huele, le produce una sacudida intensa. Todo a su alrededor la aprieta y empuja, e Isabel no hace nada para cooperar contra el descontrol de su peso, se deja caer sobre el de los demás. De repente se activan las luces del *flash*, y todos los colores mágicos y brillantes desaparecen para dar paso a una luz estroboscópica intermitente y blanca. Mira a su alrededor con angustia. Las caricias de los demás ahora se ven entrecortadas, como tiros con una escopeta que interrumpen el movimiento de todo; unos besos que quisieran avanzar pero que no pueden, se encallan. Aquel bombardeo cegador es insoportable: necesita recuperar el destello de calor de antes, necesita una caricia, una sola caricia que rescate su interior del alud, de la imagen oscura de la jaula, de los ojos rojos, de las palabras que todavía resuenan en la cocina cada vez que la pisa. Necesita algo que la rescate de todo aquello. Un abrazo que la salve de apagarse del todo. Isabel intenta coger aire, pero es una mano, una sola mirada a su desamparo, lo que necesita.

—Estás montando el *show*, maestra. Vamos al baño. —Nadia levanta la voz entre la música atronadora, y la coge por la espalda, cargándola con fuerza. Isabel le susurra al oído palabras ininteligibles y entrecortadas, sobre el dinero que le debe, sobre el dinero que tiene todavía que ahorrar, y la cabeza se le va cayendo de un lado al otro *«t'ho jure, t'ho jure que prompte...»*—. Paca, María; ayudadme.

Se entrega a muchas manos que intentan sostenerla, entre los tiros de la escopeta, y en un momento su cuerpo se escurre hacia el suelo oscuro del baño como un espagueti en el fregadero. Nadia no deja de dar indicaciones a las chicas; las puntas del pelo largo le rozan la cara a Isabel. Les hace cerrar la puerta, deprisa, les hace mojar papel para empaparle el cuello a la maestra, que se retuerce y se mece en el suelo del aseo.

Una caricia, un abrazo, un consuelo, para no apagarse. Aire. Aire.

—¿Qué pasa, Isabel? ¿Nos hemos pasado con el optalidón?

¿No te dije que no mezclaras, amiga? Paca, ayúdame a levantarle las piernas.

Paca y la pelirroja ríen pero obedecen, e Isabel se siente hundir en un agujero muy, pero que muy profundo cuando su cabeza toca el suelo.

—Eh, háblame. —Nadia le golpea sin demasiada fuerza en la cara, una y otra vez—. Eh, no me dejes. Mírame. ¿Quién era la mujer del pasillo?

Una caricia. Consuelo. Un abrazo, para no apagarse. Isabel se mece y llora como un bebé. Solo quiere una caricia como las de la pista de baile. Las chicas le dejan caer las piernas.

Nadia acerca sus ojos negros al rostro desencajado de Isabel, tirada en el suelo.

—¿Quién es la mujer que había en el pasillo? Eh, no me dejes, maestra. ¿Quién es?

Para no apagarse... Isabel empieza a hablar para no apagarse.

—No lo cogen...

Julia cuelga el teléfono de la panadería, y comparte una mirada de preocupación con su suegra. Incluso la mujer mayor parece haber olvidado su rutina de apertura para involucrarse con el asunto que Carmen y su nuera se llevan entre manos. Un Angelito grande, de casi dos años, duerme plácidamente, en el carrito junto a la silla. Carmen no se ha sentado, ni siquiera se ha quitado el abrigo. Lleva el bolso con todo lo necesario colgado en el antebrazo, y se pega tanto como puede al mostrador. Tiene la deferencia de no pegar ni manos ni dedos en el cristal que la separa, y eso que toda su atención está puesta en el teléfono desde el que llama Julia, debajo de la estantería con los botes de conservas. Tiene una capa de sudor fina en la frente; la capa de almíbar que cubre los higos cuando los descuidas en el frutero, y que cubre a Carmen cuando no está tomando medicación. Suda, pese al frío que entra por debajo de la persiana a medio subir.

Julia, con la misma deferencia, pasa la mano al otro lado del mostrador y sostiene con suavidad la de Carmen.

—No se preocupe, Carmen. Lo intentaremos tantas veces como haga falta.

Carmen asiente, decidida, pero inquieta. Su familia continúa sin contestar, lo que hace muy complicado lograr lo que se ha propuesto al salir de casa.

La belleza natural de Julia madruga tanto como ella y como Ángel, aunque él haya vuelto a ceder al sueño; tan ajeno a la excepcionalidad de lo que está ocurriendo. Tan ajeno a la compleja aventura en la que se ha embarcado esta mañana Carmen.

Atravesando una habitación que enlaza la tienda con el obrador, Julia llega a la pequeña zona donde suelen aguardar los

clientes. Aparta un poco el carrito y vuelve a coger a Carmen de la mano.

—¿Por qué no se sienta mientras esperamos un poco? Iré a preparar café. Quizás en su casa no se han levantado todavía.

Sonríe para consolarla, antes de ir hacia el obrador, con aquella boca tan característica: los labios de Julia forman dos arcos perfectos y sencillos: una curva ascendiente en el superior, y una curva descendiente en el inferior, unidos en la comisura. Lleva un suéter color rojo tierra, con apariencia de ser acogedor y abrigar mucho. Alguien lo debió tejer con tanto amor, que lo hizo para que cupieran tres como ella. Las mangas son largas, y tiene que ir arremangándose para maniobrar.

Carmen le hace caso, y se sienta. La respiración de Ángel, tan cerca, y aquella especie de luz de paz que envuelve a esa familia, la ayudan a mantener la calma, aunque quizás no lo parezca a los ojos de las dos mujeres. La visita de Carmen, al rayar el alba, tras meses de ausencia, las debe haber conmocionado —eso, o es que muestra un aspecto horrible de veras—; si no, la segunda hornada de pan no estaría esperando a entrar al horno. Al rato, Julia vuelve con tres tazas humeantes.

—No puede ser, Julia, porque mi madre se levanta todos los días antes de las seis. Saldrá de casa para la primera misa de la mañana. ¿Puedes volverlo a intentar? Te diré el teléfono de la casa de Gandía.

La chica vuelve al otro lado del mostrador, obedeciendo con gusto. Carmen le va dictando un número que apenas recuerda.

—A ver, creo que era... Ay... No lo..., no lo...

Julia la mira con una paciencia que se erige infinita.

—Creo que..., creo que era... Dos, cinco, seis... Dos, cinco, seis, treinta y nueve, diecinueve. Sí...

La muchacha espera a que contesten con el auricular pegado a la oreja. Carmen vuelve a ponerse de pie, con la esperanza recobrada y el pulso de migraña en la frente que va incorporado a todos sus movimientos «bruscos». No pasa nada; lo ha aceptado. Hay que aceptar algunas cosas, y dejar atrás otras. Lo ha decidido esta madrugada, pero en realidad lleva tiempo sabiéndolo, casi

desde que había vuelto a la jaula. Esto es lo mejor para Isabel. Y también lo es para ella. No quiere llorar delante de Angelito y su mamá.

Julia cuelga con la misma cara de lástima de los intentos anteriores.

—Si no lo cogen..., no me vendrán a buscar.

La chica piensa unos segundos.

—¿Adónde tiene que ir? ¿A Manuel o a Gandía?

—A Manuel.

—Quizás le podemos pedir a mi marido que la acerque con el coche uno de estos días, cuando salga de la faena. ¿Verdad que sí, Asunción? *Li ho podem demanar a Juan.*

La panadera asiente, mientras recuerda que tiene los panes esperando en la bandeja.

—No... tiene que ser hoy. Tengo que irme hoy. No puedo volver a casa.

Isa podría haber vuelto. No le interesa saber adónde ha ido esta noche, ni quiere saber nada de todas aquellas... mujeres. Solo de pensarlo le produce angustia. Además, una despedida les complicaría mucho las cosas, dañaría a Isabel y no, no quiere complicar las cosas; eso lo tiene muy claro. Solo quiere que su padre mande a alguien a recogerla, cuanto antes, mejor. Esta noche quiere dormir en Manuel, eso es lo que quiere. Quiere dormir en Manuel.

Carmen se seca el sudor de la frente antes de que Julia llegue hasta la silla y se agache a su altura. Algunos mechones despistados se han escapado de su moño, del mismo color que el café.

—¿Y por qué no *toma* un tren, Carmen?

—No puedo hacer un viaje yo sola. Estoy enferma, cielo.

—En tren es un momento. Pasan a cada rato. La podemos acompañar a la estación. Si es que no puede esperar a que mi Juan pueda acompañarla con el coche...

—¿Qué quieres decir que es un momento?

—Pues una media hora será, hasta Manuel. *Veritat, Asunción?*

Carmen se queda helada. ¿Media hora? ¿Todo este tiempo ha

estado a treinta minutos de... su familia? Aquel trecho insignificante le duele en el alma, y se encoge sobre la silla. Siente que se marea, y arrima la taza caliente a Julia para que se la coja de las manos.

—*Tres quarts*. —La abuela de Angelito vuelve a aparecer por el mostrador y manipula con destreza las barras de pan blanco con unas pinzas de acero—. *Catarroja, Silla... Benifaió... I, bueno, després la Pobla, i la següent, Manuel. Són quaranta-cinc minuts. Patricia va a Xàtiva els diumenges a vore el net i tarda açò, més o menos.*

Los ojos de Julia le sonríen.

—¿Cómo lo ve?

¿Cómo...? ¿Cómo decirles que no a esos ojos? Y si... ¿Y si era ella la que tenía que volver a casa? ¿Y si solo tenía que dejar de esperar? Carmen le devuelve la sonrisa con dificultad. Tres cuartos de hora..., por supuesto que puede hacerlo. «Cada pequeño triunfo contra el cuerpo...» Lleva consigo el bolso con todo lo necesario: no hace falta nada más. ¿Verdad? ¿Verdad?

—¿Tú crees que puedo hacerlo, cielo?

—¡Claro! Iré a buscar nuestros abrigos.

Julia lleva el carrito con ambas manos, y Carmen camina a su lado, con una mano apoyada también en el mango. Le da estabilidad. Hace frío, pero Julia tenía razón en sus previsiones: no tardan más de cinco minutos en llegar. El bar de la estación ya sirve los primeros cafés de la mañana. Julia le compra el billete y le pide a la mujer de la taquilla si pueden entrar a esperar en el andén.

Le dice adiós con la mano mientras la ve alejarse. Angelito se ha despertado.

Hay que dejar atrás algunas cosas.

Desdobla la nota de papel arrugado que todavía conserva desde aquel viaje en coche al hospital, casi veinte años atrás. La deja sobre su regazo.

«Para después de olvidar:

»Amparo. José Luis. Manuel. Calle Calvo Sotelo.»

Cuánto resisten los recuerdos... En el asiento del tren, Carmen deja atrás muchas cosas, pero no los recuerdos. Ya ha aprendido que eso es algo que no puede hacer. Poco a poco, las vías también lo hacen; dejan el olor a cloaca de l'Horta Sud, para dar paso al del humo de las fogatas de los recolectores, que calientan el almuerzo en los campos de naranjos de la Ribera.

No había manera de que Isabel lo fuera a aceptar... De vez en cuando hay que hacer las cosas sencillas... Como dejarse ayudar por un gesto amable, por ejemplo. En aquel vagón vacío, Carmen piensa que quiere las cosas sencillas. No quiere grandes celebraciones, no quiere que sus padres le pidan al rector que haga repicar las campanas, ni que hagan repartir comida, ni nada de eso. Tampoco quiere disculpas, ni explicaciones, por mucho que estas hayan tenido que esperar tanto tiempo para ser pronunciadas.

Solo quiere sentarse en el patio, con su madre. Solo quiere conversar, largas horas, en las dos mecedoras junto a la fuente, con su madre. Para cuando llegue el tren, su padre ya habrá salido a hacer sus asuntos al *molí,* o tal vez ni siquiera esté en Manuel, pero cuánto gozo sentirá cuando entre a casa y se puedan, por fin, abrazar. Que el pueblo sea el último en enterarse. Primero, lo más importante.

—Tú, madre.

Qué rápido ha sido todo desde ayer por la noche... Y pensar que no hace mucho estaba metida en la jaula... Y ahora... Esta es la segunda vez que deja a su cuerpo decidir cuándo es el momento de irse. La primera fue cuando dejó el hospital, para reencontrarse con Isabel, y la segunda...

«¿Pero cómo la has dejado así, hija?»

—Es lo mejor para ella. Y también lo es para mí. Aunque ahora sé que la vida es circular, madre, hay algunas cosas que se tienen que abandonar. He aprendido tanto estos años..., muy pronto lo va a ver.

Las dudas y el miedo van desapareciendo a cada estación. Incluso puede empezar a sentir un pequeño gozo, una emoción. Así es como curará a su corazón magullado; estación tras estación,

gozo tras gozo. Largas horas de hablar, en el patio, y su familia.

—Isabel acabará encontrando a la suya, algún día. A su propia familia.

Ya van a llegar. ¡Apenas tres cuartos de hora...! Todo su mundo al alcance de unas pocas estaciones... ¡Sí que es circular, la vida! ¿Su madre se habrá decidido a guardar sus cosas, todo este tiempo...? Su vestido color mostaza... tendrán que llevarlo a la mercería. Debería haberlo pensado antes de dejar toda la ropa en el piso de Catarroja. Debería haberse maquillado un poco más, haber procurado tener mejor aspecto. También..., tal vez..., debería haberse despedido de Isabel. Acariciar una última vez la cicatriz de su párpado.

¿Qué más da ahora todo eso? Estación tras estación. Gozo tras gozo. Un bolso con todo lo necesario; eso es todo. El resto de cosas no importan. No ahora.

Carmen se levanta del asiento mucho antes de que el tren vaya a parar. Las piernas no le tiemblan; son cómplices de la decisión que la mamá de Ángel le ha ayudado a tomar en la panadería. No le van a fallar. Se coge con fuerza a la barra de sujeción que hay junto a la puerta. De fondo, puede oír un llanto ensombrecido, muy familiar.

—¿Por qué llora, madre?

«Es que no te lo puedo decir... »

Un pie detrás del otro para bajar del vagón. Le cuesta levantar la mirada del suelo. Tal vez su corazón magullado no estaba listo para volver, así, tan de golpe. Hay mucho a lo que enfrentarse. Hace apenas unas horas estaba en casa, y ahora pisa el suelo de Manuel. Desde la estación le cuesta ubicar el pueblo. Es la primera vez que llega a él en tren; por eso será.

Carmen da la espalda a las montañas, y allí lo ve. El recorte de su querido querido Manuel.

La forma que se ilustra en su cabeza cuando piensa en la palabra *casa*. La duda y la emoción contenida del viaje le abren las puertas al alivio. ¡Es Manuel...! Qué bien que le sienta siempre el invierno... Poco a poco, arranca a caminar hacia las casas. Despacio para no tropezar; queda todavía un buen trecho. Mira a

las escaleras que llevan a la calle Primo de Rivera, agradecida. «¡Manuel! ¡He vuelto! Gracias por dejarme volver.» ¿Qué son unas pocas escaleras cuando se vuelve a casa? «Almacén de naranjas: ¡He vuelto!» Carmen respira mil ovaciones, a una velocidad mucho más acorde a lo que siente que a la que avanzan sus piernas. Las casas de la calle se desperezan ya el sueño. «Despierta, Manuel: ¡He vuelto!» Tal vez sí que podrían hacer repicar las campanas. Por fin pone un pie en la plaza, su querida plaza, la postal de todas sus cotidianidades, de su juventud... De buena gana se sentaría un poco en un banco para recobrar el aliento, pero sus ganas de llegar a casa, viéndose cada vez más cerca, la llevan en volandas hacia delante, sin dejarla entretener. «Calle Calvo Sotelo...» Dos mujeres pasan por su lado. Todo el mundo le parece conocido, aunque no lo sea. Carmen se siente renacer en la estrechez de la calle que tantas veces ha recorrido a lo largo de su vida. Suerte que ha hecho caso del ánimo de Julia..., qué suerte haberlo hecho. Aquello parece ahora otra vida. Una de las dos mujeres llevaba en la mano una lámpara con dos tulipanes rotos que se parecía a la que ella solía tener en la mesilla de su habitación... Todo es familiar. «El banco con las vistas más bonitas de l'Abat, mi banco, que estás igual que cuando te dejé: ¡He vuelto!» «Madre, madre, ¡he vuelto!»

Ante sus ojos se erigen las paredes señoriales y regias de la Casa Gran. Casi una vida sin poder verlas. Hay movimiento en casa, quizás es por eso que no contestaban al teléfono. Las puertas están abiertas de par en par, como si supieran de su llegada de antemano. No es habitual verlas así. Carmen apoya la mano sobre los barrotes de la ventana, cubiertos de hiedras. Al final, ha tropezado sin querer. Necesita una silla. Se seca el sudor de la frente deprisa. ¿Estarán tía Nieves y su primo, tan pronto...? Primero querría estar a solas con su madre pero, claro..., todo no se puede pedir.

A los pies de la puerta hay cajas de mudanza. Su padre habrá decidido trasladar algunos cuadros de los caros a la casa de Gandía para tenerlos por Navidad, y un par de hombres que no conoce los sacan a la calle, envueltos en telas y alfombras. Le parece oír su voz, dentro de casa. Habrá que cambiar de orden la sucesión de los

gozos.

—*Si vol agarrar algo, aprofite ara. Tancarem la casa a les cinc.*

—Disculpe, perdone. —Carmen se suelta del barrote y se acerca al señor, que apoya el cuadro de la escena de caza que había colgado en la escalera grande contra el portón abierto—. ¿Los dueños de la casa, los señores Rodríguez?

—No viven aquí. Se trasladaron hace años.

El hombre entra al patio con solo unas zancadas, y lanza un grito a quien esté en el piso de arriba. Alguien ha talado las buganvillas del patio. Hay algunos muebles tapados con sábanas blancas, y uno que está encajado encima del otro parece tener la forma de una de las mecedoras. El pulso de migraña se intensifica en la frente de Carmen. Se oye un gallo cantar desde alguno de los huertos. Necesita sentarse. Necesita sentarse enseguida.

—¿Sabe…? ¿Sabe adónde? ¿Sabe cuándo tienen pensado volver?

—No lo sé, señora, pero no creo que lo hagan, tampoco. No han vuelto desde que murió la mujer, y ahora que por fin se ha vendido la casa…

—Oh, no. Se equivoca. La que falleció fue la hija. Fue la hija, que falleció.

El hombre vuelve a dirigir la voz desde el patio a alguien en el piso de arriba —*«Mos espavilem, o què?»*— y el vientre, redondo y sobresaliente, sube y baja al ritmo de sus demandas. Se oye el estruendo de algún tipo de mueble cayendo al suelo de una de las habitaciones y el quejido de una voz más joven. El hombre vuelve a salir a la puerta grande.

—No, señora, estoy seguro de que se murió la esposa del amo. Hay ropa de mujer si quiere *agarrar*. Pero ya solo se puede *agarrar* de las cajas que hemos dejado fuera. Mire; estas cuatro de aquí, si quiere, las puede *remenar*. Y luego esas dos junto a la maceta, si quiere, también. ¿Ve las que le digo?

El hombre le muestra las cajas con mucha amabilidad.

La lluvia impactaba con fuerza contra el parabrisas. Agua y más agua. Pese a no ser ni las siete de la tarde, la tormenta había sumido la ciudad de Gandía en una noche prematura, y ni con los faros del coche encendidos se podía ver nada que no estuviera dentro, con ellos.

—¿Tú sabías que hoy iba a llover?

El ruido de la lluvia siempre le había hecho entrar sueño a Domènech, y la pregunta sin sentido de Isabel se perdió en su bostezo. Se habían deshecho de las chaquetas haría por lo menos tres cuartos de hora, cuando el interior del coche había empezado a ser un caldo de humedad y bochorno.

—Yo n-no sabía que iba a llover. No parecía que fuera a llover. No veo nada. ¿Podrías acercar un poco más el coche? —Isabel se inclinó desde el asiento de atrás al de delante, para abocarse al parabrisas. Apretó la vista intentando identificar cualquier atisbo de movimiento—. Domènech... ¿Puedes acercarte un poco más a la iglesia?

Domènech echó un vistazo por la plaça Major; más bien vagó los ojos por la cortina de agua que los rodeaba. Isabel no conseguía distinguir el pórtico, ni los arbustos que había a ambos lados de este.

—No puedo avanzar más el coche, Cántaro. Podría chocar contra algo o contra alguien.

Isabel pasó entonces al asiento de delante. En la maniobra pisó la trenca azul y nueva del antiguo cabeza del grupo anarquista universitario, y le dio un golpe con la rodilla en el hombro. Si ella no podía ver de dentro hacia afuera, tampoco nadie la podía ver desde fuera hacia dentro, así que no tenía mucho sentido seguir agazapada.

—Es vieja. No... No va a venir hasta el coche con la que está cayendo. Tenemos que entrar. Tenemos que entrar en la iglesia.

Se estaba haciendo tarde. El plan que llevaba semanas trajinando se estaba desmoronando por momentos. ¿Cómo iba a salir la madre de Carmen con semejante tormenta? ¿Por qué no podía parar de caer agua? Isabel rememoró en su cabeza las indicaciones que el día de la novena le dijo, lenta y claramente. «En la última de las arcadas, cuando salga de misa.» ¿Pero habían *salido* de misa? ¿Estarían confinados dentro de La Seu? Isabel se imaginaba a aquella mujer, tan lista y preparada como ella, aguardando en la puerta de la iglesia; estaría siendo difícil sostener las preguntas del resto, estaría siendo difícil rechazar los tan cristianos ofrecimientos de un viaje seguro hasta casa en coche.

Domènech se puso a hablarle de cualquier cosa, mientras se acariciaba los brazos, más hinchados que cuando todavía estudiaba. Curiosamente, le preguntaba a Isabel por Antonio. «En Londres, ahora vive en Londres...» Dijo algo de que «cuando hay que lograr lo imposible, a veces te olvidas de que no son sino tus propios compañeros los que sostienen la ideología. Y sin la ideología no somos nada, y si no que se lo digan a la ECF. Solo hay que ver las generaciones que salen ahora de la universidad. La filosofía idealista de los jóvenes». Bla, bla, bla. ¿Qué significaba aquella muestra de arrepentimiento tardío para desquitarse la somnolencia? «Que muevas el volantito, necesito que muevas el volante y te ca...»

—¿Es...? ¡Eh! ¿Amparo? ¡¿Es usted?!

Isabel golpeó de un impulso la ventana, y se puso a dar vueltas a la manivela como una loca, apoyando sin cuidado el cuerpo encima del pantalón de Domènech. Él se removió en el asiento, protegiendo con la mano su adormecido miembro.

Cuando Isabel acudió desesperada a su encuentro (después de casi tres años desde aquella vez que vino a dormir a la Casa del Perrito), decidió que no era mala idea aceptar aquel inesperado viaje en coche hasta Gandía. La verdad es que recordaba haber sentido más atracción hacia su compañera entonces, pero estaba claro que tenían algo pendiente. Y ya podrían estar manos a la

obra, ya podrían estar terminando lo que empezaron en su etapa universitaria, si no fuera por aquellas manchas de sudor.

Dos círculos, no muy grandes, impresos en las axilas de Isabel. Bueno, en su camisa grisácea. No podía evitar verlas, por mucho que lo llevara intentando desde que habían aparcado el coche.

Pero no solo era aquella muestra visible de su sudor —que ahí estaba, ahí estaba todo el rato— lo que le hacía dudar de que fuera a pasar algo entre ellos de una vez por todas, sino que aquella… desesperación en Isabel, aquella especie de emoción sin filtro que la embriagaba desde que había puesto un pie en el coche, le incomodaba, no sabría explicar muy bien por qué. Ni siquiera estaba siendo capaz de mantener una conversación más o menos normal. Se movía sin parar, ponía las rodillas sobre los asientos del coche, hacía preguntas, resoplaba, golpeaba con el puño la guantera… Parecía todo el rato a punto de echarse a llorar o —¿qué sabía él?— a reír. Y el hecho de enterarse de que habían venido a buscar a una anciana para sumarla al trayecto de vuelta parecía confirmarle que su mano iba a ser la única en posarse sobre su miembro adormecido esa noche.

El agua salpicó con fuerza por la ventanilla que Isabel acababa de bajar.

—¿Amparo…? ¡¿Me ve?! ¡¿Me puede oír?!

—¡Cántaro! Me vas a llenar el coche de agua… —Domènech volvió a girar la manivela deprisa, con una sonrisa tensa—. Si abres la ventana, entra el agua de fuera… A ver, ¿a quién estamos buscando? No quieras ser misteriosa…

—La… la madre de una amiga. Hemos quedado justo aquí pero esta… ¡maldita lluvia! Nada me sale bien, nada en esta vida del demonio me puede salir bien, es un hecho, es un hecho. ¡Mira c-cómo llueve! ¡Mira! Me hundo, me pienso hundir en la miseria, me cago en… —Isabel hundió la cara entre las manos y volvió a dar golpes en la guantera.

—Esa boca, Cántaro… Vas a hacer que llueva más, mujer.

—Hay que salir a buscarla. Hay que salir. —Isabel continuaba hablando con aquella emoción descontrolada que tan poco ayudaba a sobrellevar el calor del interior del auto, que empezaba

a resultar claustrofóbico. La lluvia seguía a lo suyo.

—Bueno, tranquilízate, habrá que...

—Tienes que ir tú, Domènech. Ve hasta la iglesia. Pasas por debajo de la arcada, entras por la puerta grande y la traes hasta el coche.

—¿Yo? —Correr bajo semejante tormenta sobrepasaba un poco los límites de su caballerosidad. Los sobrepasaba mucho.

—Por favor. Te lo pido por favor. Iría yo, iría yo, pero a mí no me pueden ver, no me pueden reconocer. Si estuviera... Si la madre de mi amiga no estuviera sola, no sería buena idea... Te lo pido por favor, Domènech.

Domènech suspiró, y se dio una palmada contra el tejano impoluto y claro con una expresión de resignación simpática. Aquel tono de súplica, aquel desamparo impreso en la voz en apuros de su compañera... Lo requería a él; no tenía a nadie más. Aquel ímpetu un tanto esperpéntico escondía una fragilidad, una debilidad femenina. Iba a mojar los asientos del coche, pero toda acción requiere sacrificios, y el valor de un revolucionario radica en cuántos de ellos está dispuesto a aceptar. Además, él no era como sus compañeros de la universidad, los cuales solo tenían ojos para la falda más corta o la más virgen de las jóvenes, no.

Pero luego le podía prestar una camiseta limpia.

—A ver... ¿Por quién tengo que preguntar cuando entre? —Isabel ya estaba salmodiando un «gracias, gracias, gracias»—. ¿Quién le digo que soy?

—Doña Amparo Rodríguez. Le dices mi nombre, y con eso bastará. Gracias, Domènech. Date prisa.

Isabel se dejó caer en el asiento, algo reclinado, obligada por el silencio y la soledad absoluta a tranquilizarse. En su cabeza, una lista a modo de autoconvencimiento. El coche que las llevaría hasta la ubicación del hospital; aquí estaba, lo estaba tocando. Luego, sacar a Carmen del hospital bajo la potestad de la misma persona que dispuso el ingreso, su santa madre; ahí estaba, cobijada en la iglesia. Acompañadas —por ser generosas con las precauciones, más que nada— por un hombre; además, un abogado; también lo tenía, aunque fuera un incordio. El alquiler

del piso, en la propia Catarroja; pagado ya por adelantado. Muy bien, Isabel. Muy bien. La lluvia no era más que el colofón de una —muy— mala racha.

El aislamiento del coche respecto a la lluvia era tal, que cuando Domènech abrió la puerta, Isabel dio un salto sobre el asiento. El agua entraba con fuerza. Domènech se quitó la trenca empapada con el ceño fruncido, y la dejó en el asiento de atrás como a un camarada, caído en vano, en una acción de la ECF. Isabel no dejaba de mirarlo de cerca, acaso se hubiera metido a la señora en el bolsillo.

—¿P-por qué vienes solo...? ¡¿Dónde está?!

—¡Ni estaba, ni estará...! Amparo Rodríguez está muerta y bien muerta. Me han preguntado si venía a dar un donativo en su nombre... ¡Ja! No me hagas reír...

Isabel se puso pálida. Si no estuviera sentada, se hubiera tenido que sentar.

Domènech ya venía temiendo que aquella información descontrolara todavía más el fluir emocional de su camarada.

—¿Estás...? ¿Estás bien? ¿Tu amiga no te lo había avisado?

—Amparo ha...

Carmen, cuyo nombre había edificado en su boca, a quien pertenecía todo su mundo y su pobre, pobrísimo corazón, a quien había sentido tan al alcance, tan cerca como su propio aliento durante estas últimas semanas, se había perdido en un segundo.

La vio alejarse. Desde el asiento de copiloto de aquel coche que olía a orangután y a sexo solitario, desde la barandilla del faro del puerto, con las olas que se batían contra el espigón, la vio desvanecerse en algún punto lejano del mar en el horizonte.

Amparo se la había llevado con ella a la tumba. Nunca más sabría de ella.

—¿Estás seguro...? ¿D-de qué...? ¿De qué se ha muerto?

—Sí. Bueno, la esposa de alguien importante, ¿no? No sé de qué ha muerto, pero han hecho la ceremonia en esta iglesia, se ve. ¿La buscabas a ella, no?

—B-bueno, bueno. Iremos a..., iremos a los hospitales.

—¿Qué hospitales?

—Mi amiga, mi amiga está en un manicomio. Pero no, no está enferma. Íbamos a ir a buscarla, pero no… No importa; iremos tú y yo.

Domènech miró con el ceño fruncido la alfombrilla del coche a sus pies, calada de agua. Su madre le había dicho que esa noche iba a preparar *roast beef* para cenar; ese era el verdadero final de su noche. *Roast beef* con salsa de vino. Y su madre lavaría o secaría la trenca azul para que se recuperara de la lluvia. Además, si había llovido también por allí, la Casa del Perrito estaría hecha un desastre, y fría. Tan poco apetecible como lo de la ruta por los manicomios.

—¿Pretendes ir a todos los hospitales de la provincia? ¿Esa amiga es parienta tuya?

—No.

—Pues entonces no podemos hacer nada. Lo siento, Cántaro. —Domènech encendió el motor del coche, fijando la vista en la oscuridad que los rodeaba, para evitar algún choque de última hora.

—Pero tú eres abogado. ¿Eres abogado o no? ¡Puedes ser su abogado!

El excompañero de Isabel suspiró de nuevo, mirando por el retrovisor para dar marcha atrás.

—No podemos hacer nada —repitió, otra vez distraído.

Domènech formaba parte de ese grupo de hombres valientes que nunca pueden hacer nada. Encendió la radio.

—Dios mío, Amparo… Carmen. Pobre Carmen… Pobrecita Carmen… Dios mío…

Isabel levantó los brazos, exasperada, y finalmente rompió a llorar. Se agarró con las manos al cabecero del asiento del copiloto mientras cogían la carretera nacional.

Y aquellas dos manchas de sudor… aquellas manchas.

Los transportistas la han dejado quedarse en el patio mientras terminan de embalar. El más joven de ellos ha sacado las mecedoras de debajo de la sábana blanca y las ha puesto una delante de la otra, para que Carmen se pueda sentar.

Así que ahora está exactamente como esperaba estar cuando venía en el tren. En las mecedoras junto a la fuente, hablando con su madre.

«No llores así, hija... Cómo me gustaría poder enjugar esas lágrimas...»

La mecedora balancea suavemente a Carmen, como un consuelo manso.

—¿Por qué han talado las buganvillas, madre? ¿Y el arco de rosas?

Carmen se deja acunar. Deja que su pena y su dolor mezan el cansancio de su trayecto fatigoso desde la estación, en el nido de su patio desflorado. La fuente está seca, y algunas hojas muertas se han quedado encalladas en su fondo.

Su mirada vaga un rato por el azar de su propio vacío; también por el trozo de cielo que enmarca su patio. Las ventanas, mirando hacia abajo, se empañan, igual que sus ojos enrojecidos. Recorre con la mirada la que solía ventilar su cuarto y sus insomnios. La del cuarto de sus padres; cerrada también. Al otro lado, la que daba al baño de Roberta y del resto del servicio. Y justo detrás de la mecedora donde está sentada la ausencia de su madre, ve la ventana del trastero pequeño, tan alta que casi queda pegada al techo.

Se acuerda de cuando no eran más que dos niños, y Julito y ella jugaban a esconderse a menudo. Mientras la nebulosa de sus dos madres —así es como se recuerda a las madres cuando son

jóvenes— bordaban en el salón, Carmen vagaba buscando con docilidad su escondite. Siempre le tocaba esconderse a ella, y Julito había descubierto y conquistado ya casi cada uno de los rincones de la Casa Gran. Resultaba cada vez más trabajoso satisfacer el espíritu competitivo de su primo mayor. En su afán por hacerlo, un día la pequeña Carmen acabó llegando hasta el trastero del piso de arriba. Un cuarto de no más de dos metros, que solo tenía interés para Enrique, el empleado de su padre que hacía los trabajos de mantenimiento en casa. Al trastero solo se acudía cuando había que arreglar algún desperfecto del tejado: reparar alguna teja, tapar las goteras, o si tocaba limpiar los canalones.

Tuvo que levantar el brazo para llegar al pomo. Aquel cubil ante sus ojos parecía sujeto a unas leyes del orden distintas a las del resto de su casa. De unos clavos en la pared colgaban herramientas y escobas sucias, algún trasto viejo, ya irreconocible, y mucho polvo. Entre la puerta (que solo se podía abrir hasta la mitad) y la pared, había empotrado el antiguo tocador de su madre, que mandó sustituir por uno nuevo y más grande. Carmen se dio cuenta de que, si abría los cajones y conseguía subirse al tocador, quedaría escondida detrás de la puerta y la estructura del mueble. Ni siquiera la encontraría al abrir. Aquel escondite estaba a la altura del más hábil de los rastreadores. Carmen subió, se encajó en aquel hueco, y guardó silencio. A un lado tenía la puerta, y al otro, una ventana con una repisa grande, que servía como acceso al techo para los empleados. La ventana estaba entornada, y Carmen pensó que aquella repisa iba a ser un escondite todavía mejor. Un escondite único. Gateó unos centímetros por el tocador y pasó las piernas por delante, con los calcetines blancos sobresaliendo de sus zapatitos de charol apretados. Se sentó tranquila en la repisa que daba a su precioso patio, uno más de los sitios donde su primo estaría buscando sin encontrarla. Al lado de la ventana había un mango largo, amarrado con fuerza a la pared que daba al patio y que permitía encaramarse al techo. Carmen pasó la pequeña mano por debajo y se quedó allí, agarrada, esperando a que se terminase el juego. Las horas pasaron en la comodidad del silencio de su mente infantil, que todavía no había

aprendido a pensarse. Columpió las piernas. Allí arriba el aire soplaba con mucha fuerza, y la fuente, la mesa, el arco de flores... todo parecía igual que en las casas de las muñecas. Pasadas unas horas, se demostró que tenía el mejor escondite cuando tía Nieves, su madre, la predecesora de Roberta y un Julito de diez años salieron al patio. Su madre lloraba y advertía de desmayos, y tía Nieves agarraba por los hombros a su hijo, el cual todavía se mostraba sorprendido de no haber ganado, como siempre, a su prima. Carmen siguió balanceando las piernas, y avanzó unos centímetros hacia delante, enganchándose un poco las medias en la piedra de la repisa. Se sentía especialmente bien, pero tal vez había llegado el momento de que Julito la encontrase. La tarde había empezado a caer, y pudo ver algunos pajarillos a su altura, regresando, tal vez, a su nido en el tejado. Un grito la alertó desde el patio, y... ¡Su madre se desmayó de verdad! Subieron todos a sacarla del hueco entre el tocador y la puerta, muy nerviosos, y su padre castigó a Julito durante mucho, mucho, mucho tiempo.

Carmen mira con envidia esa misma ventana. Recuerda muy bien el camino simple que la llevó hasta el trastero. Seguro que tampoco la encontrarían esta vez. Los hombres de la mudanza se olvidarían de ella pasadas unas horas. Esperaría a que cerraran del todo la casa. Posa la mirada roja en aquella repisa, y se ve a sí misma allí sentada, tranquila. Su mano suelta el amarre y un pequeño impulso, una leve elevación con las manos le basta para volar. Carmen se imagina volada, como un canario naranja que cae sin batir las alas, y se imagina en este mismo suelo, con su cráneo, su cráneo continente de todo el dolor atroz del mundo, su cráneo por fin machacado y partido por la mitad. Se imagina caída como un objeto más de la casa, que hay que llevarse o descartar en una de las cajas que hay fuera en la entrada.

Muerta. Se imagina y se desea muerta.

«No creas que te voy a dejar hacer eso... ¡Ni pensarlo! Aún recuerdo que me pasé tres días en cama después del susto que nos disteis tú y tu primo.»

—Madre…, me parece que ya no quiero vivir más.

Carmen se mece un poco, y una lágrima le rueda por la mejilla. El hombre más mayor, saca al patio la máquina de coser y el costurero de su madre, en una caja que no se debe confundir con las de fuera.

—Creo que yo también quiero irme… igual que usted.

«¿Acaso yo no he estado contigo todo este tiempo?»

Vuelve a fijar los ojos en la ventana del trastero, erigiendo la espalda con uno de aquellos impulsos que deja que su cuerpo tome por ella. Y vuelve a verse allí, sentada frente al abismo. Libre. Se agarra con fuerza al amarre, apoya los pies, primero uno y después el otro, sobre la repisa, y se sujeta con la otra mano en el sobresaliente del tejado. Allí, temblando pero decidida, deja resbalar el cuerpo por encima de las tejas de la Casa Gran, que se mueven, inestables bajo su peso, y consigue mantenerse en el techo. Se levanta poco a poco, sus piernas se hacen al equilibrio de semejante altura con mucha dificultad, inerme ante el empuje del viento y el frío. Y abre los brazos.

—¡Oh! ¿Quién es esa mujer…?

El vacío de Amparo se gira a mirar lo que su hija le señala en el tejado.

«Ay…, *la Trencaeta*… Ya vuelve a andar trepada… ¿No la recuerdas, hija? Armaba cada escándalo por el pueblo… Pero a ti te encantaba mirarla.»

—Sí. Nunca me han dado miedo los fantasmas.

Le sonríe a su madre. Luego vuelve a verse en el techo. Le parece verse a sí misma, pero… ahora que lo dice su madre… aquella bata raída, el pelo canoso y despeinado, aquellas encías desdentadas y rosas que se abren a un grito… Las puede recordar. Podría ser cualquiera de las mujeres del hospital, vagando por el comedor o la sala de recreo, haciendo galopar las manos por la felpilla del albornoz mientras esperan que la enfermera les haga tocar el cielo con la pastilla de la noche. Podría ser también su madre, en una forma que complaciera un poco más a sus ojos añorados.

La anciana sigue su camino y se desaparece, hacia los tejados

de otras casas.

«Mírala... Su afición por las alturas es lo que le impide saltar...»

—Es curioso como todos le tenían miedo, ¿verdad? La gente le tiene miedo al sufrimiento. Isabel le tiene mucho miedo al mío. Todavía recuerdo cómo usted estaba siempre encerrada, en su habitación...

Una hoja seca vuela hasta el lecho de la fuente.

—¿Y ahora cómo voy a volver?

«Pues del mismo modo que has venido. Dejando atrás algunas cosas.»

Se instaura el silencio. Los pájaros vuelven a volar.

—¿Madre...?

El frío ha empezado a apretar, y ahora es el aire el que hace balancear las mecedoras, con algo más de brío. Seguramente su madre habrá entrado en casa, para no coger fresco.

Ella todavía deja pasar unas horas, esperando a que la encuentren...

Regresó por la tarde. Los de la mudanza la dejaron en Catarroja, de camino a Valencia. Por ellos supo que don José Luis, su padre, había dejado el pueblo hacía al menos diez años, y que había rehecho su vida y familia en Madrid. Después mantuvieron una conversación agradable en el camión. El mayor de ellos estaba contento. Para Navidad iba a recibir la visita de los nietos, que venían desde los Pirineos.

Un funeral un tanto peculiar.

—Por cierto, ¿encontraron un picú? Un aparato de música, blanco con el brazo rojo.

—Me parece que no, señora...

Carmen les dio las gracias y tuvo que caminar apenas unos metros, de regreso a casa. Isabel estaba sentada frente a la puerta de la calle, cubriéndose el rostro con las dos manos. Había esperado allí, sin moverse, todo el día.

Carmen le dio la mano y subieron juntas las escaleras.

La vida es circular.

Isabel se había apagado. Como la vela que alguien despide con un soplo antes de salir. Se había apagado.

El tercer lunes de diciembre había sido el último día de la antigua Isabel. Por la mañana había ido a la escuela —con un cariz que ya presagiaba el apagón— y había conseguido llegar hasta la estación, e incluso atravesar el descampado del San Roque y dar las primeras horas de clase, pese a la cúspide de ansiedad que había llevado consigo el episodio en la discoteca y la ausencia de Carmen de todo un domingo. Es difícil explicar hasta qué punto tenía el corazón en un puño, completamente convencida de que todas las miradas del barrio estaban puestas en ella, convencida también de que Carmen esperaba a que saliera de casa para volver a desaparecer. Sentía que cada persona en el vagón, cada uno de los hombres o mujeres suspendidos en su órbita degradada y trémula, la miraban directamente a ella; y el juicio en aquellas miradas era un maltrato y un suplicio. También el odioso recuerdo de su boca ebria, traicionándola en el suelo de aquel lavabo sucio. Por más que gastara la reconstrucción de aquella noche, una y otra vez, como una pequeña goma pegada a la punta de un lápiz, no había forma de borrar aquellas palabras, de deshacer aquel balbuceo incontrolable, no la había. Y el pavor de cruzarse con cualquiera de las chicas de la Lois era tal, que si durante el trayecto algo o alguien le hubiera tocado el hombro sin querer, seguramente ese prieto corazón se le habría parado de golpe.

Vigilaba el recreo desde los escalones de la puerta. En realidad estaba intentando respirar, y por dentro del bolsillo del pantalón arrancaba con la uña los hilos que sobresalían de la costura. Los chicos jugaban al fútbol, las chicas ocupaban los márgenes del patio a cubierto del recorrido de la pelota y del frío,

y más allá de aquella verja, tras la cual los viernes solían tumbarse a golpes, Isabel no alcanzaba a ver lo que había. En aquel momento no sabía que, lejos de allí, el mundo estaba lleno de islas rodeadas de mar y siestas en la cubierta de un barco. No lograba inventar el estallido de una risa compartida tras probar el picante de alguna comida exótica, ni dos rodillas tocándose debajo de la mesa de plástico de una ciudad lluviosa. Ni que había algo de eso, guardado, también, para ella.

A los pies de la verja, unos metros a la derecha, Julià estaba agachado, removiendo ensimismado la tierra de una parcela pequeña, de unos cinco metros. Le indicó que se acercara con un gesto de la mano.

Julià había conseguido convencer a Alfredo de que le dejara montar un pequeño huerto en el patio, para motivar a los chavales a cultivar sus propias plantas y hortalizas. Había bautizado la actividad con el nombre de *«la Setmana Verda»*, una iniciativa que había nacido en una de las asambleas del Teleclub —unos encuentros humildes, ¡pero que resistían con paciencia al paso de los años!— y que él había respaldado con creciente entusiasmo. Al principio Alfredo se mostró bastante escéptico con el tema, pero lo cierto es que, por lo menos algunos de la clase de Julià, ya se habían empezado a interesar por el huerto y les habían pedido a sus abuelos semillas de las anteriores cosechas. Julià tenía un cubo a un lado, lleno de pequeños paquetes con granos de maíz, pepitas de melón, o de tomate, etiquetados con los nombres de los distintos alumnos. Cada semana les tocaría a unos enterrar las suyas.

Isabel avanzó hacia él con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, y tal vez fue en aquel pequeño trecho, o en el descenso de los escalones, que se acabó de descoyuntar, que se acabaría de desprender de una vez por todas una de las dos piezas, tan débilmente sujetada a la otra, dentro de ella. Tal vez allí se rompió el equilibrio, tal vez no.

Habían delimitado el terreno clavando unos tablones alargados y blancos, y Julià había estado viniendo los días de luto nacional, cuando la escuela había estado cerrada, para mezclar la

tierra con el abono, y prepararla para los caballones. Y la semana pasada, los delegados de su grupo ya habían acudido al aula de Isabel a preguntar a los de su clase si querían participar en el calendario de regadío.

Julià se le dirigió en un susurro emocionado, como si le estuviera compartiendo un secreto.

—*La nostra horta serà l'enveja de tota la comunitat escolar de la contornada... És important que els xiquets sàpiguen que hi ha coses que depenen d'ells.*

Julià le dio la pala pequeña para que la sujetara, y siguió moldeando una montañita de tierra con las manos, que se notaba que no estaban hechas especialmente para las labores del campo. Con el índice abría unos agujeros en la parte de arriba, de unos tres dedos de hondo y como una pelota de golf de diámetro. Julià tenía las mejillas rojas y sucias hasta la parte más alta de su frente despoblada. Isabel asintió, y todavía logró construir un atisbo de sonrisa cómplice. Los ojos se le quedaron absortos sobre la tierra removida y húmeda, como si tuvieran que fijarse en algún lugar para no terminar de caerse.

—*Sap el que passarà ara, Isabel?*

Suspiró, y la sonrisa y los ojos se le desmontaron sobre la tierra.

—¿Plantas...?

Julià rio. Sumadas a los rayones y las marcas de dedos habituales —propias de una vida de padre de familia numerosa— llevaba las gafas redondas llenas de tierra. Julià observaba y quería las cosas a través de la suciedad que las acompañaba. Buscó una nueva postura para sus rodillas, algo aprisionadas en un pantalón poco adecuado para la actividad del huerto.

—*Què passarà amb este país, dic. Amb tot, en general. Amb nosaltres.*

Isabel alzó ligeramente los hombros.

—¿Otra guerra...?

Julià le dio un pequeño toque en la rodilla.

—Vamos, Isabel... No irá a creerse eso... Es usted demasiado inteligente para creer que nada de eso sea verdad.

Julià no había podido ocultar su alegría gradual tras el veinte del pasado noviembre, y tanto a él como a Alfredo se les notaba contentos, insuflados de una fuerza nueva, con predisposición para limar algunas asperezas del pasado a través de, por ejemplo, su antigua costumbre de compartir unos toques a la pelota los días que tocaba alargar hasta tarde por el claustro. Aquella sensación había ido calando poco a poco en los alumnos, también, y se notaba, pero no había conseguido calar en Isabel, cuyo sentido —e incluso conocimiento— de la política hacía tiempo que había desertado. Lo había hecho en la vaguedad de los recuerdos de una etapa universitaria ya borrosa. En realidad nunca había valido para la política; no conseguía profundizar en la teoría, en la complejidad de las consignas, le costaba separar los flujos de sus propios intereses o frustraciones con los colectivos. Le costaba ver, en el activismo, otra cosa que no fuera una confrontación de egos. ¿De qué le había servido, a lo largo de su triste vida, insistir en la idea de que una situación era, de por sí, injusta? Le costaba sentirse unida a nada o a nadie. Solo se había sentido unida a Antonio. Su forma de hablar y explicar el futuro fue la única en la que había logrado creer siendo joven, se ilusionó de su ilusión, pero al final a él también le sirvió de bien poco. La política lo abandonó. Y de eso hará ya más de veinte años... Así que la madrugada que se oyeron en el barrio los disparos de salva, lanzados desde los cuarteles militares para anunciar la muerte del dictador, sintió poco más que ansiedad.

Nada sirvió entonces, tampoco serviría ahora, aunque la expresión de optimismo que Julià les estaba dedicando a aquellas montañas de tierra congelada y yerma, pareciera augurar lo contrario.

—Estamos ante un hecho histórico. Las cosas van a cambiar. De hecho, ya están cambiando. Se legalizarán los partidos. Vamos a conocer, al fin, la democracia.

Isabel continuó con la pala en la mano, sin saber qué hacer con ella. Seguían mirando la tierra, el cubo con las semillas que había entre los dos. Julià hablaba sin agredir al silencio, pero sí como si quisiera hacerlo un poco más pequeño. Como si se hubiera

decidido a ganarle algo de espacio al silencio.

—¿Alguna vez ha oído hablar de la depresión, Isabel?

Le pasó un trocito pequeño de caña y le indicó con las manos que la clavase en el centro de la montañita de tierra. Isabel tragó saliva con dificultad, y con ella, algunas lágrimas que habían hecho la tentativa de asomarse a sus ojos empañados. No podría soportar la mirada de Julià, y agradeció que no la mirase directamente.

—Con Alfredo queremos redactar una propuesta para la Delegación, para que hagan venir un psicólogo al centro, por lo menos una vez al mes. Los chavales también tienen sus cosas, sufren... Todos las tenemos.

Se empujó las gafas sucias con el dedo. Luego volvió a presionar hacia abajo la caña que Isabel había clavado sin fuerza, sin llegar a tiempo para tocar su mano. Las lágrimas de Isabel se diluyeron hacia abajo y hacia adentro, fueron a su escondite, asediadas por las siluetas borrosas de todos aquellos rostros que la miraban en el baño de la discoteca, asediadas por la silueta de su hermano Ferre y aquella plancha caliente impactando contra su cara y su juventud, por la forma en que ella se había educado para llegar a quererle y la forma en que él se había aferrado a no hacerlo. Por la sombra del despacho de doña Consuelo y la amenaza de una denuncia a la inspección; el asedio que la arrojaría del pueblo, el único lugar que había llegado a sentir como una casa, cuando más herida se había encontrado. Por la sombra de Domènech y la de su coche, alejándose del pórtico de la Colegiata sin preguntas, soltándola en las afueras de Catarroja como a una bolsa. El recuerdo de aquella noche de inconsciencia en el sofá de la Casa del Perrito y la culpa extraña de después. El bolso blanco de Nadia, sin fondo, y los cigarros consumiéndose entre sus dedos. Su rostro de una hermosura glacial, que no se dejaba poner jamás en riesgo, que se había ido alejando, sin saber cómo. Por las sombras de las piedras que el primo de Carmen lanzó contra la ventana de su refugio, mientras Carmen y ella estaban todavía desnudas en la cama. Por su propia sombra infantil y adolescente, en el plano lejano de las comidas en familia, sentada en todas ellas en el rincón más alejado de la mesa pese a sus ganas de estar

siempre cerca de todo el mundo. Por la silueta de Antonio, marchándose del país sin despedirse y obligándola a pasarlo por alto y llenarse de fuerza. Su sombra de ahora, ahogándose frente al espejo del baño todas las mañanas antes de salir. Todo ello bien enterrado en su alud de pena y años, al límite de acabar de derrumbarse del todo, donde ahora corrían a cobijarse las lágrimas que Julià estaba tan dispuesto a escuchar.

Pero aun así volvió a construir todavía una sonrisa, y ninguna rebosó en su mejilla.

—Las cosas van a cambiar, y usted y yo vamos a ver cómo de este trozo de tierra van a brotar las plantas de los chavales, sanas y fuertes. ¿De acuerdo, Isabel? Usted y yo lo vamos a poder ver.

Y aquel había sido su último día en la escuela.

Carmen —a quien le costaba tener una idea clara del paso del tiempo si no era con sus idas y venidas— dejó de entender cuántos días habían pasado después del martes, cuando Isabel no se había levantado más de la cama. Había abierto la cortina de la habitación grande, entrecerrando los ojos ante la luz de la mañana, y se dio cuenta de que probablemente habían pasado más de una noche sin salir de la habitación.

Le rugía el estómago del hambre... Fue a buscar un bote de altramuces que recordaba que había en el armario alto de la cocina, pero no lo encontró. Así que se volvió a tumbar en la cama.

—¿Isa...? Oye, Isa. Isa.

Había algo en su forma de dormir que le decía que debía dejarla hacer. Se fue al sofá del salón, a mirar un rato por la ventana. Todavía pasó una noche más. A ratos rondaba el cuerpo dormido de Isabel, sobre el edredón de la nube azul. Se sentaba en el suelo y paseaba sus dedos por el pelo rubio y canoso, le tarareaba alguna canción... Nada.

—Bueno, te has apagado. No pasa nada, te has apagado.

En la tarde de hoy, Carmen ha decidido que tienen que comer algo

más que pan. Hace un par de días que consiguió que Isabel se pusiera de lado, y le ha ido metiendo migas reblandecidas en la boca, que la nueva Isabel ha ido tragando. Pero hoy toca alimentarse de algo más sustancioso de una vez. Ha sacado uno de los paquetitos de pechuga que Isa congela para sacar los días entre semana, y lo lleva apretado en las manos, envuelto en un trapo húmedo, para que se descongele cuanto antes. El ruido del teléfono ameniza la casa de vez en cuando. No han dejado de llamar de la escuela, una vez por la mañana, mínimo, una vez por la tarde. A veces pone la radio, aunque a un volumen bajo, para que no le dé fatiga. Se ha acercado a la cabeza durmiente de Isabel y la ha informado de que preparará unas pechugas, que ya verá qué buenas, y que quizás tocará salir de la cama e ir hasta el comedor para no dejarlo todo perdido. Isabel no responde, así que ha cogido el paquete frío y se lo ha puesto con suavidad sobre la frente, buscando una reacción que ha surgido en forma de fuerte inspiración. Se mira los pies, y los hace bailar un momento. Ha recuperado sus zapatillas verde oscuro, un recuerdo del hospital. Perfectas para un invierno en confinamiento.

Llega ruido desde el comedor. Alguien está golpeando con insistencia la puerta. Aparte del teléfono, es la primera interacción del mundo exterior en más de una semana, y al principio Carmen se sobresalta, algo molesta. Deja que pase un rato, con las pechugas sobre la cabeza de Isabel, esperando a que quien sea que esté llamando se dé cuenta de que se ha equivocado de piso. Pero quien sea que se esté equivocando de piso no deja de aporrear la puerta una y otra vez, y al final comprende que no tiene más remedio que ir a ver qué pasa.

—¿Quién será, Isa?

Abre la puerta sin mirar y, automáticamente, algo la obliga a echarse hacia atrás. Son precisamente ese tipo de movimientos bruscos los que hacen regresar el dolor, y Carmen se pone la mano con las pechugas sobre la cabeza, mientras busca adónde ha ido a parar la zapatilla que se le ha escapado del pie. El dolor vuelve intensamente, como impulsado por la misma mano que la ha empujado contra la pared hace un segundo. Una chica subida

(como montada) a unos tacones altísimos, con unos ojos negros y delineados que recuerdan a los de una serpiente, la mira de arriba abajo mientras irrumpe en el salón, buscando algo que no es Carmen.

Recuerda perfectamente aquella mirada.

La chica de la bici le indica a un hombre fuerte y con barba que le espere en la puerta, con una voz que no logra disimular los nervios. Entonces Carmen, alarmada pero con el trapo estrujado con más fuerza que nunca en su cabeza, aguerrida pero con un verdadero baile de san Vito en el cráneo, se pone a seguirla de cerca. Se pega a la espalda de aquella indeseable —mucho más alta que ella— y, a la que tiene un hueco entre ella y la pared, se pone delante de la puerta de la habitación grande y la cierra de un portazo. Abre los brazos, cogiéndose con las manos al marco de la puerta, y protege con el escudo de su cuerpo la cama en la que está Isabel apagada. La chica lanza una mirada al otro indeseable desde el pasillo, y entra directamente a la habitación pequeña del fondo. El hombre ocupa con su chupa negra y maciza casi la totalidad de la entrada, con los brazos cruzados sobre el torso. Le dice que mire en los armarios. Entonces Nadia clava sus ojos en ella. El pecho, aprisionado en su camiseta ajustada, se mueve deprisa con el embate de su respiración. Su expresión desafiante esconde un miedo que ni Carmen sabe percibir; es un temor que no solo responde a lo que está ocurriendo en el piso ahora mismo; es un miedo lejano, incluso más lejano a Catarroja, un miedo a las propias decisiones, a la angustia que se cierne ante la improbabilidad de un futuro que había previsto conquistar hace demasiado. ¡El miedo de alguien que se ha hecho demasiadas promesas inquebrantables a sí misma, eso es! ¡El miedo de alguien que se había creído joven para siempre, eso es! Y la chica lo lleva escondido entre la cara y el maquillaje. Carmen respira, con la misma agitación, pero no baja los brazos del marco de la puerta. Está decidida a arrancarle los pelos a la tipa esa, con esa media sonrisa odiosa, y ese fucsia tan exagerado que no va para nada con su tono de piel. Entonces parece que la chica le fuese a preguntar por Isabel, pero se queda quieta, como inmóvil, y parece que el

hombre de la entrada se harta y atraviesa salón y pasillo en dos zancadas impacientes. Pasa entre ellas y empieza a tirar con sus manazas los pocos objetos que hay encima de la mesa empotrada, sin que Carmen ni Nadia puedan hacer nada, y luego saca a puñados toda la ropa de Isabel del armario pequeño. Qué..., qué intrusos son sus dos olores y perfumes, tan nuevos y fuertes, impregnándolo todo. El ruido de un libro con la cubierta verde lima impacta contra el suelo desde una de las estanterías.

Finalmente abre el cajón de arriba, el de las mantas de invierno, y la chica de la bici parece soltar un suspiro de alivio.

—¡Eh! ¡Eso no es vuestro! —Carmen no se separa de la puerta mientras el hombre, con sus dedos como salchichas, arranca la goma elástica de la caja pequeña de los ahorros y se embolsa todo el dinero.

Después sale de la habitación pequeña como si ninguna de las dos mujeres estuviera allí, dejando la caja sin contenido sobre la cama pequeña. Carmen los sigue hasta la puerta, pisándoles los talones.

—¡Eh! ¡Que eso no es vuestro! ¡Devolvedlo, he dicho! —Carmen golpea la espalda de la chica con las pechugas congeladas, de un arrebato. El hombre de la barba ya está bajando por las escaleras.

Nadia deja de caminar y se gira, llena de rabia tras el golpe que ha recibido en la espalda. Carmen se la queda mirando, con el camisón blanco debajo del jersey y una expresión feroz. Parece que la chica fuera a echarse a llorar de repente, pero algo la lleva a cambiar de opinión.

—Ahora estamos en paz. Y no se te ocurra tocarme otra vez, tortillera de mierda.

—¡Eso tú...! —Carmen se vuelve a pegar a su espalda, pero esta vez sin tocarla. La chica de la bici empieza a bajar por las escaleras, algo más lenta que el otro—. ¡Y *no* estamos en paz!

Un pequeño reguero de agua que cae del trapo sigue a Carmen hasta el hueco de la escalera. Se queda asomada ahí, intentando calmar con la respiración toda la adrenalina y el pulso en la frente. El perro del piso de abajo ladra inútilmente, y el

teléfono vuelve a sonar desde el comedor.

¿Pero qué...? ¿Pero qué demonios la ha llamado?

Contempla en silencio el desastre de la habitación pequeña. No es que haya muchos objetos por recoger, el problema es la distancia entre lo que hay en el suelo y las estanterías; se le hace un mundo. Tendrá que encaramarse a la silla para volver a subir las mantas gordas de invierno... O poner alguna cubriendo el sofá...

No hay ninguna prisa, se recuerda. No volverá a abrir la puerta, por mucho que llamen, si volviesen —que no lo cree—, pero aun así, no volverá a abrirla. Ya ha pasado todo, y el barrio entero duerme; está segura de que hasta la última de las personas se ha rendido ya del día, y tiene la cabeza apoyada en la almohada. Más allá de la suya propia, y del desorden del cuarto pequeño, lo debe contener todo el silencio. Solo el perro y ella siguen despiertos.

«Se trata de ligar los movimientos, unirlos en una especie de gesto único e ininterrumpido, muy lento, para que la cabeza no se asuste. Como una bailarina.» Se deja caer muy amortiguadamente sobre el montón de mantas, y saca de debajo las camisas y los pantalones arrugados. Empieza a doblar con cuidado la rutina de Isabel, su modesta armadura frente al mundo, que ahora ya no necesita. Su esfuerzo diario, de año tras año, tirado al suelo de cualquier manera. Carmen alisa con la punta de los dedos la fibra y el algodón, e imagina a Isabel con esas prendas de ropa tristes, en sus trayectos solitarios y apresurados arriba y abajo con la cabeza bajo el ala, y se reconoce sufriendo por ella. Reconoce también, por un momento, ese mismo sufrimiento en el fondo de la mirada dura de aquella chica, cuando la miraba de pie justo donde ahora está ella. Carmen reprime un sentimiento de culpabilidad, que se resiste a compartir con los dos bandidos que han salido hace un rato por la puerta de casa. Se muerde el labio. El pequeño cuarto

de Isabel… destrozado a manos de otros. Tiene que seguir recogiendo. Cierra la caja de los ahorros y se alivia de que Isabel no la pueda ver así, desvalijada, con lo que le ha costado llenarla todo este tiempo.

¿Qué se supone que van a hacer ahora…? Un exceso de malos pensamientos le vienen a la cabeza, y hace un verdadero esfuerzo para mantener a raya la angustia.

El armario de las mantas está tan alto… «Cada pequeño triunfo contra el cuerpo… Cada pequeño triunfo…» Se pone de pie con un gruñido combativo. Cuanto antes se ponga, antes acabará, y cuando su zapatilla verde oscuro pisa fuera de la manta, da con la tapa dura de un libro. Carmen lo recoge del suelo y se sienta un momento en la cama con el libro entre las manos. El lomo ha sufrido un poco la caída, pero se encuentra mayormente bien. Qué bonito es, qué bonitos son los libros…, cómo resalta en este el relieve dorado, y a la vez, qué sencillo objeto. Isabel lo ha guardado consigo todo este tiempo. Una historia tan simple, a menudo desapercibida en los anaqueles de la literatura universal, pero que, sin embargo, consiguió cautivar el corazón de Isabel de forma tan incondicional. Si es que, cuando se le mete algo en la cabeza… Carmen le sonríe al relieve dorado de los recuerdos del pasado. El pelo al viento de Isabel y su juventud. Una imagen inasible pero que a la vez es como si la pudiera oler, tocarla con la punta del dedo solo con levantarlo. Carmen abre el libro y lo ojea deprisa, y de entre sus hojas se escapa una nota de papel fina, que recupera con cuidado. Tiene en el centro un corazón. Un corazón, solo, tímido, pero bien acabado en el trazo, y debajo, sus iniciales. Las iniciales de Carmen. Da la impresión de haber sido escrita por su pulso impecable de antes. Ahora mismo (¡… los recuerdos pueden ser escurridizos!) Carmen no se acuerda de que, después de uno de sus enfados pasajeros, durante su noviazgo en Manuel, dejó esta nota en el escritorio del aula de Isabel, y luego bajó corriendo las escaleras, escondiendo su rubor entre el cauce de las niñas. La vuelve a meter en su sitio y deja el libro un momento a un lado, como si necesitara un momento de aislamiento, incluso de él, para pensar. Carmen se queda muy pensativa unos instantes. Le da

vueltas a la cabeza, pero vueltas lentas, como a una masa densa que se quisiera moldear a conciencia. Pretende dar, por detrás de la pulsación que ocupa la parte principal de su mente, con la solución a la situación en la que están ahora. Y parece haber dado con ella.

Su madre lo celebra.

«¡Qué bien, hija...! Al final Isabel también ha encontrado a su familia.»

Carmen sonríe.

—Siempre la ha tenido.

Sale de la habitación pequeña y entra en la otra. Abre el armario y saca de la parte de arriba una maleta grande. Está vacía y apenas pesa, pero al encontrarse abierta, se despliega al aire cuando tira del asa. La carga hasta la habitación pequeña y empieza a meter dentro todo lo necesario. Solo lo necesario. Sigue teniendo hambre, y eso la lleva a pensar en los botes. Carmen recuerda que quedan varios en los armarios de la cocina y los mete dentro de los *tuppers*; latas de atún y de judías. Un Phoskito. La radio sería un peso inútil... No podrán cargar con mucho. Envuelve dos platos en un trapo de cocina y dos unidades de cada cubierto. La cazoleta sin asa, también. Deja la cafetera, aunque le suele ir bien tomar café, ocupa demasiado. No tiene sentido llevarse los paquetes del congelador, tampoco. La verdad es que las cosas tardan en descongelarse más de lo que se imaginaba, y es un engorro. Se queda contemplando el cuchillo largo y afilado que Isabel no le deja usar cuando se queda sola. Todavía le tiemblan las manos con violencia por el recuerdo del golpe que le ha propinado con las pechugas a esa chica, y lo agarra por el mango fino con fuerza. Lo enrolla en un trapo. Ostras, nunca antes le había pegado a nadie... (el recuerdo de la bofetada a Isabel, en esa misma cocina, pasa de puntillas por la mente, que suficiente ha tenido por hoy, de Carmen).

Qué rápido se llena una maleta tan grande... Pasa por el baño: le da un nuevo uso a la caja de los ahorros metiendo su barra de pintalabios y las pastas de dientes de las dos. Mete unos pantalones de pinza para Isabel y ropa de abrigo suficiente para cada una. Sus

zapatillas verde oscuro no, porque piensa llevarlas puestas. Deja *Mi atlas americano* y algún otro libro viejo sin importancia en el estante, y busca el libro de la tapa verde lima y relieve dorado. Tiene que escribir algo antes de que se le olvide, antes de que se escurra de su cabeza abarrotada de información, necesita apuntar solo una cosa, y con la frente cubierta de sudor y la maleta a punto de cerrar, y con el dolor afilado, y las zapatillas verde oscuro, y los ojos vertidos de rojo, Carmen decide que necesita quedarse sola, pero sola de verdad. Cierra la puerta.

De acuerdo, ya está.

Carmen abandona la habitación pequeña habiendo cerrado la maleta, con una decisión férrea que ya no le tiembla entre las manos. Se agacha junto a la cama, y hunde los dedos en la cascada dorada y canosa del pelo de Isabel, arriba y abajo.

—Oye, rubia; escúchame. Me parece que vas a tener que levantarte. Te llevo a casa.

ÚLTIMA PARTE

«Todas las historias nos recuerdan
que nuestro pasado existe.»

Hay muchas formas de volver a casa. Al principio los ojos aceptan el engaño de la inmutabilidad, y las casas, el paisaje y las peculiaridades de su luz, parecen no haber cambiado en lo esencial. Nos abrazan enseguida como si no fueran a volver a soltarnos nunca. Todo reconoce, todo identifica deprisa; los poros de la piel se regulan a la conocida temperatura del pasado.

Pero sin embargo.

Sin embargo no es más que un espejismo. En realidad todo ha cambiado, porque nosotras lo hemos hecho. Se revela lo que se nos ha perdido y se nos confronta con aquello en lo que nos hemos ido a convertir. Es el pueblo el que nos mira, el que nos reconoce con reservas, el que nos permite, o no, volver a él.

Carmen pisa el andén de la estación con más cautela que en su última travesía hasta Manuel. Porque hay muchas formas de volver a casa, pero ella tiene que estar muy pendiente de Isabel, que de pie a su lado carga la maleta de cuero en silencio. Pese a su semiausencia y su semimutismo, sigue siendo la más fuerte de las dos. La cabeza de Carmen es ahora más consciente de las adversidades a las que, sin quererlo, las podría abocar el pueblo, mientras observa a su espalda las montañas, tan característicamente bajas. Ha sido un viaje en tren comedido y calmo, durante el cual ha intentado que sus propios sentimientos no la turbasen en demasía, sobre todo que no turbasen a su frágil

tutelada. Mientras sujeta el edredón de la nube debajo del brazo, la guía de la mano hacia la pequeña escalera que las aleja del andén para entrar en las calles de Manuel. Echa un último vistazo hacia atrás. Encima de los campos, encima de la orilla de las montañas sobre el cielo, hay un degradado de tres colores. Rosado incipiente por abajo, arriba un gris, y un azul claro en todo el techo. Ni una sola nube. Pese a que todavía hay luz, la luna ya está plantada arriba como un sello blanco, sin complejos.

Isabel ha estado bastante colaborativa, le responde a las preguntas de vez en cuando, pero aun así les ha costado dejar el piso más de lo que habría esperado, y han acabado saliendo de Catarroja casi un día más tarde. No han cogido el tren antes de las seis. Ahora Carmen camina a buen ritmo, casi medio paso por delante. Quiere mostrarle seguridad.

Atraviesan la calle Primo de Rivera bajo la mirada curiosa de las casas, ninguna de más de dos plantas. Esta vez presta más atención a cada una de las cosas que han cambiado, a las casas reformadas, a los negocios que han pasado a ser otra cosa. En la centralita en la que trabajaba su amiga Milagros hay un letrero grande en el que se lee ESTANCO EXPENDEDURÍA NÚMERO 1, y dos banderas nacionales a lo largo del quicio. En la casa del médico que visitaba a su madre, una mercería nueva muy moderna. Llegan a la plaza del Caudillo, donde los cambios quedan más recogidos y son más evidentes. Isabel ralentiza un poco el paso, primera señal de que reconoce el pueblo. Carmen la agarra con fuerza de la mano, empujándola suavemente hacia delante. Las dos dirigen la vista hacia la misma ventana pequeña. El segundo piso, ese que da a la plaza por un lado y por el otro al campanario. Dejan salir un suspiro de alivio.

El bar El Litri ya no existe, pero la plaza no ha quedado desprovista de ocio. Un nuevo bar, llamado El Nacional, preserva, a la misma altura que su predecesor, la atmósfera festiva de la plaza principal, que a pesar de ser el punto de encuentro de un pueblo pequeño, parece siempre medio llena. El nuevo bar que han abierto está donde antes estaba..., donde antes estaba...

Ay.

Le susurra a Isabel «no te angusties, no te angusties», como si fueran la misma persona, y se aproxima al local que hay donde antes estaba el piso de Isabel. Algunas mesas de fuera están ocupadas, y al fijarse en ellas repara en que el sol acabará de ponerse pronto. La entrada está ahora «absorbida», «desaparecida» por ese bar del que entra y sale un camarero muy alto, con gafas y la espalda recta como una mesa de las que sirve. Hace frío. Entran, e Isabel se sienta lánguidamente en la última mesa a la derecha, con la maleta y el edredón para que no moleste, mientras Carmen le sigue repitiendo que no se angustie por encima del ruido fuerte del molinillo de café y de un partido de fútbol que están dando en la televisión. Se queda un momento desorientada, y alguien la empuja sin querer al entrar por la puerta. Un señor con gorra y un palillo en la boca que rellena un crucigrama en unas páginas amarillentas la mira con expresión neutra.

No entiende nada. ¿Dónde está la escalera, cómo van a subir a casa? Mira al techo, confundida. Menudo *pestuzo* a tabaco y a aceite. Mira a Isabel buscando una respuesta, pero tiene la misma cara desencajada que ella. Al final de la barra el local se convierte en una cocina abierta y bulliciosa, de la que cuelgan longanizas, pinzas y tomates de untar. Puede ver a una mujer que podría ser la madre (o la esposa) del camarero friendo algo. El ruido de la freidora y el del hombre aporreando el portafiltro de la cafetera le encienden chispas en la cabeza, y se acerca decidida a la barra. Sabía que se encontrarían con algunas adversidades. Estaba preparada para ello.

—Buenas tardes. Disculpe, caballero. —El camarero sigue sirviendo y cobrando a otras personas, los hombres a su lado piden pisándole la voz, y Carmen vuelve a insistir—. Disculpe. Estoy buscando el edificio donde vivían las maestras y el…, el…, el practicante. Estaba…, estaba justo aquí.

El camarero dirige su espalda rectísima hacia ella. Debe de haber un escalón o un desnivel al otro lado, porque ahora mismo podría saltar por encima de ella. Por fin se muestra dispuesto a escuchar. Entonces Carmen se da cuenta de que está esperando a que le pida una consumición, y que tiene que volver a repetir

exactamente la misma frase.

—Justo aquí vivía una maestra. En un piso justo aquí arriba, caballero.

Carmen señala no sabe adónde, y el hombre apunta con la cabeza detrás del señor del crucigrama y de Isabel apagada. Una escalera estrecha que reconoce al fin. ¡Sí…! ¡Allí está…! ¡Allí está! ¡Exacto! Con gran emoción y alivio, le explica al propietario del bar, que hasta hace un momento creía que había edificado encima de su único objetivo, que en aquel piso vivía Isabel. «¿Ve? Aquella mujer rubia que tiene la cabeza apoyada en la pared», «yo soy la hija de Amparo y don José Luis, propietario del *molí* de Manuel y de la *pallera*, pero bueno, sobre todo del *molí*, vivíamos en la Casa Gran. ¿Tú de quién eres hijo?». El hombre vuelve a servir, se le distrae otra vez, y entonces Carmen, ya cansada, le pide las llaves directamente. Se acerca hasta la otra punta de la barra para dirigirse a la mujer y ver si ella puede atenderla. Le cuenta otra vez la misma historia, en su cabeza estrujada, en la que no cabe el hecho evidente de lo absurdo de su único e irrenunciable plan, consistente en recuperar un piso que (hará cosa de veinte años), Isabel (que nunca ha poseído nada de nada), ocupó durante un curso escolar. Insiste en que les den una llave, ahora que ha constatado la existencia de la escalera que lleva a él, a la única cosa que está convencida de que puede rescatar a Isabel.

—*Senyora, ha de consumir o assentar-se. O no ho sé, escolte, tenim molta faena. Pepa, tens el de sèpia?!*

—No quiero consumir nada.

Se sorprende de su propia irreverencia y se enerva un poco más. Al fin y al cabo, este es su pueblo, esto es Manuel. Ni siquiera sabe de quién es hijo el hombre este, ni su madre freidora. Vuelve a insistirle en que tienen que entrar a Isabel en casa cuanto antes; han venido desde lejos. No están para aguantar demasiados disgustos, no lo están.

Mira afuera. Cada vez está más oscuro. Quizás no está haciendo las cosas bien y no está tomando buenas decisiones. Le dice al camarero que no se angustie, luego se lo repite a Isabel, y aunque ahora está convencida de que tendrían que haber llegado

más pronto, que tendrían que haber cogido antes el tren en previsión de adversidades como esta, levanta a Isabel tirando de ella por el brazo, la hace coger la maleta, no quiere consumir nada. Mira con desdén al señor del crucigrama, y sale del bar, gritando por debajo del partido de fútbol y de las cháchara de los demás:

—¡Nosotras educamos a sus hijos...!

Debe tomar ella todas las decisiones. Intenta calmarse y respirar. Lo más importante es no alterar a Isabel, y lo cierto es que parece tan tranquila como antes. Apoya un momento la cabeza sobre su pecho para sosegarse. Menuda estafa, cuánto tiempo valioso de luz han perdido en el bar. Tras unos segundos se vuelven a mirar.

—Bueno, pues... ¿Paseamos un poco?

Y con aquella oferta que tantas veces le había hecho ella en el pasado, vuelven a caminar otra vez.

Carmen la lleva a deambular por distintos sitios, atenta a su reacción frente a cada uno de ellos, buscando ver qué le despiertan los recuerdos a su alicaída rubia. Primero la lleva hasta la escuela. Se suelta de la mano de Isabel con emoción y pega los ojos rojos a la verja. Ah..., la escuela. Lamenta una vez más la hora: ojalá la hubiesen encontrado abierta, ojalá hubiesen visto salir a las niñas... Carmen cuela una sonrisa entre los barrotes, y señala con un dedo hacia el aula de gimnasia.

—Mira, Isabel. Allí te pusiste a hacer ver que hablabas en francés, y a mí casi se me salió el chocolate por la nariz de la risa. Las niñas te miraban con una cara...

Ríe, y mira ahora al patio. Las ve a ellas dos, jovencísimas, en un círculo de los bancos de catequesis. Isabel le ofrece el libro de la cubierta dorada y verde, tras ocupar a los niños con cualquier tontería, y le habla sin parar, de un tal Lisandro, de una tal Hermia, y ella, con las manos cogidas en la falda, la escucha llena de rubor. Un rubor antiguo que ahora le regresa a las mejillas hundidas. Mira de reojo a Isabel, enamorada, y la encuentra con la cabeza baja. Piensa que tal vez para ella aquellos recuerdos no son del todo felices. Hay algunas cosas que Carmen desconoce de cómo fue para Isabel cuando se marchó tan deprisa, y piensa que, tal vez,

la escuela no la ha merecido. Se despide de su colegio querido pensando que, también tal vez, tampoco la ha merecido a ella.

Vuelven a la plaza, pasando otra vez al lado de las mesas animosas del bar. Sin Isabel han perdido el sentido de la realidad, y el pueblo tiene el aspecto inofensivo de las figuritas en miniatura. Carmen tiene la sensación, mientras pasean, de que, a diferencia de Catarroja, aquí son invisibles y están un poco dentro de un cuento. Pero es la extrañeza lo que evita que el resto de la gente las identifique como a una pareja, así como van, agarradas de la mano. Del mismo modo que no se cataloga a una especie o animal exótico cuando es totalmente desconocido. Ya se está terminando de relajar del todo cuando nota que le tiran un poco de la manga. Isabel se ha parado, como una estatua, frente a una puerta verde. En concreto mira hacia la cerradura de esa puerta, iluminada directamente por una de las bombillas. Carmen tarda unos segundos en ubicarla.

—¡Oh, claro! ¡La casa de Patro! Casi lo había olvidado... Te acuerdas de Patro, ¿eh, Isa? Te quería mucho. ¿Lo ves como mucha gente te quiere?

Se meten por la calle Calvo Sotelo. Se acurruca un poco a ella y al edredón. Quiere que estén así, juntas, asistiendo al escaparate de los recuerdos. A medida que se van acercando a la Casa Gran, Isabel se pone a caminar más deprisa, parece inquieta, incómoda. Carmen también acelera, y pasan de largo la majestuosa puerta principal. Ya le está bien. Ella tampoco quiere recrearse en su antiguo hogar, ocupado ahora por unos completos desconocidos, y pronto se sumergen en la oscuridad más profunda. Entran por inercia en los huertos, tras pasar la casa azul, justo en el límite entre el pueblo y l'Énova.

El viento hace estremecer las hojas de los naranjos, exactamente igual que hace veinte años. Se puede sentir el flujo de las acequias, transportando el agua fría hacia allí adonde se dirigen. Enseguida acude a la noche el recuerdo de otra; la de aquella vez que, cargada de ansia y miedo, Carmen siguió a Isabel por ese mismo camino. De nuevo todo vuelve a parecer lo mismo, aunque esta vez la oscuridad no tiene aquel aire de peligro, y se

muestra más amigable. Ahora las empuja sin prisa, libera el laberinto y el hechizo, y se ofrece tal cual es: olorosa y llana. Es realmente olorosa. El olor del embarazo de los naranjos en febrero es físico, tan presente como los saltamontes o las piedras del suelo. Se mete una naranja en el bolsillo, otra en el de la chaqueta de Isabel, y ríe en voz alta, conmovida por tal cantidad de recuerdos. ¡Isabel subida a esa misma acequia! Primero a la luz del sol. ¡Sí, por fin puede revivir aquella imagen, que tantas veces se ha rebobinado en sus sueños! Le ofrece la mano desde allí arriba, feliz y fuerte, provocativa, esa misma mano que ahora, sin vida, se deja coger por la suya. El corazón se le vuelve a poner a mil. Ella, ella misma, sus rizos rezagados, agarrándose al punto de sus pobres rebecas (cuánto se dio de sí toda su ropa aquellos meses, todo le quedaba grande). Cómo Isabel le puso todos los días y las noches patas arriba de un plumazo. ¡Ah…! ¡Ah…!

—¡Ah…! —Carmen ríe de nuevo, de su risa salen grandes exhalaciones mientras camina hacia delante, la respuesta natural al escozor sobre una herida—. Ah, Isabel… ¡Si lo hubiera sabido…! ¡Si lo hubiera sabido, me habría agarrado a ese momento con las manos, con las uñas y con los dientes…!

«¡Ah…, Isa! Me hubiera agarrado a ese momento y no lo habría soltado jamás. No lo habría dejado escapar.» Isabel hundiendo la mano en el agua fría, tenían toda una vida por delante («cómo pica, cómo pica»). Le saltan las lágrimas. ¿Cómo alguien en su sano juicio se habría desprendido de algo así? Y vuelve a reír pensando: «¡Es más!: ¿cómo alguien en su sano juicio, después de tantos años de estudios y conocimientos médicos, y batas y fonendoscopios, podría llegar a pensar que se puede olvidar, olvidar simplemente, un recuerdo tan precioso?». Cuánta inocencia… la suya, la de los médicos al pensar que se podría curar de algo que, solo con el olor de un naranjo, solo con una pisada en la noche, podía volver a revivir. Ella misma, silenciosa siempre, como una silla más en la cocina de la Casa Gran, ella misma que no había viajado más que entre las páginas de las novelas, rociada de vida de repente, brava como la corriente de esa agua. ¿Cómo alguien creyó que podría contra eso?

Ahora es el turno de los limoneros luneros y el jazmín de invierno. Un conejo que llega tarde a alguna parte se cruza corriendo por delante de las zapatillas de Carmen.

—¿Sabías que los conejos prefieren construir sus madrigueras junto a las raíces de los limoneros? Es por el olor. Para ahuyentar a los zorros.

La mira, divertida, y le pellizca el codo. Entonces se para un momento.

—Me lo estoy inventando, Isa... Para que me corrijas... Como ya no me cuentas cosas... Cuéntame cosas, anda, que tú sabes de todo... Cuéntame cosas como hacías antes.

Ah..., solo le sale el aliento del frío y de los imposibles, mientras el espacio entre los árboles se va haciendo más ancho y llegan a su destino. Dos reinas magas, sin presentes, pero en busca de un milagro.

La fábrica.

No están las sillas en las que se sentaban a merendar, pero allí sigue, el chasis de cemento, la antigua *pallera* de su padre y su hotel para esta noche.

Se queda un momento debajo del umbral, con una intimidación extraña, y, por el contrario, Isabel entra poco a poco hasta el centro de la estancia vacía, como si las dos respondieran a una coreografía del pasado. El interior de la fábrica está mucho más lleno de hojas y ramas que antaño, y hay una pintada nueva, de alquitrán, en la pared del fondo: LEVÁNTATE, CAMPESINO.

Isabel se para junto a la escalera de granito, allí donde le declaró por primera vez el pecado de su amor. Se recuerda reaccionando con violencia. Recuerda cómo todo su mundo se tambaleó, y que regresó a su habitación y no pegó ojo en toda la noche. Isabel le había acercado un cuerpo interrogante, ávida de recibir en sí misma a alguien tan perdida como ella, tan solitaria, y ella se escabulló, no lo quiso, no lo entendió, pero nunca, nunca se burló de su amor.

—Solo tuve miedo, Isa.

Isabel extiende el edredón en el suelo, bien pegado al umbral de aquel espacio gigante, mientras ella abre por fin la maleta,

sacando un jersey más para ella, y otro para sí misma. Pese al frío, pese al cansancio, tanto recordar lo aplaca todo, consigue contener la preocupación por la salud de ambas, por el qué comerán, por el cómo van a dormir y por el dónde van a ir mañana. «Mañana por la mañana nos llegará el olor a humo del desayuno de los campesinos», piensa Carmen. Se les abrirá el hambre con el olor a pan tostado y panceta. Espera que ellos sean un poco más solícitos que los del bar cuando les vaya a pedir un mordisco para su Isabel.

—Mi Isabel...

Se sientan. Ante ese marco que las protege del frío, parece que puedan estar en cualquier otro sitio. Se tapa los pies con el edredón, suficientemente grande como para poder darle una vuelta y amantarlas cuando convenga. El temblor le hace batir la cabeza y no quiere, no quiere. ¿Podría el dolor dejarlas a solas... por una noche? ¿Solo por esta noche?

Se comen las naranjas con los recuerdos, no tienen ninguna intención de irse, vaya. De vez en cuando vuelven a hacer reír a Carmen, o la llevan a escocerse.

—¡Es que lo recuerdo todo, Isa! ¿Lo recuerdas tú?

Isabel asiente, con los ojos, que hace años fueron dos mirlos, aplacados. Come en silencio, pesadamente.

—Tengo que agradecerte todos aquellos días. Me sentí tan viva... Ahora lo veo. Recuerdo cómo aprovechábamos cualquier excusa para tocarnos. Yo solo quería que no te marcharas nunca, te traía siempre comida para que te anclaras aquí, a este pueblo, y luego hice que te fueras. Qué tonta... ¿Qué tonta, no? Qué tontos todos...

Carmen la mira otra vez, y entonces algo le pesa y se le inclinan los ojos también. Está agotada.

—Ahora es igual pero es distinto. Me falta parte de lo que más quería.

Y vuelve a venirle otra risa incontrolable.

—Tú te mareabas un poco cada vez que me acercaba, te desequilibrabas un poco. —El viento les dice algo a las hojas—. Oye, me estoy dando cuenta de una cosa...

El ruido del ir y venir de ambos, del aire y los naranjos allí

afuera, recuerda mucho al de las olas del mar. A veces más fuerte, a veces suave, como la espuma. Parece que les vaya a llegar hasta los pies, parece que les vaya a mojar la punta de las zapatillas. Podrían estar perfectamente en la costa. Podrían estarlo.

—Me estoy dando cuenta de que nunca hemos visto juntas el mar. Nunca. Pero, aun así, cuando pienso en él, me recuerda a ti. Es curioso, ¿no? Fíjate. El mar me recuerda a ti.

El edredón azul se convierte de repente en el océano, y el pelo de Isabel sobre él, en su pez dorado. Otra risa. Recuerdos inesperados y uno totalmente inventado: el de la silueta de Isabel en la playa. Se ha manchado la camiseta de helado y camina hacia la orilla. Este tampoco lo va a dejar escapar.

—¿Me regalas por lo menos media sonrisa? Por favor...

Isabel tiene la cara lavada por la luz de la luna, toda azul, pero... no hay ni rastro de los mirlos.

Ah..., le duele la cabeza, le duele. Cómo les batían las alas con rabia, antes... Aquel recuerdo le causa ahora una desesperación mayúscula, le estruja la cabeza y siente miedo. Se estremece sobre el edredón, dolorida. Necesita hacerlos volver, necesita hacer volver a los mirlos como sea.

—Mírame. —La coge por los morros sucios de zumo de naranja—. ¿Te quieres casar conmigo?

El viento o el mar vuelven a soplar, dándole a Isabel la oportunidad de reponerse. Es desde abajo, desde el alud, que un destello le sube hasta los ojos.

Nace desde la incredulidad una media sonrisa.

Una sonrisa que le levanta el pómulo, solo hacia la derecha. Coge aire, inspira.

—Sí. Sí, quiero.

Carmen vuelve a reír en voz alta y las une en un beso lento. Luego se tumban en aquella iglesia de las perdonadas, poco a poco. Ha sido un día largo. Mañana también lo será, pero ahora solo quiere intentar dormirse con su recuerdo más reciente; el de aquellos ojos verdes que le han dado una respuesta afirmativa.

Mañana seguirán. Mañana. Aunque, en cualquier caso, en términos de eternidad, acababan de vivirla toda.

—¿Cómo se lo repito, señora? Que yo no tengo hijos.

El camarero vuelve a golpear el portafiltro contra el cubo de la basura, más enfadado que ayer. Les da la espalda. Carmen se nota también el mal humor, tanto como el hambre, retorciéndose en el estómago como una culebra. Teme que Isabel empiece a engullir las servilletas de papel del dispensador en cualquier momento.

El hombre ha puesto cara de hartazgo desde que las ha visto llegar a primera hora, y ha echado humo por la boca. «Mira, Isa, otro al que no le gusta madrugar», ha comentado ella en un susurro. Luego Isabel se ha instalado en la misma mesa que ayer, y ella se ha atrincherado en la barra, en plan «no nos moverán».

Qué penosamente han dormido. Es lo que tiene no poder bajar las persianas, el sol te da en la cara mientras no te enteras, y luego te despiertas como si te hubieran dado con un bate de buena mañana. El camino de vuelta no ha sido tan bucólico como anoche. Isabel ya da signos de dolor de espalda de tanto cargar arriba y abajo y el rocío les ha dejado los calcetines empapados.

Así que Carmen discute con el camarero como una adolescente díscola y rebelde (que nunca fue) mientras este y su madre (totalmente en el equipo del hijo; de vez en cuando zarandea un trapo mojado en dirección a ellas) atienden exasperados a los clientes que llegan a desayunar.

Hacia las doce del mediodía, algo desmotivada por el paso vano de las horas, se acaba sentando junto a Isabel, que tiene la mirada perdida en una cortina de encaje sucia que cuelga de la ventana. Ya no sabe qué más hacer, qué más decir… Pasan la hora de comer mirando la televisión. Otra vez volverá a caer el día, tendrán que recorrer el mismo camino hasta la fábrica, que se le

figura larguísimo, lejísimos... Podrían haber dejado las cosas allí. Suspira con fastidio. Se distrae un rato pinchando con un mondadientes el antebrazo de Isabel, con suavidad. Cierra los ojos y deja que se apacigüen las conversaciones de las mesas exteriores.

—¿Maestra...?

Carmen abre los ojos sin olvidarse de su actitud defensiva. Le cuesta un poco fijarlos, y al principio ve solo una figura difusa, anónima, que mira desde la barra hacia Isabel. Se trata de un chico, no muy alto pero fuerte, algo repeinado. Apoya dos cajas llenas de verdura sobre la barra.

El joven, de pelo muy negro, permanece dubitativo, como si temiera estarse confundiendo, y fuera a pedir perdón enseguida. Luego, a falta de una respuesta, se confirma a sí mismo su confusión con un ligero movimiento de negación y una sonrisa. El chico habla con el camarero y su madre, y apunta algo en un soporte para papel. Con la mano izquierda.

Carmen ladea la cabeza.

—¿Antoñete?

El chico se gira entonces, rebosante de energía, afirmando. Se le escapa una voz alegre, contento de haber acertado.

—¡Sí! ¡Sí! ¿No es usted la señorita...? ¿No es usted la señorita Carmen? ¡No me lo puedo creer! Y...

Carmen no deja de repetir «sí, sí, sí» y salta a abrazar al chico. Él acepta lleno de sorpresa el abrazo y los besos en la mejilla, pero mantiene la atención desviada hacia la mesa.

La mira con una expresión llena de admiración y respeto, y no es así como la gente suele mirar a Isabel.

Antoñete no deja de repeinarse el pelo hacia un lado, y se endereza con un carraspeo; un chico cercano a los treinta, con unas pestañas larguísimas, dividido entre la alegría y la confusión.

—Es..., es... —Se dirige ahora a Carmen, sin saber muy bien qué decir. Luego baja algo la voz—. ¿Qué le ocurre...?

Ambos miran a Isabel. Carmen lo aleja un poco de la mesa y, dándole unos golpecitos en el pecho, le dice en voz baja:

—Nada. Se ha apagado.

«No te angusties, no te angusties», Carmen le vuelve a dar

unos besos sonoros, luego se pasea un momento a lo largo de la barra, coloca las dos manos encima de la cabeza de Isabel y, finalmente, se sienta otra vez. Invita a Antoñete a acomodarse como si se tratara del comedor de su casa, y se lo cuenta todo, que no se van a mover hasta que el camarero de este bar nuevo las deje entrar en el piso de Isabel. Antoñete no termina de entender bien la situación, pero tras escucharla, junta los labios y se vuelve para la barra. De repente es como si pusiera en orden cualquiera de sus muestras de emoción. Le sale una voz completamente adulta, muy firme.

—Salva, escucha. ¿Qué ocurre con el piso de arriba?

El camarero, que no se puede creer que aquellas dos chifladas hayan conseguido implicar a más gente, se seca el sudor con un pañuelo y lo lanza a una basura lejana, con el mismo gesto con el que la madre las asustaba con el trapo.

—Pues que están los baños.

Antoñete mira a Carmen y esta levanta el dedo, señalando un «más arriba» silencioso, que no se le escapa a Salva. La madre sale de la cocina con el trapo, y se lleva las cajas de verdura, indignada.

—Allí tengo el almacén.

Aunque sigue manteniendo la compostura y su espalda muy recta, se nota debajo de su tono que, por primera vez, se acaba de producir una pequeña remontada a favor de ellas. Carmen contiene una sonrisa pícara. Ahora son dos contra dos.

—¡Este piso es propiedad de la rectoría y de las maestras! —chilla desde la silla.

—¡Este piso es donde yo guardo las botellas y es propiedad de El Nacional! —grita el camarero.

Antoñete vuelve a carraspear y a adquirir el tono que le encanta a Carmen.

—No es necesario gritar, Salva. Ellas son conocidas mías, vivían allí, y aunque tú tengas tus cosas, puede ser que siga siendo de la iglesia, ¿no? ¿Tienes tú alquilado eso? Si llamo al señor Heliodoro, ¿me dirá que lo tienes tú alquilado?

«¡Uuuuuuy, si llama a Heliodoro, si llama a Heliodoro,

verás!» Carmen está a punto de aplaudir emocionada. La madre chilla desde los fogones:

—Heliodoro está con unos ejercicios espirituales en Alicante. Con todo lo que tiene en propiedad la Iglesia, sin poner un duro. Ahora resulta que también les tendremos que pagar por un almacén y por los baños. *Que es pensa que jo he caigut d'una figa palera?! Au, a fer la mà.*

El aceite suelta un fuerte chisporroteo y Salva pasa chistando a la cocina, encorvando su columna de jirafa; su madre acaba de exponerlos con una clarísima debilidad. El chico aprovecha para sentarse un momento en la silla libre frente a ellas (ha entendido bien lo de los equipos).

—Oiga, señorita Carmen. ¿Usted está segura de que van a estar bien allí, en un almacén, y eso? Puedo intentar encontrarles otra cosa, si lo necesitan. Un piso de verdad...

—No, no, no, tú no lo entiendes, tú no lo entiendes. *Tiene que ser ese, sí o sí.* Es absolutamente necesario. Y tiene que ser hoy. Por Isabel.

Antoñete parece convencido a medias, pero empieza, pese a todo, una diatriba larga con el camarero, una negociación enredada de la que Carmen desconecta, aunque cada una de las cláusulas la impliquen a ella: como *toquen alguna botella*, como *se les ocurra salir cuando el bar esté cerrado*, como *se les ocurra hablar con el rector de lo del almacén*, como *vuelvan a asustar a su madre*, como *esto se convierta en una pensión de maleantes*, como *las oigan o las escuchen* y un larguísimo etcétera repleto de anexos. Antoñete le apunta en un papel, mostrándose fiable, la dirección de su casa, y promete hacerse cargo «de todo» personalmente y, algo sedada por el alivio, algo atontada por aquella batalla ganada por derecho, Carmen dice de repente:

—Hay que ver, qué buen trabajo hicimos contigo.

Entonces el camarero, más enfadado que nunca tras la derrota, le da la última de las indicaciones y la más importante, echando humo por la boca otra vez.

—¡Por poco tiempo!

Con toda la conciencia del mundo, Carmen repite.

—Por poco tiempo.

Lo acompaña hasta la puerta. Él promete venir a buscarlas («te esperaremos aquí, Antoñete») cuando termine los repartos, esa misma noche, y se marcha con premura en una camioneta pintada de azul con un nombre en cursiva y pintura amarilla:

Josefina, frutas y verduras.

Carmen le dice adiós con la mano.

Antoñete apoya la maleta en la puerta bajo la que ellas se dieron su primer beso. Puede sentir el corazón de Isabel latiendo tan fuerte como el suyo mientras mete la llave en la cerradura.

Ha llegado con la camioneta al caer la tarde, tal y como prometió. En el rostro se le veía el cansancio de todo un día de trabajo, pero estaba contento de volver a verlas.

—Así que este es el piso de las maestras... —Ha comentado mientras las ayudaba a subir a las dos, con una risa relajada—. En mi cabeza de entonces, las maestras dormíais en la escuela.

—Bueno..., en realidad ya no somos maestras.

Antoñete ha mirado hacia atrás, desde donde llegaba el ruido de la freidora, y se ha puesto, cómplice, el índice entre los labios.

—Para mí siempre lo seréis.

Entonces ha mirado con las mejillas rojas a Isabel, y por un momento ha vuelto a ser el niño zurdo de nueve años que corría entre los pupitres y se peleaba con el cuaderno de divisiones. Ha encogido los hombros, liberando un temor que le rondaba desde la mañana.

—Quizás es que no se acuerda de mí.

—¡Que no! ¡Por supuesto que se acuerda! ¿Cómo no se va a acordar de ti, Antoñete?

La puerta se abre con un rechinido perezoso. El antiguo alumno de Isabel entra en el piso destartalado, que ahora parece más reducido que nunca debido a las cajas, al polvo y al hecho de que, por primera vez, son tres personas las que lo ocupan. Mira a su alrededor con expresión de culpa, como si la idea nefasta de meterlas allí dentro hubiera sido suya. Empieza a reprocharles a los del bar el mal estado del piso, se pone a proponer alternativas vagas a aquel despropósito, sin darse cuenta de que las maestras lo

miran con todo el amor que pueden albergar dos ojos.

No se mueven del sitio. Las lágrimas le empiezan a brotar a Carmen, se lleva la mano de Isabel al pecho con fuerza, y casi está a punto de besarla en los labios.

Su pisito.

Antoñete empieza a mover cajas llenas de botellas de un lado para otro, las carga con maña, y eso que pesan. Amontona tantas como puede en la encimera de *pedrapiquer* roja de la cocina. «No caben muchas más...», dice arremangándose la camisa.

—No importa, Antoñete. ¿Te importaría bajar la persiana, por favor?

Carmen no aparta los ojos de Isabel, le acaricia la cara, embargada por una ternura infinita. Antoñete se repeina raudo y se mete en el baño de baldosas amarillas, «ah..., hay que dar el agua, *codonys*». Sale con una escoba y un recogedor, se cerciora hasta acabar sudando de que lo deja todo tan bien como es posible, se dedica a meter en un cubo los escombros que encuentra por el suelo.

Luego vuelve hacia ellas, les pregunta si les gustan los calabacines, si comen de todo, mañana les traerá cajas con peras y *bajoqueta*, «comemos de todo, Antoñete», le contesta, sin dejar de mirar el rostro conmovido de Isabel, sin dejar de acariciarlo. Él les muestra con orgullo una alianza sencilla, en la mano izquierda, en su mano sucia de *llauraor*, sucia del polvo que acaba de limpiar. «Adela es la que lleva el negocio, realmente. A mí nunca se me han dado bien los números», luego se despide y las deja a solas.

Carmen suelta poco a poco la mano de Isabel, y se pasea por el piso instalado en un silencio expectante. Acaricia la pared, la puerta que encierra un armario, el somier pequeño, desnudo de colchón y sábanas. Aquella cama... Antoñete ha metido todas las cajas en la cocina, asegurándose que les dejaba los fogones libres, pero queda una columna, al lado de la ventana, que no ha podido colocar porque no cabía. Tras acercarse a la persiana (por la que ya empiezan a asomar los hilos de luz lunar), aparta la manta que la cubre, levantando una nebulosa de polvo que flota sobre los hilos. Revisa las cajas apiladas, con un montón de botellines de El Águila

y gaseosas pequeñas, y debajo de todas ellas encuentra un maletín, un maletín de…

—¡Mi picú! ¡Mi picú, Isa…! Lo dejamos aquí, lo dejamos, mira…

Al girarse se encuentra a Isabel tumbada, inerte otra vez sobre el somier.

Suspira.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, Antoñete vuelve al piso con un colchón y con cajas y más cajas de comida. Al cuarto día ya se ha sentado con ellas a comer. Comen pronto, a veces le toca aparcar la camioneta allí en la Verja. Carmen comparte con él el gusto por las anécdotas del pasado. El chico le cuenta que la última vez que vio a la maestra Isabel fue en la iglesia («luego se esfumó sin más») mientras come patatas asadas muy a gusto. «¿En la iglesia? ¿A Isabel? Me cuesta creer eso, Antoñete.» Al cabo de una semana entiende por sí solo que las dos mujeres necesitan estar solas. Carmen camina cada vez menos, se cansa cada vez más, aunque rara vez duerme, y cuando lo hace se despierta gimiendo. Se pasa las noches sentada frente a la ventana, mirando al punto donde la luna decide pararse. Conversa mucho con ella, y reflexiona más que nunca, llegando a varias conclusiones.

Desde la misma altura que su desdicha de hacía veinte años, piensa en lo poco consciente que fue de su valor. Del valor de su desdicha, quiere decir. En aquellos pocos meses de sufrimiento, fue más feliz que nunca. Se había sentido viva. No lo había sabido hasta ahora. Entonces estaba protegida por la juventud, y no sería sino la *consecuencia* de aquellos meses, todo lo que vino después, lo que la llevaría a perderse. «Nuestra perdición», se dice dramáticamente.

Se recuerda muchas veces haciendo el amor en aquella pequeña cama a su espalda. Cómo los cuerpos de las dos hablaron de cosas que sus mentes no habrían sido capaces de entender. La fuerza incansable de Isabel, aquella impresión que le habían causado sus pechos grandes, la rugosidad de la palma de las manos de ella sobre sus ojos, el sudor y los néctares pegándoles la piel. Cómo ella se tumbaba y la recibía siempre como un pozo abierto.

No lo dosificaron. Se llenó de ella excesivamente rápido, fue demasiado el impacto.

Se levanta a beber agua, le lava las manos a Isabel, con el pulso del dolor como una sirena de ambulancia en la frente. Y vuelve a su diván con la luna.

Se ha dado cuenta de que cuando Isabel está ausente, ella abarca un espacio gigante. Estas semanas se siente más como en las del principio de la relación que como en los últimos años en Catarroja, o en el hospital, y tiene la conciencia de haberlos disfrutado muchísimo, pese al insomnio, pese a su madre y su tía, pese a las huidas de casa llenas de pánico, el miedo y la vergüenza a ser descubierta, pese a los berrinches en la bañera y las misas. Ahora mismo cambiaría todos los años vividos desde entonces por un solo segundo de aquel sufrimiento. Por cualquiera de ellos. Aquella constatación la deja sobrecogida.

Sí, la Carmen joven no pudo soportar tanta vida y necesitó ponerle fin. Se dice que, seguramente, al fin y al cabo, *nadie* podía vivir más de, por ejemplo, cinco o seis años, o dos, o tres días a lo sumo. Aunque luego llegase hasta los noventa, o más.

El resto del tiempo, lo que nos impulsa a continuar es la incertidumbre de si aquella vida verdadera, aquel instante, va a repetirse alguna vez.

—Por favor, Antoñete. Cuando vengas, no llames fuerte, llama suave. Me duele mucho la cabeza.

Ha empezado a despertarse gritando del dolor, lo hace con Isabel abrazada a su lado como un perezoso. A veces ni se levanta a abrir la puerta, se limita a darle indicaciones débiles desde la cama a Antoñete. Pero empieza a agobiarla la creciente preocupación del chico. Le estresa que acabe llevando demasiado lejos su ayuda contenida, así que vuelve a hacerlo, le recibe poniendo la mejor de sus caras. Pero está cansada, se inventa que se marcharán pronto, que mañana llevará a Isabel a pasear, que tal vez no las encontrará.

Los verbos en futuro se le reblandecen en la boca, no solo cuando los conjuga en mentiras piadosas para su ayudante y amigo, también cuando intenta animar a Isabel. Se le deshacen, se

le caen al suelo cuando la alimenta.

«Cuando vayamos...»

«Cuando veamos...»

«Cuando hagamos...»

A ambas les parecen extrañas aquellas expresiones, suenan como un idioma extranjero. Así que a medida que pasa el tiempo dejan de decirlas, dejan de hablar, pese a que Isabel ha empezado a parecer un poco más despierta. Se le nota en el apetito.

La luna la deja explayarse siempre. Se acerca el día de Sant Josep Obrer, las fallas, y le preocupa que los petardos les alteren la calma de estas noches. Los sábados se forra la cabeza descarnada con el edredón para aislarse del ruido de la plaza. Pero sigue pensando.

Entonces..., entonces se lo debía todo a Isabel. Ella era la única que le ha posibilitado experimentarlo. Quizás ella había sido más consciente de lo efímero de las cosas, de la importancia del deseo, y por eso lo impuso tantísimo. El deseo era lo que ponía la marca de fuego a los recuerdos. Ella quería a Isabel, claro que la quería, pero sobre todo la había deseado. La desea. Era esa concreción, que no se aplica a ningún otro cuerpo, esta devoción que Isabel sentía por ella, destapándola de su insignificancia, lo que la había hecho pasar a la historia. Aquella forma en la que ella la había visto y en la que absolutamente nadie más la ha podido ver. Toda esa intensidad, toda esa fragilidad, todos esos defectos, todo ese aprendizaje, solo para ella.

Cuánta lucidez en una mente casi rota.

A la vez siente como si no supiera nada de nada. Como si fuera la más inocente y la más ingenua de todas las personas del pueblo y, en cualquier momento, Isabel pudiera levantarse de la cama, andar unos metros hasta la escuela y volver a hacerla resbalar y cometer los mismos errores una vez más. Por mucho que tuviera otro aspecto. Por mucho que siguiese envejeciendo o se volviese transparente, o persistiera la depresión, sería aquella esencia de su interior lo que la llevaría a enloquecer una y mil veces.

Por eso no le importa morir.

Tiene claro que han vivido lo más intenso que podían llegar a vivir, o, por lo menos, lo que habían comprobado que el mundo y lo que las rodeaba les iba a permitir. No tienen ni fuerza ni recursos para nada más. Esta habitación, este cubículo propiedad de la rectoría, contiene lo mejor de cada una de ellas, y la energía que rezuma de estas cuatro paredes es la prueba de que ya han vivido. De hecho, ha rezumado tanto, que se ha quedado allí mismo y no se lo pueden llevar a ningún otro sitio. Pese a que esta conclusión última tiene implícita una caída, Carmen se siente más iluminada que nunca. Incluso (y aunque forme parte ya de otra vida, irrecuperable, otro capítulo) si la migraña se lo hubiera permitido, se sentiría capaz de sentarse frente a Nadia, la chica de la bicicleta, y compartir con ella todo lo que acaba de descubrir. Se llegarían a entender, intercambiarían visiones, sobre Isabel tal vez, sobre cómo las familias nos sentencian sin saberlo, sobre el amor, que quizás no tiene nada de malo pero no lo acabamos de entender. Sobre cómo estamos todas destinadas a querer sin saber hacerlo. Le transferiría el conocimiento de la que ya lo ha visto venir.

—No importa. No puedes controlar nada. Cada una está destinada a vivir su trozo del mundo. Si no nos dejamos destrozar por los demás, es que no estamos vivas. Gracias por habernos destrozado, un poco, tú también. Mejor que pruebes un tono de pintalabios más suave.

Luego le quitaría deprisa ese poder dentro de la vida de ambas, y se abrazaría con fuerza al pecho frío de Isabel.

Es que ¿qué va a hacer? ¿Imponerle un nuevo comienzo a Isabel? ¿Que se vuelva a construir?, ¿a hacerse una armadura de cartón? ¿Que se exponga una vez más a otro trozo del mundo contra el que golpearse? ¿O al trozo de mundo que hasta ahora no la ha sabido querer? ¿Que salga a dar vueltas a un círculo? ¿Que vuelva a bajar las persianas de algún piso mientras por su lado ella se va contrayendo, menguando, desfigurando, hasta que un día al volver a casa se la encuentre resbalada en el suelo de la ducha, con el tumor reventado al fin, o algo mucho mucho peor, que ni siquiera puede pronunciar?

No. No, sabiendo lo que ya saben. Pero debe encontrar las palabras adecuadas de forma que Isabel no vuelva a vivir aquello como un fracaso propio y eso la lleve a querer enmendarlo. No será fácil.

Cuando lo ha tenido todo claro se ha permitido apagarse ella también. Si no hubiera estado tan cargada de malestar, hubiera sido hasta placentero hacerlo, pero ya se nota los sesos como un gusano enorme de lava, retorciéndose en busca de una salida. Ha empezado a quedarse más bien por la zona de la cama, deja la puerta siempre entreabierta para las visitas, cada vez más espaciadas, de Antoñete. Un día se lo encuentra especialmente preocupado, le rehúye la mirada, y acaba por sonsacarle que Salva y su madre llevan un tiempo bastante tensos. Le hostigan preguntándole por el almacén cada vez que va a llevarles el pedido o sube a verlas. Con las Fallas, defienden con vehemencia que van a necesitar hacer uso del piso de arriba. Se nota que se ha guardado aquella información tanto como ha podido.

Carmen le ha dicho que no se preocupe, lo entiende perfectamente. Le ha acariciado la cara y él le ha dado una tarjeta. Contiene el nombre de su negocio de frutas, un homenaje suyo a la hermana que falleció de pequeña, el de su mujer y el de Antonio («Ya nadie me llama Antoñete...»), con una letra bonita en cursiva y su número de teléfono nuevo. Le ha dicho muy contento que han impreso decenas de ellas. Carmen le ha asegurado que la enmarcarán y lo ha visto bajar por las escaleras.

Ha esperado un par de noches.

Su momento favorito es cuando ya solo se oyen los grillos y las calles están vacías como si todo el mundo se hubiera escondido. Carmen se sienta al lado de la cama con mucha dificultad, muy cerca del rostro dormido de Isabel, como solía hacer ella cuando acababa de regresar del hospital.

—Isa, sé que me puedes oír. Ahora necesito que hagas un esfuerzo y vuelvas de allí donde estés. Venga, cariño. Levántate un momento. Hazlo por mí.

La coge con sus brazos delgados y trémulos, muy poco a poco. Consigue con esfuerzo sentar el cuerpo pesado y frío de Isabel, y los omóplatos se le pliegan a la espalda como alas. Le coge las manos entre las suyas.

—Me duele mucho la cabeza. Sé que no te gusta nada escuchar estas cosas, pero tienes que saberlo. No lo estoy pasando bien. —Le acaricia el pelo e Isabel se tambalea un poco, los ojos vidriosos le bailan de lado a lado—. Y tú estás apagada. Ya sé que...

Hace una pausa para contener las lágrimas.

—Ya sé que en parte yo tengo la culpa de eso. Aun así, tengo que pedirte todavía un favor. Es un favor muy importante y me tendrás que ayudar.

Isabel empieza con un intento lento de balbuceo, ha notado una vibración incómoda dentro y se revuelve un poco sobre el edredón. Carmen detiene al dolor que se anuncia en su cabeza con una autoridad encomiable. «Ahora *no.*» Parece que Isabel desearía rebatirla. Parece que querría empezar a hablar...

—Me tendrás que ayudar a morir.

Carmen le da un momento. Aquello es un golpe duro en contraste con su estado comatoso de todo este tiempo. Una sacudida hace temblar los cimientos del alud en su pecho. Le duele. La luna le ilumina la cara, con la boca abierta. En el mismo lugar de la cama en el que supo que perdería a Carmen veinte años atrás, Isabel se da cuenta de que la vuelve a perder.

—Solo puedes ser tú. Y tienes que ser tú.

Una sucesión de suspiros hondos en su boca abierta la hacen volver a la realidad con violencia. Mira a su alrededor, perdida. Es Carmen la que está agachada frente a ella, es Carmen quien la mira, quien le besa las manos, aquí está, pero se aleja.

—Isa, Isa. Mírame.

¿Qué ha pasado?, pero ¿qué ha pasado? La luna acude, las paredes acuden, de nuevo, tranquila, Isa, tranquila, tranquila, anda.

—Mírame, cariño. ¿Tú te acuerdas de cuando nos conocimos? Tú, no sé si más descarada o más valiente, te plantaste delante de

mí y me pediste que viniera aquí, a tu piso. Y cuando por fin entré ibas pegada a mi espalda y querías saber qué pensaba de cada cosa que veía. ¿Qué jovencitas éramos, eh? Y qué felices. Y mira ahora... Necesito que ahora vuelvas a ser esa Isabel, yo sé que lo eres. Te sigo sintiendo detrás de mí, cariño. Me has cuidado siempre. Estoy muy, muy cansada y necesito que vuelvas a hacerlo.

Entonces Isabel empieza a negar con la cabeza, vamos, Isa, tranquila, cada vez con más y más energía, vuelven los mirlos como locos, como locos, las alas se resquebrajan por la fuerza, se parten. Una mueca de dolor.

—No puedo, Carmen. No puedo, no puedo.

Carmen le seca las lágrimas con el dedo.

—Sí que puedes. Tienes que poder. *T'estime.*

Isabel había vuelto a la vida tan pronto como Carmen habló de morir. Hizo exactamente lo que se esperaría de ella: puso el grito en el cielo, se resistió y maldijo apretando los puños hasta la saciedad.

Carmen la intentó calmar con besos, de los que Isabel se escapaba, lloraba y luego volvía a ellos deprisa. Le cogía la cabeza irreparable, le ponía los ojos muy cerca, como un antílope, convencía a Carmen de que había perdido completamente la razón, luego se decía que la había perdido ella, le pedía perdón y se marchaba.

Y pese a sentir la espalda más rota que un muñeco de feria, pese a tener las piernas y el cuerpo rígidos a más no poder, salía a caminar por todo lo largo y ancho de las calles de aquel pueblo, al que culpaba tanto como a sí misma, compulsivamente. Manuel, bajo su aspecto de mansedumbre y paz, tenía escondida la trampa en la que habían vuelto a caer como moscas. Mordían una vez más su anzuelo, ya estaban otra vez como al principio: Carmen decidiendo marcharse y ella quemando la desesperación y los pies por las montañas.

Caminó más lejos que nunca, rejuveneciéndose un poco más a cada paso. Se obligaba a pasar sed, a levantarse llagas en los tobillos. Si se cruzaba con algún otro paseante, lo miraba con una mezcla de desafío y grito de socorro. ¿Cómo no lo había comprendido todavía? ¿Acaso Carmen no sabía a estas alturas que cuando se hacía daño a sí misma se lo hacía a ella también? ¿No había entendido nada de nada? Pateaba las ramas del suelo. Le había dicho que la quería por primera vez —seguramente no se lo había dicho nunca nadie— y justo después de eso, le había pedido algo que no podía darle, algo terrible. Pensaba en dejarse caer por

el monte, como una rama más; ya la arrastraría el agua al llover, ya se la llevaría algún animal hambriento. Pensó en volver a vegetar como había hecho recientemente (esta era la idea que le parecía más atractiva), y que fuera otra la que asumiera el porvenir. Rápidamente volvía a casa entre jadeos, temiendo, como había hecho siempre, que Carmen se esfumara en su ausencia.

Y allí volvía a llorar y desesperarse. No lo hacía en la calle por orgullo y despecho, pero era entrar por la puerta y abrir el grifo al desahogo. «¿Es esto lo que quieres? —señalaba los ojos como pelotas de llorar—. ¡Casarse es una promesa duradera...!», pero a la que Carmen le pedía que parase, se mordía la lengua. Aquella aparición en camisón y zapatillas la seguía intimidando como siempre. Y eso que deseaba enérgicamente que volviera a ser su versión destructiva y cruel, usuaria habitual del resentimiento. Odiaba la versión amable de la nueva Carmen, la que había dejado de exigirle cosas a la vida. Quería que le gritase, que la insultase, quería incluso que la pegase sin parar, detestaba que aquel afán de hacer daño hubiese hallado la diana en su propio centro. Isabel quería que decidiese acabar con ella, y no consigo misma. Sin embargo estaba allí, parecía estar en paz, parecía haber empezado ya a embalsamarse, durmiendo como no lo había hecho nunca, pero, eso sí, con un gemir de padecer constante que, aunque ínfimo, lo cambiaba absolutamente todo.

El gemir justificaba la determinación de Carmen de que ya no debían sufrir por capricho.

Volvía a salir. Era como si toda la energía acumulada de aquellos meses se le hubiera desbordado de golpe. Llegó a lugares mucho más lejanos que en todos sus paseos anteriores, cuando con Carmen habían llegado hasta el Pont de Fusta. Anduvo hasta el *hort* de Sáez, hasta el Pelao, *les oliveres*, el Carraixet, *camí* de Xàtiva, sacudiendo la cabeza canosa; ahora ya no quería vegetar. Caminaba tan deprisa que los brazos de los árboles la arañaban para sostenerla, del vértigo que les daba imaginarla caer. Llegó hasta el Molí de les Penyetes, el sudor y el frío en las costillas, su sensación de fracaso llegando hasta límites insospechados. Ahora no solo sentía que había fracasado, sino que sentía que era una

fracasada, una de aquellas personas a las que el mundo percibe con vergüenza. Había dos tipos de gente; unas no lograban nunca vivir la vida que habrían querido vivir.

Se aceptó del todo como alguien, en esencia, no humilde. ¡Era engreída, sí, una arrogante! Pese a como le habían ido las cosas, pese a su poca suerte y las decisiones que no se había atrevido nunca a tomar, había conservado siempre (casi como si quisiera protegerla) la imagen triunfante de sí misma. Lejana y dudosa, pero allí había estado. Asumir que no se cumpliría nunca, asumir que ahora de verdad no iba a acabar cumpliéndose, le causaba un sentimiento de humillación difícil de soportar, por mucho que se aferrara a menudo al pretexto de la injusticia. Le entraba tierra en los ojos y se los rascaba con fuerza. Ni siquiera había pasado por la vida con elegancia.

Subió hasta la ermita de Santa Ana. El amarillo superviviente a la primera oscuridad del ocaso, coronó con ella la montaña. Aquella imagen le pareció tan sumamente bonita que la apartó de su vista con ira. Se odió por no desecharla. ¡Volvería a verla, por supuesto que la vería una y mil veces! ¡Ninguna de aquellas estampas valía nada antes de que las dos se amaran en ellas y *no* iba a dejar que las sobrevivieran! ¡De ninguna manera! Podía sentir el dolor del vivir en los pulmones, los jadeos del cansancio físico, y se juró que no iba a apagarlos nunca más. Se juró que los haría latir en su corazón, y llevaría consigo el de Carmen.

Ataría allí su nombre hasta que se hicieran viejas como ciruelas pasas.

Caminó tan lejos —habría sido capaz de llegar a pie hasta Catarroja, si aquello hubiera tenido alguna utilidad— que llegó a cruzarse con algún coche aparcado en medio de la nada. Vio a los amantes taparse la desnudez deprisa, escondiéndose, mucho menos y peor de lo que se habían escondido ellas a lo largo de toda la vida, y siguió caminando con ferocidad. Isabel pensó que las páginas del libro de su vida se agotaban, y pisó por encima cada una de sus letras. Pareció decidida a alargar sus frases, una tras otra. Amenazó con pararse para siempre sobre esta misma palabra.

¡El amanecer viviría! ¿Por qué no iba a hacerlo Carmen?

Camina como una heroína andante, un pequeño destello entre la inmensidad del paisaje; nunca había tenido un deseo tan inmenso de amar, de romper, de hacer la guerra, de renacer, de retroceder, de morir (¡morir no, tonta!), de devolverles a todos las afrentas.

Se sentía perder contra todos los demás. Metió los pies en un charco para salpicarles a distancia. Luego pensó: «¿Dejamos algo por agradecer?». «¿Dejamos alguna cosa por hacer?»

Qué raro estaba siendo todo.

Ahora vuelve a casa tras ver a un niño caerse de la bici y llorar en plena calle. Casi le chilla «¡levántate, hombre!» antes de que lo haga su padre. Los del bar están a punto de cerrar y siente un impulso de dejar que lo hagan y quedarse fuera. Pero sube las escaleras, con los pies magullados y el ánimo a la par.

Carmen le dirige un gemido débil desde su (algo menos lujosa) jaula. Está tan delicada, que a veces se olvida de piar. Es difícil no girar la cabeza cada pocos segundos para asegurarse de que todavía respira.

Quizás… de nuevo es su egoísmo el que no quiere dejarla volar. Levanta un poco la persiana, ya es de noche. Estos días había estado evitando a la luna a conciencia. La notaba decantada por la influencia de Carmen, no se terminaba de fiar. Le hacía sentir que su empeño por la posposición era una crueldad. ¡Claro…, ella tendría las estrellas! En cambio, todo lo que Isabel tiene cabe en el colchón a su espalda. Ni siquiera ocupa el somier entero. Es todo lo que había pedido jamás.

Bueno, en realidad, tiene dos cosas.

Coge el libro del suelo. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Se sienta, con la espalda encorvada, detiene los pies por primera vez en días, y lo apoya sobre sus rodillas. Aquel libro no se había ido de su lado desde que lo encontró dentro de la puerta que escondía un armario. Ojea sus páginas bajo el apunte de la luz de la luna, en cuarto menguante. De repente cae de él una nota de papel, planeando en el aire. La nota tiene un corazón y las iniciales de Carmen grabadas. La abre.

Estoy llegando al límite. No deseo vivir. Isabel confía en

mí, cree que me curaré, pero no es así. Quiero terminar conmigo, y con ella. No sé cómo Isabel podría vivir sin mí.

¿Quién la va a querer como yo? Tiene que ser ella quien lo haga.

Quiero morir en nuestra casa.

—Oye, Isabel.

—Dime, luna…

Isabel vuelve a doblar la nota.

—Lisandro y Hermia, ¿llegaron finalmente a casa de la tía viuda?

—¿Qué casa?

Se sorbe una lágrima. Deja la nota que Carmen escribió en su última noche en Catarroja entre las páginas.

—Aquella casa, donde le dice que se casarán. Lejos de la ley de Atenas y todo eso. La que queda a siete leguas.

—¿Qué sé yo…? Me salté algunas partes.

La persiana se mueve un poco por el viento. El relieve dorado del libro se mantiene a sus pies, desvelado.

—Quizás es que no importa. Quizás es que eso no cambia en nada la escena.

—Sí que la cambia, claro que la cambia. Si no llegaron, si no encontraron la casa al final, ¿qué sentido tendría intentarlo? ¿Por qué iba a escribir nadie sobre ello, entonces?

Isabel se pone de pie con dificultad. Pierde un poco el equilibrio mientras se quita los zapatos.

—El amor es un fin en sí mismo.

Ya… Ella misma se lo dijo a Carmen aquel día. Lisandro le da un empujón de esperanza a Hermia, «sea verdad o sea mentira», eso es lo que hace. Eso es lo que hizo ella con Carmen cuando volvió a buscarla.

Y eso es lo que ahora le ha pedido que haga.

Pero existe un problema. Si lo hace, si la deja marchar, esta vez debe ir con ella. Por una vez, mal le pese, coincide del todo con Carmen. Sería demasiado difícil volver a encontrarse, por segunda vez, a través del tiempo. El bosque es grande, las

casualidades ocurren hasta cierto punto, y existe el capricho del azar. Deja el libro dentro del armario donde lo encontró, por si acabase en manos de alguien que lo necesite leer.

La muerte es algo desconocido... ¿Dolerá? ¿Será oscura? No había penumbra sobre la que no hubieran logrado pasar. Normalmente la gente que se quita la vida suele preocuparse por si sus conocidos o el resto de las personas lo pasarán mal. Pero Isabel se preocupa por ellas. ¿Se desenvolverían bien, allí?

Se asoma, por última vez, a la luna.

—¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

—¿El qué?

—Que nos rendimos al final.

EPÍLOGO

Y se lo prometimos, tanto la luna, como yo.

Soy consciente de que no os he contado cómo lo hizo. («¡Quizás es que no importa! ¡Quizás es que eso no cambia en nada la escena!») Yo, como la luna, también quiero guardar algunos secretos. Si una noche, yendo a oscuras, os dais un trompazo contra el cabezal de la cama, sabed que es porque desapareció del cielo desde entonces, guardándole a Isabel la confidencia y la lumbre.

Ojalá hubiese acabado todo de otra forma, claro. Ojalá, de hecho, no hubiese terminado nunca. El odio ajeno ha llevado a algunas historias a terminar antes de tiempo. Pero existen, todavía, los recuerdos. Y ellos…, ah, los recuerdos, Carmen lo sabe bien, no hay nada que se pueda hacer contra ellos. Los recuerdos son una luz tímida, pero que nunca, jamás, se apaga del todo.

Es por eso que, quien quiera revivir esta historia
no tiene más que volver
a la primera de sus páginas.

Dejo todo el peso de la mochila de cuarenta litros en el suelo y me seco la frente sudorosa con la mano. Por la ventana del piso gris y pequeño no pasa ni un hilito de aire, tan solo se oye el griterío de lo que parece ser el pueblo entero reunido afuera. Un montón de motitas de polvo flotan en el aire cuando el chico de la inmobiliaria lo atraviesa, enfundado en un traje que se nota que había estrenado alguien antes que él.

—Es que estamos de fiestas…

—Ya, me lo he imaginado. Ya verás tú para dormir por la noche… ¿Te puedo pedir un vaso de agua? Es que me muero de sed desde el tren.

El chico hace un gesto automatizado hacia una cocina o grifo, que interrumpe casi al momento.

—Pues… espérese porque creo que está cerrada la llave de paso. —Mira a su alrededor, algo desubicado, y se mete en un baño minúsculo, desde donde le oigo decir—: Ya le dije que podíamos enseñarle otras opciones. Este piso lo tenemos cerrado desde hace bastante tiempo…

—Oye, puedes tutearme, eh. Que debemos tener la misma edad, tú y yo. —Es obvio que me percibía mayor (me pasa siempre)—. Ya sé que mi *outfit* es un poco de ornitóloga, pero es que vengo de hacer el Camino. He venido en Blablacar directamente desde Santiago. —Le señalo la mochila y él levanta las cejas, tratando de fingir que le interesa lo que le cuento. Se mete dos dedos entre el nudo de la corbata lila y el cuello, tirando un poco de ella hacia fuera—. Por eso voy así.

Se produce un silencio incómodo, bastante soportable gracias al ambiente que nos llega de la plaza. «Mi hermana es del noventa y cinco, también», me dice, y luego, como si nos diésemos cuenta a

la vez de que estamos prácticamente a oscuras, hacemos ademán de tirar de la cuerda de la persiana, que está tan vieja que no le da la gana de subir. Tras un intento fallido, el chico termina enrollándola sobre sí misma, y le hace un nudo que la mantiene, a medio bajar o a medio subir. Dependiendo de cómo se mire.

—Entonces, ¿aquí vivieron, eh? Carmen e Isabel. Estuvieron en este piso, ¿verdad que sí?

—¿Las maestras, dices?

Me mira a contraluz; está claro que con esta pregunta he despertado su curiosidad más que con la historia del peregrinaje, y sale un momento de su papel de mero agente. Pienso entonces que entre la gente que se oye abajo estarán sus amigos, probablemente, y que debe de tener ganas de unirse a ellos.

Asiento, entre las motitas de polvo.

—Bueno, sí. La maestra que mató a la otra vivió aquí, pero hace un *montón* de años de aquello, eh… —El chico mueve las manos hacia atrás en el aire, como si quisiera convencerme a mí y a sí mismo de que no acabaremos saliendo en una serie de *true crime*.

—No, si no te preocupes. De hecho, es que estoy escribiendo sobre ellas. O bueno, lo estoy intentando, ya ver…

—¿… sobre las maestras? ¿En serio? —Vuelve a levantar las cejas—. La verdad es que yo pensaba: ¿qué hace alguien viniendo a Manuel en el mes de agosto?

Reímos. Miro a mi alrededor.

—Lo del wifi es un poco putada, eh.

El chico se sonroja, «No, si ya…», y le ahorro cualquier justificación comprometida preguntándole por las llaves.

—¿Bajo a buscar el contrato, pues?

—Claro, tira, tira.

Aprovecho para mirar por la ventana: hay un montón de gente en la plaza, apenas hay sitio para alguien más. Hay quien se ha traído sillas de plástico, y todos —niños, adolescentes y mayores—, tienen dirigida una atención distraída hacia el *campanar* de la iglesia, por donde he pasado al llegar. Los pasos de mi —veloz— amigo agente entrando de nuevo pisan el sonido de

fuera. Me pone los papeles y el boli en una mano, y miro en vano a mi alrededor.

—¿Quieres apoyarte en mi espalda...?

Levanto los hombros. El chico se agacha para convertirse en mi escritorio.

—Bueno, está claro que me hace falta una mesa. Una mesa, o si no, no sé cómo voy a escribir. Eso lo primero. —Puedo sentir, bajo la punta del boli y el traje barato, los bultitos de su columna mientras voy pasando las hojas—. ¡Ah! Y te quería decir... Si por lo que sea me puedes echar una mano, si conoces o sabes de alguien que conociese a las maestras, y pudiera contarme cosas de ellas, lo que sea... Te lo agradecería mucho... Yo qué sé, una vecina... Que ya sé que se murieron hace un montón, pero siempre puede quedar alguien que...

—Creo que mi padre fue alumno de una de ellas, aquí en el pueblo.

—¡Ala! ¡¿En serio?! *Bua*... ¿Crees que yo podría invitar a tu padre a un café? —Intento contener la emoción cuanto puedo para no asustar a la que es, de momento, mi única referencia en el pueblo—. Para hablar de las maestras, de la época...

Le quito el papeleo de la espalda y se recoloca la camisa por dentro del pantalón.

—Sin problema.

Esto es un buen inicio. Intercambiamos el número de WhatsApp —que es más rápido que los mails— y lo acompaño hasta la puerta. Tiene de perfil la foto de una moto gigante. Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón de ornitóloga. Desde la escalera estrecha, se gira y me mira de nuevo con las cejas algo levantadas.

—¿Te ha ido de bien poco, eh...?

—¿El qué?

—Bueno, es que la maestra más mayor de las dos se murió hace nada. En el dos mil veinte o el diecinueve, creo. Digo que por poco la pillas y puedes preguntarle las cosas a ella directamente. Mis padres se la encontraban comprando en el Charter de vez en cuando.

La cuerda que sujeta la persiana se desata y las láminas de madera caen, dando un fuerte golpe. Ahora quien levanta las cejas soy yo.

—¿Isabel…? ¿Isabel siguió viva?

Algunas notas

Sí, Isabel siguió viva. Y vivió mucho, aunque no sepamos muy bien de qué forma. Por lo menos veinte años más desde que se publicó en la prensa la noticia del intento de suicidio de las dos maestras.

La historia llegó a mis manos por casualidad, una noche de insomnio de 2016. Se metió dentro de mí y, hasta ahora, no ha habido manera de dejarla ir. Aunque es cierto que los artículos de prensa que existen al respecto (bastante escasos) contribuyeron más a mi confusión que a otra cosa, encendieron en su momento una hipótesis cuya resolución ha sido, sin duda, el ejercicio más fascinante de toda mi vida.

En agosto de hace dos años seguí un impulso que me llevó hasta Manuel, donde comenzó el intento de resolverla. La noticia hablaba de un final —lamentablemente, lo único que ya estaba escrito de esta historia—, pero ¿cuál podría haber sido su principio? y, sobre todo, ¿qué circunstancias podrían haber llevado a dos maestras a decidir que ya no querían vivir?

Hablamos por tanto de imaginación, por supuesto. Podríamos decir que esta novela es una mezcla entre una parte de lo que se conoce de la historia real, dos partes de lo que he ido descubriendo tras estos dos años alrededor del País Valencià, y de todo lo que yo imaginé de las maestras, como fuente principal. Quizás he querido escribir lo que creo que pudo pasar, y he acabado escribiendo lo que me gustaría que hubiera pasado en realidad.

Aun así, me veo en la necesidad de aclarar algunas cosas.

Siempre insistiré en la responsabilidad del periodismo a la hora de contribuir, o directamente crear, relatos paralelos. La historia de Isabel y Carmen está sesgada, y eso, sumado al poder del cuchicheo y los prejuicios que han recaído siempre sobre el

colectivo LGTBIQ+ y sobre las mujeres, me ha reafirmado en la importancia de reexplicarla. Contar detalles sobre el suicidio planificado de las maestras —sobre los que he podido ahondar gracias a algunas personas, incluyendo a quien llevó la defensa de Isabel entonces, la abogada Sofía Román— me parecería contradictorio con mi convicción de que no es en eso en lo que hay que poner nuestra atención. Pero, después de estos meses por Catarroja y alrededores, he podido identificar que Isabel continúa siendo diana de un gran número de reproches (seguramente menos de los que se hizo a sí misma). Sobre todo de uno en particular: «¿Por qué *así*? ¿Por qué no lo hizo de cualquier otra forma?».

Es eso lo que todavía se preguntan les vecines, excompañeres y conocides de las maestras y lo que embarra, a día de hoy, cualquier otro recuerdo que pudieran tener de Isabel.

Respecto a eso, voy a decir solo dos cosas que creo que nos deberían hacer reflexionar al respecto: el olor fuerte a gas que alertó a los bomberos —que llevó a las víctimas a recurrir a un método más seguro— y el hecho de que Carmen dejó por escrito —en una nota que habéis podido leer, y en otras muchas formas— cómo y cuándo quería morir. Hasta el último detalle fue consensuado. Eso es todo lo que voy a decir.

Isabel tuvo un paso breve por la cárcel, donde se ve que desarrolló un vínculo de amistad con mujeres de la comunidad gitana, que acudían a su celda a realizarle las curas de las heridas con las que ingresó. Al salir de prisión, mucha gente de Catarroja me ha contado que estuvo ayudando económicamente a gente que había conocido allí dentro. Sí, Isabel volvió a vivir al mismo sitio, al mismo piso, incluso después de toda la mediatización que se hizo del caso. A mí también me sorprendió.

El resto… son detalles, mis partes favoritas. Carmen era muy querida, *«de cabells ondulats i agraïts»*. Enamorada de los bebés que se encontraba por el barrio, y muy guapa. Isabel fumaba como una carretera, y era «machona». Palabras y expresiones escuchadas (como *tortilleras*, por ejemplo) por supuesto me hicieron poner en contexto muchas cosas. A día de hoy, todavía mucha gente que las conoció a fondo sigue ignorando o queriendo ignorar la relación

que existía entre ellas (en la escuela, algunos se referían a ellas como «las sisters»). Otros sienten que reconocerla implica algún tipo de *traición,* la ruptura de una especie de deuda de silencio con alguien que ya no está para negarlo. Cuando digo que hay muchísima ficción en la novela, es porque también hay una parte de ficción en los recuerdos y opiniones de las personas. Aun así, su generosidad de querer compartirlas y debatirlas conmigo todos estos meses, me ayudó a diseñar al detalle estos personajes, que han ido pasando de una forma difusa a una concreción absoluta en mi cabeza, gracias a ellas. (¡Es curioso, por eso, que muchas de esas cosas que desconocía fueran tan parecidas a la realidad cuando escribí la versión teatralizada de *Una llum tímida*, años antes de conocerlas!)

Lamentablemente he podido confirmar que Carmen fue víctima de un sistema psiquiátrico franquista (y posfranquista…) homófobo, machista y capacitista de terapias que derivaron en un trauma más que comprensible, así como que Isabel estuvo a su lado durante el proceso. La esperaba a la salida y le traía leche, que se ve que iba bien después de someterse a *electroshocks*. Necesitamos tener mucha conciencia de la deuda que como sociedad tenemos con las personas del colectivo, y de todo lo que tenemos todavía que reparar. Hay que romper el tabú y el silencio de todas las formas posibles y seguir preguntándonos siempre quién puede estar detrás de una persiana bajada. La soledad y el aislamiento sigue siendo un problema que afecta a gran parte de las personas mayores LGTBIQ+.

Ahí van dos anécdotas que me marcaron especialmente.

Un día caminábamos con Julià por las calles de Silla, después de visitar el San Roque, cuando nos encontramos con un exalumno por casualidad. Después de alabar a mi acompañante —un maestro *adoradísimo*, también— empezó a hablarme de las maestras con un detalle que no me sorprendió. Así como con el resto de la gente existían las «medias tintas» (es decir, la mayoría de las veces había un juicio o, como ya he dicho antes, un reproche implícito), entre los que las habían conocido de niños, el respeto y el amor eran siempre *totales*. Todos, absolutamente todos los exalumnos que he

conocido —que no han sido pocos—, guardan un recuerdo de las maestras excepcional. Pero… también me contaban que eran muy, pero que muy estrictas, en especial Isabel.

En este caso, Juande me contaba, junto a un Julià algo más olvidadizo, que, un fin de curso del noventa y pico, la clase entera pidió a su maestro que los llevara a visitar a las dos mujeres hasta su piso en el carrer Nou. Terminaban octavo y les tocaba dejar la escuela para pasar al instituto, y antes de eso les querían llevar personalmente una carta y un regalo. Ambas estaban ya de baja por enfermedad y depresión. Así lo hicieron. Me contó cómo esperaron en aquella calle estrecha, llamando con paciencia al timbre varias veces, y, finalmente, bajó Isabel con una cara ya descompuesta a agradecer el gesto y disculpar a Carmen, que no se encontraba con fuerzas para bajar.

—Hay una cosa que no entiendo, Juande. Todos los alumnos de ellas que he ido conociendo, todos, me decís que las maestras eran muy duras. ¡Que os castigaban sin parar y que no os dejaban pasar *ni una*! Pero, a la vez, todos os acordáis de ellas al detalle, de una forma que yo no suelo recordar a todos los profesores que tuve… Y eso que algunos las tuvisteis de muy pequeñitos. Además, me contáis cosas como las que me acabas de explicar. Cogisteis un tren para ir a verlas, y teníais…, ¿qué?, ¿catorce años?, ¿quince?… ¿Cómo puede ser? ¿Por qué?

—Porque se notaba que les importábamos de verdad.

La segunda anécdota es de Manuel y me la contó Consu. Consu —«la *mestreta*»—, a día de hoy jubilada, fue compañera de Isabel en la Escuela Francisco Franco. Ella llegó al pueblo, recién salida de Calatayud, sin haber cumplido todavía la mayoría de edad. Compartieron muchos recreos a principios de los años setenta, durante los que ambas hicieron muy buenas migas. Tanto, que Consu me contó que un día Isabel le preguntó con tono de confidencia:

—Consol… ¿Tú qué opinas de los homosexuales?

Me sobrecogí.

—¡Ay, Consu!… ¿Y tú qué le contestaste a eso?

—Le dije que no sabía qué quería decir la palabra. ¡Es que no

la había oído jamás! Así que no le pude contestar…

—Claro…, ¡eras una niña!

Y muchos otros recuerdos que, como ya he dicho, me ayudaron a moldear también toda una serie de personajes secundarios que no son sino trocitos de todas las personas que he ido conociendo este tiempo: Antoñete, Patro, Carolina, Antonio, Nadia…, personajes que siento como reales, pero que no lo son.

Sobre doña Consuelo…, sobre doña Consuelo recae la segunda de las aclaraciones que considero fundamental hacer. Porque este personaje existió en el pueblo (¡le robé el nombre!), mucha gente la podría reconocer (también era percibida como muy estricta, igual que Isabel) y veo necesario aclarar la historia de la que fue directora entre los años sesenta y setenta en la escuela de Manuel. Doña Consuelo había sido maestra de la República en Madrid, y, tras ser inhabilitada por el régimen franquista, terminó llegando allí, donde pudo volver a enseñar. Vivió mucho tiempo en el pueblo, con otra mujer.

Y es que como ya he dicho, esta novela está repleta de ficción. No tengo problema alguno en desengranar lo que es cierto de lo que es invención, todas las veces que haga falta. Resolveré con gusto las dudas a cualquiera que me dé la excusa para hablar, ni que sea un poco, sobre la primera de mis historias escritas, que llevaré siempre muy dentro de mi corazón. Espero, también, que quienes la tengan entre manos hayan podido leer un poco de su propia realidad, también de su ficción, porque a veces nos escribimos como nos gustaría o querríamos ser, y eso está bien.

El mundo está lleno de supervivientes y enigmas. También de vidas que no han cabido en los libros de historia; las de la prima segunda, las del tío que se marchó del pueblo de repente, a Francia, o a Londres. Las de las vecinas que nadie en el barrio esperaba que acabaran ayudándose mutuamente a morir. ¿Pero qué necesidad hay del silencio?

Muchas veces me pregunto qué sentirían si supieran que su final me inspiró a escribir esta historia. ¿Tal vez se enfadarían si estuvieran vivas? Me lo planteo a menudo. ¿Tal vez se extrañarían si supieran que llevan conmigo más de ocho años? (Dios mío, ¿qué

voy a hacer ahora que he terminado? ¿Será por eso que todes les escritores están un poco *aixina aixina*?)

¿Se sentirían bien si se supieran vivas en el aplauso de un público que las ovaciona después de cada función, en el silencio de una habitación que ahora las lee? Puede que sí, puede que no.

Precisamente porque no sé cuál habría sido su deseo o su voluntad, escribo con dudas sobre los hechos que sí son reales y que, por otro lado, cualquiera que tenga un interés —espero que positivo— puede llegar a resolver recorriendo como yo he hecho los pueblos en los que se las pudo conocer.

Y ahora necesito agradecer muchas cosas.

Primero, todas mis gracias a Paco y a Rafa, quienes se casaron y besaron en las mismas plazas que aparecen en esta novela. Llegué al pueblo tan perdide como el personaje de Isabel, y me supisteis encauzar a través de largas conversaciones, café, y… partidas de Rummy. La novela tiene mucho de vosotros.

A *les germanes* Cortés, en especial a Carol («¡Carolina!») por convertir Manuel en una casa para mí también.

A Julià, quien salió de ver la obra de teatro diciéndome cuánto le hubiera gustado haber sabido todo aquello para haberle ofrecido su ayuda a Isabel.

A Catarroja, por los dos meses de deliciosa soledad, y por el *all i pebre*. A las señoras que salen a tomar el aire a las puertas de las casas, por todas las conversaciones a pie de calle sobre optalidones y el trabajo en las fábricas.

A la Katy, porque fuiste la primera en compartirme tu recuerdo de las maestras, allá por 2020. Y por tu activismo.

Al teatro, por si un día se acaba.

A mamá, por tus notas de voz entusiasmadas todas las mañanas, cada vez que leías un nuevo capítulo. A mi padre, por sus poemas.

A l’Àngela, a la Júlia, al Dani, a Javi. A Helen, por toda la lucha hasta ahora. A Ramon y a mis maravillosos editores, Jordi y Jesús.

A la Berta, la niña de nueve años con la mejor caligrafía del mundo.

A aquella profesora de mi Erasmus en Polonia, que le gritaba «¡O le das la ilusión de esperanza, o no le estás dando nada de nada!» al pobre actor que interpretaba a Lisandro. Se lo gritaba en polaco, claro.

A la Marta, por enseñarme toda la vida que cabe en una muerte.

A la abuela, una *verdadera* maestra, por el puro placer de volver a nombrarla. A todas las maestras, también.

Y a todas las personas que nos destrozan un poco, por obligarnos a reconstruir.

Una luz tímida
Àfrica Alonso

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-322-4370-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta